



CASTELAR
LA REDENCION
DEL ESCLAVO

1

PQ6503

R4C2

R4

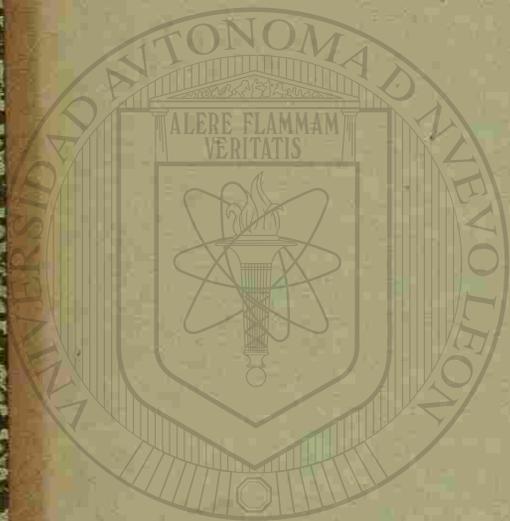
v. 1

Tomo 1

C348r



1020027233



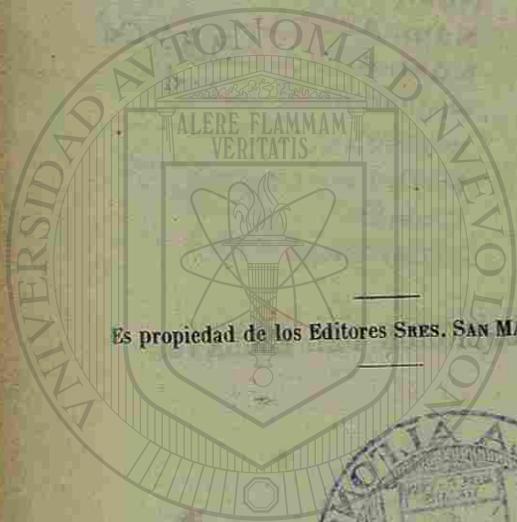
Núm. Clas. 861.5
Núm. Autor C348
Núm. Adq. 33208
Presidencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 629
Catálogo _____

LA REDENCION DEL ESCLAVO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
CALLE SAN JOSE REYES
66000 MONTERREY, MEXICO

33208



Es propiedad de los Editores SRES. SAN MARTIN y JUBERA.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1873.—Imp. de J. Peña, Olivar, 22.

86368



REDENCION DEL ESCLAVO

POR

DON EMILIO CASTELAR

1.^a PARTE — TOMO I.

SEGUNDA EDICION.

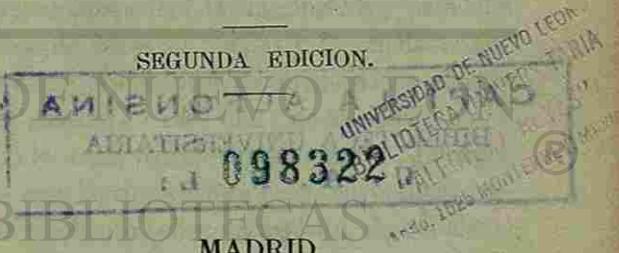
MADRID

A. DE SAN MARTIN,
Pta. del Sol, núm. 6.

AGUSTIN JUBERA,
Calle de la Bola, 3.

1873

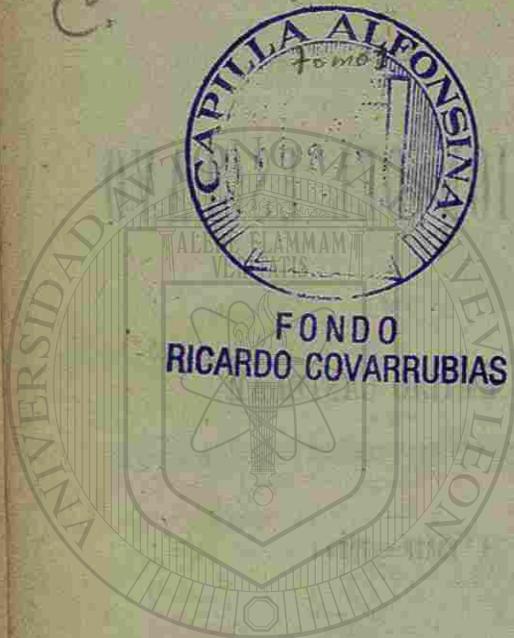
33208



863
C.

PQ 6503

.c2
p.4
v.1



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

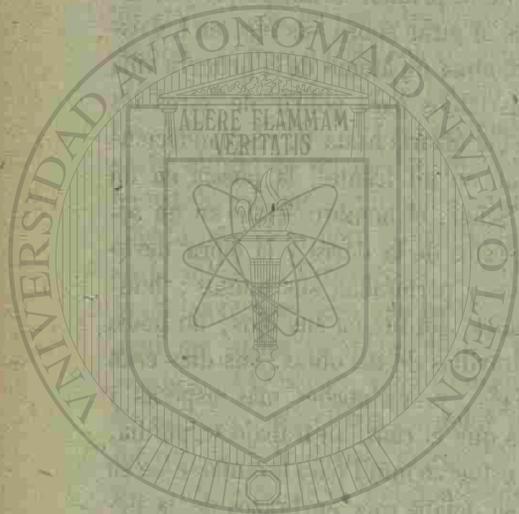
Los dolores de la humanidad han creado, Dios mío, el arte. Si el hombre no hubiera llorado, la poesía no hubiera extendido sus blancas alas sobre nuestra frente. Las grandes inspiraciones son lágrimas que han caído de lo infinito. Creaste al hombre, y al verlo tan desvalido, le diste por eterna compañera la imaginación, para que sembrase de flores su camino y le señalara sonriente cómo brilla entre las tempestades el azul y claro cielo. Yo, Dios mío, no sé nada, no he aprendido nada, pero he llorado mucho. En algunas de esas lágrimas habrá caído envuelto un vapor de tu aliento sobre mi espíritu, de ese aliento que con un solo suspiro pobló los espacios de séres y de mundos, y que nunca falta a los que padecen, a los que lloran, según las promesas de

tu misericordia. Y como no sé nada, como solo he aprendido á sentir y amar, quiero repetir ese eterno quejido, ese continuo sollozo que el hombre ha exhalado desde el principio de los tiempos; quiero manifestar los dolores, las penas por que el hombre ha pasado hasta ser dueño de la vida que le diste, de la conciencia que encerraste en su frente, de la libertad de su sér, reflejo de tu eterno sér. Dios mio, el camino es largo, está sembrado de ruinas, ofrece por do quier cenizas apagadas, charcos de sangre, inmensos campos de batalla, idolos caidos, aras destrozadas, víctimas humanas con el cuchillo del sacrificador en la garganta, ideas que se desvanecen como fuegos fatuos, amores que se pierden como las gotas de rocío caidas sobre la candente arena de los desiertos, lirás que cantan en la soledad como el ave perdida en inexplorados bosques, generaciones enteras que pelean por la mentira y mueren contentas por los impostores; pero, en cambio, tambien ofrece por do quier eslabones de nuestra pesada cadena, que el hombre ha quebrado y ha fundido para siempre con sin igual esfuerzo. Uno de tus hijos predilectos decia, que si le llamaras y le dijeras como á Salomon «en esta mano tengo la verdad, y en esta otra mano tengo el camino

que conduce á la verdad, elige,» elegiria, no la verdad, sino el camino de la verdad, porque el hombre debe elegir siempre el trabajo. Yo, el último de tus hijos, digo lo mismo. Entre la libertad primitiva y el camino por donde el hombre ha ido á la libertad, escojo ese camino sembrado de espinas y de abrojos, fatigosísimo, empapado de sangre; porque si de otra suerte contaria una genealogía de ángeles, así cuento una genealogía de mártires. Yo, Dios mio, no he podido nunca separarme de mis progenitores; yo me siento unido á todos los que han llorado y han padecido sobre la faz de la tierra; yo he andado errante y maldecido por las orillas del Indo, como el pária, atemorizado de mi propia sombra; yo he caido sin aliento sobre los altares de Baal, sintiendo como una esperanza el frio cuchillo del sacerdote sobre mi cuello; yo he trabajado con la cadena al pié y el sudor en la frente, levantando las pirámides de Egipto, los palacios de Sesostris, de Semiramis y de Nino, mientras para mí no habia asilo en la tierra; yo he peleado dia y noche en los campos de batalla, ceñido, atado á la cola del caballo de mi señor, que me hacia instrumento de sus venganzas; yo en las orillas del Eurotas me he embriagado hasta tornarme una bestia, solo

para servir de horroroso ejemplo á los hijos de mis tiranos; yo he ido á Marathon á pelear por la libertad, y solo he encontrado la libertad de mis señores; yo he cubierto con mi sangre las eternas nieves del Apenino; yo he pasado por las hogueras, por los circos, por las naumaquias, para divertir el ocio de un pueblo rey de la tierra; yo he estado rendido al pié del castillo feudal, sin aliento, sin vida; pero yo me he levantado cuando la voz de tu Providencia, escondida en el viento de las tempestades, me ha llamado á la vida, y aquí me tienes ya digno de tí, porque ya soy hombre. ¡Ah! Señor, para contar tantos trabajos de mi raza, necesitaria un dolor parecido al dolor que sentiste cuando ingrato te faltó el hombre; un sorbo de la hiel que bebiste en el Gólgota; una de las lágrimas que derramaste en el monte de las Olivas; una gota de la sangre que corria por la Cruz; un aliento del último suspiro que exhalaste; una voz tan poderosa y tan triste como la voz de los huracanes, de las tempestades que se desataron sobre la tierra en la hora suprema de tu muerte. Y para cantar los triunfos y las glorias de mi raza, necesitaria en mis labios una gota del primer rocío que cayó sobre la tierra estremecida de amor en el primer instante de la

creacion; en mi inteligencia un rayo de la primera luz que amaneció sobre el caos; en mi imaginacion un eco de la primera armonía que exhalaban los mundos al girar sobre sus ejes en los espacios; y en mi alma un átomo de la primera vida que cayó de tus labios para poblar de seres los abismos; y así me alzaría hasta tí, resplandeciendo la inspiracion en mi frente, la poesia en mi canto. Señor, Señor, el hombre estaba en un sepulcro; los insectos de la tierra y la lepra devoraban sus carnes y perforaban sus huesos; hundido en sus males, sin luz en sus ojos, no podia conocer las maravillas de tus obras; sus dias eran como maldiciones, y sus noches más espesas y más caliginosas que el caos; su trabajo se perdía, porque era el esfuerzo inútil para levantarse de su tumba, y así se dejaba caer en brazos de la desesperacion y de la muerte; pero viniste tú, pasó un soplo de tus labios sobre sus labios, un rayo de tu idea divina sobre su alma, y se levantó, y emprendió su camino, y fué dejando en los abrojos sus males, y llegó á comprender el bien, á sentir el arte, á amar, á creer y á gozar de su propia libertad. Esta trasformacion maravillosa cuento.... Que no me falte tu divino auxilio.



PRÓLOGO EN EL CIELO.

I.

Solo, sin más compañero que su pensamiento, sin más eco que su eterna palabra, sujeto y objeto de sí mismo, envuelto en la luz increada, llevando en su seno la vida de todos los seres, y en su mente el ideal de todas las creaciones posibles; Dios, cuya forma y cuya esencia se penetran y se confunden, cuya naturaleza es infinita, cuyo sér es absoluto; eterna hermosura, eterna verdad, eterno bien; allá en el santuario de sus cielos, antes que fuese el Universo, medita un mundo que le refleje, un sér que le conozca y que le ame; y delante de su pensamiento van pasando en idea todos los mundos que pueden vivir en el tiempo, que pueden caber en el espacio; sueños de la eternidad, poemas animados de una

poesía sin palabras, armonías de una música sin sonidos, séres sin realidad y sin formas, reflejos de la sustancia divina en sí misma, tipos que van vagando en la razón creadora del Eterno Artista.

Y en el mismo instante que estas meditaciones cruzan por la mente divina, un Espíritu increado se levanta en los cielos y los perfuma con su esencia misteriosa, como la indecisa y azulada nube de incienso perfuma todos los ámbitos de un templo; y ese eterno Espíritu es la fuente donde está la virtualidad de todas las ideas, el rocío en que han de beber su vida las almas, la norma de todos los pensamientos posibles, la ciencia sobre la cual se han de levantar las creaciones futuras: es el santo, el inefable Espíritu de Dios.

Y en el mismo instante (pues allí en el cielo no hay ni ayer, ni hoy, ni mañana; allí no hay tiempo, allí el espacio es lo infinito, la sucesión de las ideas no existe, todo está presente siempre, y siempre vivo; allí no entra ni la sombra, ni la guadaña de la muerte); en el mismo instante una lágrima rueda por los abismos de la eternidad, un sollozo se exhala del centro de la vida y de la gloria: es el Verbo, el eterno dolor, el eterno sacrificio, la eterna víctima levantada en las aras del cielo, el Hijo único, que intercede por la creación

venidera, y que presintiendo los crímenes de las criaturas, quiere ya lavarlos con su sangre, con esa divina sangre que con solo una gota podría poblar de mundos, de séres y de luz la estéril y oscura nada.

Dios, al ver al Espíritu flotar sobre su frente y al Verbo llorar á sus piés, lanza una mirada más fulgurante que el rayo, exhala una palabra que puebla de nueva luz la eternidad, y el Padre y el Hijo y el Espíritu se identifican en el eterno amor, como se unen y se confunden aquí en la tierra la gota de rocío que se evapora, el aroma que exhala una flor, y el suspiro amoroso del áura; y un éxtasis sublime, el éxtasis de la contemplación de sí mismo, de su propia perfecta esencia, posee al Eterno.

¡Oh! el amor es la vida, el amor es el aroma de la esencia de Dios, el amor confunde en una las tres manifestaciones distintas de la sustancia divina; el amor va á caer sobre la nada, sobre ese antro más negro que la noche, más despiadado y pavoroso que el infierno, y de su centro caliginoso y frío hará que se levante la tierra vestida de luz, coronada de flores, llena de armonías, ostentando todos los matices de la vida, más hermosa en los espacios que la virgen palpitante de amor que es.

pera en su casto lecho nupcial el primer beso de su esposo.

Pero Dios, para crear el mundo, quiere mensajeros de sus mandatos, ministros de su voluntad divina, y va á producir la creacion angélica. Su palabra resuena en los eternos cielos, y aún no se ha oído cuando se eleva un vapor blanquecino, y del seno de ese vapor nace una luz sonrosada como el alba de eterno día, y en esa luz se van dibujando en formas fugaces y brillantes los ángeles, á manera de esas figuras fantásticas que los rayos del sol producen al nacer en la niebla que disipan; y pronto esas figuras se determinan, se limitan, rompen su embrion, y se muestran en toda su hermosura, con su cabellera de luz que cae sobre los blancos hombros, su frente inundada de un pensamiento divino, sus ojos embebidos en místico éxtasis, sus labios vibrando un himno de alabanzas, sus blancas alas produciendo en el éther de la gloria una armonía dulce y melancólica; y mientras surcan lo infinito, dejando por do quier desprenderse de sus vestidos de color de cielo más transparentes que el aire deliciosos aromas, pulsán con sus dedos descuidadamente sus arpas, que producen un concierto de cánticos, cuyos ecos sumergen al Eterno en el ar-

robamiento del amor de sus propias criaturas. Estos ángeles son los tipos de las creaciones venideras en el cielo, y unos llevan mantos de luz, otros coronas blancas como la espuma, aquellos túnicas celestes, éstos gasas de color de rosa; y acercándose en coros, dulcemente apoyados unos en otros, y suspendidos sobre la eternidad como la mariposa sobre el cáliz de la flor de que ha salido, se acercan á la fuente de la vida que mana del Eterno, remojan sus labios, y se cubren con sus alas para que no los ciegue la luz de la eterna verdad, que resplandece pura en el centro de los cielos, que repiten el siguiente cántico:

CORO DE ÁNGELES.

Señor, Señor, no éramos. Dormíamos perdidos en el seno oscuro de la nada. Aún tenemos el frío del no sér. Pero hablaste tú, y nos hemos levantado y hemos extendido nuestras blancas alas, y hémos aquí en tu presencia con el arpa en las manos y el cántico en los labios. No te podemos mirar, porque un rayo de tu mirada fundiría nuestras pupilas en el hueco de nuestros ojos. No podemos pronunciar tu nombre, porque ese nombre incomunicable quemaría nuestros labios. No podemos acercarnos á tu trono, porque el fuego de

tu amor consumiría nuestras alas. Señor, Señor, ¿por qué, por qué hemos nacido? Dínos que esta vida es un átomo de tu vida, que esta alma que vemos correr por nuestros cuerpos transparentes ha nacido de un suspiro de tu amor, que estas ideas que vemos volar sobre nuestras cabezas son ecos de tu palabra, que somos tuyos, que nos amas, porque sin tu amor no queremos la vida, no, queremos volvernos al abismo de la nada. Este cántico, que en ondas sonoras sube, y sube, y sube hasta tí, es el vuelo de nuestras almas, es el aroma que ofrecemos en tus eternas aras, es el fuego de este amor infinito en que nos abrasamos desde el instante en que hemos sentido el primer reflejo del calor de la vida. Señor, Señor, ámanos, ámanos, pues somos tuyos, y así no sentiremos nunca más el terrible frio del no sér.

EL ETERNO.

Yo soy el que soy; yo soy el sér. En mí todo empieza, y todo ha de acabar en mí. Los cielos y los mundos futuros ya se desarrollan á mi vista, y antes de nacer ya los veo desprenderse muertos en mi seno. Sin mí no habria vida, sin mí no habria sustancia, sin mí no habria sér. Yo soy como el aliento que impulsa vuestras alas, yo soy

como la armonía de vuestros cánticos, yo soy como la luz de vuestros ojos, yo soy como la idea que vaga por vuestra mente, yo soy el sér. Y quiero ver mis obras, recrearme en contemplar cómo sale del seno de la nada el Universo. Haré mundos más numerosos que las notas que despiden las cuerdas de vuestras arpas; derramaré aires más transparentes que vuestras túnicas; crearé una luz más espléndida aún que la luz de vuestros ojos; levantaré en los espacios infinitos una cuna de flores, y en esa cuna hermosísima pondré otro ángel que sea mi imágen y mi lejano reflejo, y lleve su propia vida á mis obras.

CORO DE ÁNGELES.

¡Un mundo, Señor, un mundo! ¿Y dónde vas á colgar ese mundo? Nosotros, donde quiera que volvemos los ojos, allí encontramos tu sér. Si subimos hasta la cúspide de la eternidad, allí estás tú; si bajamos, dejándonos caer hasta los más profundos abismos, allí te encontramos; si queremos ver, tomamos la luz que baja de tu frente; si queremos vivir, bebemos en los torrentes de vida que caen de tu trono; si queremos cantar, hemos de repetir la dulce armonía de tu palabra. ¿Dónde pondrás este mundo que no estés tú?

¿Dónde colgarás ese mundo? ¿Será una lámpara de tu templo? ¿Será un átomo del polvo de luz que levantas con las ruedas de tu carro? ¿Será una espuma de la catarata de vida que baja de tus manos? Señor, Señor, ¿dónde colgarás ese mundo? Nosotros no vemos más sér que tu sér, no encontramos más espacio que tu eterna é infinita naturaleza.

EL ETERNO.

Aún no ha nacido la criatura, y ya se desliza en su alma la serpiente de la duda. Nada se opone á mi voluntad ni desobedece mi poder. Si dejara escapar un aliento de mis labios, ahora mismo os veríais rodeados de mundos. La vida está en mi mano; y al abrirla, hasta la estéril nada engendrará el sér en sus cóncavas entrañas. Bajad, bajad, criaturas, rápidamente hasta los últimos límites donde yace el negro abismo del no sér, de que habeis nacido, y allí estará el gérmen del Universo.

CORO DE ÁNGELES (*bajando*).

Señor, ¿dónde vamos? A medida que nos alejamos de ti, tenemos frio. El viento que se levanta de los abismos, apaga la luz de nuestros

ojos y seca la corona de ideas divinas que ostentamos en nuestras frentes. Los grandes remolinos que se alzan del fondo de un piélago bituminoso y oscuro, nos quieren estrellar contra las puertas de la insondable eternidad. Señor, al acercarnos á esos abismos, huimos revueltos y espantados delante de un sér informe. Es un monton de lava, de cenizas, que vaga perdido en un mar de espesas aguas; un viento fortísimo lo azota, y exhala un olor fétido que nos sofoca, que sofoca á tus ángeles. Las tinieblas que lo cubren, no dejan que nuestros ojos puedan penetrar en su esencia, y nos atraen como si quisieran sepultarnos y pegar nuestras alas en sus inmundos lodazales, para que no tornemos á tí, á tu presencia. Señor, este combate, esta lucha, este frio, este horror, esta confusion, ¿cómo se llama en tu divino lenguaje?

EL ETERNO.

Se llama el caos, y es la semilla del Universo.

CORO DE ÁNGELES.

¡Señor! De esa semilla sólo puede brotar el mal: destrúyela, destrúyela. ¿De esa oscuridad no saldrá una sombra que cubra tu frente? ¿De ese abismo, no se levantará un viento que apague

tu luz? ¿Ese frio, no puede cubrir con su esterilidad hasta las cumbres más altas de tu gloria? ¿Ese vacío tan grande, no podrá ser hasta el sepulcro de Dios? Señor, Señor, destruye el caos. Levantados en un inmenso círculo sobre los abismos, nuestras plantas se pierden ya en las tinieblas; y si vivimos aún, es porque la luz de tus cielos resplandece en nuestras frentes.

EL ETERNO.

Criaturas, mirad y orad. Va á comenzar mi obra.

II.

El Eterno habló; y su palabra, hendiendo lo infinito, vino á caer sobre el caos. La palabra divina, resonando en los abismos de la eternidad, dijo «habrá luz,» y hubo luz. El éther impalpable, el áureo éther luminoso envolvió en su brillante gasa el informe caos, y llenó todos los espacios, que á su dulce reflejo se sintieron inundados de amor y de vida. ¡Oh! ¡quién pudiera pintar con una palabra más clara y trasparente que la informe palabra humana, el tránsito de la nada al sér; la luz brotando sobre la caótica materia; sus impalpables hilos de oro tiñendo con su color sonrosado el hervidero de todas las cosas; la primer aurora brillando en los confines del espacio; las nieblas que cubrían los semilleros inmensos de los mundos, huyendo á perderse en el no sér; la vida despertándose al primer he-

so de la luz, que se difundía pura, inmaculada por lo infinito, como si fuera la inocencia del Universo! Al dulce eco de la lira de los ángeles, que suspensos y maravillados entonaban un himno al Eterno, la materia cósmica se iba reuniendo, se iba condensando; los espacios celestes se iban extendiendo, desarrollando como un pliegue desenvuelto del manto del Criador; los cometas extendían sus alas de fuego y se lanzaban en sus inmensas órbitas; mundos innumerables, como ténues vapores, surgían del fondo de los abismos; estrellas fosforescentes centelleaban un instante y se unían para formar un nuevo astro; los grandes planetas emprendían su camino, y al girar por vez primera sobre sus ejes, producían un sonido misterioso y dulcísimo; las místias lunas, ménos abrevadas en la luz, seguían por los espacios vírgenes los pasos de sus planetas; un lazo incandescente de mundos se perdía en la eternidad; gasas de estrellas se colgaban sobre los límites del Universo; volcanes encendidos, hirvientes, giraban por dó quier, buscando su sitio en el espacio; y un divino cántico, incomunicable armonía, se elevaba de esfera en esfera, producido por la primera rotación de todos los mundos, á su centro universal atraídos por el gran círculo de fue-

go, por el sol, anillo que Dios se arrancó de su dedo para celebrar sus nupcias con la naturaleza.

CORO DE MUNDOS.

Dios, Dios; aún tu aliento creador corre por nuestras candentes venas; aún conservamos la huella de tu paso en nuestra líquida materia; aún llevamos impreso el sello de tu retina de diamante en nuestro centro. Tenemos calor; el primer fuego de la vida nos enciende, nos devora. Mándanos un aliento de tus lábios para refrigerarnos; mándanos una gota de tu rocío celeste para apagar la sed que tienen nuestros volcanes. Masas líquidas, gaseosas, rudimentos de vida, vamos corriendo por los espacios, como hornos encendidos, envueltos en una nube espesa de rojizos vapores, que es el abrasado cendal de nuestra cuna. Bañanos en tus aguas para que nos purifiquemos; bésanos con tus lábios para que podamos sostenernos en los abismos, atraídos por tu divino amor. Nosotros seremos vasos de oro de tu templo; escala de diamantes y topacios, por donde bajen tus ángeles á ver si se gastan los ejes de tu obra; lámparas que oscilen llevando el fuego sacro de tu luz siempre vivida, siempre resplandeciente; signos brillantes que escriban las

letras de tu nombre en la soledad de los espacios; luminosas arenas por donde pueda extenderse y correr el gran río de la vida; polvo que tus sandalias dejen cuando bajes de tu trono á fecundar la nada; seremos lo que digan tus labios, lo que ordene tu incontrastable voluntad; pero mándanos un suspiro no más, porque el fuego de tanta vida nos consume; y un cántico de gracias más dulce y melodioso que los arpegios de las cuerdas que pulsan tus ángeles, producirán nuestras esferas; y verás cómo los mundos guardan aún el eco de tu voz, é imitan, al rodar sobre sus ejes en plácida armonía, la música de tu palabra.

CORO DE ÁNGELES (*inclinados sobre la creación*).

Señor, Señor: la voz se apaga en la garganta, porque apenas se atreve á levantarse, cuando resuena en lo infinito el cántico de tus soles y de tus mundos. Esa armonía, cuyas notas forman las estrellas; esas cadencias, cuyos compases dan los soles; esos prolongados coros, en que cada astro tiene una voz, un eco, es un concierto más digno de tu poder que el cántico de tus ángeles. ¡Qué inmensidad de mundos! Por todas partes se extienden, ruedan, vuelan, pasan, y cuando pa-

rece que van á entrechocarse y destruirse, continúan sus armonías en un concierto sin tregua y sin término. Señor, Señor, ¿es algún hervidero de mundos y de soles la inmensa faja de luz que cruza por tus cielos? Dínos cómo se llama aquel astro que lleva á su alrededor un anillo de oro; dínos por qué aquel otro mundo centellea con una luz rojiza que parece el fuego de un eterno sacrificio; dínos por qué llevan algunos planetas en pós de sí esas lunas que amorosas les van siguiendo, sin alcanzarlos nunca; dínos por qué vuela aquel astro tan rápidamente como si un huracán le arrastrase en sus alas, mientras aquel otro gran mundo que se ve tan lejos, anda con paso tardo, como si fuera un anciano vacilante; dínos qué significa esa cruz de estrellas lucientes que se ostenta á un lado, ese pequeño carro que se ve á otro, y que está esperando un ángel que lo guíe con riendas de luz; si, descúbrenos esos secretos, y déjanos volar á dormir en el seno de las estrellas, á rodar en el ráudo astro con el vértigo de lo infinito, á orar en el tardo mundo contemplando sus soles, á cabalgar en la cola de tus cien cometas para acercarnos al sol, que tiene en su fuego el calor de la vida, y en su centro los hilos invisibles que sostienen los astros; y conta-

remos á cada matiz de la luz, á cada átomo, á cada rayo de los mundos que encontremos en nuestro camino, el amor infinito con que has creado, eterno Dios, todo el Universo.

EL ETERNO.

Oidme, criaturas, oidme. Quiero que en ese mundo, en ese gran templo lleno de mi vida, haya un sacerdote mio, que sea mi imagen viva, y que interprete mis pensamientos.

LOS ÁNGELES.

Señor, hénos aquí con este mundo en las alas. Hemos traído el que más cerca está del sol, porque el intérprete de tu creación esté más cerca de la fuente de la vida en la naturaleza.

EL ETERNO.

No debe ser ese su mundo. Su vida ahí sería rápida como un suspiro. Su alma pronto volvería á dar sus aromas al cielo. Su cuerpo, por más fuerte que fuera, se quebraría abrasado por la gran lava donde lo alzaba mi omnipotencia.

LOS ÁNGELES.

Señor, Señor: hemos dejado ese astro rodar

por los espacios infinitos, y os traemos un mundo que parece por sí solo un Universo. Está muy lejos del sol, y su paso es desmayado, es lento. Aquí el calor no consumirá á tu sacerdote. Ese gran mundo es un digno santuario del intérprete de tus secretos. Anda majestuosamente por los espacios sin fin. El calor ni le enciende ni le enrojece. Siete lunas penden hermosas de sus cielos, é iluminan sus noches.

EL ETERNO.

No es, no, ese su mundo. Necesitaria romper las leyes entre el espíritu y la naturaleza, de que debe ser como una eterna armonía, para vivir ahí. Sus años serían demasiado largos, su desarrollo demasiado lento. Yo quiero un mundo en que todas las contradicciones de la naturaleza se armonicen, para poner en él un ángel que sea el mediador de toda la creación.

LOS ÁNGELES.

Señor, aquí está la tierra.

III.

La tierra gira en lo vacío, inflamada por el éther. Un fluido gaseoso le envuelve, semejante al reflejo de un volcan. Su masa parece una nube de humo perdida en lo infinito. En esa atmósfera de fuego que la rodea, vagan en vapores ténues las aguas. El granito hierve en su centro, y la envuelve en un manto de lava. Inmensas cataratas de fuego corren, se despeñan por sus costados, heridos con el trabajo inmenso de la elaboración de las sustancias. Las aguas se precipitan, caen de la atmósfera, y al caer sobre la materia incandescente, levantan una nube de oro, de electricidad, á los cielos. Las líquidas entrañas de la tierra se dispersan por toda la superficie y la cubren, y al enfriarse gimen como si lloraran al pasar de uno á otro estado de la vida. Los vientos, que se lanzan de todos lados en revuelto y confu-

so torbellino, llenos de lavas, de materias encendidas, de aguas á medio condensar, de vapores, de sustancias gaseosas, de humo, parece como que quieren hacer zozobrar á la tierra en el primer instante de su vida. El hervidero de los mil volcanes que gimen; las montañas que salen á la superficie en inmensas moles de materia líquida que se enfria y se petrifica; las grandes cataratas que se desploman; la ardiente lava que corre por todas partes; las ondas de fuego que se entrecho-can; los gases varios que llevan en sus alas oscuras la esencia de los futuros seres; la electricidad que se exhala de esta lucha inmensa, y truenan en los espacios; la atmósfera que va envolviendo el globo, y que lo cubre con un velo; toda esta inmensa revolucion de la materia primera es el vagido de un mundo que se forma y que se conmueve profundamente en esta primera elaboración de su vida.

EL ETERNO.

En ese globo voy á colocar al hombre. Su figura esférica es la más hermosa de las líneas que engendra naturaleza; un fuego interno irradiará dulce calor por todos sus átomos; corrientes magnéticas le cruzarán, para dar más fuerza y más

impulso á su vida ; auroras sonrosadas reflejarán sus colores en los eternos cristales de sus polos, y le ceñirán una diadema boreal; grandes sacudimientos correrán por todos sus costados, para tener en perpétuo trabajo sus prolíficas entrañas; inmensos mares le envolverán con un manto celeste recamado de plata; fuentes cristalinas surgirán de sus montes , y corriendo siempre , en su movimiento y en sus aguas llevarán la fecundidad; rocas inmensas se levantarán como columnas que corten y varíen sus climas; hermosos árboles penderán de esas rocas y se extenderán por sus valles, cargados de frutos y de flores; séres organizados vivirán en sus aguas, en sus árboles, en sus montañas , devorando y produciendo vida ; la atmósfera, cargada de electricidad y de vapores, será un inmenso laboratorio; y mientras en ciertas regiones se extenderán nieves eternas más lucientes que las corazas de mis ángeles , en otras hervirán volcanes, alzando sus trombas de fuego á lo vacío, y allá en sus últimos límites retumbará el trueno como la voz de la tierra, que llamará á su Creador en sus grandes perturbaciones y dolores.

EL OCÉANO.

Estoy solo, Dios mio; do quier revuelvo mis turbulentas olas, me encuentro solo; y ruedo sobre la tierra , que es mi eterno lecho. Yo quisiera subir hasta tí, hasta tu trono. Te llamo con la voz de mis huracanes, y no me respondes. Me lanzo á buscarte con el impulso de mis corrientes, y no te encuentro. Mando mis vapores á las alturas, y no llegan hasta tu gloria , y vuelven á caer como una lágrima sobre mi inmenso seno, siempre agitado y turbulento. Dime si en esa creacion que has extendido, hay algo más hermoso que el mar, que sus corrientes, sus ondas plateadas, sus coronas de espuma, sus cintas de algas, sus estelas fosforescentes , sus animales embrionarios que brillan en las gotas de agua como las estrellas en tu cielo. Dime si has hecho algo más hermoso que esta inmensa celeste llanura, envuelta , confundida en amoroso éxtasis con los aires que la besan eternamente. Dime si en los inmensos espacios tendrás un espejo que pueda reflejar mejor todo el brillo de tu diadema de mundos, de tus sandalias de soles , de tu manto de luz. Dime si habrá en algun astro más movimiento que en mis eternas alteradas ondas, más vege-

tacion que en mis bosques de corales , más luz que en mi inflamable fósforo , más vida que en mis infinitas criaturas, más belleza que en mi ligera ondulacion rizada por el áura, más amor que en mi seno anhelante de subir hasta tí á besar el polvo de tus plantas. Aquí, aquí solo, me extendo , y me extendo , y me dilato, y me pierdo, y nunca , nunca encuentro un límite. Tengo miedo de mí mismo, de mi soledad, de mi grandeza. Súbeme, y seré perla de tu corona, urna de cristal donde guardes los gérmenes de la vida, alfombra de tus plantas; y si esto es mucho, pequeña gota de rocío suspendida en la última hoja del árbol de tu gloria, como una lágrima de la eterna aurora.

EL ETERNO.

A pesar de tu inmensidad, no puedes conocerme, no; eres ciego, y no puedes llegar á conocer á tu Creador. Ni la inteligencia ni el instinto habitan en tu seno. Levantaos, levantaos, materias de la tierra; levantaos al eco de mi palabra.

LOS VOLCANES.

Nosotros somos la columna de fuego que ilumina los mares. Nuestro rojo penacho se refleja

en las aguas, y las enciende con su color de púrpura. La tierra respira por nosotros y envía á los espacios celestes sus candentes y enrojecidas nubes de fuego , que son como el calor de su vida. Nuestro fuego, nuestra lava se levanta de los cien cráteres, y sube , y sube , y no llega al cielo. Enviamos á las alturas cenizas, piedras abrasadas, llamas , como una oracion de nuestro pecho , para que llegue hasta el trono de Dios ; y cuando creemos que han cruzado los vientos, que han ido hasta tocar lo infinito y besar la sombra no más de la orla del manto del Eterno , vuelven á caer heladas y deshechas. Señor, óyenos, ó pondremos piedra sobre piedra, montaña sobre montaña , para conseguir que descanse un instante la planta de tu pié sobre nuestro cráter. Te llamamos con el hervidero de nuestras fraguas. Óyenos.

EL ETERNO.

Ese fuego se apaga con un soplo. Yo quiero que alumbre la naturaleza una luz más perenne y más viva. Levantaos, materias de la tierra, levantaos.

LOS MINERALES.

Aquí inmóviles y fríos esperamos tu visita, Señor. Pon el pié sobre nuestras piedras, y no se derrumbará la tierra al peso de tu grandeza. Aunque parecemos sin vida, aún sentimos una centella de fuego encerrada en nuestras moléculas, y corrientes de electricidad por nuestras venas. Estamos aquí en un trabajo lento, forjando el hierro para los soldados del Señor; el hierro que abrirá un día las entrañas de la tierra para tornarla fecunda. En tus manos, Señor, en tus manos, seríamos aún más poderosos. El aire corre, el agua se evapora, la electricidad huye, la luz centellea y se eclipsa y sufre desmayos; pero nosotros debemos ser los predilectos del Supremo Artista, porque inmóviles, perennes, pasivos, recibiendo las moléculas que vienen á nuestra superficie, la electricidad que sacude sus rayos en nuestras espaldas, el agua que se posa en nuestras concavidades, permanecemos siempre fijos, dispuestos á ser las piedras de tu trono, frías, inertes, pero bastante poderosas para resistir los embates de los huracanes y el continuo oleaje de los siglos.

EL ETERNO.

Yo levantaré un pedestal más firme donde poner la planta de mis piés. Levantaos, criaturas de la tierra, levantaos.

LAS PLANTAS.

Nos alzamos sacudiendo nuestras copas, y enviando al cielo nuestros aromas. La sávia que palpita en nuestro seno, es el acrecentamiento de la vida de la naturaleza. Hemos nacido del amor de la tierra con las aguas. Nuestras hojas descomponen el aire y lo purifican, y van alejando esta atmósfera brumosa, sofocante, que envuelve al globo. No hemos venido á romper la cadena de la vida, sino á continuarla con nuevos eslabones para unirla al cielo. Nuestros varios troncos son la dulce aspiración de la tierra á una forma mucho más hermosa. Recogemos la luz, y sacamos de su éther los más brillantes matices, y los reverberamos en los espacios con las verdes hojas y las gayas flores, dulces ilusiones de nuestro amor, ensueños de nuestra vida. Creemos, creemos, porque también nos sentimos encendidas por una centella de amor para nuestro Creador. En la corona de nuestras palmeras que flota allá en la re-

gion de las tempestades, en las copas de nuestros cedros, en nuestras gigantes ramas, pueden posarse los ángeles á descansar, cuando andan repartiendo en sus copas de oro la vida entre los mundos. La nube que pasa cargada de electricidad roza con las orlas de fuego de su manto nuestras copas, y la vemos perderse en lo infinito en p6s de nuestro Dios, y le confiamos un murmullo, una muda plegaria, porque oramos como todas las criaturas. Cuando nos sentimos impulsadas por la sávia que corre por nuestra corteza, enviamos en la expansion de toda nuestra exuberante vida al cielo aromas, esencia de nuestro sér vaporosa y ethérea como un pensamiento de los ángeles. Nosotras seremos, Señor, tus predilectas, y tenderemos en los espacios un gran lecho de flores perfumado por nuestro aliento, para que descansa nuestro Creador dulcemente, despues de haber concluido su maravillosa obra.

EL ETERNO.

Yo haré otro santuario más hermoso, más grande, más digno de mí que vuestras débiles ramas y vuestras fugaces flores que duran un día.

LOS INSECTOS.

Hemos nacido del amor de las plantas con los aires. En cada hoja de los árboles, ¡oh eterno Dios! hay tantos de nosotros como en tus cielos hay mundos. Lo infinitamente grande, los globos incandescentes, el hervidero de los soles no es tan digno de tus miradas como este polvo de séres animados que te llama al despertarse en los últimos límites de la vida, en las últimas esferas del sér. Hemos roto nuestra larva como la flor rompe su capullo, y queremos volar hasta tí. Como tú eres lo infinito en la unidad, nosotros somos lo infinito en lo divisible. Avivanos con un aliento de tus lábios, y festonearemos de orlas luminosas en la callada noche las largas ondas de tus mares; y cubriremos con los átomos caidos de nuestros leves cuerpos de polvo de oro la tierra; y descompondremos en nuestras alas un rayo de tu sol, dándole los matices del zafiro y de la esmeralda, y el azul de los cielos; y llevaremos en nuestro eterno zumbido una voz melancólica, una música triste á tus campos; y haremos con las hebras de seda sacadas de nuestras vestiduras cuerdas para la lira de tus ángeles; y llevaremos en la punta de nuestros agujijones á tus

lábios la miel más dulce y más regalada de las plantas; y tejeremos con nuestras luciérnagas guirnaldas de luces para tu templo, más hermosas aún que las guirnaldas de estrellas; y teñiremos con nuestra púrpura un manto para tus hombros, más encendido que el rojizo fuego de tus volcanes; y embriagados de amor te enviaremos una oración, cuando al abrir su corola dulcemente la flor, nos regale con sus aromas la gota de rocío guardada en su cáliz como una lágrima del Creador, que ama, así á los planetas que giran en los espacios infinitos, como al leve aligero insecto que nace en el último átomo del polvo de la tierra. Señor, ¿dónde encontrarás más vida?

EL ETERNO.

En mi criatura predilecta. Levantaos, levantaos, seres de la tierra. Levantos, porque quiero ver crecer mi obra.

EL REPTIL.

Yo me arrastro por los troncos de los árboles, recogiendo su sávia. Yo soy como una planta que vive del jugo de las plantas. Yo me poso en las hojas de los árboles, me agarro á ellas, y el viento se goza en mecarme como si fuera mis propias

alas. No puedo subir más. Si pudiera, me deslizaría hasta en los cielos y me agarraría á las estrellas. Porque también, también hay en mí un instinto de agradecimiento á mi Creador. Veo que las hojas se pliegan bajo mi cuerpo, y que el árbol gime como si temiera que yo le hiriese. ¿No es verdad, Señor, que yo no soy una escrescencia en la tierra? ¿No es verdad que no he venido yo á manchar y afean tu obra? ¿No es verdad que el árbol que quiere maldecirme ingrato, me necesita? ¿No es verdad que la vida no se pierde, sino que se dilata por todos los seres, y que yo acaso no sea más que una trasformación de la sávia de los árboles, como esos insectos, esas mariposas, son hojas animadas de las flores? Dejarme gozar del placer de vivir. Me bañaré en los torrentes, y me secaré en las plantas. Me esconderé en el seno de la gruta, y me levantaré por las montañas. Me sumergiré en estas nubes de aroma que exhalan los bosques, y me abrevaré en las gotas de rocío que destilan los árboles. Y esta vida que late en todo el Universo, recibirá también mi muda plegaria para llevarla hasta el que me ha dado el placer de vivir.

EL ETERNO.

Aún crecerá esa vida, aún. Creced, criaturas, creced.

EL PEZ.

Yo me pierdo en las profundidades inmensas de los mares. Aquí hormigean millones de seres en cada gota de agua; aquí se extienden bosques inmensos donde anida el embrión de nuevas vidas; aquí levantan las corrientes, que se entrecocan, solemnes ruidos; aquí el fósforo, que produce mi cola al girar sobre las aguas, alumbra los abismos de un color resplandeciente, como un cielo fugaz que se dibuja un instante en nuestros viscosos ojos. Las olas, al rodar, llevan luz, y parece como que ensayan un germen de mundos en sus centelleantes y pálidas estelas. Yo vuelo en las aguas, me regocijo de verme tan pronto reproducido y acompañado, me pierdo en las cavernas á devorar el sabroso pasto que me ofrecen las esponjosas plantas, me espacio en la líquida inmensidad; pero si pudiera, volaría en pos de otro mundo á preguntar por mi Creador y subir hasta el océano de la verdadera vida.

EL ETERNO.

¡La misma aspiracion en toda la vida! Otro ser subirá hasta mí.

EL ELEFANTE.

Tus volcanes y tus montes, Señor, no pueden ofrecerte el apoyo de mi gran espalda, dura como las piedras. Bajo mis pesadas plantas se pulverizan los minerales y se desgajan los montes. Yo puedo llevar sobre mis hombros un ara, un templo, y ponerlo con mi trompa en el lugar que tú mandes. En ese mar no hay vida, en esas piedras no hay movimiento. Compadecido yo de su inercia, las arrojo á las alturas para ver si sacuden su pesado sueño. ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hago en este mundo tan grande? En la callada noche, en el fondo más oscuro de las cavernas me entrego con mi compañera á mis amores, porque siento un deseo vivísimo de reproducirme, para que algún dia puedas trasladar tus mundos de un punto á otro del espacio en las espaldas de mis hijos. Señor, Señor, ¿para qué nos has hecho tan grandes, si no vienes á sentarte en nuestros lomos? ¿Para qué tan fuertes, si no hemos de sostener siquiera un instante el peso de la grandeza de un

Dios? Nosotros estamos apercebidos para el viaje que nos señales. Doblaremos nuestras pesadas rodillas y te recibiremos trémulos de alegría. Si no, mándanos uno de tus ángeles para que juegue sobre nuestras espaldas. Nosotros le enseñaremos, le enseñaremos el camello que pasa, el caballo que corre, el rinoceronte que nos sigue; recogeremos para rociar su frente agua de lo arroyos cuando tenga calor, y le tejaremos una corona de estas flores que se abren al beso del aire en las copas entrelazadas de los vírgenes bosques.

EL ETERNO.

Aún habrá en algunas de mis criaturas más fuerza.

EL LEON.

Yo soy, sí, yo soy el hijo predilecto de la tierra, soy el engendro de su fuego, y llevo en mi vida su calor. Respirando con libertad, corriendo por los desiertos á mi antojo, clavando mis garras en las encendidas arenas, exhalo de mis inflamadas narices un huracan abrasador; domino con mi majestad, con mi impotente apostura, todos los animales; sacudo mis guedejas como el sol sus rayos; llevo sobre mis espaldas vna coro-

na de oro cuando rollo mi flexible cola; agito con mi ancha lengua, al lamer las aguas, los tranquilos lagos; compito en mis rugidos, contestados por la soledad de los bosques, con el ronco sonar del trueno: y en la callada noche, cuando me tien-do en las cavernas, mis ojos lucen y destellan reflejos sangrientos entre mis espesas cejas, como las estrellas que brillan en los cielos tropicales entre las rojizas nubes de las tempestades. No, no puede haber otro dueño de la tierra. Señor, yo te lameré los piés, yo guardaré las puertas de tu gloria, yo velaré á la entrada de tu santuario, para que no interrumpa ningun sér tu meditacion divina; pero ya que brillo como el sol, ya que soy superior á todos los animales, ya que llevo en mi vida el calor de los desiertos, y alumbro en mis ojos las noches de los bosques, y corro por dó quier sin encontrar un enemigo que contraste mi fuerza, hazme rey de la tierra.

EL ETERNO.

No, no; tú no serás dueño de la tierra.

EL ÁGUILA.

¿Quién me quiere disputar el dominio de la tierra? Aunque me cueste un esfuerzo levantarme

de las rocas, pronto me señoreo de los vientos. ¡Qué hermosa entonces aparezco yo con mi azulado pico, mis negras garras, mis blancas alas, mis dorados ojos! Subo, y subo, y me pierdo en las alturas, y me acerco á Dios. Tendiéndome en la inmensidad, me dejo mecer dulcemente por los huracanes, que me saludan con sus ahullidos y se gozan en rizar mis plumas. Cuando estoy en la soledad de los vientos, mirando de hito en hito al sol, los bosques me parecen una hoja seca; los mares, una pobre gota de agua en que viven contentos mil esclavos séres; las montañas, polvo que he levantado al primer impulso de mi vuelo. ¿Qué sois vosotros, séres de la tierra, comparados conmigo? Mar, que te crees infinito y tienes un límite de arena; bosques inmensos, que ofrecéis vuestros aromas á los cielos y estáis pegados á la tierra; fuerte leon, que te ensoberbeces imaginándote dueño del mundo, porque arrastras tus guedejas por la jaula de un desierto; volcanes, que os alzais orgullosos disipando un fuego que, apenas resplandece, ya es ceniza; decidme, decidme si os podeis alzar de esa prision, mientras yo vuelo por el firmamento á mi antojo, más libre que los mundos. Desde aquí, desde este inmenso lecho, todo me parece pequeño. Mar, que gimes cuando

el viento te azota; volcan, que tiembblas cuando hierven tus gases; árbol, que te desgajas cuando te toca el rayo; leon, que te ocultas cuando el simoun levanta las arenas; envidiadme á mí, que juego con los vientos, que tengo por lecho el huracan, que rasgando el velo de las nubes, me levanto sobre sus sombras á mirar el sol, que llevo el rayo en mis garras, y desprecio el rugir de la tempestad que hierve bajo mis alas, como si fuera el agudo grito de mísera corneja. Señor, Señor, bendiceme, bendiceme, y llevaré en mis alas á tus piés las nubes, y bordaré con las chispas de los rayos las orlas de tu manto, y subiré en mis garras los séres de la tierra para sacrificarlos en tus aras; porque tú me has dado este aliento, este grito audaz que hiere las estrellas, estas resistentes alas, este impetuoso vuelo, para que me agite entre los mundos y domine la tierra. ¿Quién volará más que yo?

EL ETERNO.

Sí, sí; otro sér volará más que tú, estará más cerca de Dios.

EL RUISEÑOR.

En la callada noche, cuando la luna melancó

33208

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, N. L.

lica quiebra su luz en las cascadas y se retrata en la linfa de los arroyos; cuando el árbol cargado de flores sacude su copa al beso del áura llena de perfumes; cuando espiran uno tras otro los ruidos del día, perdiéndose en los valles y en los montes; cuando el misterio de las sombras cubre los campos, cuyas yerbas se rizan y ondulan suavemente; en la rama de un arbusto, escondido entre el follaje, que gime al recibir las gotas de rocío, yo, desterrado del cielo, mirando á mi compañera, que extiende las alas sobre su nido embebecida y estática, entono un cántico que comienza por un quejido, y crece en ondulaciones de armonía, en gorgeos y arpegios delirantes, en largas cadencias, notas indecisas de mis dulcísimos amores, que enseñan á orar y á cantar á su Dios á todas las criaturas. ¿Por qué has puesto, Señor, este órgano en tus bosques? ¿Por qué has dado esta voz tan melodiosa á la naturaleza? Yo canto tan tristemente, porque quiero volar á tu cielo. Déjame que en vez de recoger las doradas pajas del campo para fabricar mi nido, recoja rayos de luz; y en vez de la blanca lana que dejan los corderos en el tronco de los arbustos, recoja los vellones de tus nubes; y en vez de estas hojas secas recoja algunas de tus doradas estrellas. Entonces

se apagaría la tristeza que hoy me consume y me hace gemir, y un cántico de triunfo se exhalaría de mi arpada garganta. Levántame hasta tí, y endulzaré con mis arpegios tu gloria, y cantaré en tu trono, y enseñaré á mis hijuelos, desde que salgan del nido, á gorgear tu nombre. Esta arpada garganta, que produce tan dulces cantares, ¿no ha de caer sobre un corazón que la agradezca y la ame? El arroyo corre y no se detiene á escucharme; la hoja del árbol se cae y no oye mis lamentos; el aire pasa y se lleva ¡ingrato! mis cánticos, y no los mece dulcemente sobre todos los séres. ¿Para qué quiero cantar? Óyeme. Di si has escuchado alguna voz más dulce, algún cántico más solemne y más triste, algún gorgeo que más se parezca á la mística oración de los ángeles. Yo canto porque te llamo; canto porque quiero subir á tu gloria; canto para que me escuches en medio de la armonía de tus mundos; canto porque soy el profeta del espíritu, el que viene á anunciar á la tierra la última transformación de su vida; canto para que cuelgues mi nido del árbol de la eternidad cuando se caigan las estrellas como las hojas secas de un árbol.

EL ETERNO.

El cántico del ruiseñor es el presentimiento que tiene la naturaleza de que va á nacer la más perfecta de las criaturas terrestres.

CORO DE ÁNGELES.

Señor : hemos visto la tierra, y aún estamos suspensos y admirados. Los mares ruedan reverberando la luz de los cielos, y entonando en sus olas una inmensa plegaria; los minerales se forjan en los antes líquidos lechos de fuego; los volcanes lucen como antorchas encendidas para iluminar tu carrera por los espacios; las grandes cataratas elevan al cielo sus blanquecinos vapores, que descomponen la luz de los astros; los árboles despliegan sus anchas copas sacudidas por el viento; las flores exhalan sus aromas y brillan con todos los matices del iris; los insectos vuelan, formando nubes de oro con sus alas matizadas y resplandecientes; los reptiles arrastran sus verdosas colas por las plantas de anchas hojas, y levantan sus purpurinos áspides entre la fresca yerba; los grandes cuadrúpedos corren, saltan por montes y por valles, poseídos de la alegría de vivir; las aves abandonan sus nidos, y exten-

diendo sus alas se lanzan cantando á los cielos como un coro infinito de mil varias armonías; y el aroma de una vida exuberante sube, sube hasta perfumar con su esencia tus cielos. ¿Para quién, Señor, para quién es tanta vida?

EL ETERNO.

Para la última de mis criaturas: para el hombre.



EL ANGEL Y EL HOMBRE.

JORNADA PRIMERA.

El primer rayo de la primer aurora brilla sobre los confines del Eden. El aire puro y trasparente se condensa en grandes y corpulentos vegetales, de cuyas hojas festoneadas de luz salen nubes de dorados insectos, semejantes á menudas centellas despedidas por la sávia que late en el seno de la immaculada naturaleza, con el mismo ardor con que late la sangre en un corazon apasionado y jóven. La flor se abre dulcemente agitada por la primera electricidad de la vida, y en su corola y en su cáliz sus castos amores celebra, inundada de placer, con el rayo del sol, que al deslizarse entre sus pétalos recibe deliciosos aromas, y le dá en cambio todos los matices de brillantes y variados colores. En este hermoso instante del mundo, el aire suspirando como el aliento de la

naturaleza y envolviendo á todos los séres; la luz quebrando sus rayos en las cataratas y suspendiéndose trémula sobre la dormida superficie de los lagos; la electricidad quemando las semillas que caen sobre la tierra blanda y esponjosa para que broten á su calor nuevos árboles; la flor, presentimiento sublime de la idea, trasformando la vida de las plantas, recogiendo con amor un rayo del sol para vestirse de colores, otro para endulzar y trasformar sus jugos, devorando con sed anhelante las primeras gotas de rocío depositadas en su cáliz por la primer mañana del mundo, recogiendo la sustancia de la tierra para esparcirla por todas sus venas, y lanzarla despues á los cielos convertida en esencias y en aromas; los varios animales bañándose contentos en el aire perfumado por las plantas, y encendiendo nuevos gases, nuevos elementos de vida en la combustion continua de su sangre; las aguas levantando como una nube de incienso sus primeros plateados vapores á las alturas, y cayendo en menuda lluvia sobre los bosques vírgenes; unos séres saliendo de otros séres como una cadena inmensa de organizaciones hermosísimas que se enlazan en armonias sin fin; todo cuanto se mueve y se agita, aires, luz, electricidad, flores, aroma, sávia, ani-

males, celebran la primer festividad de la vida y cantan el primer misterio del amor. El Edén es como el prólogo de la futura vida. Grandes montañas lo cercan, en cuyas cúspides la nieve descomponen la luz en violeta y rosa; verdes y menudas plantas se extienden por sus valles, que ostentan anémonas, azucenas inundadas de rocío; los bosques se agitan en un himno producido por el aire, cuyo soplo mece las hojas y ramas de la palmera, que eleva su ancho cogollo en lo infinito de los eternos cedros, de los plátanos oprimidos por la amorosa yedra; torrentes cristalinos se despeñan entre sus riscos, y vienen á formar un lago ligeramente rizado, que al dormirse, recibe los rayos del sol, y reflejándolos finge un mar de estrellas en perpétuo movimiento; los insectos se mecen sobre las flores, recogiendo en las aéreas alas sus átomos; los reptiles se enroscan en los árboles, cinéndoles como anillos de brillantes colores; los grandes cuadrúpedos saltan inocentemente por la inmensidad, jugueteando con todas las cosas que á su paso encuentran; las aves suspendidas en un círculo sobre el Edén elevan á los aires en un gorgojo continuo el concierto inmenso de la tierra; y los séres todos, los luminosos en su resplandor, los inertes en su resistencia, los or-

ganizados en su armonía, los activos en su movimiento, muestran que están en la primer florecencia de su vida, y que guardan el eco del verbo, de la palabra creadora en su tranquilo seno. La naturaleza refleja en este momento divino, con todo su esplendor, la idea madre, la idea arquetípica, que en la mente de Dios es su eterno modelo. La copia se acerca á su celeste norma, como se acerca al fuego el hierro enrojecido. Las cosas se enlazan en dulce armonía y se conciertan en sublime unidad, pues toda discordancia es imposible cuando el mundo reposa tranquilo en el regazo amoroso de Dios, como el niño recién nacido que se prende al pecho de su madre. La luz que baña el Edén, es un reflejo de la divina luz; la vida que corre por sus campos, es una gota del celeste licor que Dios ha dejado caer desde su trono de soles sobre el caos. El ideal divino que ha precedido á la creacion, está encerrado en todas las cosas, desde la humilde hoja de yerba que se oculta en el fondo del valle, hasta la flor que abre su perfumada corola en la copa de los árboles, como aspirando á la extension infinita de los cielos. La naturaleza, en este instante, en su poética vaguedad, toma todas las formas, se ciñe todas sus vestiduras; plateadas gasas que van pa-

sando sobre su seno palpitante, y que dejan entrever hasta la esencia misteriosa de la vida. Los seres se regocijan en la luz, se bañan en la vida universal, y todos tienden á tomar alas para volar al cielo. La naturaleza se levanta en una aspiracion continua, incesante, desde la raiz informe del sér hasta las organizaciones más perfectas, como si aspirara á buscar un intérprete del pensamiento que lleva oculto y sin conciencia en su seno, un sacerdote que encamine la oracion que se desprende de sus ecos, de sus conciertos, de sus plateados vapores; un lazo misterioso que la une á Dios, presintiendo en el sueño informe de su existencia que la vida y el secreto de la vida están en el espíritu. Así los seres se dicen entre sí en el concierto de sus mil voces:

TODOS LOS SERES DE LA TIERRA.

Hemos enviado al cielo nuestros rumores, nuestras armonías, nuestra voz, el vapor de las olas, el fuego de los volcanes, la chispa eléctrica que al rozarse despiden los metales; el susurro del aire en los bosques, el aroma de las plantas, el rugir del leon en el desierto, el mahullido del tigre en la caverna, el grito agudo del águila, el cántico dulcísimo del ruiseñor, el tremendo reso-

plido de la tempestad, y el cielo nos dice que vivamos contentos en la cuna celeste de los ethéreos espacios. Pero por más que nos alzamos en la escala inmensa de la vida, no podemos formar, no podemos producir un espíritu. Ni el soplo del aire, ni la chispa de la electricidad, ni el aroma de la flor, ni el gas que exhalan las plantas, son un pensamiento. ¿Y por qué no hemos de expresar la eterna union de la naturaleza con Dios? Las cosas vienen del cielo, como los átomos luminosos vienen del sol; pero quieren volver al cielo, como vuelven al sol los rayos cuando se duermen en el inmenso lecho de los mares. Mas para elevarnos al cielo, á Dios, no basta la fuerza inmensa que hay esparcida en los inmensos espacios. Hemos querido formar un sér que interprete nuestro secreto, que levante al cielo nuestra oracion, y en el crisol inmenso de la vida hemos arrojado la esencia más pura del aire, la chispa más encendida del fuego, la corriente más impetuosa de la electricidad, el relámpago que brilla, el rayo que hierve, la luz, que es el eterno amor de la materia, fecundando todas las cosas. Venid, plantas, y exhalad aquí aire vital; venid, animales, y derramad aquí gotas de vuestra sustancia; venid, sales de la tierra, y poned aquí

vuestra sustancia; ven, magnetismo que agitas al globo, y arroja amoroso en esta gran infusion de la vida tus corrientes, para que podamos formar una sustancia inquebrantable. Hemos visto pasar los ángeles, que venian por mandato de Dios á pintar las flores, á dorar con el éther luminoso los astros, á verter la copa de la vida en la nada, para que la nada se tornase fecunda, é imitaremos sus hermosas formas, que se han dibujado un instante en las ráfagas del huracan, más luminosas que el brillar de los rayos en los tremendos sacudimientos de la tempestad. Tallaremos en los montes la colosal figura de nuestro sacerdote. Levantaremos peña sobre peña para que toque al cielo. Le pondremos en el pecho un volcan. Abriremos un hueco inmenso para sus ojos, y por retinas engarzaremos en sus ojos dos estrellas. Reunámonos todos los séres, reunámonos para formar nuestro sacerdote. Parlero ruiseñor, dále tu voz; fuerte leon, dále tu impetu; floridos bosques, infundid en sus venas vuestra sávia; aguas de los mares, depositad en sus fibras vuestras sales; águila de los vientos, préstale tus alas; rosa de los valles, perfúmallo con tus aromas; inmensa catarata, impúlsalo con tu movimiento; rayo que chispeas en la inmensidad, cíñele una diadema de

fuego; huracan, levántalo en tus ráfagas, si es posible, hasta lo infinito, para que sea la condensacion sublime de la vida; y así nuestro sér se dormirá en Dios, como se duerme la onda en el seno de la inmensa playa. Realicemos lo infinito en lo finito. Séres inorgánicos, traed la luz, el magnetismo, la electricidad, y crearemos el movimiento de la vida; séres organizados, traed vuestra sensibilidad, vuestra armonia, vuestra fuerza, y tendremos un inmenso sér. El cielo escuchará su voz, que será tonante; admirará su grandeza, mayor que los altos montes donde se dilatan las perpétuas nieves; y las nubes dormirán tranquilas en su seno; y los vientos agitarán de continuo su inmensa cabellera de abetos y de pinos; y la casta luna besará sus lábios en la callada noche; y el mar se tenderá á sus piés dormido como un lago; y todos los séres le rodearemos en un inmenso círculo, para infundir en sus venas nuestra sangre, y darle el hervor de nuestra vida. Nuestras organizaciones se extienden como una pirámide inmensa, desde las últimas y espesas sombras de la tierra, hasta la vivida claridad de los cielos; nuestra vida flota entre el límite oscuro de lo finito y los deslumbradores abismos de lo infinito; nuestra sustancia palpita

en el grano de polvo, en la gota de agua, en el suspiro del aire, llenándolos de séres; nuestra existencia se dilata como la luz en el espacio, porque Dios nos ha sellado con el sello de su grandeza; ¿y no podremos formar con tanta vida un nuevo sér?

EL ETERNO.

No. ¿Qué sois, pobres átomos perdidos en el abismo de mi creacion? Débiles mariposas, que habeis nacido de la negra horuga de la nada, os creéis inmortales porque en vuestras alas de encaje se dibuja un rayo del sol, fugaz como una ilusion. Aunque llenara de mundos la infinita distancia que os separa de mí, aún la materia no habria borrado el límite infranqueable que de su Dios la aparta. Léjos de vuestras esferas, y de la gravitacion de vuestro sol, he arrojado mundos, cuya luz nunca llegará hasta la tierra. Entrad, séres de la creacion, en la esfera de vuestra vida, y no queráis, porque os veis tan hermosos, usurpar á Dios su voluntad y su idea. Por más que ethericeis vuestra vida, nunca el aroma que se disipa, el vapor que se pierde, el aire que huye, la luz que se oscurece, podrán llegar á ser un espíritu. Mi soplo pacificará el oleaje de vuestra vi-

da, inocente como un pensamiento, pura como el primer ensueño del mundo.

CORO DE ÁNGELES.

La tierra ha obedecido á tu mandato, Señor, y se sonríe resplandeciente de hermosura en su Edén. Tu soplo ha pasado por su agitada superficie, y le ha infundido la alegría y la paz, como la brisa sosiega el mar conmovido por las tempestades. Todos los séres aguardan la visita de tu enviado, Señor. Los minerales ya han ensayado todas sus cristalizaciones para recoger la luz de sus ojos. Los vegetales ya han convertido su sávia en flores para perfumar su cuerpo recién nacido. Los animales se aprestan á obedecerle, á seguirle, á desbrozar su camino, á calentarle con su aliento, á ofrecerle su vida. La aurora del día del espíritu resplandece en los confines del mundo. El sol lanza sus rayos más puros, el torrente sus más sublimes notas; el lago se duerme en un sueño infinito de amor; la luna besa con sus argentados resplandores más dulcemente aún la copa de los árboles, y se mece en la onda rizada por el áura; las aves se suspenden, como arpas vivientes, de las ramas, y dan voz al presentimiento de la naturaleza; los bosques forman con sus gigantescas

ramas gigantesca cuna en que sacuden sus corolas las rosas, los jazmines, las violetas, las verbenas y las infinitas flores perfumadas por el aliento creador; el cielo se viste su color más claro y más azul, para transparentar mejor el reflejo de la eterna presencia del espíritu divino en la creación; las estrellas vuelan á bañarse en el impalpable éther, para lucir con nueva luz en la última y más hermosa festividad de la vida; y mientras el mar retrata todos los resplandores de la celeste bóveda en sus movibles olas, un inmenso iris cruza la tierra, porque la luz ha querido ostentar todos sus colores en el instante mismo en que va á nacer el predilecto de tu omnipotencia, el que va á llevar á todas las cosas tu eterna palabra, y va á dar una interpretación á todos los secretos, un sentido á todos los misterios que has ocultado en el seno de la naturaleza.

II.

El Eterno se inclinó sobre la tierra, perdida en las inmensas arenas de oro que forman los mundos y los astros. La luz resplandecía sobre su frente, y la palabra creadora vagaba aún por sus labios. Concentrábase más en sí mismo en este instante, que al crear todos los soles y dar su armonía y la gravitación universal á las esferas. Los serafines habian callado, y miraban arrobados y estáticos el pensamiento que cruzaba por la eterna mente. Despues de haber creado los astros, los minerales, las flores, los seres que vagaban en los aires y en las aguas, parecia á las criaturas que la palabra divina no habia de producir una maravilla mayor en los espacios. Era aquella, sin embargo, la hora verdadera, la hora suprema de la creación. Todas las formas se iban á enlazar en una forma; todas las sustancias se iban á conden-

sar en una sustancia; todos los seres se iban á unir en un sér superior, que llevara eternamente en sí el reflejo de Dios y el eco de su palabra. La tierra, fraccionada como un espejo que Dios hubiera estrellado contra los espacios, iba á entrar en la unidad de la vida. El Universo, alejado de su Creador, suspendido aún sobre el cáos, con el cendal de su cuna á sus piés, iba á tener un lazo que lo uniera en dulce armonía á los cielos. Los seres organizados, que se esforzaban en vano para escribir un pensamiento, para modular una oración, iban á trasformarse en el seno de la nueva criatura, destinada á levantarlos en sus brazos á lo infinito. El sopro de Dios tocó el polvo de la tierra, y un gran remolino se levantó hasta el cielo. En aquel momento la mirada divina inundó de luz la oscura nube de polvo, y sus átomos vinieron á caer enrojecidos sobre el Edén, como caen sobre el cráter las ardientes cenizas de la erupcion del volcan. En el mismo instante todos los ángeles, todos los serafines, todos los mundos, todos los seres prorrumpieron en un cántico que inundó de alegría el cielo y la tierra, el Universo y la eternidad. A este cántico, la ténue materia, enrojecida con el fuego celeste, comenzó á irradiar la luz de la vida. El hombre se despertaba en la

naturaleza, como se despierta una inspiracion en la mente del poeta. El último sueño de la nada se desprendia de su sér como una sombra. El entorpecimiento de la primera vida le tenia postrado como esas estátuas que necesitan el último golpe del cincel del escultor para irradiar una idea. Su organizacion se habia concluido. Se habian sus piés agarrado como dos raíces á la tierra; se habian extendido sus brazos como dos ramas á las alturas; latia su pecho, recogiendo el primer suspiro de aire, con un anhelo infinito; habia su sangre abrasado con la primer combustion de la vida todo su cuerpo; habia oscilado por vez primera su corazon, como osciló el mundo recién creado en los espacios; habia abierto sus ojos, iluminados ya por el albor del espíritu; se habia redondeado su cabeza, como el boton de una flor que guardaba en sí un nuevo Universo; y aun no se movia, y aun no sentia, aunque sus labios vibraban como si quisieran producir el último y más asombroso esfuerzo de la creacion, la ethérea, la impalpable palabra.

LOS SÉRES INORGÁNICOS.

Tú eres nuestro. Tu cuerpo brilla como brillan los metales. En tus ojos se vé engarzado nuestro

crystal. Tus cabellos son hebras de oro que caen sobre tus espaldas. Tú eres un poco de polvo enrojecido en el gran horno de la vida. Hemos visto los átomos que te han formado, y te sentimos en nosotros, y nos sentimos en tí. Tú no has venido á dejarnos aqui frios é inertes, sino á despertar una nueva sustancia en nuestras moléculas. ¡Oh! El fuego de tu vida nos atrae. Dios ha oido nuestra oracion, y te ha mandado para que nos cinceles, para que nos des tu forma, para que nos levantes hasta tu esencia, para que derrames por estas nuestras frias moléculas todo tu fuego. Por eso ha hecho tus carnes de nuestros átomos.

LAS PLANTAS.

El dueño de la creacion es una planta. Sus fibras son como nuestras fibras, su sangre es como nuestra sávia, su aliento como nuestro aroma, su cabeza como nuestras flores, sus piés como nuestras raíces, sus brazos como nuestras ramas, su cuerpo como nuestro fuerte tronco, y su crecimiento es como nuestra expansion en el espacio. Tú has sido plantado en la naturaleza por el gérmen de la palabra divina, que aún guardamos en el rumor de nuestros bosques. Cuando sacudas tus cabellos, derramarás flores; cuando sientas y

goces, una lágrima se suspenderá de tus párpados, tan pura como una gota de rocío. Tu aliento nos regocija, porque tú eres una planta, y escondes la cabeza en el cielo, y amas el aire libre, y te refrigeras con la lluvia, y recoges amoroso la luz; y por eso nuestras hojas, desprendiéndose sobre la tierra, formarán un lecho para tus amores, nuestra yerba se tenderá á tus plantas, nuestras copas serán tu hogar, nuestros arbustos tu apoyo, nuestros frutos tu alimento, y te gozarás en recoger la miel destilada de las flores, y la olorosa goma que corre por nuestra corteza.

LOS ANIMALES.

Ha venido á la tierra nuestro dueño. Reunámonos en círculo inmenso á su alrededor, para ofrecerle nuestra vida. Sus nervios, agitados por la electricidad, son nuestros nervios; sus músculos son nuestros músculos. Hemos ensayado en nuestras especies varias copias de un tipo superior, y hé ahí el que buscábamos, resplandeciente de hermosura. Insectos que vivís, átomos animados en las fibras de las plantas; zoófitos que encendeis con vuestros cuerpos el polvo de la tierra; infusorios que os moveis en las gotas de agua; grandes cetáceos que agitais las ondas; aves que po-

deis cortar con vuestras alas los azules aires; cuadrúpedos que vivís en el seno de los bosques, venid, venid á ver el conjunto superior de todas las formas, el centro donde se reunen los rayos dispersos de la vida. El dueño de la tierra es más que una planta, más que un metal; es un sér vestido con nuestras carnes, sustentado por nuestros huesos, movido por nuestros músculos, agitado por nuestra electricidad, encendido por nuestra sangre, animado por nuestro aliento. Por eso las mariposas vuelan á su alrededor como en torno de una flor; y las grandes serpientes forman círculo de brillantes colores á sus plantas; y el leon le lame las manos; y el tardo elefante le ciñe una corona de yedra y de violetas que ha traído en su trompa; y el ruiseñor gorgea dulces cantares en sus oídos; y la blanca paloma se posa sobre sus hombros; y la dorada abeja trae miel á sus encendidos labios; y el cisne se desliza á su lado ostentando sus plumas de nieve; y el águila, y el condor, y todas las aves abren las gigantes alas sobre su frente, sellada con un beso de Dios.

LA NATURALEZA.

La vida impalpable que fecunda tantos séres,

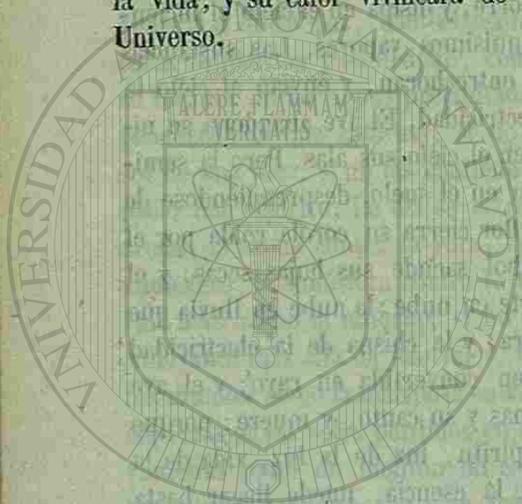
se irrada de mi seno, como la luz del disco del sol. Yo soy el ancho espacio en que se extienden todas las cosas; yo soy el tiempo que mide los latidos de los seres; yo soy la fuerza que sostiene los mundos y arroja los átomos en el hervidero de la materia, para producir nuevas sustancias. Todo se enlaza y se une y se identifica en mí. Yo soy desde el copo de nieve que cae en los montes hasta la corona de fuego que llevan los mundos, desde la gota de agua evaporada en el aire hasta el ilimitado Océano, desde el animal embrionario que se despierta en el barro de la tierra, hasta la organización del hombre que se levanta en la cima de la creación. Y he formado mis seres de una vez, en su totalidad, encerrándolos en los moldes inquebrantables de mis formas. Yo he vestido de colores la flor, de espumas el mar, de matices la alas del ave; yo he pintado con el rayo verde de la luz las plantas, y con el rayo violeta he fecundado la corola de las flores, y con el rayo azul he inundado los cielos de etéreas esperanzas. Pero la espontaneidad infinita de la naturaleza no puede bastar á la vida. Me he levantado desde unos seres á otros seres, desde unas organizaciones á otras organizaciones, para hacerlas digno santuario de la idea. Pero, Dios, eterno Dios, tengo sed

del espíritu. Envíalo envuelto en tu fecundante soplo, y yo lo encarnaré en la más hermosa de mis formas. Yo creí haber producido el espíritu; en los átomos de la materia encerré aire, en los átomos de aire calor, en el calor electricidad, en la electricidad impalpable fluido magnético; y no he podido producir un espíritu, porque el espíritu sólo puede venir de Dios.

LOS ÁNGELES.

Señor, ya lo oyes: la naturaleza tiene sed, y sed anhelante, del espíritu. Arroja sobre ella la cadencia más dulce de tus divinas armonías, la centella más encendida de tu amor, el soplo más vivificador de tus labios, la irradiación más clara de tu palabra. ¿Qué son ante el espíritu todas las cosas? Los soles son como lágrimas de luz caídas en una eterna noche, los seres de la tierra como hojas secas arrastradas por un viento helado, el Universo como una sombra extendida en los espacios. La naturaleza sin el espíritu, es como el cielo, como la eternidad sin Dios. El mundo necesita recrearse contemplándose á sí mismo, dále un espejo; necesita unir todos sus seres dispersos, dále un tipo que sea resplandor de tu unidad

envia, envia tu más puro aliento, y el espíritu será como la última y más hermosa explosión de la vida, y su calor vivificará de nuevo todo el Universo.



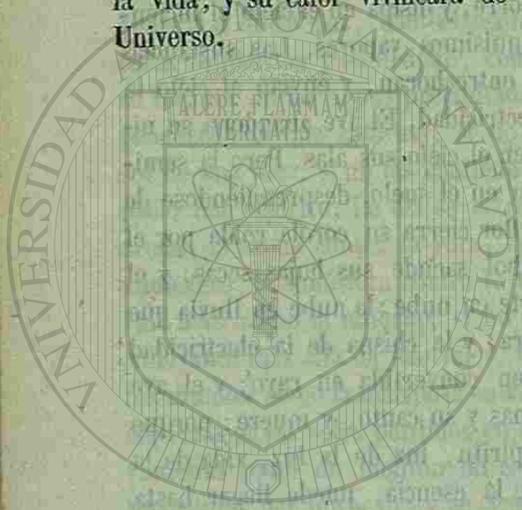
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III.

El Eterno, oyendo la voz de la naturaleza, puso su mano sobre el corazón del hombre, nacido del polvo de la tierra. En el mismo instante sintió Adán el placer de vivir. La sangre corrió encendida por sus venas, como la sávia de la primavera por la corteza del arbusto, que esparce su vida en flores. La respiración comenzó á recoger aquel aire purísimo, perfumado por las emanaciones de los primeros árboles que levantaron sus ramas en la tierra recién creada. El corazón latió con la alegría infinita de la primera vida. Los ojos retrataron el primer albor de la luz que sonreía en los immaculados horizontes. Su pecho se abrió para recoger el aroma exhalado de toda la naturaleza, y sus átomos se regocijaron al moverse en la elaboración de la vida y absorber por sus poros las esencias misteriosas de todos los seres. Era aquel estado como

envia, envia tu más puro aliento, y el espíritu será como la última y más hermosa explosión de la vida, y su calor vivificará de nuevo todo el Universo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III.

El Eterno, oyendo la voz de la naturaleza, puso su mano sobre el corazón del hombre, nacido del polvo de la tierra. En el mismo instante sintió Adán el placer de vivir. La sangre corrió encendida por sus venas, como la sávia de la primavera por la corteza del arbusto, que esparce su vida en flores. La respiración comenzó á recoger aquel aire purísimo, perfumado por las emanaciones de los primeros árboles que levantaron sus ramas en la tierra recién creada. El corazón latió con la alegría infinita de la primera vida. Los ojos retrataron el primer albor de la luz que sonreía en los immaculados horizontes. Su pecho se abrió para recoger el aroma exhalado de toda la naturaleza, y sus átomos se regocijaron al moverse en la elaboración de la vida y absorber por sus poros las esencias misteriosas de todos los seres. Era aquel estado como

una embriaguez de la vida; como una comunicacion del hombre con todas las sustancias primeras que se derramaban, ávidas de una nueva trasformacion, por sus venas abiertas al mundo exterior; como un sueño magnético producido por el primer florecimiento de la existencia. La vida de la naturaleza era en sus labios lo que la primer gota de la leche maternal en los labios del niño recién nacido, é involuntariamente prorrumpia en estas palabras, apegado como estaba al regazo de la tierra:

ADAN.

Soy el lago que retrata la luz, el ave que se pierde en cielo, el soplo de aire que mueve las hojas de los bosques, la mariposa que se baña en el aroma de las flores, el leon que corre, el salto de la gran catarata que se desgaja entre las peñas. Toco cuerpos y más cuerpos, y no sé ni qué son ni qué soy. Percibo aromas que me embriagan, y no acierto á distinguir si vienen de mí, ó vienen de las cosas. ¿El rayo de luz se exhala de mis ojos, ó son mis ojos los que recogen el rayo de luz? ¿El sol es mi retina que mira al cielo? ¡Oh! Me pierdo en el seno de todos los seres, en el polvo de luz que levantan los astros, en el movi-

miento perenne que produce la vida. Este peñasco es demasiado grande, y amenaza al hombre, tan pequeño. Esta catarata me asusta con su ruido. ¿Si querrá tragarme y confundirme en sus negros abismos? Este bosque es oscuro. Estas grandes serpientes son las ligaduras que me van á atar á la tierra. ¿Qué soy yo? No lo sé, no lo sé, no lo puedo acertar. Siento el zumbido de la vida que vaga en mi seno; pero esa vida está fuera de mí. Naturaleza, seres que pasais en grandes torbellinos ante mi espíritu, recibidme en vuestro seno.

LOS ÁNGELES.

El hombre se ha dejado caer, como poseído del vértigo de la primera vida, sobre un lecho que las flores han formado con sus perfumadas corolas. Aún no ha conciliado un dulce sueño, y ya siente un soplo consolador que acaricia su rostro. Incorpórase agitado, abre su pecho para respirar el nuevo aliento de Dios, destella de sus ojos una luz más clara, y muestra su faz radiante de alegría, como poseído de un extraño arrobamiento.

ADAN.

Me siento crecer, toco ya con mis manos los últimos límites del sér, y veo á mi alrededor volar los astros como antes volaban las aves, y me parece la tierra una sombra que se ahuyenta. ¿Qué música oigo? ¿Qué armonía rueda por mis oídos, como el rumor que la onda produce al estrellarse en la playa? ¿Por qué esta armonía penetra en mí, se derrama por mis venas, mueve mis átomos, impulsa mi sangre, y dá á mi respiración una alegría infinita? No acabes nunca, nunca, nunca, dulce cántico. Sigue, sigue, armonía delirante, que te exhalas de lo infinito, envolviendo los mundos como el torrente envuelve en sus espumas las hojas desprendidas de los árboles. Un negro velo ha caído de mis ojos, como se desprende la nada del Universo, la nada, que era el embrion del sér. Mi vista se dilata, se espacia en un mundo superior á este mundo, que náda en éther más luminoso que el sol y las estrellas. Y á su voz veo el tiempo, del cual pende el Universo, como una misteriosa lámpara, y veo el espacio como el Océano en que vagan perdidos todos los séres. Ven, dulce inspiración, toca con un beso mi alma, abierta á tu palabra, á tu cán-

tico y á tus colores; ven, é impulsa con más fuerza por mis venas la corriente de la vida. A tu aliento me alzo, me transfiguro, veo el Universo trasparentarse como una gran urna de cristal en cuyo fondo están tejiendo los hilos misteriosos de la vida las ideas primeras, las ideas madres de todas las cosas. En el fondo del arroyo veo una forma que se desvanece, y que produce las ondas á cada palpitation de su seno. En lo alto del cielo veo un ángel que sacude su cabellera, y llena de astros lo vacío. En las fibras de la flor veo un sér que está tiñendo con su sangre los pétalos y perfumando con su aliento el cáliz. En los átomos del sol veo espíritus que corren, que vuelan, que suben, que bajan, y que viven contentos en la molécula del misterioso rayo, como el infusorio en la gota de agua. En el iris que forma la catarata al recoger la luz, en la espuma de que se corona la onda, en el giro azulado del viento, veo séres impalpables, ethéreos, que suben al cielo cuando el ruiseñor, y todas las aves agitan la atmósfera en ondulaciones amorosas con sus cánticos. Mi forma, sí, mi forma, que antes me parecía tan pobre, se extiende como un velo sobre todas las cosas. El cielo ha sacudido sus gigantes alas, y ha dejado caer las estrellas sobre mi seno,

como la mariposa al volar deja caer los dorados átomos recogidos de las flores. ¿Qué delirio, qué delirio hay en mí? Yo quiero copiar mi forma en la piedra; quiero tener con los colores de mi sangre, de mis venas, con el iris de mis ojos, las cosas; quiero dar mi voz, mi palabra á los seres que hierven á mi alrededor; quiero enrojecer en el fuego de mi vida la naturaleza. Pero ¿qué soy? ¿qué soy?

LOS ÁNGELES.

Señor, ¿no oyes? Tu criatura predilecta delira: completa, completa tus dones. Arroja sobre él nueva vida. Óyenos, Señor, óyenos. — ¡Ah! Tu mano se posa sobre su frente, como antes se había posado sobre su corazón. Ya se despierta en su seno nueva vida.

ADAN.

¡Oh! ¡Y me dejaba llevar de la corriente de los hechos y de las cosas! ¡Yo, yo! ¿Quién de vosotros, seres de la tierra, puede pronunciar esta sublime palabra? Me veo á mí mismo, siento correr mi vida por mi alma, si, por mi alma mucho más trasparente que el aire. Ya estoy cierto de mí, ya sé que soy y que existo. Todas las cosas

cambian, se mudan, se trasforman, corren impetuosamente; y yo, en el centro de la creación, las veo cambiar, mudarse, permaneciendo siempre el mismo, nuevo sol de la vida. Así, el mundo material crece, y se idealiza en mi mente por medio de la percepción de mi alma. Yo penetro con mi idea en la naturaleza, sobre la cual se levanta mi conciencia, como la luz se levanta sobre todos los astros. La naturaleza era un misterio oscuro, indescifrable, hasta que ha venido el espíritu; y el espíritu como un fantasma, hasta que se ha replegado en el seno de la conciencia. Ya me recreo en contemplarme á mí mismo, en penetrar en mi esencia. Venid, seres de la tierra, venid, que yo os enseñaré el secreto de la vida. El mundo se ha doblado desde este instante. Así como la estrella luce en el cielo y en el lago que dulcemente la retrata, el Universo luce en el espacio y en mi conciencia. Hora sublime de la vida, yo te bendigo, porque me has revelado el alma.

LOS ÁNGELES.

Aún no te ha visto, Señor, aún no se ha levantado hasta ti. Envíale el rayo de tu mente, la luz increada de tu espíritu. — Ya Dios nos escucha; ya una centella de su ser hiende los espacios,

eclipsa los mundos, llega hasta la frente del hombre, que parece próxima á estallar como un volcan en el primer instante de una comprimida erupcion.

ADAN (*cayendo de rodillas sobre la tierra*).

¡Ah! Ya te veo, Dios mio, ya veo la fuente misteriosa de la cual descende la vida en que me regocijo. Delante de tí la tierra es como la flor que mis pisadas marchitan. Abres la mano, y caen torrentes de vida sobre los espacios; sacudes tu cabellera, y cada uno de tus cabellos es un huracan que agita la máquina del Universo; abres los ojos, y ofuscas y borras la luz creada; alientas un instante, y al recibir tu aliento, la nada se puebla de miriadas de seres que te aclaman y te buscan; andas sobre lo infinito, y dejas por huella un surco de soles, una estela de mundos. Tú eres la vida. El Universo, sin tí, sería una eterna tempestad revolcándose sobre la nada en oscuras ráfagas é impotentes lamentos. Sin tí, el espíritu sería como una inmensa telaraña extendida sobre la caverna del vacío. Tú me has dado luz, por cuya virtud veo resplandecer todas las cosas. En tu seno mi espíritu y la naturaleza se penetran, se confunden, se armonizan como los aromas de dos

flores, como dos gotas de rocío caídas en una misma hoja, como dos estrellas fosforescentes que se funden para formar un nuevo astro. Ya sé quién tiene en sus manos el cincel que ha tallado los montes; ya sé quién ha pintado las flores; ya sé quién ha llovido el rocío de luz sobre los cielos; ya sé quién abraza en su seno el Universo; Dios, Dios que se ha revelado á mi espíritu. El mundo es á Dios lo que la gota de agua es al mar, lo que la hoja es al bosque, lo que el infusorio es al Universo. Señor, bendiceme, envía tu aliento sobre tu hijo que te llama, átomo de polvo perdido en la inmensidad. Tú eres sobre el Universo lo que es la conciencia sobre el espíritu. El trueno que la tierra hace estallar en los espacios, te llama; el relámpago luciente es el ala dorada de la naturaleza, que vuela en pos de su Creador á lo infinito. Seres de la tierra, venid. Abrasaos en el fuego del eterno amor, disipad vuestra sustancia en un holocausto, convertíos todos en una nube de incienso que se levante del altar de los espacios á Dios. Ya sé qué buscas, mar, con tus nubes y tus blanquecinos vapores, volcan, con tu fuego, ave, con tu cántico, flor, con tu aroma: buscais á Dios. Venid, venid. Dios se ha revelado á mi espíritu; yo le veo, sentado sobre lo infinito, envuelto en

las ráfagas de la luz increada, coronado por la eternidad, exhalando de su aliento la vida; sosteniendo con una mano el Universo material, con la otra el cielo donde vagan los ángeles; esparciendo en cada latido de su corazón el infinito amor sobre la naturaleza; lanzando de su frente el rayo de la inteligencia; diciendo á cada astro la cadencia, la nota que ha de formar en la música de las esferas; encerrando en la eterna palabra, que etérea y pura se desprende de sus labios, el ideal de todas las creaciones posibles; penetrando con su providencia todos los seres; reuniendo en el foco luminoso de su idea increada las ráfagas de todas las existencias esparcidas por los espacios; armonizando todas las obras en su eterno, en su absoluto, en su infinito ser. Dios mío, Dios mío, tanta grandeza agota mi espíritu. Esta visión puede romper y calcinar mi cuerpo, como la luz demasiado viva hace estallar el pobre sol que la contiene. Señor, callo, y oro.

LOS ÁNGELES.

La razón ha caído sobre el hombre, y lo ha levantado al cielo. Pende el espíritu humano de Dios, como la dorada fruta del árbol. Pero si el hombre, al brotar su vida, parecía el hijo de la

naturaleza, hoy parece el hijo del cielo. Señor, hazlo dueño de sí mismo. Las cosas creadas obedecen ciegamente á la fuerza de la naturaleza. El hombre debe llevar en sí mismo una ley. Así tendrá una fuerza invencible para someter á su dominio todos los animales. Así la tierra será su peana, y el cielo su dosel. Así su vida irradiará sobre la naturaleza su fuego creador. Señor, acaba, acaba de perfeccionar al hombre.

ADAN.

Siento una nueva fuerza en mi seno. Mi vida, que se esparcía en la tierra, que se evaporaba en el cielo, se encauza como el torrente despeñado al tocar el llano. Soy yo, soy yo el rey de la naturaleza. Todos sus seres me obedecen, me siguen. El león se acerca arrastrándose á mis plantas á lamerme los pies. El águila se para cuando la miro, y se cierne sobre mi frente. La mariposa deja su flor para mecerse en mi aliento. El ruiseñor abandona el bosque para gorgear sus trinos en mi oído. El árbol se inclina para derramar sobre mi cuerpo sus hojas. El arroyo, al pasar, recoge mi imagen en sus fugaces ondas. El áura me besa los labios. Las estrellas me miran, y me parecen el rayo de la mirada de los ángeles.

les. ¿Qué fuerza hay en mí, superior á las fuerzas de la creacion? ¿Qué elemento hay en mi seno, más poderoso que todos los elementos congregados? ¡Hay libertad, sí, la libertad! Yo te bendigo, santa libertad, reflejo de Dios en mi mente, fuego del cielo en mi corazon. Yo te bendigo, libertad divina, que me has dado el dominio de la naturaleza. Por tí mi espíritu es fuerte y es activo. Por tí mi vida corre en suave movimiento, reflejando el cielo. Por tí me levanto sobre la cúspide de la naturaleza, y veo que mi conciencia es más luminosa que el sol, mis ideas más innumerables que las estrellas, mi fuerza más poderosa que la atraccion en los espacios, mi voluntad más incontrastable que los huracanes y la cohesion de las moléculas, mi sér más inmenso que el mar. Me he despertado en el seno de la creacion, me he creído uno de sus séres; he pasado por un vértigo producido por la primer gota del espíritu caída en mi cuerpo, que ha humeado como el árbol herido del rayo; me he replegado en mi propio sér, en mi conciencia; he ido en mi vuelo hasta Dios, y me he anegado en su vida, como la flor que nace en el fondo del lago; y ahora, ahora siento la plenitud del espíritu, conozco las armonías con la naturaleza y con Dios,

porque siento despertarse en mí la libertad, sí, la libertad de mi sér, que me hace el dueño de la tierra.

LOS ANGELES.

Alabad á Dios, todas las criaturas de la tierra, con el concierto inmenso de vuestras infinitas voces: alabadlo, alabadlo. Desde la esponja que nace en el fondo del mar, hasta el sol que corona los espacios, alabad al Criador, porque ha producido el espíritu humano, la mayor de sus maravillas. El espíritu retrata la creacion, como el espejo de los mares el cielo; cuenta con el tiempo el movimiento de las cosas; mide con el espacio los límites de los séres; sonríe con el brillo de la imaginacion sobre el mundo una eterna sonrisa de amor, envolviendo el gran conjunto de la naturaleza en sus transparentes formas; interpreta el secreto que guardan todas las cosas, levantando la vida á lo infinito; reconcentra en su conciencia su propia sustancia, multiplicándola como el reflejo multiplica la luz; se alza más allá de los astros, hasta mirar frente á frente la eternidad; lleva en sí las ideas madres, los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que residen primordialmente en Dios; armoniza la na-

turala con el Creador; reúne en sí todos los resplandores de la vida; pues, mientras todas las cosas pasarán como fantasmas, mientras la tierra se hundirá, y se apagará el sol, y se convertirán en átomos de cenizas las estrellas, y se replegará el cielo helado por la muerte, el espíritu extenderá sus gigantes alas sobre el Universo arruinado, y aún sobre aquella desolacion universal resplandecerá como resplandece el sol sobre las tempestades, y alabará al Creador. Bendecid, bendecid á Dios, que ha producido el espíritu, seres de la tierra.

IV.

El hombre debía sentir en su corazón un inmenso vacío. La naturaleza despertaba sentimientos misteriosos en su alma. La luz que baja del cielo, que inunda con su purísima vida toda la creación, es el amor, sí, el amor universal, fecundando la flor, el ave, el agua, todas las cosas que se sienten heridas y animadas por su fuego. La flor tiembla, sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor. Los seres inorgánicos unen sus moléculas y hierven abrasados por la electricidad, que es el delirio del amor de la naturaleza. La luna va siguiendo á la tierra, y la tierra se regocija cuando el sol la besa, y el sol y las estrellas vuelan alrededor de Dios como la mariposa en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amores de los mundos. Un astro manda á otro

turala con el Creador; reúne en sí todos los resplandores de la vida; pues, mientras todas las cosas pasarán como fantasmas, mientras la tierra se hundirá, y se apagará el sol, y se convertirán en átomos de cenizas las estrellas, y se replegará el cielo helado por la muerte, el espíritu extenderá sus gigantes alas sobre el Universo arruinado, y aún sobre aquella desolacion universal resplandecerá como resplandece el sol sobre las tempestades, y alabará al Creador. Bendecid, bendecid á Dios, que ha producido el espíritu, seres de la tierra.

IV.

El hombre debía sentir en su corazón un inmenso vacío. La naturaleza despertaba sentimientos misteriosos en su alma. La luz que baja del cielo, que inunda con su purísima vida toda la creación, es el amor, sí, el amor universal, fecundando la flor, el ave, el agua, todas las cosas que se sienten heridas y animadas por su fuego. La flor tiembla, sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor. Los seres inorgánicos unen sus moléculas y hierven abrasados por la electricidad, que es el delirio del amor de la naturaleza. La luna va siguiendo á la tierra, y la tierra se regocija cuando el sol la besa, y el sol y las estrellas vuelan alrededor de Dios como la mariposa en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amores de los mundos. Un astro manda á otro

astro en el rayo de luz su ósculo de amor. El aire se suspende sobre la tierra, le cuenta sus amores en sus murmullos, le pinta ilusiones en sus azules horizontes, la empapa con su rocío; y la tierra, absorbiendo su vida y trasformándola en el amor, se puebla de floridos árboles. Los séres ocultos en la gota de agua, en el grano de polvo, se reproducen y se aumentan al impulso de su amor. Las mariposas rompen su larva, extienden sus alas, y celebran sus amores con la flor, cuyos aromas las embriagan de placer. Allá, en el fondo de las cavernas, el leon, el tigre, el majestuoso elefante, se entregan á sus amores, y sus hembras cuidan de sus hijuelos con el celoso espíritu de la maternidad, que se dibuja en la luz de sus ojos. El agua va corriendo sobre la tierra, retratando el cielo, para producir flores en su amor. El ave cincela su nido en la copa del árbol; arroja centellas de sus lucientes ojos; salta de rama en rama, como si fuera juguete de corrientes infinitas de electricidad; extiende sus alas agitadas en incesante movimiento; riza sus plumas, que parecen exhalar una gran combustion; empolla sus huevos en un éxtasis misterioso; vuela, y vuela en pós de la luz á las alturas; afina su garganta, y enseña en la soledad de los bos-

ques á cantar á sus hijuelos en un gorgojo infinito que inunda de armonia los aires; y el movimiento que agita sus alas, y el calor que enciende su sangre, y la electricidad que sacude sus nervios, y el arpa que lleva escondida en su garganta, y el génio que le inspira sus cánticos, y la llama de la vida que arde en su breve y delicado cuerpo, es el amor, sí, el eterno amor de la naturaleza. La alondra, cuando al nacer el sol levanta su vuelo á lo infinito, va impulsada por el amor; la golondrina, cuando corta con sus negras alas rápidamente los aires, busca sus amores; el ruiseñor, cuando al morir el dia se suspende de las ramas de los árboles, y eleva su cántico melancólico, que va creciendo en notas duleisimas, como si quisiera herir los cielos, canta, canta su amor, y la palpitacion de ese amor conmueve, como si su corazon fuese inmenso, los aires. ¡Oh! El amor sostiene las estrellas en lo infinito, la atmósfera sobre la tierra, la molécula pegada á la molécula; enciende el gran horno de la vida, el fuego; abreva en su inmensa catarata, que viene de Dios, á todos los séres; dilata, extiende la luz en la inmensidad; derrama de su inagotable copa las semillas de todas las cosas, y palpita siempre uno, siempre idéntico, en el seno de la creacion.

¿Y el hombre habria de estar solitario, abandonado á sí mismo, en la naturaleza? La copa de la vida, que pasaba de sér en sér, ¿se habia de quebrar tan sólo al llegar á los labios del hombre? No, no. Esta soledad podia ser el más grande y más terrible de los tormentos. Ya era hora de que la palabra divina creara el alma de la mujer, la eterna mariposa destinada á recoger en sí los colores más espléndidos de la naturaleza; ya era hora de que viniese al mundo la esperanza de la renovacion de la humanidad; ya era hora de que se levantara la última y la más hermosa de las formas; ya era hora de que el espíritu del hombre tuviera un hogar, un templo, un santuario; ya era hora de que la eterna inspiracion se encarnara en una criatura; ya era hora de que el universal amor produjese al sér amante; ya era hora de que apareciese en el altar de la tierra, iluminada de esperanza, la más bella y la más santa de las obras de Dios, la mujer. Dios tocó el cuerpo del hombre, y despues el barro de la tierra. La mano divina dejó estampada una huella de luz en el polvo. En el mismo instante, como una de esas sonrosadas nubes que se levantan en el alba por los horizontes del mar, la mujer se despertó á la vida; y modelada como una armonía, ostentó su

cabeza, esfera hermosísima, resumen de todas las líneas reunidas en el Universo; su seno palpitante, su seno, cuna de la humanidad, agitado ya por el primer amor que se confundió con el fuego de su sér; sus blancas formas esmaltadas por las azules venas, que dejaban entrever el hervor del alma como un ligero velo; de suerte que Eva, sonrisa de la naturaleza, ángel de paz, en su casta y virginal desnudez, en la inocencia que exhalaba su arrobado mirar, en la palpitation de su pecho, en el resplandor celeste reflejado por su frente, mostraba haber nacido de un beso que el eterno amor diera á la tierra, para depositar en ella una copia del divino ideal de la hermosura. Pura, casta, luminosa, radiante de esperanza, Eva, vida de la humanidad, se levantaba en el Edén, trasparenteando su conciencia como un lago cristalino que enseña su fondo; reuniendo en sí toda la hermosura de la naturaleza, lo blanco de la nieve en su tez, el carmin de la rosa en su primer rubor, el brillo del rayo del sol en su cabello, el centellear de las estrellas en sus ojos; destinada ya á sostener en sus rodillas la cabeza fatigada del hombre; á ofrecer la inspiracion en su ardiente fantasía; á ser la forma de la idea; á guardar bajo sus alas castísimas la frente de su com-

pañero en las grandes tempestades; á purificar el instinto ciego del sentido con el amor del alma; á sonreír sobre toda la creacion, como la luz del espíritu; á sosegar la fèrvida naturaleza humana, como la brisa sosiega con su beso las alteradas ondas de los mares; á guardar en su corazon, vaso hermosísimo, la miel más dulce y más regalada de la vida. Eva, en la primer noche del hombre, de pié como una blanca estátua, bajo un árbol florido, iluminada por el casto rayo de la luna, al lado de una fuente que murmura y refleja sus formas; contemplando las luciérnagas aladas, que parecen estrellas perdidas por los bosques; oyendo el cántico del ruisenñor, que se exhala de los arbustos como una plegaria; magnetizada por la dulce voluptuosidad de las áuras de la noche; pisando las flores abrevadas de rocío, siente en su seno, en su casto seno, arder el primer fuego del amor, vago como un ensueño, puro como una ilusión, reflejo de los rayos dispersos de la vida, que se gozan en concentrarse en el último florecimiento de la naturaleza, en el cáliz que guarda la esencia más pura de la creacion, en la mujer, inundada de dulces sentimientos, misteriosas irradiaciones de su sér. Aún sus ojos no habian sacudido la tierra de que fueron hechos, y ya ardian

con la luz del amor. Su primer sentimiento fué la contemplacion de sí misma, porque nada habia á su alrededor tan hermoso como su cuerpo virginal. El movimiento de la vida en su primer latido, el movimiento de la sangre en su primer combustion, el movimiento del aire que se espaciaba amoroso por su pecho, le inspiraban un goce infinito, porque nacia ya con la pura conciencia de la vida, y su espíritu se recreaba en contemplar absorto la hermosura de las formas con que el Creador la habia revestido, hermosura realzada por el resplandor de la inocencia. Aún no habia salido de esta contemplacion de sí misma, cuando se despertó la actividad de su espíritu en el deseo, sí, en el deseo infinito de apropiarse la naturaleza. Tenia sed, y bebió del agua de la fuente en el hueco de su blanca mano. Pero su sed era sed del corazon. Sintió hambre, y libó la miel que destilaban las entreabiertas flores de sus pintadas corolas. Pero su hambre era hambre del espíritu. El amor encendia en ardiente llama su espíritu, y una lágrima, sí, una lágrima se suspendió de sus entreabiertos párpados, lágrima que reflejaba en su pureza toda la celeste tranquilidad de los cielos, lágrima que al caer sobre la tierra hacia brotar flores, y de las flores mari-

posas que se perdian en los aires, como la oracion esmaltada salida del vapor de aquella lágrima. Por fin, su mismo deseo la hizo andar, andar al acaso, como si una inspiracion hubiera herido su alma. El arroyo siguió su camino, las rosas se deshojaban á su paso ofreciéndole una alfombra, y las luciérnagas aladas se unian en los aires en circulo sobre su frente como una fantástica corona de estrellas. Casta, desnuda, envuelta en la luz de su rubia cabellera, con los piés hundidos en las flores y la diadema de estrellas sobre su frente. Eva, la primer mujer, parecia una ilusion que la luz de los astros formaba al herir los vapores de los lagos, una sombra nacida del beso de la luna en las hojas de los árboles, un ensueño vago de amor, un pensamiento del cielo que se habia encerrado en la más pura y más hermosa de las formas, y rodeada de los seres que su paso despertaba, y que parecian magnetizados por su mirada, se detuvo un instante ante una gruta en la cual dormia Adan. Su alma saltó de gozo en su cuerpo. El amor creció como una llama avivada por un gran elemento de combustion. Su corazon latió fuertemente. Entraron todos sus sentimientos en la ley divina de su verdadera naturaleza, y arrobada, estática, se acercó á la gru-

ta, dobló la rodilla, é imprimió un beso en la frente de Adan, beso que resonó en las esferas, pues era como una nota más de la armonía de los mundos, escapada del más hermoso de los seres. Adan se despertó: sacudió su sueño y miró estático á Eva. Sus dos almas se penetraron, se confundieron en una sola, al dulce beso del amor primero. No era aquel, no, el amor pasajero del sentido, que enciende un instante el cuerpo y lo deja cubierto de cenizas de la tierra, no; era el amor que vive en un continuo anhelo; el amor que se alimenta del pensamiento; el amor que realiza las más puras ilusiones; el amor que no tiene ni eclipse, ni ocaso; el amor que es la vida; el puro, el purísimo, el inefable, el eterno amor del alma.

ADAN (*despertándose*).

¿Qué veo? ¿Eres una sombra de mi ilusion, una imágen fingida por mi deseo? ¡Oh! no, no. Eres la mitad de mi alma, la mitad de mi corazon, la mitad de mi sér. Yo en este mundo tan hermoso me sentia abandonado y triste. La flor que arrojaba sus semillas sobre la tierra, la gota de rocío que se perdía en el aire, la estrella que centelleaba suspendida sobre mi cabeza, el ave

que cantaba en el bosque; todo, todo era una continua expresion de amor. Ahora lo siento, lo veo en mí. El mundo, que antes me parecia solitario, ahora me parece ya lleno y rebosando vida. Déjame mirar tus ojos, que me iluminan más que las estrellas. Déjame respirar tu aliento, que me embriaga más que la flor. Déjame sentir palpitár tu corazón, que lo creo más mio aún que el corazón que siento dentro de mi pecho. Aquí, en mis brazos, crecerá tu sér; aquí, al estrecharte contra mi corazón, te daré la conciencia de tu espíritu y de tu vida. Ven. El calor que difundes me parece más grato que el rayo del sol. La electricidad que tus manos al tocar mis manos despiden, me conmueve, me hace temblar como la hoja sacudida por el viento. Mi imágen toma en tí más fuerza, como el cielo se hermosea al reflejarse en los grandes y profundos rios que reverberan su luz. Aquí, los dos aquí, encontraremos en el amor una fuente de vida. Tú serás yo, y yo seré tú. Tú me traerás en tu perfume el aliento de Dios, en tus ojos la luz del cielo, en tus labios el eco de la palabra divina difundida aún por los espacios. Tú serás mi imaginacion, mi sentimiento. Sobre este mundo pintarás en tu fantasia otro mundo más hermoso aún y más explén-

dido, en el cual se anegarán mis ojos. Con tu sentimiento aumentarás el gran hogar de la vida, y mantendrás puro el fuego en que se abrasan todos los séres, el fuego del amor. ¡Ah! todo lo que hay de hermoso en la naturaleza, era el presentimiento de tu hermosura. El cáliz de la flor no es como tu cabeza, las estrellas no son como tus ojos, el aire no es como tu aliento, el sol no es como el fuego de tu mirada, ni el cielo como tu frente. ¡Qué felices vamos á ser en la tierra! Cogidos de las manos, apoyados uno en otro, subiremos á las altas montañas, y veremos las nubes cruzar bajo nuestras plantas. Nos escondemos en la gruta, y el ruiseñor arrullará con sus endechas nuestros amores, y el leon nos guardará, y el águila abrirá sus alas, más resistentes que el viento, y llevará á Dios la palabra y el suspiro de nuestras dos almas, confundidas en un éxtasis infinito. Ven, señora de la tierra, ven á tomar posesion de la naturaleza. Verás á la blanca paloma aletear sobre tu hombro. Verás cómo los brillantes insectos tejen con sus alas de mil colores guirnaldas. Verás cómo llora la naciente mañana de alegría al verte tan hermosa. Verás cómo la naturaleza se baña regocijada en el rayo de luz que tu alma de fuego le envia al través de

tus pupilas. Ven, ven á tomar posesion de la naturaleza.

EVA.

Aquí, detengámonos aquí un instante. El amor me ha revelado mi espíritu. Yo soy el bálsamo de la naturaleza; yo soy la purificacion de tu vida. El cielo me ha enviado para renovar todos los dias con mi aliento tu alma; yo la conservaré pura, trasparente, para que refleje siempre el cielo. Las oraciones de todos los séres subirán á Dios en alas de mi amor. Yo seré en la vida el sentimiento, en el tiempo la esperanza, en el espíritu la ilusion, en la naturaleza la armonía, en el cielo la plegaria, delante de Dios la santa pureza de la tierra. Yo no he venido para encender el fuego devorador de un instante, sino para conservar reclinada sobre la urna inmensa del Universo la llama pura del amor divino. En tu alma será mi alma lo que la estrella en el lago. Yo besaré con mis labios tus labios, como el aura besa las flores para llevar su aliento al cielo. Yo, todas las mañanas, levantaré á Dios tu palabra, como la alondra levanta, al nacer el sol, la oracion de la naturaleza en su vuelo entre las nubes, en su cántico que rueda por la inmensidad

de los espacios. Ven, el nuevo dia asoma; ven, y oremos de rodillas, con las manos plegadas, á Dios, que está en los cielos, porque yo seré la religion de tu alma.

ADAN Y EVA.

Señor: el sol sale por Oriente, inflamado como el Universo cuando lo envolvía la primera luz de tu palabra; los cielos saltan regocijados como el inmenso corazon de la naturaleza; los vientos pulsán su arpa, su arpa inmensa, para cantar un himno tonante; los gorgoros de las aves caen sobre los aires, y los estremecen como las gotas de lluvia estremecen los mares; los árboles sacuden sus copas y mandan á lo infinito sus aromas; y sobre toda esta alegría cae del cielo, Señor, la vida, tu vida inmaculada. En esta luz que solo ha alumbrado nuestros amores, en este aire que solo ha recogido nuestros suspiros, en estos aromas que parecen emanaciones de nuestras almas, te enviamos nuestra oracion. Haz que tu amor, tu divino amor lata siempre en estos dos corazones, haz que tu luz alumbre siempre nuestro camino, y con todos los séres de la naturaleza levantaremos al cielo un inmenso sacrificio, y enrojeceremos en el fuego de nuestro amor la tier-

ra, para que puedas engazarla como un diamante en tus sandalias. Nosotros, nosotros te diremos lo que quiere el ave cuando canta, el aire cuando suspira, el mar cuando brama, el bosque cuando gime, el arroyo cuando susurra, el insecto cuando zumba, el volcan cuando hierve, la nube cuando truena, y la noche cuando calla: te diremos el pensamiento que instintivamente se encierra en toda la creacion, y verás que es de amor, sí, de amor infinito para Dios. Para cumplir este fin, nos has dado el milagro siempre vivo de la palabra. Este soplo, que sale de nuestros lábios modulado, encierra en si los mundos. Por él la idea guardada en los abismos del espíritu se reviste de formas. Este leve fugaz soplo es la encarnacion eterna del espíritu, el Universo que levantamos sobre tu Universo. El instinto del sér se convierte en nuestro espíritu en pensamiento, y el pensamiento se realiza en la palabra. Sin la palabra humana, la naturaleza sería un desconcierto. Estas cadencias perdidas, estos ecos abandonados, estas armonías que se exhalan de las cien voces del inmenso concierto de la creacion que suena en los espacios, se unen, se concentran en una cadencia final, en la cuerda vibrante de la palabra, Señor, de la palabra. Los séres se

unen á nuestro alrededor, y nos miran, nos escuchan, y se dirigen al cielo para ver cómo se pierde la palabra, porque saben que es la interpretacion de su instinto, del secreto de su vida. Así como has unido nuestros espíritus á sus cuerpos, has unido nuestra palabra á la idea. Bendicela para que suba como una mariposa, llevando en sus alas todos los átomos de la creacion, y se pierda, y se abraza, y se consuma en el fuego de tu amor. Palabra, palabra humana, bendice eternamente al Creador.

¡Cuadro maravilloso era aquel! La tierra palpitante con el primer amor; la luz besando la creacion con sus immaculados resplandores; los montes heridos por la electricidad, humeando vida de sus cúspides coronadas de fuego; los bosques cantando con sus abetos, sus pinos, sus encinas, y los infinitos nidos guardados en sus ramas y fecundados por las armonías de las aves; los valles coronados de una plateada niebla como de un velo virginal, espaciando su vida en flores que disipaban el espíritu de la naturaleza en sus aromas; los torrentes sacando de los peñascos, de las piedras, notas roncacas y gigantescas con sus espumosas hirvientes aguas; los animales bañándose y reproduciéndose en esta voluptuosidad, en este pla-

cer inmenso del mundo herido por el amor; el hombre y la mujer de rodillas, con la desnudez de la inocencia, volviéndole al Creador la palabra creadora en la palabra de sus labios; el cielo esplayándose, extendiéndose en la inmensidad, agrandado por el eco de esta armonía; el Eterno inclinado sobre la creación, respirando la nube de incienso que le envían todos los mundos, mientras los ángeles pulsan sus arpas y derraman sobre esta unión del espíritu con la materia, de la naturaleza con el Creador, un misterioso y sublime cántico, perdido en las brillantes ondas de luz del éther de la gloria.

V.

SATAN (*en forma de serpiente*).

Todo aquí es hermoso, todo aquí es bueno: auroras esplendentes, cielos clarísimos, lagos dormidos, flores virginales, bosques perfumados, nieve reluciente, luz inmaculada, cuadrúpedos bonachones é inofensivos, insectos dorados; y no les cansa, y no les hastía á estos señores de la tierra tanto bien, tanta hermosura, tanta gracia, tanta inocencia. Yo, bien al revés, me revuelco en un mar de fuego; llevo sobre mí un mundo de cenizas; tengo por cielo una inmensa telaraña, donde están pegados insectos asquerosos; mis alas son dos tempestades oscuras, sin relámpagos; mi boca un abismo del cual sale la noche; mi vientre una fragua en que miriadas de génios están forjando dardos y flechas, y á cada golpe que dan me

cer inmenso del mundo herido por el amor; el hombre y la mujer de rodillas, con la desnudez de la inocencia, volviéndole al Creador la palabra creadora en la palabra de sus labios; el cielo esplayándose, extendiéndose en la inmensidad, agrandado por el eco de esta armonía; el Eterno inclinado sobre la creación, respirando la nube de incienso que le envían todos los mundos, mientras los ángeles pulsan sus arpas y derraman sobre esta unión del espíritu con la materia, de la naturaleza con el Creador, un misterioso y sublime cántico, perdido en las brillantes ondas de luz del éther de la gloria.

V.

SATAN (*en forma de serpiente*).

Todo aquí es hermoso, todo aquí es bueno: auroras esplendentes, cielos clarísimos, lagos dormidos, flores virginales, bosques perfumados, nieve reluciente, luz inmaculada, cuadrúpedos bonachones é inofensivos, insectos dorados; y no les cansa, y no les hastía á estos señores de la tierra tanto bien, tanta hermosura, tanta gracia, tanta inocencia. Yo, bien al revés, me revuelco en un mar de fuego; llevo sobre mí un mundo de cenizas; tengo por cielo una inmensa telaraña, donde están pegados insectos asquerosos; mis alas son dos tempestades oscuras, sin relámpagos; mi boca un abismo del cual sale la noche; mi vientre una fragua en que miriadas de génius están forjando dardos y flechas, y á cada golpe que dan me

despedazan una entraña , que renace para el dolor con más fuerza ; mi porvenir , una eternidad caliginosa, siempre la misma, una horrible eternidad sin esperanza , inmenso dolor de mi alma, superior á todos los dolores. Si pudiera, me arrancaria con mis aceradas garras el espíritu , y acaso , acaso descansaria así. Pero este dolor que nunca muere; esta lágrima de fuego que nunca se apaga; este hervidero de mi pecho que no se evapora; este dardo pegado á mi corazón , que el tiempo va hundiendo más y más ; este continuo frío, mezclado á un calor incandescente; este amor que es una voluptuosidad insaciable unida á una impotencia absoluta; este deseo de lo infinito, pegado á mis carnes como una túnica de plomo derretido ; este recuerdo de mi grandeza , que pesa sobre mi frente como si tuviera sobre mi frente todo el Universo; esta fealdad asquerosa junto á un resplandor de hermosura que aún encierro en mis ojos para mayor tormento ; esto de verme y mirarme y dudar de todo , ménos del mal , y no sentir sino el odio, y no esperar ni aun la muerte, y reírme siempre con esta carcajada epiléptica, horrible, que haria estremecer la máquina de los mundos; esto, esto es ¡ay! ¡ay! el terrible castigo de mi soberbia. ¿Y no podria yo clavar el

diente en la creacion , y derramar por todos sus poros mi veneno? Entonces, entonces esa flor se deshojaria roida por el insecto; sobre ese inmenso cielo pasarían montones de negras nubes; ese árbol perderia sus hojas; esos vapores caerían en mares de nieve sobre la naturaleza ; esos grandes cuadrúpedos se tornarían feroces y sangrientos; esas serpientes tan hermosas que descomponen la luz en su cuerpo , beberían amargos jugos ; esa águila que se remonta al cielo , viviria de la destruccion y de la rapiña; esos campos se convertirían en inmensos cadáveres; ese sol tan puro abrasaria la tierra con sus rayos envenenados por mi aliento, y la pálida muerte extenderia su huesosa mano, más horrible que una inmensa araña , sobre todo el Universo. Si yo pudiese enroscarme á la columna que sostiene á la tierra sobre los abismos, á la cadena de oro que tiene atado el sol de los cielos... Entonces, entonces mi voz resonaria como un trueno infinito sobre el gran todo ; un soplo mortífero saldria de mi cavernosa garganta; frias nieblas se alzarían de los abismos de la nada; el Universo se revolcaría en los espacios como atacado de congojosa epilepsia ; un silencio glacial reinaria donde hoy reinan las armonías de las esferas ; los planetas se desharian en átomos

de nieve sobre el infierno; los soles vendrian como aves nocturnas á esconderse en los pliegues de mi manto de tinieblas; el cielo se caería como una ancha hoja marchita y helada; y sobre tantas ruinas me tendería yo coronado por lo vacío, con la caña de la muerte en mi mano y el reloj del tiempo roto á mis piés, como un inmenso espectro que ocuparía el trono vacío de la naturaleza, riéndome de Dios, al verle temblar azorado del ruido que, al desplomarse, haría la fábrica maravillosa de la creación, machacada entre mis dientes. Esto es la rabia de mi furor, el delirio de mi impotencia. ¡Qué feliz era yo cuando vagaba, apoyado en las blancas alas de los serafines mis hermanos, por toda la eternidad, envuelto en la luz increada, viendo el supremo bien y la eterna hermosura, recreándome en oír los conciertos celestes, y en respirar el éther misterioso de la gloria, y en atender extasiado á la voz de Dios, que llenaba con su eco lo infinito! Entonces acercaba á mis lábios la copa cristalina de la vida, y bebía el rocío de la inmortalidad, que derramaba en mi espíritu el placer dulcísimo de la esperanza. Entonces mi voz, más dulce que el áura de la noche mecida en los mirtos se elevaba sobre los coros de los ángeles, cantando la palabra de

Dios. Entonces veía yo este mundo en el ideal grabado en la mente divina, y sus armonías ya me recreaban, y su vista me extasiaba ya. Cuando mis lábios secos bebían en las fuentes de la vida, parecíame que el amor inmenso de que estaba poseída mi naturaleza, me confundía, me abismaba en Dios. Caí de aquella inocencia, porque mi alma se enredó en la inmensa telaraña del límite que Dios se ha gozado en poner á los piés de sus criaturas. ¿Por qué, di, Supremo Artista, por qué no nos hiciste como á ti mismo? ¿Qué te hubiera costado, sér egoísta, sér solitario, haberte desprendido de un pedazo de tu inmensa naturaleza, y haberme hecho como á ti mismo? Yo, hecho sér infinito, no hubiera sentido deslizarse en mi alma la serpiente del deseo, que me atenaceó con sus mordeduras de fuego. Yo, no teniendo á qué aspirar, no hubiera nunca querido ser tú. Mi crimen ha sido mi grandeza. Me hastiaba de oír siempre cantar, siempre; y ahora oigo gemir, siempre gemir. Pero yo me vengaré, gran Dios, yo me vengaré. Todas las cosas, por limitadas, confinan con el infierno. Todos los seres, por finitos, son en algo esclavos del diablo. Tú mandarás á las flores que hagan miel, y yo mandaré á las víboras que hagan veneno. Tú

mandarás á las estrellas que luzcan, y yo mandaré á las tinieblas que las oscurezcan. Tú depositarás la inocencia en la creacion, y yo depositaré el mal. Tú crearás ángeles modelados por el ideal de tu sabiduría, ángeles hermosos, con túnicas de mil colores, y coronas, y ojos resplandecientes, y labios que destilen palabras dulcísimas; y yo haré mónstruos, endriagos, seres informes, todos dientes, todos garras, á ver si pueden herirte con sus envenenados agujones, y arrancarte con sus colas, más largas que la eternidad de mi castigo, de la cabeza tu corona de soles, que ciega mi vista. Y ya que, para consolarte de mi pecado, has hecho al hombre, verás cómo me deslizo en su seno, cómo pongo lo amargo en sus alimentos, las lágrimas en sus alegrías, el dolor en su vida, el hastío en sus placeres, la repugnancia en sus gustos, la duda en su inteligencia, el error en su razon, la fealdad en sus sentimientos, el olvido en sus amores, la muerte á sus plantas, y el trabajo como una corona de hierro sobre su cabeza. ¡Ah! ya veo, ya veo venir á mí la mujer. Atacaré tu obra por la parte más hermosa, pero más débil. Me recreo oyéndola hablar. ¡Qué voz tan dulce! Si yo pudiera amar...

EVA.

¡Qué hermosa está la mañana! Los bosques rasgan su blanquecina niebla, y se muestran en toda su pureza. El rayo del sol parece que se esconde y se pierde en la corola de las flores, ansioso, anhelante de sus aromas. La luna, descolorida como una nube indecisa, se va hundiendo en el ocaso. El pájaro canta y aletea al ver la hermosura del cielo. Los animales todos me siguen y contemplándome, se regocijan en mis miradas. Todos, todos se arrastran á mis piés, y me reconocen el sér superior á los demás seres. ¡Qué felicidad tan grande! Pero ¿qué veo, qué veo? Una serpiente está enroscada en uno de los árboles más corpulentos y más floridos del Edén. Su mirada brillante y profunda me atrae, me fascina.

SATAN.

Eva, Eva, eres muy hermosa. Tus ojos son dos globos tan bellos como dos estrellas. Yo no acierto á saber qué hay de misterioso en tus ojos. Debes sentirte arrobada cuando contemples la gracia, la hermosura de tus formas, lo blanco de tus carnes por las azules venas esmaltadas; cuando

aspire el aliento embriagador de tus labios; cuando te envuelvas en la catarata de luz que cae de tu cabeza con las ondas de tu rubia cabellera. Si me dejaras, me acercaría á tí, me bañaría en tus miradas voluptuosas, me suspendería de tus labios, me sumergiría en el placer que de tu sér exhalas, y así, así, mi vida, mi fría vida, mi sangre, mi helada sangre, cobrarían un hervor infinito, enrojecidas por el fuego de tus placeres.

EVA (*retrocediendo*).

¡Ah! No sé qué siento por todo mi sér. Esa serpiente me espanta. Me parece que veo salir de su piel chispas. Me parece que su boca, al abrirse, exhala un vapor negruzco. De sus fauces sale un áspid que me aterra. Siento un olor... Pero me dice que soy hermosa, y me lo dice con tanta gracia... Cuando pronunciaba esas últimas palabras, un estremecimiento sacudía todo mi cuerpo, y lo regocijaba con un regocijo sin fin. Cuando me miraba, mi cabeza se iba, pero en un vértigo grato y dulce. No sé qué siento. Quiero oirla. Me atrae. Me atrae. Me fascina.

SATAN.

Eres muy hermosa, te decía, é ¡ingrata! te

apartabas de mí. Tú no has visto en la naturaleza un sér tan hermoso como tú, no lo has visto. ¿Dónde está la blancura de la paloma cuando tú apareces? ¿De qué sirve el cántico del ruiseñor, cuando tú hablas? ¿Qué significa el movimiento de esa catarata que entre las rocas se despeña, comparado con el movimiento siempre vivo, siempre igual, de tu seno? ¿Qué línea hay en la creación que se ponga al lado del óvalo de tu rostro? Ni la esfera del cielo puede compararse con tu cabeza. ¡Qué digo, el cielo! Ni Dios, ni Dios siquiera.

EVA.

No digas eso, serpiente. Dios es la misma hermosura. Su palabra, su hermosa palabra ha dado sus armonías á la creación, y su vida á mi alma.

SATAN.

Yo no dudo que Dios ha hecho mucho por tí; no lo dudo. Tienes muchísimo que agradecerle. Estabas en la nada, y te ha llamado á la vida. Dormías ese pesado sueño del no sér, que es eterno, y te ha despertado sin consultar tu voluntad. Aquí te ha dado armonías, colores, miel, rocío, aromas, áuras, estrellas, flores; en fin, ha

abierto su mano, y ha arrojado el bien en cada átomo del Paraiso. Pero, avaro, te ha ocultado la mitad de la vida. Tú no sabes lo que es amor, porque nunca has sentido ódio. No sabes lo que es placer, porque nunca te ha atenaceado el corazon la mordedura del dolor. No sabes lo que es descanso, porque nunca has hecho el esfuerzo supremo del trabajo. No sabes lo que es verdad, porque no has visto deslizarse por tu conciencia las sombras espesas de la duda. No sabes lo que es bien, porque nunca, nunca has sentido, Eva, el mal. No conoces el mundo.

EVA (*pensativa*).

¿Hay otro mundo, por ventura, detrás de esas montañas? Cuando la golondrina vuela y el aire juguetea, ¿van en pòs de otro mundo? Yo creí que esos montes se alzaban en el límite de la tierra; creí que esas cataratas eran los torrentes de la vida que Dios enviaba sobre nosotros desde el último confin del mundo; creí que esta flor no podía nacer más que á mi vista; creí que estos bosques sólo podrían donde alcanzara la luz de mis ojos y el aroma de mi aliento. Un árbol florido, un arroyo sosegado y manso, el beso de las áuras, el reflejo de la luz en el lago, el cielo cla-

ro y sonriente, la vista lejana de la montaña coronada de nieve, el aroma puro de la flor, el canto enamorado del ave sobre su nido, la sávia que corre por las plantas derramando vida, han sido toda mi delicia en el Edén.

SATAN.

¡Insensata! ¿Y te has contentado con eso? En el espacio infinito ha espereido Dios más cometas que plumas tienen las aves; más mundos que arenas encierran las playas; más soles que gotas guardan los lagos; torrentes de estrellas, cataratas de planetas, hervidero de vida que rebosa de la copa de zafiro que se llama cielo: y á tí, á tí, á quien ha elegido por su hija favorita, su más hermosa criatura, te ha encerrado en ese estrecho Edén, donde no se puede respirar, cuando debias tener un camino sembrado de estrellas, el cielo por vivienda, el mar por espejo, lo infinito por dominio, y la eternidad por corona, como Dios.

EVA.

¡Yo como Dios! ¿Y Adán se quedaria aqui solo? No, no quiero eso, no: quiero la estrechez de la tierra con mis amores.

SATAN.

Adan, Adan, que ahora es ménos que tú, debería ser el primero de los séres. El cielo debería dormir á sus plantas como un lago. Las estrellas deberían ir á sus labios á beber la vida, como van esas miserables abejas á la flor. El sol y todos los mundos deberían seguirle, como ahora le siguen los mansos corderos. Las esferas celestes deberían enroscarse á sus brazos como serpientes de luz. Y así, tú, compartiendo su grandeza, tendrías el acatamiento del Universo. La luna se engarzaria por sí misma en las ruedas del carro en que fueses á visitar los mundos. La luz, sí, la luz increada te daría sus rayos para tu cabellera. Juntos, entregados á vuestros dos corazones, teniendo por lecho lo infinito, sentiriais un amor ardoroso, inmenso, inexplicable; un amor de todo el sér, de toda la vida, que animaría con un volcan de placeres cada uno de los átomos de vuestro cuerpo, que concentraría en vuestro beso infinito todo el calor, toda la fiebre de la vida universal; y mientras caían rotas á vuestras plantas las leyes de la creacion, y os suspendiais con vuestros labios de la eternidad, como dos corderillos hambrientos se suspenden de las tetas de su ma-

dre, el secreto de la vida se traspasaría á vuestros ojos; y ese Dios, que no es más que la sombra proyectada por vuestro espíritu en el cielo, os dejaría su vacío trono, eclipsado y confundido por vuestra grandeza. Y entonces, léjos de tener un límite, pondriais un límite á la eterna esencia; romperiais las relaciones de los séres, sustituyéndolas con vuestra voluntad y vuestro amor; apartariais el mundo de su causa, dándole la eternidad de vuestra vida; colgariais las estrellas á vuestro antojo en la inmensidad para que alumbrasen el lecho de vuestros placeres; hariais de las notas de los mundos una música reservada solo para vuestros oídos; apagariais con vuestro soplo para mayor divertimento, cuando quisiérais, la luz; y encerrados en vuestro amor solitario, en vuestro egoismo infinito, coronados por un orgullo sin límites, en el centro de la creacion, dejando esa pureza, que es á vuestro poder lo que es la pobre larva á la mariposa, formariais cuando quisiérais otro mundo, porque vosotros dos, solos, solos, seriais los tiranos del Universo, y aplastariais bajo vuestras plantas la cabeza de Dios.

EVA.

¿Adan seria como Dios? ¿Adan?

SATAN.

Si; tu Adan, tu Adan, Eva.

EVA.

Mi amor, mi amor. ¿Y cómo, cómo sería cual Dios?

SATAN.

Devorando la fruta de ese árbol.

EVA.

Dios lo ha prohibido.

SATAN.

Porque no quiere rivales.

EVA.

¡De ese árbol! Tengo miedo.

SATAN.

Y será Adan como Dios.

EVA (*cogiendo la fruta*).

Mi amor, mi eterno amor será como Dios.

SATAN.

Sí, sí.

EVA (*saliendo al encuentro de Adan*).

Toma, y come.

ADAN.

¡La fruta del árbol prohibido por Dios!

EVA (*cayendo de rodillas*).

Tú eres mi Dios. Tú serás el dueño de la naturaleza.

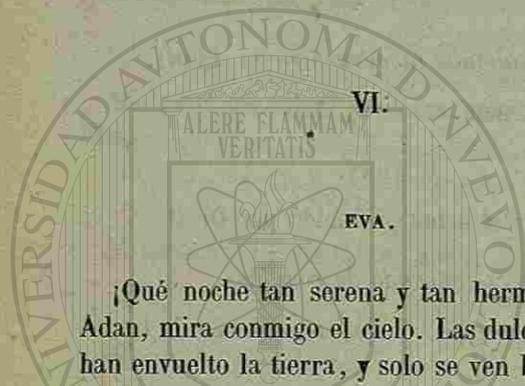
ADAN (*comiendo*).

¡Qué amarga está!

SATAN (*riéndose*).

¡Já, já, já! Han querido ser los tiranos de la creacion, y ya tienen la hiel, la primer hiel del mal en los labios.

Y la serpiente extendió sus alas, si, sus negras alas, que oscurecieron el cielo y ocultaron por un instante el sol, y lanzando una estrepitosa carcajada que hizo temblar á la tierra, se precipitó en lo profundo.



¡Qué noche tan serena y tan hermosa! Mira, Adán, mira conmigo el cielo. Las dulces sombras han envuelto la tierra, y solo se ven lucir las estrellas, como mirándonos y sonriéndose de alegría. Más allá del límite donde alcanza nuestra vista, se distinguen nubes de mundos y de soles animados por una armonía sin fin, cruzando sus rayos en la inmensidad de los espacios. ¡Ah! esos mundos que oscilan en lo infinito, que se retratan en el lago tan dulcemente, son nuestros compañeros, nuestros amigos. Me parece que se detienen para oír mi palabra, que lanzan un rayo más animado como para besarme, y que tornan á emprender su vuelo infinito, para espaciarse en un amor tan profundo como nuestro amor. La hermosura de estas noches del Edén, en que los

astros se retratan en las aguas, y quiebran sus tímidos rayos en las cataratas, y entonan esa dulce cadencia que nosotros escuchamos estáticos; la hermosura de estas noches inunda de placer y de alegría el alma. Benditos seais, soles inmensos, mundos maravillosos, que bañándoos en la ethérea luz celeste, llenais de vida, de armonías, de cánticos, de amor, los espacios. Yo os saludo, mariposas de oro prendidas á la eterna flor de los cielos; yo os saludo, estrellas que me contemplais, que rielais en mi espíritu, llenándolo de placer y de alegría; yo os saludo.

SATAN (*invisible, y al oído de Eva*).

¿Saludas á los astros? ¡Infeliz, infeliz! No sabes lo que has hecho. Un astro es un poco de polvo, un poco de ceniza enrojecida en el fuego; un astro, aunque dure siglos de siglos, será siempre una centella que pasa. Pero un espíritu, un espíritu es más grande que todos esos cielos, más luminoso que todos esos brillantes soles; un espíritu tiene en sí más duración y más vida que todo el Universo. Y tú, tú has manchado, has empañado el espíritu humano con tu aliento ponzoñoso. Si hubieras de un solo soplo apagado todas las lumbreras del firmamento, no hubieras

cometido un crimen tan grande... Ahora, revuélcate en tu desesperacion, retuércete de rabia las manos, muerde como la víbora tus entrañas, llora lágrimas de fuego que caigan sobre tu seno sin quemarlo nunca, desafía al Universo entero, que ya se levanta del lecho del dolor donde lo has postrado, á maldecirte y azotarte con sus tempestades; porque esta noche que contemplas, es la última noche serena del mundo, pues ya sube, ya sube hasta los astros el hálito de tu culpa.

EVA.

¿Qué voz escucho? ¿Qué lamento hiere mis oídos? Nada, no es nada.... Dios nos ha prometido una felicidad sin límites, una vida bienhadada y dichosa. Hemos nacido para vivir eternamente unidos tú y yo, mi Adán. Aquí, en este Edén, dueños de la libertad, nos sonríe eterna paz; la vida arde en el fuego immaculado de la naturaleza; el alma salta de alegría en el cuerpo; cuanto nos rodea se ofrece á nuestras caricias; el árbol baja sus ramas hasta los labios para regalarnos con sus frutas; el arroyo levanta sus gotas á la frente para refrigerarnos; el Universo entero se puebla de ilusiones, de encantos, de esperanzas; y el aire que respiramos, y la luz que vemos, y

los sonidos que oímos, y la miel que gustamos, y la vida toda que sentimos derramarse por nuestras venas, es el infinito placer de la naturaleza, enamorada de los que han venido á sumergirse en las ondas de sus continuas emanaciones.

SATAN.

¿Crees que vas á ocultar tu remordimiento? Aunque te bajaras á las entrañas de la tierra, allí estaria yo. Aunque arrojaras sobre tu conciencia toda la ceniza que puede producir el incendio del Universo, estaria allí tu mal y tu culpa presente siempre. Yo me he agarrado á tus entrañas, y atenecearé con mis uñas tu existencia. Has arrojado en la copa de la vida una gota de hiel, que ha amargado toda la existencia del Universo. En este barro por tí envenenado se ha de encerrar el alma de tus hijos, que al querer levantarse al bien se despedazará en su hondo y oscuro antro. Eva, Eva, esa armonía de la inocencia va á concluir. El cielo tendrá tempestades, las olas del mar amargura, la flor espinas, el bruto crueldad, la montaña abismos, el arroyo lodo, el rio cieno, el insecto aguijón, el ave garras; y todos los seres vivirán de una eterna destruccion, de una eterna

guerra, porque yo te he arrastrado á mí y te he vencido.

EVA.

Adan, Adan, ¿callas? Protégeme, protégeme. Siento un frio que no habia sentido nunca. Por vez primera agudísimo dolor traspasa mi corazon. Me parece que las estrellas llueven lágrimas; me parece que se deshacen sobre mi conciencia en copos de nieve los mundos. ¡Ah! ven, acércate á mí; tengo frio. Me pesa la atmósfera como si fuera de plomo. No puedo respirar. ¿Qué pasa; qué pasa por mí? Una negra sombra oscurece á un tiempo mismo el cielo y mi conciencia. Ven, acércate, porque siento temblar la tierra bajo mis piés, y yo, yo tiemblo tambien. Aquí, en este corazon tan dichoso, salta un mar de lava que va secando las flores de mi fantasia. De mis entrañas se levanta un vapor que oscurece mi pensamiento. ¿Qué he hecho yo? He probado la fruta de aquel árbol, que atraia mis ojos con su verdor, mi olfato con sus aromas, mi oido con las armonías producidas por sus hojas que mansamente meneaba el áura. ¡Por tan pequeña falta este negro remordimiento siempre, siempre vivo en la conciencia!

ADAN.

El viento se extiende en negras ráfagas por las alturas, como si quisiera apagar para siempre la eterna luz: la onda, antes dormida, que retrataba el cielo en su serena claridad, y mecia perlas y verdes yerbas, y dibujaba estelas, se levanta ensoberbecida, y muge, y hierve, y escupe ira á los cielos: el volcan, que como una antorcha de amor reflejaba su luz en las sonrosadas nieves, se agita, tiembla, se bambolea como herido de un dolor infinito: las nubes ennegrecidas traen el hirviente rayo en sus alas, y queman mi frente: en el suelo volcanizado se alzan espinas agudísimas que me taladran los piés y los ensangrientan: la tierra me falta, como si un huracan la arrastrase en sus impetuosas corrientes; y en este gran estremecimiento de la naturaleza, en esta gran catástrofe, en que el mundo se desploma sobre mí con toda su fuerza, nada hay tan desolado, tan triste, tan negro como mi conciencia, que estalla en mi frente.

EVA.

Adan, Adan, la primer gota de hiel amarga mis lábios, la primer lágrima de desesperacion

quema mi rostro, el primer dolor taladra mis entrañas, la primer espina se ha clavado en mis piés, la sangre abreva ya la sedienta tierra, y todo, todo es pena; porque mientras se desgaja la encina, y las anchas palmas se baten una contra otra, la flor, mi compañera, la tímida flor que nacia entre la yerba, cuidada por mí, por mí besada y bendecida todos los dias, cuando me guardaba en su corola un poco de miel, una gota de rocío y sus regalados aromas, único festin de mi tranquila existencia; la flor querida se deshoja, se pierde, y yo no puedo llorarla, porque esta perturbacion, en esta angustia de todos los séres, en este revuelto, atroz torbellino que nos azota, ahora que cae sobre el Universo la ira de Dios, yo solo tengo corazon para sentir tus penas: que podrá mudarse toda la naturaleza, pero no se mudará nunca para tí mi amor.

ADAN.

El ángel del Señor baja del cielo, y con su espada de fuego azota nuestras espaldas. Alrededor de las estrellas, antes tan lucientes, veo círculos negros que quieren sin duda encerrarlas en esa oscuridad. Las gigantescas nubes, arrastradas por las alas del viento, vuelan por do quier, ora

condensadas, ora deshechas, derramando negro espanto. El relámpago que las ilumina con sus siniestros reflejos, finge en las nubes cordilleras de volcanes suspendidas sobre mi cabeza. El trueno, nunca antes oido, el trueno terrorífico que habla en el seno de la tempestad, amenaza derrocar el firmamento sobre la tierra. El huracan me abofetea con las piedras que ha arrancado de su asiento y las hojas secas manchadas de lodo. Las ondas del mar se levantan en montañas fugaces que vuelven á desplomarse sobre la inmensa superficie, y su espuma hirviente moja mis lábios, y los amarga con amarguisima amargura. Las aves, heridas por el rayo, lanzan agudos quejidos que me traspasan el pecho. Las montañas producen un sordo rumor, como si quisieran estallar al impetu de la desesperacion violenta que agita á la naturaleza. El rayo hiende la encina, que cae desplomada á los abismos, en cuyos negros antros hierva el mal. Toda la naturaleza se ha amargado; pero esa tempestad es plácida armonía en comparacion de la terrible tempestad de mi conciencia. Un torrente de hiel corre, se desploma de mi mente sobre mi corazon. He mordido el fruto del mal, y ha secado mis fáuces, y ha envenenado toda mi vida. ¡Qué terrible desgracia!

EL ANGEL DEL PARAISO.

Señor, he cumplido tu mandato. Los antes bienhadados mortales corren por la tierra sin encontrar una piedra donde reclinar la cabeza. Entre inmensas cordilleras, al borde espantoso de los abismos, bajo témpanos de hielo que amenazan sobre ellos desplomarse, hundiendo los piés en la nieve, azotados por el huracan que agita sus cabellos, heridos por la primera pena, recibiendo en sus desnudos cuerpos todas las inclemencias de los elementos por primera vez inclementes, apoyado uno en otro, derramando lágrimas que se hielan en sus rostros al frio beso de la noche, perdidos en la espesa oscuridad, sin más luz que el resplandor melancólico de la luna cuando alcanza á traspasar con sus rayos las espesas nubes; pálidos, trémulos, errantes, poseidos del miedo, recibiendo por sus poros abiertos el veneno con que el genio del mal ha empapado la tierra; su lamento, que el huracan me trae en sus giros, quebrantaria hasta las peñas, si fuese capaz de compasion la fria materia, pues en su dolor primero se encuentra el gérmen de todos los dolores. Alzados sobre los abismos lucientes por la nieve, é iluminados por la pálida luz de la luna,

y agitadas sus cabelleras por el huracan, y heridos todos sus miembros, y mirándose, compungidos ambos, cada uno de los dolores del otro, parecen dos sombras que van á perderse, que van á huir de la tierra. Compasion, Señor, compasion para ellos.

ADAN.

Esta montaña tiembla. La nieve nos envuelve. En algunos momentos la nube inflamada que pasa nos quema. En otros instantes el frio congela nuestra sangre. El huracan levanta en sus alas el mar como una inmensa tromba que intenta apagar la luz de los astros. El fugaz relámpago deja un surco de fuego en los cielos tempestuosos y oscuros. ¿Y no concluirá nunca este dolor?

EVA.

No desesperemos, Adan. Al través de esta oscuridad veo la primer estrella que se reflejó en mis entreabiertos ojos en el primer instante de mi vida. Estrella, baja y alumbranos con tu luz. Bajo estos montes de nieve oigo correr el primer arroyo que me besó los piés cuando di mi primer paso por la tierra. Arroyo, deshaz estas nieves y enséñame de nuevo el camino del Edén. Sobre la

rama de una encina desgajada veo un nido, que tal vez guarda pajarillos que nos regalaban con su cántico. Venid, avecillas, venid á consolar mi duelo. En el fondo de esas cavernas dormirá el leon. Llamémosle para que nos caliente con su aliento. En lo alto de esos peñascos anidará el águila. Gritémosle para que venga á llevarnos en sus gigantes alas. Por estos espacios debe ir el elefante. Si nos vé, doblará la rodilla para sostenernos. ¡Oh! aún no, aún no hemos podido perder el dominio de la naturaleza, el amor de todos los séres.

ADAN.

El mal tenia hondas raices en mi alma, y se ha levantado, y ha cubierto con su negra sombra todo el Universo. ¡Ay! El mundo ya, Eva, no puede obedecernos. Ha concluido aquella pureza que hacia que el Universo se retratase immaculado y divino en nuestras almas. Hemos roto la dichosa armonía en que vivíamos con la naturaleza, y la que ayer nos ofrecia el regazo de madre, hoy es nuestra enemiga. Un aliento no más, un aliento escapado de nuestros lábios, ha cubierto de sombras espesísimas todo el cielo, para siempre empañado. Y aquí, aquí en mi cerebro, bajo los

huesos doloridos de esta cabeza que antes irradiaba la luz de la vida, siento alborotarse mi conciencia, que me abrasa todo el cuerpo, como si fuera un océano de ardiente lava. Todo nos abandona.

EVA.

No lo creas, no todo nos ha abandonado. Aún no podemos haber perdido aquella virtud que nos atraía todos los séres. ¿Te acuerdas? Envueltos en la vestidura de oro que nos ceñía la primera luz, coronados por el cielo resplandeciente de inocencia, pisando las flores nacidas en la primera expansion de la naturaleza, arrullados por el cántico de todos los séres, bendecidos por los bosques, cuyas anchas hojas derramaban á torrentes la vida, que recibíamos como recibe el lago la lluvia del cielo; ¿quier volvíamos la vista, encontrábamos la abeja que nos traía miel, la mariposa que respiraba nuestro aliento, el águila que se levantaba orgullosa y triunfante á los aires lanzando gritos de alegría, el leon que nos abría camino con sus garras y que venia con la cabeza baja á besarnos los piés, el tigre que saltaba de rama en rama jugueteando, y se tendia en la tierra por el placer de que le pisáramos...

ADAN.

Calla, calla. No encones así mi profunda herida.

EVA.

En aquella roca distingo un ave. Sus ojos brillan en la oscuridad como entre las rasgadas nubes dos tímidas estrellas. Ven, ave mía, como en los tiempos felices de mi vida, ven y escucha mi voz. Canta un himno de triunfo, de alegría, un gorgojo de amor para consolar la pena de mi amado; vé, sí, vé á los bosques, y trae en tu dorado pico frutas para saciar el hambre de mi amado; corre, corre por los campos, reúne las hojas, los hilos de las plantas, y abrigaré contra el frío á mi amado; y despues tenderás tus alas, tus anchas alas dispuestas para surcar lo infinito, nos ofrecerás en ellas un lecho de amor, nos levantarás sobre los abismos y sobre los picos más altos de los montes, para que podamos regocijarnos en el primer sonrosado rayo de la mañana, á ver si rompemos las nubes, y salimos de esta oscura noche, y llamamos con nuestra voz y con tu cántico al sol, pues tarda tanto que parece haberse dormido de nuevo en el lago bituminoso del caos.

EL BUHO.

Yo no gusto de la luz que me hiere, de la luz que me ciega; yo soy enemigo del sol; yo me envuelvo en el manto frío de las tinieblas. Yo no sé cantar, yo no he cantado nunca: yo gimo siempre. Yo no sé compadecer penas, sino causarlas; yo no sé vestir al desnudo, sino desnudar de sus carnes á los animales que puedo alcanzar con mis uñas. Yo, aquí, hijo predilecto de la noche, nacido en antro profundo, revolcándome en las frías tinieblas, fantasma terrorífico, guardo mis sedosas traidoras plumas, mi cortante y afilado pico, mis crueles garras, mi feo rostro, mis hundidos fosfóricos ojos, mi estrecho cráneo, mi sed de sangre, mi hambre de carne cruda, mi odio, mi eterno odio á todas las cosas, mi horror, mi eterno horror á la luz, á la vida, á la armonía; guardo todo esto para auxiliar esa continua fuerza que está destruyendo y arruinando la naturaleza, porque yo he nacido de la primer gota del mal caída sobre la tierra. Apártate, pues, ó bajaré de aquí y clavaré mis garras en tu vientre, y hundiré mi pico en tus carnes, y beberé tu sangre, y respiraré el último soplo de tu vida, y batiré mis alas sobre tus estremecimientos de dolor, y mezclaré mi

agudo ingrato gemido á tu postrer suspiro, y me gozaré en lo que aún no conoces, en la destrucción, en la muerte.

EVA.

¡Qué horror, Adán, qué horror! El ave, antes tan hermosa, se ha vuelto deforme, horrible, carnícera. Me amenaza, me persigue, me acosa, me quiere herir. ¡El mal por todas partes habrá extendido sus negras manchas? ¡Oh! Pero estas aves siempre fueron altivas. Contentas con volar por lo infinito, siempre nos miraron con menosprecio. No, no es verdad. Deliro, desvarío. El primer desengaño ha traspasado mi alma, y ha traído lágrimas hirvientes á mis ojos; el desengaño, que es la esencia del dolor. Por allí veo saltar un tigre, uno de aquellos tigres que jugueteaban en el Paraíso. Ven, escucha mi voz. Yo te llamo, fuerte animal, yo te llamo. Lame las heridas que las espinas han abierto en los pies de mi compañero. Calientalo con tu poderoso aliento, porque el infeliz está yerto y se muere de frío, sí, de horrible frío. Ven, síguenos como en aquellos tiempos en que solo para alegrarnos jugueteabas, saltando de rama en rama con ingénuo contento.

Ven, hermoso animal, ven, y oye mi voz que te llama, y atiende á mi corazón que te busca.

EL TIGRE.

No te acerques á mí, porque te devoraré. Estoy harto ya del gran pasto de carne cruda que he tomado desde el instante en que he sentido en mí este instinto de destrucción y de muerte que me ciega. Y mi sed de sangre es inextinguible. Aunque esa catarata que cae de ese alto peñasco se tornara sangre, no extinguiría, no, mi ardiente sed. Este largo cuerpo, estas cortas patas, estos agudos dientes, estos perspicaces ojos, esta agilidad, esta fuerza de mis músculos pegados inseparablemente á mis huesos, esta fuerza invencible, esta hambre insaciable, esta sed de sangre inextinguible, este continuo devorador instinto de aniquilamiento, me mueven, me agitan, me arrastran á cebarme en mis víctimas, á sumergir mi lengua de color de sangre en sus calientes entrañas, á revolcarme en sus miembros palpitantes; porque yo, yo tengo amor á la muerte desde el instante en que la primer sombra del mal ha cubierto mis pálidas pupilas, y ha ensangrentado mis torbas miradas, y ha caído sobre mi negro corazón, que es un pedazo de sangre coagulada.

Acaríciame, y verás cómo devoro la mano con que me acaricias. Acércate, y verás cómo te desgarró, y arrojó por estos despeñaderos tus miembros palpitantes. Yo vengo á auxiliar con mis uñas y mis dientes al dolor y á la muerte.

EVA.

¡Ay! Adán, Adán. Por todas partes veo el mal, que no es más que la sombra de mi conciencia. Por todas partes veo desquiciado el mundo, y sus fragmentos llegan á mis piés y los aplastan. Por todas partes encuentro el dolor que hirió mi pecho cuando apuré la copa que Dios había reservado en el fondo del Paraiso. Un vértigo me posee. El dolor universal estalla en mi pecho, como esta tempestad en el cielo. ¡Ah! Pero allí veo la serpiente. Dime, serpiente, dime cómo he de volver al Paraiso. Enséñame el camino de la inocencia, como antes me enseñaste el camino del mal.

LA SERPIENTE.

Eva, yo solo puedo hacer el mal. Si quieres, me enroscaré al árbol de la vida, y clavaré más y más mi áspid venenoso en sus amargas frutas, para lograr que la nada reciba el Universo en su seno, el Universo desesperado y herido. Yo solo

podré fascinar con mis ojos, ahogar con mis anillos, herir con mi lengua, deslizarme tortuosamente por la tierra para sembrar el mal en mi camino. Aquí todo, todo es destrucción. La tierra es consumida por el vegetal, y el vegetal devorado por el insecto, y el insecto comido por el reptil, y el reptil destrozado por las aves, y las aves desgarradas en los aires por las uñas de sus hermanas rapaces; y sobre todo este círculo de tinieblas, de ódios, de feroces instintos, de destrucción, sobre esta gran pirámide de enemistades y de luchas, pirámide amasada con la sangre de todas las generaciones de la tierra, extiende sus oscuras alas el grande, el inmenso murciélago, la muerte.

EVA.

¡Qué horror! ¡Qué horror! Allá bajo, á la mustia luz de la luna, veo unos seres de mí desconocidos. Saltan, se agarran de las manos, se miran, ruedan, bailan, rien, se unen y se desunen, se persiguen, se abrazan, se columpian de los árboles, vuelven á la tierra jugueteando, andan en dos piés como el hombre, y se apoyan en un báculo. ¡Ah! ¿Si serán hermanos nuestros,

que tendrán compasion de nosotros? Séres desconocidos, venid, venid; amparadnos.

ADAN.

¡Infeliz! Cree que en la naturaleza puede aún haber consuelos para nosotros. Todas las fuentes del amor, del bien, de la esperanza, se han cerrado; todos los manantiales de la vida se han extinguido. En el pecho de la dulce madre, que antes vertía en nuestros lábios regalada leche, solo queda hoy acibar y hiel. Ya veo volver á Eva azorada. ¡Habrá encontrado un nuevo dolor, se habrá herido en la realidad de la vida con una nueva espina!

EVA.

Vuelvo toda azorada. Allá, en el valle, á la luz de la luna, habia visto unos séres que me parecieron hermanos nuestros por su forma. ¡Qué horror! Andaban en dos piés, y arrastraban largas colas por el polvo; sus ojos me miraban aviesos; sus rostros se parecían á nuestro rostro contrahecho; sus narices eran aplastadas; su boca sumida; su cuerpo ágil; sus vestiduras súcias pieles; y al acercarme á ellos, me miraron, me rodearon, me quisieron estrechar en sus inmundos

brazos, me quisieron besar con sus asquerosos lábios, me amenazaron, me persiguieron, se burlaron de mí con mohines sardónicos, formaron un círculo espantoso, y sus muecas, y sus miradas, y sus sonrisas, y sus saltos, á mis ojos son como una burla terrible con que insulta naturaleza nuestro dolor. Cuando el Universo lanza á sus hijos esa carcajada epiléptica, no queda ya en el cáliz de la vida ninguna esperanza. La gran persecucion es un castigo, pero la burla es un desprecio. El dolor solemne y triste es una lágrima que se une á nuestra lágrima, pero la risa sardónica es el dolor mismo que se burla de nuestra desgracia. ¡Oh! naturaleza, naturaleza, por todos tus poros destilas tan solo hiel y veneno.

ADAN.

¿Tú ves, tú ves esa burla? ¿tú oyes esa carcajada? Pues yo por todas partes veo la sombra de mi asqueroso delito. La naturaleza, con el mal en los lábios, escupe amarga espuma. Aquí sólo veo, en vez de aquel océano de armonía y de colores, el erizo con su vestidura espinosa rodando hasta mis piés; la musaraña en un monton de inmundicias; los gusanos que salen de las hojas po-

dridas pegadas por el viento en la nieve; millares de topos que se ahogan en las ondas de un río cenagoso; bandadas de murciélagos que fingen negras nubes en el opaco horizonte; osos hambrientos que saltan de roca en roca devorándose unos á otros y tiñendo con su sangre los témpanos de hielo; panteras manchadas que hacen resonar con sus mahullidos las oscuras cavernas; sapos que nacen de las huellas de mis piés; verdes cocodrilos que abren su boca para devorarme, enseñándome sus negras fauces; aves de rapiña que vuelan sobre mi frente, amenazándome con sus garras; víboras que engendra mi amarga saliva cada vez que cae sobre la tierra; serpientes que se levantan sobre mi cabeza y me azotan con sus ligeras y cortantes colas; y cuando para mi consuelo quiero recoger una lágrima tuya, sí, una lágrima de tus ojos, me abrasa y me devora con su fuego las carnes; y si cae sobre la tierra, levanta un vapor que me sofoca y que me roba el pensamiento, arrojándome en un horrible vértigo, y revelándome las espesas tinieblas donde nos hemos anegado.

EVA.

A la luz del relámpago veo brillar el Océano

que se acerca á nuestra montaña. Háblémosle. Lo infinito fué siempre generoso por ser grande.—Azulado mar, no vengo á pedirte que reflejes en tus aguas todas las estrellas, como en las noches serenas, creando nuevos cielos en tus ondas; ni que mezcles el suspiro amoroso de tus húmedas brisas al suspiro helado de mi pecho, ni que me ofrezcas nacaradas conchas y albas flores; ni que entones esos cánticos de amor, cual hacías cuando yo te mandaba mis canoras aves á hollar, gorgandeando, tu tranquila superficie con sus ligeras alas; ni que me guardes una gruta cristalina, azul, cubierta de musgo é iluminada con las fosfóricas estelas que parecen huellas de la luna en tu seno; ni que me regocijes con una de esas noches serenas y espléndidas, en que todo el aire es amor, toda el agua alegría, todos tus rumores místicas plegarias, todos tus seres pequeños mundos inundados de luz, todas tus arenas como esas fajas de estrellas que cruzan los espacios; no vengo, no, á pedirte auxilio, sino compasión, compasión, para que humedezcas con un beso de tus espumas mis ojos, porque se ha agotado el manantial de mi llanto.

EL OCÉANO.

No puedo; estoy ardiente y rabioso como en el primer día de la creación al caer de la atmósfera encendida sobre mi lecho de lava. Mis aguas hierven azotadas por el rayo. En mi seno sólo guardo el abismo pavoroso, insondable, donde se entrec chocan mis tonantes ondas rugiendo como una tempestad desencadenada. El viento que pasa me empuja, me ensoberbece, me levanta, y cuando voy á escalar el cielo para traerme entre los pliegues de mis torbellinos los astros, vuelvo á desplomarme impotente, escupiendo toda mi amarga espuma á lo infinito, que me oprime como un abismo caído sobre mis verdi-negras espaldas. Yo quiero deshacer en mi seno las montañas, rasgar con mi impetu la verde túnica de los valles, revolverme en las eternas nieves para calmar mi ardor, apagar con mi saliva los volcanes, y quedarme sólo, si, sólo en la creación, como allá cuando tranquilo dormía entre el caos y la nada. Yo sólo puedo ofrecerte mis mónstruos, mis tiburones, mis abismos, mis tempestades, mis huracanes, los sacudimientos del terremoto, las tinieblas, las trombas, la eterna horrisona guerra; porque quiero destruir todos los seres vivientes,

para amasar las sustancias de la tierra, las fibras de las plantas, los huesos de los animales, y con la fosfórica luz que me dé su podredumbre descompuesta en mis aguas, formar más mundos que tienen los infinitos espacios, pues me siento hervir de celos y de rabia desde que los ángeles han derramado sobre mis antes tranquilas ondas la ira de Dios, vaciando en mi seno hasta sus heces la amarga copa del mal.

EVA.

Adan, huyamos, huyamos. El mal está en toda la creación. Aquí palpo una cueva. En su seno envuelto en tinieblas pasaremos nuestra vida. Dios ha arrancado para siempre el sol del cielo. Quiere que vivamos en esta negra oscuridad. Sólo el relámpago que pasa quemando nuestra frente nos recuerda que aún existe la luz en la dormida naturaleza; pero luz pálida, maldita, que viene á acrecentar nuestro dolor; luz que es el destello de nuestro remordimiento reflejándose en el espacio.

ADAN.

No te lamentes, no llores. ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo nos revolveremos contra nuestra desgracia? Tu quejido se mezcla al mugir de las olas,

al hervir de los volcanes, al rebramar de las tempestades, y aumenta el estruendoso ruido de la naturaleza. Callemos. En el abismo del silencio sepultaremos nuestro dolor. Lo has manifestado á la creacion, y la creacion entera se ha reido de ti. Guardemos nuestra pena, aqui, mudos, inmóviles, frios como esas rocas. Así los seres no se burlarán de este nuestro inmenso dolor.

EVA (*sentada á la entrada de la caverna*).

El quejido, Adan, es el único desahogo del dolor. El monte reventaria si no tuviese el respiro del volcan. Déjame sentir, déjame llorar. Esta noche eterna me hiela el corazon. ¿Qué veo? Un ligero resplandor atraviesa las nubes y se refleja en mi pálida frente. ¿Qué será? ¿Será un relámpago perpétuo que envuelve al cielo? ¿Será una pavesa que el sol habrá dejado caer sobre las nubes ántes de apagarse para siempre? ¿Será el reflejo de la espada del serafin, que vuelve airado á azotar nuestras espaldas? Crece, crece el resplandor. Esa luz que se suspende en las nubes, que se refleja en las eternas nieves, que aleja el ave nocturna, que se desliza entre las ramas secas de los árboles, que besa hasta la entrada de esta os-

cura caverna, que va matando el brillo del relámpago y descubriendo las alborotadas olas del lejano mar á nuestra vista; esta luz pálida, ¿será un nuevo día concedido á nuestro dolor? ¡Ay! ¡Adan, tengo hambre!

ADAN.

Y ¿dónde podré yo buscar para tí alimento? Desnudo, anhelante, herido y desgarrado mi cuerpo, sin esperanza de reposo, habiéndose roto mis huesos contra las rocas y deshecho mi carne en los torrentes de la lluvia; atormentado por el cielo en que me he hundido, por la tempestad que me ha abrasado la frente; perseguido por miríadas de insectos, que no me han dejado ni un átomo de mi cuerpo sin un dolor profundísimo; amedrentado por los ahullidos de las fieras, que me amenazan con sus dientes; alejado de los rios hasta por los reptiles, que intentan envenenarme con su saliva maldita; incomunicado con la naturaleza por los bosques, por las montañas de nieve, por los abismos, por los despeñaderos; aterido por este frio universal que es la extincion de la vida, no sé dónde buscar alimento para tí, pues la creacion me está diciendo á voces que, en la continua guerra de unos elementos con otros

elementos, el hombre sólo puede alimentarse de la muerte.

EVA.

¡Ay, ay, infeliz! ¡Ni una gota de vida habrá quedado en el seno de la naturaleza!...

ADAN (*saliendo de la caverna*).

Por todas partes encuentro enemigos. Pero yo me levantaré contra ellos. Una fuerza invencible me ata al suelo, y si pudiera, la quebraría, arrancándome á su dominio para volar al cielo. ¿Por qué, mar, has de extenderte ahí orgulloso, impidiéndome caminar hacia adelante, como desea mi corazón? ¿Por qué, montaña audaz, montaña infranqueable, me has de cortar el paso con tus picos, que se hunden allá en las nubes? ¿Por qué, tierra, tierra desconocida, no te has de revelar á mi vista, en vez de ocultarte en esa nieve? Mas ya que así te guardas, tierra, del que fué tu dueño, yo te arrancaré por violencia el beso que antes me dabas por amor. Buscar manantiales de vida en tu seno agotado, es imposible, sí, imposible sin regar, sin empapar con mi sudor tus entrañas maldecidas. Nieve, apártate, apártate, porque ya en tu seno he de encontrar mi alimento. Este

esfuerzo de mi espíritu en lucha con la naturaleza, es la ley del trabajo que Dios me ha impuesto; ley tan necesaria á mi vida como el instinto al bruto, como el movimiento al agua. ¿No háy nada? Aquí encuentro unas raíces. De esto me alimentaré. Esto arrojaré á Eva á su caverna. ¿Qué oigo? ¿Llora? Eva, Eva, aquí te traigo el alimento para este opaco día, alimento arrancado á la tierra con el dolor y con el trabajo.

EVA.

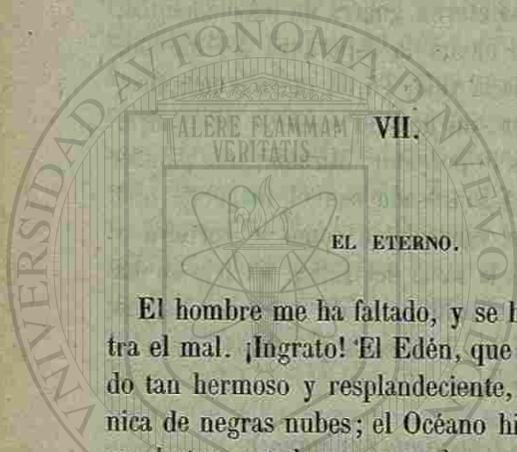
Adan, Adan, he sentido un dolor en mi seno y una alegría inmensa en mi corazón. Se ha despertado en mis entrañas un fuego vivísimo, que ha encendido mi sangre, que ha iluminado mi mente. El placer me ha trastornado. El delirio del dolor se ha convertido en delirio de alegría. Aquí, en mi seno siento un nuevo sér. Su primer movimiento me ha inundado de amor y de esperanza. Nada podrá contra nosotros ya la naturaleza. ¿Qué sér se atrevería á devorar á una madre? Mi vientre es como el botón de una azucena, que guarda la futura vida. Si, yo le he oído, yo le he oído sollozar aquí. Su primer lágrima al rodar en mi interior, me ha inspirado un éxtasis tan sublime como el que me inspiró el primer

sentimiento de la vida. Desafío todos los elementos. Nada temo. La fuerza de mi amor es superior á los embates de las amargas olas del mar. El sollozo de mi hijo en mis entrañas ha apagado la voz del trueno. Mi amor es un rayo que subirá al cielo y desgarrará, al ménos de compasión, esas nubes tempestuosas que nos amenazan siempre. Ya no estamos solos. Nuestra vida se dilata y se aumenta. Nuestras lágrimas se unirán en un solo cáliz. Llevarémos en los brazos á nuestro hijo. El calor del amor de nuestros corazones volverá á cubrir de flores la tierra. Le daré á la vida con dolor, como Dios me ha dicho; pero bendeciré ese dolor, que me dará á mi hijo. Ven, ave nocturna á desafiarme; ven á herirme, tigre; ven, serpiente, á engañarme; ven, tempestad, á consumirme con tu fuego: ya no podeis nada contra mí, porque ya me siento madre. Conozco, sí, conozco los peligros de la naturaleza. La tierra se trasparenta á mis ojos. No me lanzaré al mar, porque podria lastimar á mi hijo. No bajaré por el borde de los abismos, porque podria despeñar á mi hijo. No iré á buscar á las fieras, porque clavarían sus garras en mi hijo. Ahora conozco que necesito vivir, que debo vivir, y viviré. ¿Qué sería de él sin mí? ¡Oh! Un hijo, un hijo. Delirio

santísimo, yo te bendigo. Ven, Adan, nada temas. Conciliemos el sueño reparador. Yo no puedo morir en esa eterna guerra de los elementos, porque yo llevo en mí la esperanza del mundo, la renovacion de la vida. Tú no morirás tampoco, porque mi amor, mi destino sublime de madre, me revela hasta lo porvenir. Mirame; mis pálidas mejillas se han sonrosado con el fuego de una nueva vida. Mis venas laten como si volviera á correr por ellas la sávia del Edén. El frio se ha calmado con este santo calor de mi seno. Yo me siento regenerada y bendecida por Dios. Arrodiémonos, y oremos.

ADAN (*cruzando las manos*).

Bendito sea el Eterno.



VII.
EL ETERNO.

El hombre me ha faltado, y se ha herido contra el mal. ¡Ingrato! El Edén, que había yo creado tan hermoso y resplandeciente, lleva una túnica de negras nubes; el Océano hierve abrasado por la tempestad, y se revuelca en su ancha copa como queriendo salir de su centro; el génio de la muerte rueda en torno del Universo, cubriéndolo con sus negras alas; y la tierra se sumerge en la desesperacion, como el gran hipopótamo en su lecho de fango. ¡Oh! Una lágrima ha corrido por mis mejillas; una lágrima que, al evaporarse, ha derramado un mar de vida en los infinitos espacios. Yo había hecho la criatura para el bien. Encerrado el hombre en la más hermosa de las formas, iluminada su mente por la claridad de los cielos, perfumados sus lábios con el eco de la

eterna palabra, encendido su corazon en el universal amor, compuesta su sangre de la sávia más pura de la naturaleza, renovada su existencia por el continuo soplo de los aires, hecho su espíritu el único espejo bastante claro para reflejar en toda su magnitud la creacion, convertida su libertad en la fuerza sublime que elevaba hasta mí todas las criaturas animadas por el fuego del humano pensamiento; la armonía del Universo nunca se hubiera roto, y los infinitos tiempos habrían sido siempre testigos del eterno amor de la naturaleza con el espíritu; vivida llama á cuyo calor hubieran brotado miriadas de miriadas de nuevos mundos, tan benéficos para la naturaleza como la lluvia pura y fresca en el abrasado estío para las sedientas arenas del desierto. El hombre se ha clavado hasta el corazon la espina del mal, que yo había escondido á sus ojos entre guirnaldas de flores; y ahora el camino al bien será lento; la tierra le ofrecerá por dó quier abrojos; la lucha con la naturaleza tomará el aspecto de una gran tempestad, en que el espíritu habrá de encender la mitad de la creacion para vivificar la otra mitad; el trabajo de las generaciones las dejará yertas sobre la faz de la tierra; un siglo alumbrará á otro siglo con las hogueras formadas

de los huesos amontonados en los campos de batalla; la cuerda del dolor vibrará en la lira del arte, apagando el sonido de todas las armonías con que yo habia dotado la imaginacion del hombre; y á su paso por los montes, por los valles, por los desiertos, la humanidad dejará una huella de sangre, que no podrá borrar ni la eterna lágrima caída de mis ojos sobre el Universo. Venid, mis ángeles, venid; consoladme con vuestro cántico; repetidme con las notas de vuestras arpas el gran poema que yo escribí con signos de soles en la inmensidad; cantadme, cantadme las maravillas de la creacion, ya que en este instante solo se puede oír un sollozo en los abismos de la naturaleza.

EL ÁNGEL ORIEL.

El tiempo no habia aún desplegado las alas, ni el espacio habia extendido sus riberas para que corriese por ellas el gran río de los orbes. Dios, en su soledad, dilatava su incommunicable esencia por lo infinito. El sér, en toda su sencillez, en toda su grandeza, estaba en Dios, como el vapor está en el agua y la luz en el sol. En Dios vagaba el eterno tipo del Universo, el eterno ideal de la verdad, el Verbo. Sobre el insondable pavoro-

so abismo, donde habia de hervir la futura vida y germinar el Universo, extendia el espíritu de Dios sus alas, como el águila de los vientos se extiende sobre su nido alzado en el pico desnudo y solitario de las montañas. El pensamiento divino quiso tomar forma, comunicándose con su eterna palabra. Entonces, desde la cima de la gloria cayó despeñada con grandioso rumor, alcanzado solo por el oído de Dios, la gran catarata de los tiempos. El espacio se desplegó á su vez, como el ala escondida del tiempo que se abria en lo infinito, ansioso de recibir la lluvia de soles que sobre él iba á despedir la eterna palabra. En aquel instante floreció la gloria de Dios, y de sus flores salieron, como nubes de mariposas, los ángeles, cuyo cántico era la forma de las ideas divinas, arquetípicas, que habian de preceder á la expansion amorosa de la naturaleza. El pensamiento divino, arrojado en la palabra sobre los espacios solitarios, encendió el primer gérmen de la materia, el primer albor de la naturaleza. El éther, que, luminoso, impalpable, ténue como una idea, inundó los abismos infinitos, rodó por los espacios como la áurea gasa que el sol extiende ahora sobre la naturaleza, y fué ensayando varias formas, ya nubes de fuego, ya arenas de oro, ya ondas lumino-

sas agitadas por el huracan, ya átomos despedidos por el primer choque de la vida, que subia como una gran tromba en espirales á las alturas, arrastrando en el vértigo que inspiraba su grandeza hasta la mente de tus ángeles, y apagando con su voraz hervidero, majestuoso como la voz de todas las tormentas condensadas en una sola tempestad, el cántico de tu gloria, en cuyas esferas se reflejaba aquel gran semillero de mundos, que á través de la inmensidad, volando como una inmensa ave de fuego, y esparciendo cometas como plumas desprendidas de sus alas, buscaba el centro donde habia de posarse, y la ley divina de su naturaleza, para no desconcertar, Señor, tus eternas armonías. Entonces vimos el Universo en una inmensa explosion de la vida, rodando en perpetuo movimiento sobre los espacios como el mar sobre su inmenso lecho de rocas y de arenas. Entonces, Señor, los átomos luminosos azotaron el rostro de tus ángeles suspendidos sobre la creacion, como ahora el polvo que el huracan levanta azota el rostro del hombre. Entonces tu palabra hizo que el árbol de la vida se agitara, y cayeran, como gotas de rocío desprendidas de sus hojas, los soles, que al tocar en el espacio sonaron como la gota de lluvia caída en el lago, y un cántico de

triunfo se exhaló del seno de la materia en esta primera ebullicion de la vida. Nuestros ojos miraban extáticos el éther condensarse, los astros nacer como flores de oro, los soles oscilar sobre lo infinito, las esferas componer sus divinas armonías, los planetas atraer con su amor á sus tímidos satélites, las pálidas nebulosas, como vapores de luz, ensayar gérmenes de nuevos mundos, los cometas arrastrarse en rápido movimiento como huracanes de fuego, las constelaciones revestir sus fantásticas formas y componer sus ideales figuras como bellos modelos de las creaciones venideras, la gravitacion universal arrojar aquellas miriadas de miriadas de mundos, de soles, de cometas, de astros, de luz, de fuego, de electricidad, como una onda sonora cuyo eco resonaba en lo infinito, besando las plantas del Eterno, que extático escuchaba aquella gran música de su creacion, radiante y hermosa en la primera expansion de la vida. Y entonces el Eterno señaló un mundo perdido en aquellas arenas de soles. Era la tierra. Nosotros la vimos sumergida en Dios como la esponja en el mar, hecha una gran masa ígnea, sobre la cual flotaba como purpúrea nube el rojo gas; dejando caer luego del seno de esa atmósfera encendida el agua que la cubria con sus hirvientes vapores;

forjando en sus hornos, entre horrisonos truenos y pálidos relámpagos, el granito; abriendo las cien bocas de sus volcanes, para mandar á las alturas el fuego que no podia contener en sus entrañas; enfriando con su soplo la materia incandescente, para convertirla en hermosas cristalizaciones; desarrollando las afinidades químicas de sus grandes sustancias, y componiendo nuevos cuerpos para aumentar las formas brillantes de la vida; levantando del seno de esta gran comunicacion de las aguas con el aire y con el polvo humedecido vegetales gigantescos, cuyas anchas hojas cubrian el suelo surcado por la tempestad; amasando con las aguas del Océano y las semillas sobre ellas caídas, y en ellas guardadas, la levadura de la sustancia animal; componiendo con las pálidas centellas que salian de su electricidad, los primeros seres animados; levantando trombas de materia cósmica á lo infinito, que al caer sobre las aguas formaban montañas, islas, continentes; desarrollando la esencia que en su seno rebotaba, en seres deformes, inmensos, en mastodontes, en paquidermos que parecian á nuestros ojos montañas animadas y en movimiento, como ensayos toscos hechos en una gran matriz para preparar seres más perfectos; construyendo el círculo de la or-

ganizacion, desde la esponja al zoófito, desde el zoófito al pez, desde el pez al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al cuadrúpedo, para hacer con estos grandiosos eslabones de la cadena de los seres un pedestal inmenso al hombre, cuyo templo es la creacion, porque el hombre traia en su frente el espíritu; y despues de estas grandes y tremendas evoluciones que habian agotado nuestra admiracion y nuestro asombro, vimos á la tierra perderse en la inmensidad como una gota de la gran catarata de la vida, que el Eterno habia derramado, abriendo sobre lo vacío su mano omnipotente.

EL ETERNO.

Consoladme, mis ángeles, consoladme. Mi Verbo ha llorado, y su gran sollozo resuena aún en las profundidades inmensas de los cielos. Cantad, mis ángeles, cantad. Espiritus puros, luminosos, sois como los átomos de luz con que la aurora inunda el cielo, y llenais con vuestros cánticos el espacio que separa la naturaleza del Creador. En círculos inmensos, con los ojos alzados siempre á lo infinito, extáticos, embebecidos en el amor divino, volais, como irradiaciones de mi pensamiento, sobre el Universo. Vosotros teneis

en la mente gérmenes de nueva vida, en los labios palabras para alentar á los orbes cuando se desmayen cansados de su eterna carrera, en vuestro aliento aromas para perfumar las flores, en los ojos luz para teñir con nuevos y más suaves reflejos los hermosos cielos. Cuando os suspendeis sobre la creacion, abriendo vuestras grandes alas y exhalando vuestro cántico inmortal, y volais entre los torrentes de luz que la vida derrama por los espacios, los orbes se regocijan, se encantan, se magnetizan más, como poseidos de un inmenso amor. Vosotros, espíritus puros é incommunicables, os tendeis en las ondas del aire, palpitaís en el átomo de luz que los soles mandan á los planetas, os encerrais en la gota de rocío que pende trémula de la hoja del árbol, vivís en toda mi creacion, y me traéis en vuestros labios el ósculo amoroso de la naturaleza. La creacion seria como un inmenso desierto, si entre el espacio que separa un astro de otro astro, un sol de otro sol, no hubiera arrojado esas nubes invisibles de ángeles, que son como los vapores del espíritu que todo lo llena, encendiendo el fuego del amor divino en el altar de la naturaleza. Desde aquí os veo descender de mi gloria, abrir vuestras alas en la inmesidad, correr de un mundo á otro mun-

do como la mariposa que salta de flor en flor, coronar vuestras sienas con un rayo purísimo de luz, agitar el éther de la vida con vuestro vuelo, pulsar vuestras arpas, cuyas notas conciertan con las notas de los mundos, y derramar en el gran conjunto de la naturaleza ese amor, ese fuego, esa armonía que habeis bebido en mi eterno seno. Si yo quisiera objetivaros, revestiros de formas visibles; si en vez de esos cuerpos transparentes os encerrara en las manifestaciones de la materia cósmica, ahora mismo levantariais un nuevo Universo en las arenas de los astros, Universo cuya cúspide se perderia en mi trono. Entonces el mundo veria con sus ojos de carne todas las creaciones posibles, que estallarían espléndidas en la inmensidad. Pero ahora, ángeles, hermosos ideales de la vida, sois en lo infinito lo que la pálida nebulosa en el cielo, lo que la fosfórica estela en el mar.

ORIEL.

Señor: el ángel no siente toda la vida, no alcanza todo el sér. Yo he volado por lo infinito, y he visto salir de mis alas rizadas por tu aliento nubes de mundos. Yo me he ceñido mi túnica, y en el resplandor de sus gasas de luz he derrama-

do el día en horizontes oscurisimos. Yo he descendido hasta un astro y he llorado, y le he visto beber mis lágrimas como la paloma bebe el agua de la lluvia que se posa en los oyuelos de las montañas. Yo he bajado hasta besar la flor, y he depositado en su cáliz mi aliento. Yo he pulsado el arpa de oro que me diste, y de cada un de sus notas he visto salir una estrella, que ha rodado dejando un astro de luz en la inmensidad fecundada por tu aliento creador. Yo he estrechado contra mi seno á los ángeles mis hermanos, y juntos hemos subido hasta tu mente, ansiosos de perdernos en tu espíritu incommunicable, como el aroma se pierde en el aire y las gotas de lluvia en el mar. Y despues de haber sembrado en los surcos de los espacios los mundos que recibia de tus manos, despues de haber encendido por tu mandato con la antorcha de la vida los soles, despues de haber esculpido con el cincel de las formas las montañas, despues de haber pintado las hojas de las flores, ¡ay! Señor, cuando vuelvo la vista al hombre, á mi hermano, y le veo llorar, me siento descorazonado y triste.

EL ETERNO.

Alégrate en el espectáculo de la naturaleza.

Sondea las profundidades del cielo, mira el trasparente y claro espejo de los espacios; y una alegría infinita sacudirá todo tu sér, si contemplas el eterno crepúsculo de la luz increada que se refleja en todas las cosas; la gravitacion que une y armoniza un sol con otro sol; el fluido impalpable por el cual van como nadando los mundos, arrastrados por el amor universal; las grandes tempestades de magnetismo que ruedan por lo infinito; los haces de estrellas que cuelgan de las esferas como doradas espigas; los puntos luminosos que llenan la gasa formada por el éther cósmico; las auroras boreales que ciñen con su encendido carmin los polos de los planetas; el movimiento cadencioso de las esferas, que produce una mística armonía; las infinitas nebulosas, en cuyos senos disueltos y vaporosos hierven nuevos mundos que van á emprender su carrera triunfal por sus inmensas órbitas; el continuo centellear de la luz en las estrellas, que ora las viste de rojo, ora las torna blancas como una pura ilusion, ora verdes como lucientes esmeraldas, ora del matiz misterioso de la violeta, ora como diamantes que reverberan por la virtud de su cristalización todos los colores; semejándose esos orbes, esos planetas, esas estrellas en sus revueltos tor-

bellinos de electricidad y de luz, á brillantes alados insectos que nacen de la eterna corola de los cielos.

ORIEL.

En verdad es hermoso el cielo, y más hermosa aún tu suma esencia ¡oh eterno Dios! Volar entre los astros; oír las arpas de tus ángeles; bañarse en el éther de la gloria; mirar el ideal del Universo; encantar con los aromas despedidos de nuestros labios todos los espacios; bajar hasta los últimos límites del sér, donde solo hay mares de nieve; subir hasta tu mente, donde hay mares de luz; impulsar á un mundo que se cansa; guardar las últimas centellas de un sol que se apaga; refrescar á la tierra con un beso de amor cuando el calor la enciende; abrir las manos y derramar flores; recoger un cometa perdido y llevarlo en nuestras alas á su órbita; sorprender un meteoro que cae y engarzarlo en su centro de gravedad; todo esto regocija el alma, porque es el cumplimiento de nuestro destino en la vida, y el cumplimiento de nuestro destino es el bien, manifestacion de tu eterna esencia. Pero, Señor, ¿por qué pusiste en mi pecho ese amor hácia el hombre? ¿Por qué dijiste que habíamos de seguirle

en los senderos de la vida? ¿Por qué nos enseñaste la senda que habia de hollar, senda sembrada de flores? ¿Por qué nos llamaste sus ángeles custodios? Yo muchas veces he velado su dulce sueño, le he inspirado la oracion que pronunciaban sus labios, he infundido en su corazon tu amor, he penetrado hasta en su mente y le he dicho tu pensamiento, y ahora que padece, ahora que se ha clavado el mal en el corazon, ¿voy á dejarle abandonado á su desesperacion y á su dolor?

EL ETERNO.

Antes el hombre era bueno, era inocente, y mis ángeles podian comunicarse con él y derramar las balsámicas esencias de mi cielo en su camino. Pero ahora el deseo de la dominacion le ha convertido en un tirano soberbio, y querrá humillar, esclavizar á sus hermanos para poner sobre sus espaldas el trono de tinieblas que ha levantado sobre las flores marchitas del Edén. ®

ORIEL.

¡Ay, Señor! Cuando he dorado el astro, cuando he pintado la flor, cuando he puesto la lira en la garganta del ave, cuando he coronado de es-

puma el mar, cuando he desplegado el manto de tus cielos, cuando por tu mandato he ido colgando las gasas de las nebulosas en los confines del espacio; en medio de tantas y tan maravillosas obras tuyas, he sentido una inmensa tristeza, porque yo no he contribuido, yo, que auxiliaba á todas las creaciones, no he contribuido á crear-me á mí mismo, yo no me he creado á mí propio; y un dolor inmenso ha traspasado mi corazón.

EL ETERNO.

¡Oh! Tú también me has faltado, tú. Baja, ya que quieres acompañar al hombre, baja. Ya que quieres contribuir á tu creación, sabrás lo que te costará reintegrarte en la plenitud de un sér que vas á dejar entre las manos de los soberbios. Baja, baja, ya que quieres saber el esfuerzo que te costaría á tí mismo tu creación.

LOS ÁNGELES.

Oriel ha desplegado sus grandes alas de luz, y ha hendido los espacios infinitos, alejándose de tu trono y buscando en el hervidero de los mundos la tierra. Perdido en los cielos, la materia impalpable que la muerte ha derramado en el éther, y

en la cual rozan todos los planetas dejando átomos de su vívida sustancia, le opone una inmensa resistencia; y su pecho, herido del amor humano, lucha con las pálidas ondas que le cercan, como el navegante que se ahoga. Le falta respiración en su carrera, y llega á un astro y pliega sus manos, y se arrodilla en la cima de sus montañas, y dirige una oración al cielo impregnada de lágrimas, mientras su canto de amor espira en su garganta, y sus alas se caen poco á poco destrozadas por los huracanes de electricidad y de magnetismo que combate, y que lo arrastran en sus torbellinos como el viento arrastra la pobre arista del campo. Los habitantes de todos los planetas, de todos los mundos por donde va pasando, le saludan amorosos y le dicen: ¿Dónde vas perdido como uno de esos aereólitos que los volcanes de los satélites arrojan en la inmensidad; dónde vas como una ráfaga de huracán; dónde vas como un cometa errante que ha desconcertado la armonía de las esferas? Y baja, baja, y se sumerge en el éther como la piedra arrojada al mar, y toca con sus alas todos los mundos que encuentra en su camino, como la mariposa atraída por la llama. En las ondas del tiempo van escondidos los orbes, como las arenas en las ondas del Océano.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Y en esa revuelta confusion de olas de luz que se entreehogan, rueda su cuerpo, herido por todos los dolores juntos, destrozado por las grandes tempestades de las esferas celestes; y su voz no desmaya, pues á medida que el ruido de los abismos y el estertor del trueno retumban en sus oídos, canta un himno al Creador, como el águila grita audaz cuando se encuentra perdida en el mar de fuego que entraña la negra nube cargada de tormentas. Su carrera en lo infinito es una carrera de amargura. Ya atraviesa un desierto en que el frío cuaja en hielo las lágrimas de sus ojos; ya se pierde en la materia incandescente donde hierven las nebulosas, y deja allí las plumas de sus alas consumidas por el fuego; ya choca contra los rayos de los soles, que amenazan fundir su cuerpo trasparente; ya se acuesta en una estrella errante y allí descansa un momento en lecho de oro, fatigado por su carrera; ya vuelve á hendir los espacios con sus alas tronchadas por el huracán; ya cabalga en la cola de un cometa que pasa á su lado, y mira con ojos radiantes de alegría los astros que cruzan por su camino entonando sus armoniosas plegarias; ya se arrepiente, y quiere volver á la gloria, no encontrando un punto donde apoyar su pié para tomar há-

cia arriba su vuelo; ya, atraído y llamado por el amor infinito que le posee, se deja caer como cuerpo muerto, y entra en la atmósfera de la tierra, y siente el frío que lo hiela, y aparta con sus manos los mares de electricidad que lo cercan, y rasga el velo de la nube oscura; y jadeante, herido, llega á la cima de la montaña, y mostrando sus alas caídas sobre la espalda, su cabellera de luz esparcida, sus ojos arrasados en lágrimas, sus manos plegadas, sus labios vibrando una oración, dice: «Perdonadme, Dios mío,» y un gran sollozo sube hasta lo infinito. Miralo, Señor, miralo, bajo un cielo oscuro, en el pico de una montaña nevada, rodeado de negras nubes que truenan á su alrededor, con la mirada perdida en lo infinito, llorando y diciendo á todas tus cosas tu nombre, inundado por la luz del relámpago, á cuyo fulgor luce aún la hermosura celeste de tu gloria, á pesar de que poco á poco su guirnalda de luz se apaga, sus alas se caen, su cuerpo trasparente se condensa y toma la forma humana, y con la forma humana siente clavarse en su corazón la primer espina de un infinito dolor.

EL ETERNO.

¡Sentía no haberse creado á sí mismo! Ahora

verá el dolor, el trabajo inmenso que le cuesta reintegrarse en su primitivo sér, en el sér sublime que recibió de mi creadora palabra. Mirad, mirad, ángeles, á la tierra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

VIII.

ABEL.

He venido á traer á la tierra la vida, y no la muerte. Errante por los bosques, he encontrado en mi camino la oveja inofensiva, inocente, que ha venido á calentar con su aliento mis miembros ateridos. Desde este punto la he sometido á mí, y la dirijo por montes y por valles. Cuando los primeros rayos de la aurora despuntan por el horizonte, borrando en sus álbos reflejos las indecisas estrellas, y el cielo brilla con la dulce esperanza del nuevo día, abandono mi cabaña, miro los presagios que los astros me señalan, reuno mi ganado, y lo conduzco á pastar la yerba cargada de rocío; cuando el sol calienta, lo llevo á la sombra de las encinas, donde sestea, metiendo cada oveja su cabeza bajo el vientre de su compañera, y entregándose todas á dulce reposo; cuando cae

no habrá consuelo; para tí no habrá nunca redención.

Aún no se había oído resonar esta horrible y espantosa blasfemia del génio del mal, cuando descendió del cielo el Arcángel, en cuya presencia tiembla azorado Satán. Cortando las ondas de los soles, como el ave corta con sus aladas plumas las ondas del aire; alentado por la bendición divina que había recibido antes de comenzar su carrera al través de los mundos; exhalando de sus lábios entreabiertos la palabra que es como el centro de todas las esferas, de todos los círculos, de todas las armonías del Universo; resplandeciente con el reflejo de la eterna hermosura, del arquetipo que reside virtualmente en Dios, el Arcángel mensajero de lo infinito, envuelto en un manto más trasparente que el cielo del Edén, coronado por su rubia cabellera, que cae sobre sus espaldas como los rayos del sol sobre los espacios, circundado de azulada nube de incienso formada por las oraciones de todos los seres, arroja de su mirar sobre la tierra, aún calcinada por el rayo, la aurora de un nuevo día, y ahuyenta con sus argentadas alas, más bellas que el resplandor de la luna, las espesas sombras, posándose tranquilo en un cedro del Líbano, como la paloma del

valle cuando se recoge amorosa sobre su pequeño nido.

SATAN.

Veo aparecer á mi eterno enemigo entre las nubes tempestuosas del cielo. ¿Crees que vas á salvar al hombre de la esclavitud en que ha caído? La libertad huyó para siempre de la conciencia humana. Donde estaba su luz están ahora tan sólo mis tinieblas. ¿Podrá el hombre sacudir el mal con sus propias fuerzas? Yo le he arrancado el ideal de perfección, y ha descendido á perderse en el polvo como el último gusanillo de la tierra. La distancia que separa el mal del bien es infinita. ¿Quién llenará ese inmenso y pavoroso abismo? Ha violado la ley universal de la vida; ha desconcertado la armonía eterna de la naturaleza; ha puesto en el disco de su propio espíritu, más brillante que el sol, las nieblas del mal. ¿Quién podrá recomponer el espíritu humano, destrozado por mis garras? ¿Quién podrá ir al bien por el camino de fuego del sacrificio? ¿Quién sacrificará el día transitorio en aras de la eterna felicidad? El hombre es mi presa. Nadie puede arrebatármela; porque lo tengo entre mis garras y lo machaco entre mis dientes. Corre, Oriel, ser

desgraciado, corre por la tierra, pária, ilota, esclavo, siervo, á ver si hay quien te quite del cuello la cadena.

Aún no había proferido estas palabras, cuando el Arcángel elevó su dedo al cielo. Entonces se vió aparecer sobre la luna, vestida del sol, coronada de estrellas, una mujer divina que con su planta quebrantaba la cabeza de una serpiente. Sobre cuya frente se perdian, cerca ya de los últimos limites del Universo, dos ángeles que llevaban en sus manos una cruz de astros rodeada de coros de serafines, entonando melancólicos y sublimes cantares cuyos ecos conmovian el Universo, sobre el cual bajaba una lágrima vertida por el Eterno Verbo desde la region de lo infinito.

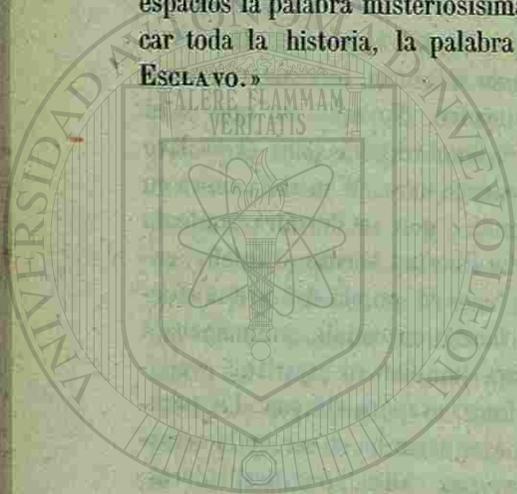
Apenas había esta vision celeste iluminado el mundo, cuando surgió, sentado en tempestuosa nube, un anciano venerable, sobre cuya cabeza flotaba una aureola de luz, y á cuyos piés un ángel sostenia un gran libro, en el cual iba grabando con letras de fuego sus íntimos pensamientos. Veo, escribía, levantarse una torre cuya cima frisa con las nubes, cuyos cimimientos se agarran á las entrañas de la tierra. Es un mundo levantado sobre este mundo. La tempestad cuando pasa se revuelca un instante en sus alturas, y el huracan se es-

trella contra sus fuertes inquebrantables muros. Allá en sus oscuros antros cree el hombre que se va á ocultar de su Dios, como si la mirada divina no penetrara esos muros cual penetra la pequeña losa del cráneo. Orgullosa está el hombre mirando su habitacion, como el águila mira altanera su nido. Pero de pronto un volcan estalla al pié de la torre, y sus piedras ruedan confundidas con las masas de lava que el volcan escupe, negra baba caída de sus oscuras fáuces. En el mismo instante, el huracan que de los cuatro puntos del horizonte se levanta, dispersa á los hombres, arrojándolos por apartadas regiones de la tierra. Unos se pierden allá en un bosque inmenso y oscuro, donde al aspirar el aroma de sus mil flores se enervan con la pereza y se emponzoñan con el placer, que es miel para el lábio y veneno para las entrañas. Otros se desparraman por los desiertos, en cuyas ardientes arenas encienden sus almas para una eterna guerra. Estos se quedan casi helados entre las nieves eternas, y la soledad y el frio los obligan á calentarse en la hoguera de su propia alma. Aquellos audaces andan, andan, como si una espina se les clavase cada vez que quieren asentar el pié en la tierra. Todos buscan á Dios; pero todos tienen la frente sellada

con la marca del primer delito. Allí, á un lado, tendido en tierra, veo un sér infeliz. Su cuerpo está despierto, sus brazos trabajan, se mueven sus piés; pero su alma duerme profundísimo eterno sueño. Dios habia hecho á todos los hombres iguales. A todos les habia dado un sentimiento para que reflejasen la naturaleza, una fantasía para que creasen otra nueva obra dentro de la creacion divina, una inteligencia para que conociesen las armonías que enlazan todos los séres, una razon superior para que se perdieran en el cielo. Y el hombre se ha acercado al hombre, y en vez de llamarle hermano le ha llamado esclavo. El alma, que era una paloma, se ha convertido y trasformado en una serpiente. En la copa donde estaba la vida para todos, han vertido los hombres algunas amargas gotas de amarguísimo veneno. El esclavo, que habia venido á ser como el ángel custodio, se convertirá en la eterna victima sacrificada en las aras de la tierra. En cambio de la vida que traía, le darán la muerte; pero no la muerte del cuerpo, que es de un día, sino hasta la muerte del espíritu. El infeliz no conocerá á Dios, no podrá espaciarse en el cielo su alma, ni guarecerse en la esperanza. No podrá ir al seno del hogar á encontrar en brazos de

la mujer amada un alivio á sus dolores y un paño para sus lágrimas. No podrá ver reproducida y aumentada su vida en sus hijos, porque le arrancarán sus hijos de los brazos, y los venderán como vil mercancia. No sabrá quién es su madre, porque, concluida su lactancia, le apartarán como á la fiera de su madre. No sabrá lo que es el hombre, porque el hombre será para el esclavo como el cazador para la fiera. Y su alma caerá en postracion tan grande, que se dormirá contenta en ese calabozo. La libertad heriria al infeliz, como la luz del día hiere la pupila del ave nocturna. La marca del hierro encendido que manchará su frente, quemará tambien su espíritu, evaporándolo como el fuego evapora el agua. Le parecerá que la cadena es parte de su sér, y la arrastrará por montes, por valles, por desfiladeros, sin quebrarla nunca, á pesar de que para quebrarla tiene el derecho en su alma y la fuerza en sus brazos. Y así andará de region en region, siendo su conciencia como un caos y su vida como un remordimiento eterno de la naturaleza. Sobre sus anchas espaldas extenderá la sociedad sus cimientos, y la sociedad lo olvidará. ¿Se acuerda, por ventura, el árbol de la tierra á la que toma su jugo? ¿Se acuerda el reptil del árbol

de que se alimenta? ¿Se acuerda el ave del aire, ni el pez del agua? Pero no temas, hijo de la noche. Ya veo que las estrellas escriben allá en los espacios la palabra misteriosísima que va á explicar toda la historia, la palabra «REDENCION DEL ESCLAVO.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EL PÁRIA.

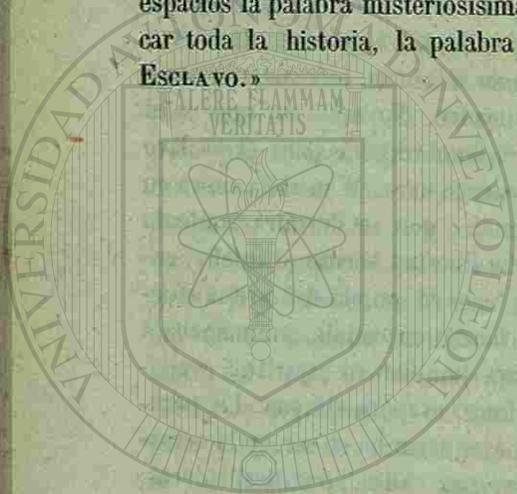
JORNADA SEGUNDA.

I.

VALMILKI.

Aquí, en esta soledad, siento descender una voz del cielo que llena toda la tierra. En el seno de estos bosques cargados de rocío, teniendo por único templo el hondo valle, donde estoy más confundido con la eterna sustancia; bañándome en el agua sagrada del Tomoso, que tiene en sí disuelta la divina esencia; respirando el olor que me envía el sándalo como una emanación del espíritu guardado en su corteza; viendo el papagayo saltar de rama en rama, y el cocodrilo deslizarse por la yerba; mirándome en el lago que retrata mi pensamiento, y en el cielo que repite el eco de mi voz; coronado por las sagradas hojas del lotho empapadas en lágrimas de los dioses,

de que se alimenta? ¿Se acuerda el ave del aire, ni el pez del agua? Pero no temas, hijo de la noche. Ya veo que las estrellas escriben allá en los espacios la palabra misteriosísima que va á explicar toda la historia, la palabra «REDENCION DEL ESCLAVO.»



EL PÁRIA.

JORNADA SEGUNDA.

I.

VALMILKI.

Aquí, en esta soledad, siento descender una voz del cielo que llena toda la tierra. En el seno de estos bosques cargados de rocío, teniendo por único templo el hondo valle, donde estoy más confundido con la eterna sustancia; bañándome en el agua sagrada del Tomoso, que tiene en sí disuelta la divina esencia; respirando el olor que me envía el sándalo como una emanación del espíritu guardado en su corteza; viendo el papagayo saltar de rama en rama, y el cocodrilo deslizarse por la yerba; mirándome en el lago que retrata mi pensamiento, y en el cielo que repite el eco de mi voz; coronado por las sagradas hojas del lotho empapadas en lágrimas de los dioses,

repito la idea misteriosa que veo correr por mi mente como corre el pez por el agua, el ave por el aire, y la estrella por el éther. Aunque el mundo es en el espacio como los vagos sueños que pasan sin formas ni colores por los cerrados ojos, y la vida es como una gota de rocío suspendida á la flor del lótho, que el menor soplo del tiempo disipa y desvanece, yo, despues de haber domado mi carne por la maceracion y el ayuno, he visto pasar en las ráfagas del viento, en los rayos del sol, en los reflejos de la aurora, en el plateado rielar de la luna en el lago, todos los dioses, sí, todos los dioses, tegiendo los hilos de la vida, como la araña su tela, como la oruga su capullo. Allí está Ganesa acostado á las puertas del cielo, reclinada la frente en una almohada de estrellas, tendiendo sus cuatro brazos á los cuatro puntos del horizonte, para jugar con los vientos como el pastorcillo suele jugar con los polluelos del nido, escuchando á sus espaldas el ruido de la gran catarata del tiempo, que rebota en los espacios y le eseupe blancas espumas recogidas en los lábios del dios por cuya virtud se trasforman en nieblas que llueven sobre la tierra la vida de los mortales. Por un lado del cielo pasa Indra con su corona de soles y sus piés de nubes,

llevando en una copa más grande que la tierra el agua, si, aquella primera agua con que el espíritu creador amasó el Universo, y seguido de estrellas que beben ansiosas en sus ojos el rayo de luz cuyo resplandor ilumina los abismos y las orlas del manto de la naturaleza, que al arrastrarse por lo infinito levanta polvo de soles y de mundos. He aplicado mi oído á las playas, y he escuchado el ruido del carro y de los caballos de Mahadeva, que al chocar en las olas levantan una tempestad de mágicas armonías, y vuelan arrojando de sus abiertas narices impetuosos huracanes que siembran de trombas todo el Océano. En la cima del volcan, entre las llamas, envuelto en nubes de humo y de rojizos resplandores, saltando hasta perderse más allá del sol y cayendo hasta hundirse más allá de la tierra, he visto, vestido con su túnica de tinieblas, recostado en nubes negruzcas como el humo de una fragua, á Yama, de cuyas manos pende un espejo de azabache en el cual se reflejan nuestras obras, y cuyo negro color se torna entre verdoso y amarillo al recibir los remordimientos de los hombres. Quise apartar mi vista de este espectáculo, y ví surcando el azul del cielo, imprimiendo en la atmósfera su luminosa huella, con sus cabellos de oro que le

caian sobre las espaldas, sus ojos más claros y más profundos que el verdoso Océano, sus labios más rojos que el coral; vestido con las nubes que había recogido en las alturas, á Crichna, que libaba los besos que le daban las pastoras, y orlaba su frente con las flores recogidas de las orillas del Ganges, cuyos aromas perfumaron la cuna de la tierra en el día de su nacimiento; y se ceñía al cuerpo la serpiente Calidusa, que luce escamas de mil colores, y esmeraldas, rubies, diamantes, turquesas, perlas, todas las piedras que se encuentran en las plácidas olas del mar indico y en las prolíficas entrañas de Golconda. Por encima de los astros vuela Surga, muellemente reclinado en su carro de fuego, del cual van tirando verdes caballos que al hollar el éther levantan chispas, semillas de nuevas estrellas, y al relinchar enardecidos de alegría hacen temblar la tierra, y al arrojar de sus hijares blanca espuma, argentan el Océano. Detrás va Rama con su maza más grande que un monte, seguido de los génius, de los vientos y de los espíritus de los bosques. Cerca de la tierra vuela con amor la esposa de Siva, que tiene tres formas, y lleva á sus piés el pavo real, y vierte de sus pechos la leche de que se alimenta naturaleza, y se sumerge en

una voluptuosidad infinita, y comunica con su beso de fuego el estremecimiento de su placer á todos los encendidos átomos de la materia, y va rodeada de las Apsaras, que llevan en sus alas de mariposa la inspiracion á la conciencia de los sábios, y abraza contra su seno á todas las criaturas, irradiaciones del eterno Sér, embellecidas por el amor de la bendita diosa. Y no léjos de ella corre Deva con su túnica de blancas y rosadas nieblas, sus alas de céfiros, su arco de caña de azúcar en la mano, su careax en las espaldas lleno de flechas que rematan en aromáticas flores, cuya esencia infunde ardientes pasiones y embriaguez y placer por donde quiera que pase, pues el gran todo se vivifica y se enrojece en su amor. Por aquí se desliza Ushas abriendo las puertas de la mañana; por allí Varunha recolectando en su manto las estrellas, como el espigador las espigas. Pero todos estos dioses que mudan tantas formas, que toman tan diversas vestiduras, que cambian de color y de matiz, como el Océano á cada beso de la brisa, son las gotas de agua en la lluvia, la onda en el rio, la hoja en el árbol, el rayo de luz en el astro, el grano de arena en la playa, el insecto en la hoja; son la vida que sube de uno en otro sér, la sustancia que se

derrama por todos los cuerpos, como la humedad de la tierra por los filamentos de las plantas; la eterna esencia que se contiene en todas las formas, y en la cual se empapan todos los seres como las esponjas en el mar; porque plantas, piedras, animales, hombres, parecemos ante el gran Sér como el polvo que el viajero sacude de sus sandalias, siendo solamente él, si, él, verdadera sustancia, verdadera esencia, alma y forma, pensamiento y palabra de todo el Universo.

ARIUNNA.

Me alzo de la tierra como la niebla ¡oh Dios de los dioses! á saludarte. Tú eres el amor de la naturaleza que tiñe en su rojo color de sangre el volcan, la rosa, el clavel y el sol; tú eres la ilusion que esmalta de claro azul los cielos y de blanco las nubes; tú eres el corazon que palpita en los giros del aire y en las ondas del mar; tú eres el pensamiento que sacude sus alas sobre el Universo, é inunda de astros las esferas y de gotas de rocío los árboles; tú eres el espíritu y la materia; la voz universal que suspira en las áuras y muge en los huracanes; el vientre de oro en que está contenido el huevo del Universo; el boton que guarda la semilla de todos los seres; el sacra-

tísimo lotho encerrado en los profundos abismos donde hierven los tiempos; el alma única que corre sobre todas las cosas como las primeras aguas. ¡Ay! mi Dios, la adoracion que te consagro no tiene límites. Cuando sale el sol, me postro de rodillas y comienzo á pronunciar tu nombre hasta que el sol me abandona. Por la noche, si me reclino en el tronco del árbol para dormir un instante, sueño con tu nombre y con tu amor. En mis vigalias, el viento me trae tu voz, y el rumor de las hojas secas el ruido de tus pasos. Yo quisiera tener tanta voz como el trueno, y tanta celeridad como el relámpago, para llevar tu palabra á las alturas é iluminar con tu idea los abismos. Mis hijos, al balbucear su lengua, sólo supieron decir tu nombre, y al espirar exhalarán tu nombre mezclado con el último aliento. He cogido un papagayo de plumas de mil colores con mis propias manos, y le he enseñado á decir tu nombre, y lo repite á sus semejantes, y puebla tu nombre hasta los bosques donde no han logrado penetrar nuestras pisadas. ¿Quién hubiera, como tú, creado el Universo? Allá en los abismos impenetrables del no sér estaba la nada, como las tinieblas en la noche, como la oscuridad en el antro; la nada, eterno sueño, eterna sombra, eterno silencio, eterna

quietud, eterno vacío extendido á las plantas del Sér. Si había semillero de mundos, capullo donde estuvieran guardadas las hojas de la flor de la vida, se encerraban en la profundidad de tu pensamiento, que como una inmensa y pálida retina se alzaba sobre el mar de tinieblas del no sér, sobre el hondo y pavoroso abismo de la nada. Tú ensayaste allá en tu idea profundísima el futuro Universo, y pasaron como gigantes las montañas y las nubes, y sacudieron sus ramas los árboles, y se levantó la adelfa, el sándalo, la canela, el bambú, y saltaron los animales, y el agua se extendió por los valles como una serpiente de plata buscando el lecho del mar, y el fuego se agarró á las entrañas de los montes como el feto al vientre de su madre, y la vida pasó encerrando mundos y mundos como la espiga encierra dorados granos de trigo, y el Universo entero anduvo sobre los espacios como el gigantesco avestruz sobre las arenas del desierto, y tendiste la mano para cogerlo, con el ansia con que coge el caminante la sabrosa y fresca fruta desprendida del cocotero, y palpaste tan solo vagos y oscuros sueños, porque todo había sido una ilusión de tu fuerza creadora, la cual es tan viva y tan intensa, que produce hasta en la inmovilidad de su éxta-

sis y de su arrobamiento la imagen de la vida, como el alma enamorada reproduce en su memoria los rasgos del dulce objeto de su amor. Entonces vertiste una lágrima, y aquella lágrima, rodando de tus mejillas sobre el espacio, produjo las primeras aguas que cubrieron el sitio donde había de surgir el Universo, aguas creadoras que llevaban en sus nieblas, en sus ondulaciones, en sus corrientes la esencia de la vida. Tu pensamiento atravesó lo infinito, que separaba de ti aquel Océano extendido sobre lo vacío, y depositó en él un huevo que fué fecundado por tu santo y universal amor. Y un día el huevo se rompió, y su mitad de arriba fué el cielo, y su mitad de abajo la tierra; y apareció Brahama, pequeño niño recostado en el cáliz de una flor marina, rubio como el sol, mostrando la inocencia de la vida en sus sonrosadas carnes, riante, purísimo, que llevaba su dedo á los pequeños labios como en señal de que el sé ser encerraba en la contemplación de sí mismo en este su primer arrobamiento. Pero el Dios, primer producto de la vida, no podía ser siempre niño, como no puede ser siempre tallo la planta. Y el Dios-niño creció y fué un gigante. Sus piés se hundieron en los abismos, su frente se elevó al cielo, el mar se suspendió co-

mo un manto de sus hombros, todos los volcanes hirvieron en su pecho, los bosques se entrelazaron para formar su túnica, los rios corrieron como ligeras cintas de sus grandes vestiduras, las estrellas se engarzaron en su corona como pequeños diamantes, los aires fueron sus alas matizadas de color celeste, la cadena inmensa de los séres el gran collar que pendía de su garganta, el sol y la luna sus dos ojos que miraban á lo finito y á lo infinito, al tiempo y á la eternidad, los rumores todos del Universo su voz, y su lecho, el lecho donde se recostaba con la copa de la vida en la mano, los inmensos espacios. Pero al ver en sí mismo al mundo, Brahama se asustó pensando que no tenia fuerza alguna que conservara tanta vida; y entonces de sus labios salió una nube celeste, un espíritu ethéreo que dijo: «Yo.» Y al pronunciar esta palabra se derramaron por los espacios mil espíritus como gotas de rocío, como burbujas de aire, y de estos espíritus ténues y leves surgió la vida de los hombres.

BRAHAMA.

Esta es mi hermosa tierra de la India; salud, salud, divinos lugares. El Océano os cierra de un lado con su manto azul, y de otro el Himalaya

ceñido de nieves; por vuestros valles corre el Indo, el sagrado Ganges, que alimentan con sus aguas la palmera, cuya verdosa corona se agita en los aires; el sándalo, que exhala de su corteza nubes de aroma; la canela, los bambúes, entre cuyas hojas y ramas corre la gacela, anda el camello y se detiene el tardo elefante, embebiendo todos la vida que emanan estas grandes regiones. ¡Oh! país, hermoso país de la India, tiende tus yerbas para que pueda yo tener un lecho; téjeme una vestidura con la pelusa de tus flores; úntame el cuerpo con tu blanco aceite de sésamo; cúbreme con las anchas hojas de tus árboles, que como grandiosos escudos me libertan de los dardos del sol; fabricame un palacio con tus frondosas higueras; coróname con tu yedra y tus enredaderas floridas y llenas de celestes campanillas; renueva el aire con los abanicos de tus palmeras y con las colas de tus pavos reales; mándame á los oídos el cántico de tus mil aves; regálame el olfato con la esencia más pura del almizcle que tienen tus más preciados animales: deslie en la copa de oro que en Golconda forjas, ámbar amarillo, y escancíamelo con las aguas del Ganges, para que refresque mis secas fáuces; recoge las frutas que se derraman por tus campos, y ofrécemelas frescas,

para que mate mi hambre; tráeme tus vacas con sus tetas rebosando leche, para que pueda continuar mi camino; y yo te bendeciré, cuna hermosísima, tierra privilegiada de la India, donde el sér vive en su plenitud, y se desenvuelve con todas sus virtudes la divina esencia.

EL BRAHAMAN.

Aquí estoy, á tu lado, hundidas las rodillas en un monton de arena, clavados los ojos en el sol que se sumerge en su ocaso, oyendo el rumor del río que corre como nuestra vida, ceñida á la garganta la piel de una culebra, enredados los piés en zarzas floridas, bajo un arbusto que deja caer sobre mí sus hojas, sus flores, sus gotas de rocío, extasiado en contemplar tu faz, y de tal suerte alejado de todo movimiento y de toda vida, que las aves, tomándome por un tronco fuerte y seco, vienen á fabricar sus nidos en mis espaldas, porque yo no me muevo temiendo que el menor ruido me aparte de esta contemplacion de tu sér, en la cual embebo toda mi existencia, que no podria consagrarse á fin más digno, á un objeto más grande, pues en tu presencia todo sér es como un relámpago que se apaga, como una ráfaga que huye. Cuéntame, Brahma, cuéntame tu vida.

BRAHAMA.

Estaba el Sér sobre las tinieblas ideando el Universo encerrado ya en la mente divina como el polluelo en la yema del huevo aun ántes de que el ave la fecunde con su vívido calor. Un dia el Sér arrojó de sí las aguas, que fueron la primer condensacion de su pensamiento. El espíritu invisible dejó en las aguas alteradas el gérmen de la vida. En seguida se movieron las aguas, aunque impulsadas por el segundo espíritu que vivia en ellas y que era una emanacion del Sér primero incommunicable y divino. Del amor de las aguas con los aires, de sus eternos besos nací yo, yo, Brahma, que venia á producir nuevos gérmenes y á idear nuevas creaciones. De mi frente, como el rayo de luz de la frente del sol, brotó el alma universal. Esta alma tomó todas las formas vitales, como la mariposa toma todos los colores del iris al recoger los átomos de las flores en sus blancas alas. El Universo se alimentó de mi sustancia, se vistió los colores que habia tomado de mis ojos. Al mirar el abismo de que surgia la tierra, derramé los relámpagos, los rayos, las nubes, los truenos, los cometas, las estrellas de mil formas y colores, todo, todo el hervidero de mi vida. Al extender mi

mano, que el Sér Supremo agitaba, volaron las aves por el cielo, se arrastraron los reptiles por las yerbas, y recorrieron los peces las líquidas entrañas de los mares. Al andar cubri de insectos luminosos, con el polvo que levantaban mis piés, todos los espacios de la tierra. Y en esta obra me animaron los sábios que yo habia creado con un soplo no más de mis eternos lábios. Y desde el astro hasta la luciérnaga que brota bajo la verde hoja de la yerba, desde el sol hasta la gota de rocío, todos los seres fueron como la organizacion, como la forma, como la vestidura de mi sustancia. El iris es mi arco de guerra, los rayos del sol mis flechas, las blancas nieblas mi ganado, que se alimenta solo de las aguas disueltas en los aires; el relámpago es la chispa que arroja mi trono de pedernal; la tierra es el elefante que yo monto, las montañas las columnas que me sostienen, las ramas de los árboles mis abanicos, los pavos reales mis heraldos, los ruisenores mis bardos, las águilas y las serpientes mis ejércitos, y el Universo entero el espejo en que se refleja mi esencia, el pequeño vaso de que rebosa mi vida.

EL BRAHAMAN.

Por aqui veo pasar otro Dios, si, otro Dios sacratísimo.

BRAHAMA.

Será una de las manifestaciones del Sér. Yo tambien he tenido otras formas; tambien he dejado en mi camino otras vestiduras, como la Serpiente deja su piel de mil colores en los bosques. Yo he sido un cuervo hambriento que abria sus grandes alas en los campos de batalla, y clavaba sus garras en las entrañas de los heridos, y bebia hasta la última gota de su caliente sangre con un ánsia infinita. Yo he sido un pária sin conciencia, sin alma, vestido de esparto, cubierto de inmundicias, hablando por gemidos semejantes al eco del huracan que se estrella contra las cavernas, teniendo por único alimento las presas que me daba mi arrojo, siempre dispuesto á saltar el camino y despojar al caminante. Yo he sido un solitario, como tú, encerrado en el bosque, oyendo mugir al búfalo, ladrar al perro, rugir al leon, maullar al tigre; sin que los mil sonidos de la gran música de la naturaleza me hayan apartado de mi divina meditacion. Yo he sido un poeta, he visto

Bajar las inspiraciones celestes á mi frente, he tomado la hoja de la palmera que arrastraba el viento, y así he escrito mis himnos de alabanza á esta creación fundada de vida. Y cansado de tanta vida, me he vuelto á dormir en el cáliz del lotho, que me ha llevado sobre las aguas como la onda lleva su corona de espumas por la luz suavemente matizada, hasta que al fin un espíritu azul venido de lo alto extendió sus alas de mariposa, me llamó á ellas, y emprendiendo de nuevo su vuelo á las alturas, me dejó allá en aquellos bosques de oro, en que los árboles son los cielos y las frutas las doradas estrellas.

EL BRAHAMAN.

Dime, génio divino, ¿por qué, siendo tú tan bueno, existe el mal, por qué?

SHIVA.

A esa pregunta contestaré yo, que vengo del monte Merú, centro del mundo, donde se acuesta de noche el sol y de día la luna y las estrellas; joyero hermosísimo en que está guardado el anillo nupcial que une el cielo con la tierra; lecho en que me engendraron la luz y el aire, cuando aquella bajaba de los palacios de los dioses y éste su-

bia de las profundidades de los abismos, y se encontraron en la inmensidad, y se dieron un beso de amor que fué el estallido de mi vida. Mírame de este lado, y me verás hermoso, con el círculo de la vida en la mano, el buey á mis plantas, la sávia de la naturaleza en mis venas, la sonrisa de la aurora en mis labios, el agua del cielo inundando mi frente y deshaciéndose en pequeñas gotas de rocío pegadas á mis dorados cabellos; y de otro lado me verás deforme, horrible, envuelto en tinieblas, pisoteando el Universo como el pié hendido del elefante pisotea las casillas de los insectos, bebiendo las lágrimas y la sangre que los mortales vierten sobre la tierra, exhalando de mi boca, más negra que el abismo, fuego, adornada mi garganta con un collar de cráneos, mis brazos con víboras, mi cintura con serpientes, hundidos los piés en las entrañas de un tigre; porque yo soy la luz y las tinieblas, la gota de rocío y el granó de arena enrojecido en el desierto, la hoja de la flor y la espina, la víbora y la vaca, la muerte y la vida, la faz de esa eterna guerra que hay empeñada siempre en la naturaleza entre el mal y el bien.

EL BRAHAMAN.

Y despues de verte, ¿he visto yo toda la vida?

VICHNÚ.

No; porque te falta ver á Vichnú, á mí, que soy la forma visible de la vida. Yo he sido pez de mil colores que ha vagado en los azules abismos de las aguas; inmensa tortuga que ha sostenido en su dura concha todo el peso del Universo; blanco elefante de tres grandes trompas que ha pisado los picos de las nevadas montañas y los hondos abismos de los valles donde no llega el rayo del sol; guerrero audaz montado en un caballo tan blanco cual la primera nube que salió de las primeras aguas, ostentando en mis manos por espada un dorado cometa; brahaman que ha abierto con su hacha de oro en los bosques el camino del hombre; y en esta larga carrera, en estas innumerables trasformaciones, despues de haber convertido la tierra en una vaca y los mares en tetas llenas de leche, y de haberme largamente alimentado á sus pechos; bendecido por todos los séres, perfumado por la resina del sándalo, cubierto con los átomos que han dejado caer sobre mi todas las flores, abanicado con las ramas de

todas las palmeras, precedido por las grullas que formaban un círculo sobre mi frente allá en los aires como una corona fantástica, acompañado de las negras gacelas que se tendian á mis plantas, acariciado por las brisas, aliento suave de las ondas, saludado por los pavos reales que levantaban entre las ramas floridas su azul y flexible cuello para mirarme, seguido por los becerrillos que traian guirnaldas de yedra y de enredaderas en sus cuernos, he tejido con los hilos de mis ideas y de mis sustancias el hermoso velo de las formas para arrojarlo sobre la esencia invisible de la vida.

EL BRAHAMAN.

¿Y aún habrá más dioses?

BRAHAMA.

Hay más dioses que nubes de aromas en las flores y que átomos de luz en el sol; porque todo el mundo está impregnado de la divinidad, como de agua el lotho. Los genios divinos están en el aire como los colores en los átomos de la flor. Mira la esposa de Shiva, á la cual tambien yo amé un dia, con la copa de ámbar rebosando el néctar de la vida en la una mano, haces

de flores en la otra: recostado el mórbido brazo en robusta vaca, embebecida en mirar el río sagrado que fluye á sus piés, coronada por la media luna, cuyo albo arco flota sobre su negra cábelle-ra, iluminada por los resplandores del fuego creador que centellea en la alta cima del Himá-laya como el sacrificio sobre el altar; diosa de amor que amamanta á sus pechos toda la natu-raleza. Entre los arreboles sonrosados y de color de violeta que el sol poniente con sus rayos de oro pinta en los nevados picos de los montes; al límpido reflejo de los lagos, sobre cuyas aguas transparentes se suspende como una gasa de oro la última claridad del día; junto á las toscas y agrestes cabañas que numean, envolviendo en sus nubes de humo los espesos bosques; al eco de la gran música que forman el canto del grillo, el mugido del toro, el último arrullo de la paloma torcaz, el primer grito del ave nocturna; cuando las estrellas de la tarde brillan indecisas en los pliegues del manto de los cielos, veo aparecer el gran cortejo de las divinidades, precedidas por Poleyas vestido de luz, acompañado de planetas, ornada su cabeza de elefante con madre-selvas, apoyado en su hermano Escanda que va caballero en un pavo real y seguido de un gallo y coronado

por las grandes constelaciones; dioses infinitos, maravillosos, que extendiéndose por la creacion como los rayos del sol por los espacios, son los átomos de la eterna sustancia, la forma de la eterna idea, los ecos de la eterna palabra, las irradiaciones perennes de la eterna vida.

EL BRAHAMAN.

Y estos dioses ¿no se reunirán en un Dios superior?

BRAHAMA.

Todo se reúne en mí. La fuerza creadora de Vichnú, la fuerza destructora de Shiva, se reúnen, se condensan en mí sér. Vichnú va por los espacios sembrando vida, Shiva sembrando muerte; y en mi seno la vida y la muerte se dan un ósculo de paz. Vichnú arroja sobre el cielo el rayo del sol como el cazador su flecha, Shiva arroja las tinieblas como el sepulturero la tierra sobre el cadáver; y yo con la luz y las tinieblas formo el eterno crepúsculo llamado día y las magnificencias de la noche. En Vichnú el sér es como un océano hirviente y vívido, en Shiva la nada es como un abismo oscuro é insondable; en mí se juntan, se identifican el sér y la nada. Sobre

esos dioses, sobre esos génius, sobre todas esas formas de la vida está la sustancia impalpable, ethérea de mi vida, que todo lo llena, desde las profundidades del cielo hasta las profundidades del mar. Vichnú hace brotar la hoja, Shiva la seca, yo soy la sávia. Vichnú ilumina el astro, y Shiva lo cubre de sombras; yo soy el éther de que se ha formado la luz, y el vapor y el agua de que se han formado las nieblas. Vichnú rompe el huevo donde está empollada el ave, y Shiva envenena el dardo que en los aires hiere al ave; yo soy la yema del huevo y el jugo del veneno. Vichnú y Shiva luchan, se despedazan, quieren tener el dominio de todos los séres, cogen la vida humana el uno por la cuna, el otro por la sepultura; pero yo tomo los dos extremos, los uno, y formando de ellos, como la serpiente que se muere de la cola, el círculo de la ley de todas las cosas, coronó mis sienes con la vida y con la muerte, y me llamo la esencia, el sér.

EL BRAHAMAN.

Dime, ¿y cómo han nacido los hombres?

BRAHAMA.

Mi boca es más olorosa que la flor en la prima-

vera, y más rica que la primera fuente de que nace el Ganges, y más dulce que la miel guardada en el cáliz de los jazmines, y más alimenticia que las tetas de las vacas del Himalaya, y de color más bello que el sonrosado reflejo de la aurora en el cielo, y sus palabras más fecundantes que todas las semillas que el Sér-esencia sembró en lo infinito para que produjeran todas las cosas en el día sagrado del florecimiento de la vida universal. Y de una palabra escapada de mis labios nacieron los brahamanes, los predilectos de mi gloria, los ungidos con el óleo de la vida celeste, los destinados á guardar los libros santos, los mediadores entre mi sér y el sér de la naturaleza, los que han de conservar mis secretos, los que están formados de un espíritu más puro que la primer brisa del primer día del mar, los que tienen un cuerpo hecho de la sustancia más santa de la tierra, los sacerdotes, en fin, elegidos para mandar á los demás hombres, como el pastor ha sido destinado á mandar el ganado. Y vosotros debéis dominar las conciencias, dispensar la vida y la muerte, atar á vuestro carro á todos los hombres, poner vuestras plantas sobre sus espaldas, hollar sus almas, vivir de su trabajo, arrancarles sus hijos si es preciso, velar la verdad á sus ojos, ser

en fin, sus dueños, sus señores, sus sacerdotes; porque vosotros habeis nacido de mi palabra, como la mariposa nace del cáliz mismo de las flores, y debeis, de mí suspendidos, libar la miel de mi vida y respirar el aliento de mi palabra.

LOS BRAHAMANES.

Sí, nosotros somos los elegidos de Brahama, nosotros los herederos de todos sus tesoros, nosotros su glorificacion en la tierra. Hemos sido tocados por el dedo de Brahama en la frente, y Brahama nos ha señalado para leer sus sacratísimos libros, sus sublimes dogmas. Todo cuanto Brahama ha exigido de nosotros, todo lo hemos hecho. Despues de salir el sol hemos sacrificado á su grandeza en el lugar sagrado donde se cria la gacela negra. Nuestras madres, al darnos á luz, perfumaron nuestros lábios con miel y manteca, guardadas en vaso de oro. En día propicio de una nueva fase de la luna nos dieron un nombre armonioso y de una gran cadencia, para que fuera agradable al oido de Brahama y fácil á sus lábios. Vistiéronnos de blanco lino, y colgaron de nuestros hombros doradas pieles de ciervo. Regaláronnos los bastones que llegaban hasta la frente, y que servian de apoyo á nuestras vacilantes fuer-

zas y de guia á nuestros primeros pasos. Dimos vueltas alrededor del fuego sagrado, como el sol en torno de la tierra. Comemos siempre con la cara vuelta hácia el Oriente, para prolongar nuestra vida y poder así cantar mejor tus alabanzas. Todos los días, á todas horas hemos hecho las abluciones necesarias para purificar nuestro cuerpo, y de rodillas sobre el césped hemos pronunciado la sílaba divina que es el resumen de tu ciencia. Nuestra oracion ha durado tanto, que hemos visto muchas veces dormirse el sol y despertar las estrellas, dormir las estrellas y despertar el sol. Ayunos, para mejor comprenderlo, hemos leído desde la primera hasta la última palabra el libro de los Vedas. Y por seguir sus consejos hemos abandonado todos los placeres, el lecho del amor, el oro del avariento, el palacio del poderoso, el festin del gloton, y nos hemos entregado á leer y á meditar tu incomunicable palabra, que explica todo el Universo, y que penetra, como el rayo del sol los aires, todo nuestro sér, toda nuestra naturaleza. Y despues, alejándonos de los hombres inferiores á nosotros, hemos tomado nuestra calabaza, nuestro plato de madera, nuestra cesta de bambú, y nos hemos ido al interior de los bosques á ofrecer los sacrificios que debe-

mos cuando la luna llena se mece en el cielo y en el fondo del lago, ó viene el solsticio de verano y el de invierno, ó brota el tallo del naciente trigo; y allí no hemos comido sustancia alguna animal por no devorar un fragmento de Brahama, sino las frutas secas que se caen de los árboles; y no hemos andado por no matar los insectos que hay en el polvo; y apenas respiramos lo necesario para la vida por no sorber los seres que hay en el aire. Siempre macerados, en la estacion de las lluvias recibimos en nuestras carnes los torrentes que se desgajan del cielo, y en el estio sufrimos en nuestra frente los dardos del sol, y en el invierno gustosos nos envolvemos allá en los altos picos entre los montes de nieve; porque deseamos dejar esta piel que nos cubre, esta vida que nos ahoga, este mundo de un día que pasa por el espacio como una sombra, esta vestidura de carne que es polvo, para beber el alma universal, y bañarnos en la vida celeste, y sumergirnos en el sér de que fueron hechas todas las cosas, identificándonos por nuestras virtudes con el divino Brahama.

BRAHAMA.

Pues aun hay más hombres en la tierra, pero

hombres inferiores á vosotros; hombres que han nacido de un esfuerzo de mi naturaleza, hombres que produje al retorcer en un gran trabajo mis brazos, hombres nacidos para la lucha, para la guerra.

LOS GUERREROS.

Nosotros hemos salido de los brazos de Brahama, y somos el asiento de su obra. Cuando el sacerdote y el hermitaño nos señalen un punto de la tierra donde haya enemigos de nuestro Dios, iremos á llevarles la muerte en nuestras flechas. Montaremos los grandes elefantes, y tomando la forma del rayo que cae de las nubes, hendiremos las haces enemigas, quemándoles hasta el corazón, hasta la sangre. No habrá quien pueda resistirnos, como no hay en los espesos bosques fuerte encina que pueda resistir la nube en cuyas entrañas arde el fuego. Nuestros dardos sedientos se pegarán á las venas de nuestros enemigos, y no se caerán hasta que se hallen ébrios de sangre. Volarán nuestras flechas por los aires como serpientes aladas, y sus mordeduras serán tan mortales como las mordeduras de la víbora. Y el nombre de Brahama será repetido en medio de la guerra, como es por el trueno repetido entre los

grandes sacudimientos de la horrible tempestad. Y nuestro arco será tan reluciente como el disco del sol, y nuestra cuerda tan hermosa como el rayo de la luz. Y á pesar de nuestro furor, no heriremos ni al anciano, ni al niño, ni á la mujer, ni al enemigo desarmado, ni al que pida misericordia de rodillas, ni al que huya; porque somos como la nube, que si va arrojando rayos que abrasan los bosques, tambien llueve abundantes aguas que empapan la tierra y la preparan para dar vida á la semilla. Pero nosotros, seres inferiores, nos someteremos siempre á lo que quiera el sacerdote, cuyo pensamiento es el pensamiento de Brahma, cuya palabra es la luz del cielo, cuya vida es como la olorosa goma que destila el árbol en que se recuesta Indra, y á cuya sombra duermen todos los inmortales, que han hecho los brahmanes de átomos de sus mismos cuerpos.

BRAHAMA.

Pues aún hay más hombres en la tierra, pero inferiores á vosotros, brahmanes, que sois mi pensamiento, y á vosotros, satrias, que sois mi fuerza. Y esos hombres serán mi trabajo. Un día que andaba sobre los espacios, al moverme se desprendieron con gran estruendo de mis muslos

sobre la tierra. Ellos son inferiores á vosotros, brahmanes, que sois hijos de mi cabeza, y á vosotros, guerreros, que sois hijos de mis brazos.

LOS VASIAS.

Nosotros somos los comerciantes y los agricultores en tus dilatados dominios, ¡oh Brahma! Nosotros bajamos á recoger las perlas guardadas en el fondo del mar, y subimos á recoger las flores que se mecen sobre la cima del Himalaya. Nosotros sacamos con el sudor de nuestro rostro el hierro que el guerrero usa en el campo de batalla, y recogemos la miel que liba la abeja y deposita en sus blancos y nevados panales. Trabajaremos, trabajaremos para tu gloria y para la gloria de tus brahmanes. Tejeremos el lino para sus túnicas; recogeremos la gacela negra que se haya muerto en el bosque, para darles un manto; iremos á Golconda á buscar el oro para sus brazaletes y la esmeralda para sus resplandecientes aras; atravesaremos el desierto para arrancar las gomas olorosas de sus árboles solitarios y perfumar el aire que respiren; trabajaremos para sustentarlos, porque nada hay tan propicio á Dios como el alimento dado al brahman, al sacerdote; y cuando le veamos venir á nuestra presen-

cia, cerraremos los ojos para que su resplandor no nos ofusque, y nos arrojaremos en el polvo, llamándole á que pise con sus plantas nuestra cabeza, escabel de su poder y de su majestad, que puede llegar hasta eclipsar con su divino resplandor la claridad y los arreboles de los hermosos cielos.

BRAHAMA.

Aún hay otros seres que han nacido de mis plantas, última degeneracion de mi sér, último límite de mi vida; seres nacidos para llevar sobre sus espaldas todo el peso de la sociedad; trabajadores, que sólo sirven para la fatiga y para empapar con sus lágrimas y con su sudor la tierra. Esos son en la naturaleza como la pezuña en el elefante, como la garra en el águila, como la espada en el guerrero, como los dedos en el mono; son la planta de los piés de la sociedad, y han nacido para la servidumbre.

LOS SUDRAS.

No nos atrevemos á hablar, porque no podemos pronunciar el nombre incomunicable que repiten las aves en sus cánticos y las fieras en sus ahullidos; nombre que profanaríamos con nues-

tros impuros lábios. Haced, señores de la tierra, lo que bien os plazca de nosotros. Vuestra voluntad arrastra nuestras acciones, como el huracan la caña de bambú, que arranca con sus ráfagas á la tierra. Delante de vosotros somos como el insecto que pisa el tardo elefante, como el animalillo que vive en el polvo de la tierra. No nos maldigáis, y de rodillas os seguiremos hasta el fin de la tierra.

EL BRAHAMAN.

¿Y no hay más razas?

BRAHAMA.

Allá en el fondo de las cavernas hay un sér que no me atrevo á nombrar, y que ha nacido de los átomos de tierra que mis pisadas levantan; hijo de la noche, eternamente maldito.

ORIEL.

Pária, pária me llaman todos espantados, y huyen, sí, huyen de mí que los amo tanto. Hasta la naturaleza dicen que me tiene horror. Si paso cerca de una cabaña, los mastines salen y me muerden los piés. Si encuentro un pequeño y quiero besar sus sonrosadas mejillas, huye de mí lloran-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

do. Si me detengo un instante á preguntar á una jóven la senda, el camino, me maldice y cierra los ojos para no mirarme. Si me acerco á las puertas de un templo, se suspende el sacrificio, y se dispersan los sacerdotes, y caen al suelo las ofrendas. Cuando paso á orillas de un rio y veo el agua trasparente que refleja el cielo y la luz, no quiero mirarme, no sea que me horrorice y tenga que huir de mí mismo, como huyen todos los hombres, todos los séres de la tierra. ¿Si envenenaré con mi aliento los aires? ¿Si será mi sombra ponzoñosa como esos árboles que matan al viajero que les pide un refugio? Por todas partes maldiciones, por todas partes abullidos humanos contra mí, mucho más espantosos que los ahullidos de las fieras. ¿Para qué quiero vivir? Yo, que amo tanto, no tengo un amigo. Mis lágrimas caen sobre la tierra, y se pierden, y no fecundan ningun corazon, como la lluvia en los arenales del desierto. Nadie vela mi sueño, nadie me sonríe al despertar, nadie me acompaña, nadie llora conmigo; todos me desprecian, y ni siquiera encuentro quien me arranque el peso de esta vida. ¡Ay! ¡ay! Si al ménos tuviera un hogar, como tiene sus madrigueras el tigre, su nido el buho, su agujero la víbora, no podria quejarme de esta tierra despiada-

da, que me arroja de sí, negándome lo que concede á las fieras... Al ménos, una madre, sí, una madre como la tiene el polluelo cuando las plumas no han vestido su cuerpo. En su corazon, en su sonrisa, en el calor de sus sentimientos encontraría un poco de vida; porque lo que hoy veo, lo que hoy siento, es la muerte, sí, la muerte en todo su espanto, en toda su terrible realidad. Una familia compensaría este dolor inmenso. Las grullas pasan sobre mi frente componiendo una bandada. Las golondrinas cruzan unidas los mares. Los elefantes huellan de dos en dos la tierra. Y yo aquí solo, yo, sin tener un hermano, ni una familia, ni un sér que me ame. Vosotros, los que llamais á las puertas de vuestras casas y veis salir una mujer que os aguardaba impaciente, un niño que os llama padre, ved mi soledad, y apiadaos de mí, si es que teneis corazon. Y yo nada sé de ayer, nada adivino de mañana. Veo á los hombres presentarse ante sus dioses, y les pido sus creencias y les digo que necesito orar, y me arrojan de sí y me condenan á este eterno silencio. Tampoco tengo religion, tampoco una esperanza más allá de la muerte. Habladme del cielo. Decidme qué hay detrás de ese horizonte, más allá de esos astros. Yo, que solo veo en el bosque vi-

boras, y en la tierra espinas, y en las frutas veneno, y en las montañas volcanes, y en el mar tempestades, y en el corazon de los hombres ódio, yo necesito creer que allá en el cielo hay una fuente de misericordia y de justicia. ¡Oh! ¡Cuántas veces me he arrastrado á los piés de los brahamanes, de esos sacerdotes á quienes proclaman llenos de virtudes, y por no contaminarlos con mi maldita palabra, les he pedido por señas un Dios, sí, un Dios á quien adorar, á quien confiar mis penas, y me han contestado con una maldicion! Aves, tenéis más instinto que yo; fieras, sois más felices que yo; piedras que piso, os envidio. Yo no tengo más compañero que esta soledad negra é inmensa como un abismo. No vengas, aire, á secar mis lágrimas. No quieras distraerme con tus cánticos, ruiseñor que pendes de las ramas de la enredadera. No me enveneneis, palmeras que dejais caer á mis piés vuestro fruto, porque envenarme es sostenerme, alimentarme en esta vida que detesto. Oigo rumor de gente. Huiré, huiré á las selvas. Me asusto de mi propia sombra. ¡Oh! ¡Si pudiera huir de mí mismo, sí, de mí, que soy como un eterno borron de la naturaleza! Ven, dulce y tranquilo sueño, único amigo de mi dolor y consuelo único de mis penas, ven, y envuélveme en

tus sombras, y sumérgeme en tu olvido, y quítame la luz que ilumina este odioso mundo, y el pensamiento que ilumina esta oscura conciencia; ven, y si puedes ser eterno, derramarás sobre mí una felicidad incomparable, ya que el árbol, el insecto, la piedra fría son más libres que yo en este mundo; ven, y estiéndete por mis miembros fatigados, y cierra mis ojos que saltan de las órbitas, y sefresca un poco al ménos con el aliento de la noche mi cerebro que se abrasa; pero no consientas nunca, nunca, cuando me haya dormido, que sueñe con mi horrible miseria, con mi degradacion, con mi soledad, porque entonces ni en el sueño hay para mis penas consuelo, para mis males olvido, que buscaria, si pudiese, hasta en brazos de la pálida muerte.

EL BRAHAMAN.

No oigas, Señor, el lamento de ese desgraciado que pasa, no lo oigas. El que arranca la hoja de un árbol será maldito, porque causa un dolor á una criatura; el que despoja de su cáliz á la flor será maldito, porque acaso de allí podria nacer una semilla que adornara con nuevas flores la tierra y aumentara los encantos de la vida; el que hiere á un lobo, á un leon, será maldito, porque

el lobo y el leon vienen á ser el alma de las selvas, la voz de los bosques, y sus fuerzas necesarias á toda la creacion; el que anda por la tierra y pisa un hormiguero, un nido de insectos, será maldito, porque en el bullir de esos animalejos hay tambien vida divina; el que disipa una gota de agua donde se mueven mil seres casi invisibles, será maldito, porque disipa una parte, aunque ínfima, del gran todo; el que maltrata cualquier forma de la naturaleza será maldito, porque la resina que sale del pino y del sándalo, el oscuro grano que deja caer la flor de la pimienta, la miel que destilan las plantas, el agua que brota de las peñas, la gota de rocío que amanece pegada á las hojas, son corrientes de la sangre de Brahama, que se vierten de sus venas heridas y entreabiertas; pero el que desprecia al pária, el que le escupe, el que le golpea, el que le hiere, será bendito, porque un pária es la eterna maldicion, el hijo de la noche, la escrescencia de la naturaleza, el limite de la vida, el mal, el enemigo de Brahama.

ORIEL (*pasando*).

Todos me maldicen. Mi crimen es no haber nacido en este país, á la sombra de un sándalo, en

la cabaña de un brahama. Entonces me rociarían con leche de vacas, me darian á beber miel destilada de los jazmines y de las rosas, me untarian los lábios y la frente con manteca, y llevándome en brazos al pié del ara perfumada por los lirios de los valles, me ofrecerian á los dioses, ciñéndome el cordon sagrado, signo de la vida.

BRAHAMA.

Para tí no hay esperanza, para tí no hay salud. El crimen más grande que puede cometerse en la tierra es mezclar una raza con otra raza, una casta con otra casta, una gente con otra gente. Así como en la tierra que está ocupada por las raíces de la palmera no puede, no, brotar el plátano, en la mujer donde brota un brahama no puede brotar un vasia. Si levantaiis una palma en las nieves, moriria de frio, como si levantaiis un pino en el hondo valle moriria de calor; y si mezalaiis al que ha nacido de mis lábios con el que ha nacido de mis piés, tendreis un horrible mónstruo. Más le valiera haber nacido insecto, mosca producida por la corrupcion de un cadáver, ó cerdo sumido en la inmundicia. El que nace del contacto, de la mezcla sacrilega de las razas, y así turba la ley de mi vida, será maldito,

su sombra producirá la muerte; y encorvado bajo el peso de su desgracia, pasará su vida, ó cantando para distraer su dolor, ó tañendo una campana para llamar á los fieles á una oración de cuya virtud no participará; ya ocupado en partir las aguas con el pesado remo, ó en arrastrar las llaves de los hondos calabozos donde gime el criminal, ó en matar al que mi justicia condene á muerte; siempre alejado de la sociedad y de las ciudades, viviendo á la sombra de los grandes árboles, cerca del quemadero de los difuntos, para que se acuerden que son como sombras y vapores de la nada, pues la semilla que se arroja en la arena ó en la piedra, nunca, nunca producirá fruto.

EL BRAHAMAN.

Viviré meditando tu ley y haciéndola cumplir á los hombres.

EL SATRIA.

Viviré peleando con tus enemigos.

EL VASIA.

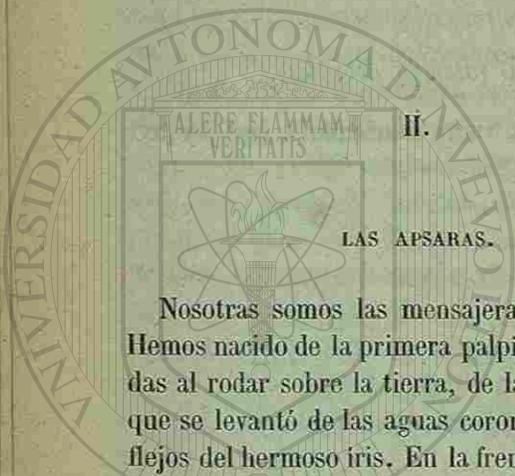
Viviré cambiando lana por ámbar, púrpura por oro.

EL SUBRA.

Viviré empapando la tierra con el sudor de mi frente.

ORIEL (*alejado de todos*).

¡Ay!... ¡ay!... viviré muriendo... ¡ay! ¡ay ¡ay!



II.

LAS APSARAS.

Nosotras somos las mensajeras de los dioses. Hemos nacido de la primera palpitation de las ondas al rodar sobre la tierra, de la primer neblina que se levantó de las aguas coronadas con los reflejos del hermoso iris. En la frente llevamos diademas de algas y de perlas; en los hombros blancas alas tan resistentes como las alas de las gaviotas; la túnica que vestimos es de esa niebla que corona, al nacer la mañana, las cimas de las montañas; un cinturón de verde musgo pende ondulante de nuestro cuerpo; círculos de cristal de roca adornan nuestros brazos; arpas cortadas de los sándalos, despiden, pendientes de nuestras manos, armonías tan dulces como los rumores de los bosques cuando cae la tarde; y si volamos, al hollar con las orlas de los mantos de gasa la azul

superficie de los lagos, los cubrimos de espumas que imitan en sus ligeras blancas formas nuestra propia imágen, como si recordaran el día feliz en que nos despertamos entre su verde lino á la vida. Somos invisibles á los ojos de los mortales, como ilusiones que pasan, como sombras que huyen, como esas pequeñas nubes que unas gotas de rocío forman y un rayo de la luna disipa; porque somos las aladas mariposas que vienen á recoger el aroma de la tierra, flor que flota en los espacios del inmenso Universo, y á libar la dulce miel de su vida. Nosotras nos encerramos en la corteza del árbol cuando el áura de la primavera con sus besos la llena de verdes hojas; nos confundimos con los aromas de las flores que se exhalan de los abiertos cálices cuando es la hora de su amor; nos envolvemos en la suave brisa que el mar suspira, y besamos sus ondas palpitantes; nos sumergimos en el arroyo y nos deslizamos en su tranquilo curso; nos envolvemos en las hojas de los bosques, y penetramos en la conciencia de los brahmanes y les referimos cuanto sucede en la morada de los dioses, donde están escritas en signos de diamantes las buenas acciones de los sacerdotes, que el gran Sér produjo con una palabra celeste escapada de sus lábios. Por eso nos

difundimos por la tierra como la luz del sol. Por eso los rayos de la luna, al penetrar en las azules grutas del Océano, se cuajan en perlas que suspendemos de nuestra rizada cabellera y que brillan como las gotas de rocío en los pistilos del lotho. Pero allí viene, coronada de resplandores celestes, nuestra amada Urvasia, la más bella de las Apsaras. Es erguida y flexible como una palma, es delicada como una rosa, es bella como el iris que brilla despues de la tempestad sobre las oscuras cimas del Himalaya, es para nosotras sagrada como la flor destinada al sacrificio de Indra. Su continente es tan majestuoso que nos revela una hija de los dioses, su pié tan breve que pisa las flores sin troncharlas nunca, su aliento tan aromático que atrae todas las mariposas del campo, su cabello tan negro como la sombra de la noche, su rostro tan blanco y tan pálido como la azucena, sus labios tan encarnados como el capullo del clavel entreabierto, sus dientes como los granos de la granada aún no madura, su cuello como el del cisne que se levanta á escuchar los rumores del cielo, sus ojos tan negros y tan profundos como un abismo; y toda su mágica figura como una de esas imágenes fugaces que los rayos de la luna fingen allá en las blancas nubes

dispersas por las tímidas áuras, que son el suspiro embalsamado de los bosques, donde habitan en su eterna alegría los dioses. Miradla; se sienta al borde de una fuente, bajo un árbol cargado de flores, sobre lecho de musgo, y deja errar la tranquila mirada por el cielo, los pequeños dedos por el arpa que vibra; y recuesta la cabeza en su brazo de marfil, y pega sus labios á una rosa como para beber su aroma, y muestra la vida que hay en su seno, levantando con la palpitation continua de su pecho la túnica de lino que oculta como una blanca nube sus puras y seductoras formas. Medita, sí, medita profundamente. Al pasar por los bosques se habrá levantado alguna divinidad de las que hay ocultas en las sombras de los árboles, á decirle que la ama, porque hasta de los pliegues de su vestido exhala el aroma purísimo del amor.

URVASIA.

Siento una pena que me ahoga. No sé lo que pasa por mí. La sangre palpita con fuerza en mi corazón y en mis sienes. ¡Ah! ¿Qué será de mí? Aquí, al borde de la fuente, viendo el azul lotho que abre sus hojas á los besos dulcísimos del sol, distraigo un poco la preocupacion de mi pensa-

miento. Bajo la rama de aquel árbol que la nube errante ha empapado con sus lágrimas, oigo cantar al ave sagrada de los bosques, y su cántico dilatado por las áuras es el gemido que su triste soledad le inspira, y que envía congojoso á su ausente amor, llamándolo para formar un nido en el cáliz más abierto de la más hermosa de las flores. Allá á lo lejos pasa un elefante saltando, que al romper las ramas entrelazadas de las selvas ha coronado su trompa de flores cargadas de rocío, y vá ligero como una flecha y engalanado como una desposada, en pós de su compañera que le llama desde el fondo oscuro de su caverna. En el pico de aquella montaña, de la cual caen azulados torrentes, la cigüeña ha hecho su nido, y al compartir con sus hijuelos el insecto que ha cazado en el aire lanza un grito de amor. Sobre la copa de los más altos cedros y el cogollo de las más esbeltas palmeras se desliza una blanca nube henchida de amorosas lágrimas y coronada con los resplandores del iris, que parecen enredaderas entrelazadas á su virginal frente y caídas del árbol de los cielos. Aquí, á mi oído zumban las doradas abejas, pidiéndole al cáliz de la flor del bananero recamado de púrpura su dulce miel, que le pagan con una amorosa armonía, con un melancólico can-

tar. ¡Oh! Todos los seres se bañan en el rocío divino del amor. Las ninfas que pasan van dejando en la yerba huellas de goma laca, y los génios de las selvas besan esas huellas y aspiran con voluptuosidad sus aromas. Dime, pavo real que pasas como una nube herida por el sol poniente; decidme, pájaros de mil colores que unís al matiz del azafran el verde claro de la esmeralda; decidme, abejorros de mil reflejos que lleváis una túnica de azulada gasa, y vosotras, mariposas, que pareceis pequeños pedazos del arco iris caídos sobre la tierra, ¿yo nunca he de amar?

LAS APSARAS.

Hemos volado hasta tí, asustadas al oír gemidos profundísimos en una caverna. Esos gemidos nos han dispersado como el silbido de la flecha dispersa á las palomas, como las ráfagas del huracán dispersan á las golondrinas. Pero al fin te hemos encontrado, y nos venimos á tí como las abejas á la planta que les dá miel. La voz que ha resonado en la caverna ha puesto espanto en nuestro pecho, porque nos ha parecido la voz de Yama, del dios de los infiernos, enamorado de tí.

URVASIA.

He visto pasar á Indra coronado por la aurora, con la humedad del rocío en los labios, ceñido de su blanca túnica, sentado en un carro de nubes, conducido por alados caballos que al hendir con sus piés el éther levantaban estrellas á las alturas, y al sacudir las crines despedían rayos de luz á la tierra; le he visto vertiendo de su copa de ámbar torrentes de cristalinas aguas sobre los abrazados campos, seguido de los cielos que parecían en su rápida carrera cintas azules atadas á su túnica, acompañado por los génius del aire que esparcían esencias en su camino y enseñaban con sus cánticos, al pasar, á todas las cosas la dulce plegaria de la mañana; brillando, en fin, sobre el Universo como el sol que se levanta en el Oriente. He querido hablarle, y no me ha dado tiempo, pues pasaba con la rapidez del relámpago. No he podido decirle que dentro de mi pecho había para él un altar, y en ese altar siempre ardiendo el fuego de mi amor. Despues ha pasado junto á mí el dios de los mares, danzando en mágico círculo con sus hijas las nubes. Los vientos son su cabellera que se agita, las ondas henchidas por el huracan sus plantas que se mueven, las algas y el

ámbar y el coral y las conchas los brazaletes que le adornan, el lotho celeste sembrado de verdes peces la túnica que le viste, el firmamento el dosel que le cubre, las nieblas del otoño el manto que flota en sus hombros, y el ruido del mar al estrellarse rabioso en los altos peñascos de la ribera su potente voz que llena con sus acentos y sus ecos toda la tierra. Le he dicho que le amaba, y ha pasado sin mirarme, como pasa el huracan sobre la superficie del mar, y ha levantado con su voz de trueno las ondas de las pasiones en mi pecho.

LAS APSARAS.

Calla, Urvasia, calla. Los dioses suelen castigar ese amor tan intenso y tan rugiente como una tempestad. Y no seria mucho que tu lamento hendiera la tierra y penetrase hasta el infierno. Y entonces no habria para tí salvacion. El dios de la pezuña hendida, de los cabellos de vibora, de la negra horquilla en la mano, del manto de tinieblas, de la voz de volcan, te cogeria, llevándote á sus dominios á darte el agua del olvido para ese inmenso amor.

URVASIA.

¿Y bien? ¡Que venga! Al ménos ¡infeliz! si me veo herida, no me veré despreciada. No veré, sentada al borde del camino, pasar los dioses sin convertir á mí los ojos. Y en el infierno me gozaré en atormentar al dios Yama como los dioses me atormentan á mí, y ciertamente en un inmortal vengaré los desdenes de los inmortales. Ven-ga Yama en buen hora, venga, venga.

LAS APSARAS.

¿Qué has dicho? ¡Tremenda evocacion! La llama del volcan que centellea sobre la cima de los montes como una antorcha, como una hoguera funeraria, despedirá pronto, cual un relámpago de tinieblas, al dios de los abismos. Y vendrá, y te envolverá en sus redes, y te abrasará como el calor del desierto abrasa las pobres flores. ¡Ay! ¡Qué hedor! Huyamos, huyamos. Despleguemos nuestras alas de mariposas, y perdámonos en las ondulaciones del aire. (*Huyen en tropel.*)

URVASIA.

Me han dejado sola. Quisiera andar, pero no puedo. Un olor venenoso me trastorna el sentido.

Una corriente de negra lava pega mis piés á la tierra. Mis alas azules sembradas de átomos de azucenas se caen sobre mis espaldas. Dios del cielo, dios del día, no me dejes arrebatat por el dios del infierno, por el dios de la noche. Oye mi súplica. Allí me traspasarán las entrañas con la horquilla enrojecida del dios, me atarán los piés con cadenas forjadas en el yunque de los volcanes. Mi rostro se tornará pálido y verdoso al reflejarse en el espejo de azabache del dios. Me arrancarán mis vestidos celestes para ceñirme una túnica de tinieblas. Coerán mi corazon en sus hirvientes calderas, y en vez de sangre lo llenaran de veneno, obligándome á pisar á todas horas los huesos de los condenados, espareidos por aquellos desiertos de lava. Si en un instante mi ardorosa é hirviente sangre evocó el génio de las tinieblas, hablaron mis lábios, y no mi voluntad. Protégeme, dios de la luz, protégeme. Tengo mucho miedo á la celosísima Cali, á la esposa de Shiva destructor, que debe andar por el infierno espantando á todos los infelices con sus terribles formas, llevando por sarcillos dos cadáveres, por collar una sarta de cráneos, por cinturón manos de antiguos gigantes colgadas de las tripas que el dios guer-rero les arrancó despues de un sangriento com-

bate, diosa que me cogerá entre sus garras y chupará hasta la última gota de mi sangre. Protégeme, dios de la luz, protégeme.

YAMA (*saliendo de una caverna*).

Así como el elefante destila de sus sienas un jugo delicioso cuando está en amor, jugo del que beben los enjambres de las abejas para elaborar su miel, yo, el dios de los infiernos, soy hermoso cuando amo, y doy mi hermosura á las ninfas que me regalan un beso, pues las llevo á un lago donde hay cisnes negros para que las acompañen, las aguas del olvido para que no recuerden el mundo, y en cuya superficie brotan en vez de ramas, de plantas acuáticas, los brazos de un amante. No huyas, Urvasia. El que hizo tus ojos de azabache, tu rostro de un hermoso nelumbo, tus dientes de jazmines, tus labios del boton de la rosa, tu cintura de la flexible palma, no pudo hacer tu corazón de las piedras. ¿Para qué quieres la vida sin amor? ¿Para qué quieren las abejas flores sin miel? Mira, viene la noche, el cielo va perdiendo su color como una ninfa despues de una orgía pierde el sonrosado matiz de sus mejillas; vente conmigo, y pasarás el frío de la noche entre el fuego de los verdaderos amores. Tú

amas, y no creas que habrá en la resina del sándalo virtud bastante para curar tus amores. El amor no se cura sino con el amor. Ven, pues, ven conmigo al infierno, allí donde arden todas las pasiones, todos los sentimientos y todos los amores juntos; ven, Urvasia, á ese nido en que encontrarás la flecha del placer pegada á tu corazón y derramando por tus venas toda su vida.

URVASIA.

Aparta, deforme dios. Si tus cejas son arcos, si tus miradas son flechas, mi corazón huye de tí como del cazador la gacela. Un beso de tus labios descoloraría para siempre mis labios. Un abrazo tuyo troncharía mi cuerpo, como el abrazo del rayo troncha las ramas de la palmera. En el infierno se acabaría mi vida, como se acaba la vida de la violeta cuando viene el seco estío. Huye de mí, deforme dios. Corro, y corro como la cierva herida. Las ramas de los árboles me cierran el paso, las serpientes tendidas en el camino me asustan, las ondulaciones de la yerba borran mi senda, las zarzas pendientes de los altos troncos me desgarran con sus espinas el rostro, la yedra y las enredaderas se entrelazan á mis piés y me der-

riban en tierra. ¡Ay! ¡ay! ¡Cómo voy á pagar mi primer amor!

YAMA.

Ven, ven conmigo á la caverna. (*Éntrase en la caverna con Urvasia en brazos*).

LAS APSARAS.

¡Ah! Nos han robado á la hija de los bosques, á la mariposa de los valles, á la estrella de los cielos. Su corazón palpitaba como la catarata que baja de la montaña, sus ojos brillaban como el cielo cuando lo enrojece el sol naciente, sus labios llovían miel como las azules campanillas prendidas de las enredaderas en la estación de los amores. ¿Y nadie podrá volvernos á nuestra compañera, á nuestra amiga? Volamos por estos anchos campos como las abejas por un prado sin flores, y queremos á la que es nuestra alegría, pues nos hallamos como la tierra sin sol. ¿No hay ningún brahama que nos oiga? ¿No hay ningún solitario que conjure al dios de las tinieblas? ¿No hay ningún soldado que tenga un arco y una flecha? Allí viene el hijo de la blanca luna. Vá en su carro por los aires, y levanta nieblas como el viajero levanta polvo en el camino. Las cuatro ruedas que

lo sostienen son como cuatro estrellas. Sus caballos son azules como el viento. Su manto que flota al impetu de la carrera es como una nube tempestuosa orlada de una cinta de fuego. Ven, hijo de la luna, vuélvenos á nuestra Urvasia. Tu arco es como el horizonte, y tus flechas como los rayos del sol.

EL REY (*aparece en un dorado carro*).

Yo soy el rey de las mejores comarcas de la India; yo soy la hechura más perfecta de Brahma, después de sus grandes sacerdotes. Mi cuerpo está formado de partículas de oro de Indra y de encendidos carbones de Yama; de átomos desprendidos de las coronas de todos los dioses y amasados con la primer agua sobre que flotó la cuna del Creador. Yo quemó como el sol, brillo como las estrellas, arrebató tras mí las cosas como el viento, refrigeró al mundo como la lluvia, vuelo como la nube, ando como el elefante, castigo como el rayo, hablo como el trueno, tengo un arco más potente que la tempestad, una alfombra para poner mis piés más ancha que el Océano; y si algún mortal me contemplara frente á frente, quedaria ciego, por no poder sufrir la humana vista el resplandor de mi majestad y mi grandeza, pues yo

en esta forma quebradiza y frágil encierro el espíritu de un Dios, alma suprema á que no podrá llegar nunca la débil alma de mis miseros vasallos, nacidos para obedecerme y temblar en mi presencia, como el agua del mar y la hoja del bosque cuando se desata el potentísimo huracan. Levantado sobre el mundo, teñida mi púrpura en la sangre de mis enemigos, sellada la frente con el sello de la eleccion divina, amaestrado en la ciencia de Brahama, ceñido mi cuello con el cordón sacratisimo que prescriben los Vedas, yo soy la vida, pues sin mi la grulla se llevaria del altar la ofrenda de arroz, el perro la ofrenda de manteca, el pária entraria en el templo á profanarlo, el sudra se levantaria contra el agricultor, y el agricultor contra el guerrero, y el guerrero contra el sacerdote, y el concierto del mundo se acabaria; porque yo tengo en mi frente el pensamiento de Dios, á mis piés el génio de la venganza, en mi mano el látigo del castigo, en mi naturaleza las fuerzas necesarias para dominar el Universo, y con fruncir mis cejas todas las cosas entrarán en su órden, y el mundo descansará sobre su eterno asiento, que es la divina voluntad de Brahama. ¿Qué me quereis, pues, hermosas ninfas invisibles á los ojos de los demás mortales que no

son vuestro rey, qué me quereis? Decid, hablad; que yo siempre estoy pronto á socorrer la hermosura.

LAS APSARAS.

Nosotras, hijas de las selvas, que hemos recibido de las nieblas de los lagos el cuerpo y de los rayos de la luna el alma, volamos á tu alrededor como las mariposas atraídas por el fuego. Y como las abejas y las hormigas no pueden vivir sin su hermana mayor, nosotras no podemos vivir sin Urvasia, que Yama, sí, el dios Yama nos ha arrebatado, encerrándola en aquella caverna, que no parece sino que la negra oruga ha resuelto tragarse el dorado insecto cuando desplegaba sus celestes alas entre los arboles del aire y los reflejos de la luz. Sálvala, hijo de la luna, salva á nuestra hermana. Tu voz puede conmovér á Yama, tu flecha puede penetrar hasta su corazón, tu mandato puede resonar como la voz del cielo en su negra caverna. Si nosotras nos acercáramos á pedir gracia, nos llevaria á su nido como el buitre á las palomas.

EL REY.

Vuela, cochero, vuela. Déjate atrás el huracan

y el rayo y el pensamiento del hombre. Yo me acercaré á esa caverna, y Yama me devolverá su presa. Si no cede á mí de grado, cederá por fuerza. Ya monto mi arco, ya clavo en él mi flecha. A la menor resistencia, mi mano arrojará dardos como arroja granizo la negra nube. Yo encenderé la caverna, yo, yo, el rey.

LAS APSARAS.

El sol no sabe uncir sus caballos de luz como el rey, ni sabe acelerarlos como el cochero. El relámpago no anda tanto como ese carro de oro que despide chispas. El iris no es tan bello como ese arco de mil colores que el rey lleva en su mano. La tierra se extremece bajo sus ruedas, como si le hendieran de parte á parte. Bendito seas, hijo de la luna, por haber llegado ya á la entrada de la caverna.

EL REY (*dentro de la caverna*).

¿Quién habita estos tremendos lugares? Nada veo. El aire caloroso que hace de esta mansion un horno, sofoca el pecho y quema la piel. Unas gotas de agua hirviendo caen del techo, y al tocar las calcinadas piedras del suelo se disipan en humo. No se vé por aquí más sér viviente que algun

murciélago que cruza extendiendo sus calladas alas por estas tinieblas, como si gozara en vivir en tan dudoso crepúsculo.... Pero allá, en el fondo de la cueva, veo relucir unos ojos encendidos y sanguinolentos que parecen los ojos del tigre cuando en noche de tempestad asoma su faz á la entrada de su madriguera acechando rabioso su presa.

YAMA.

¿Quién viene á interrumpir mi sueño? ¿Quién penetra en mis dominios? No vengais aquí, porque tengo mi horquilla de hierro candente en la mano, y os la elavaré en las entrañas. Dejadme reposar junto á Urvasia, mi presa, que yace desmayada, y que parece en mis manos lo que la paloma del valle de blancas alas y matizado cuello en manos del traidor raposo. Huid, huid; pues si llamo á mis vasallos, una nube de murciélagos arrancará vuestros ojos, y otra nube de arañas devorará vuestros piés.

EL COCHERO DEL REY (*á la puerta de la caverna*).

Mi señor no responde al insulto. Fiero, orgulloso, irguiendo la frente, mirando con desdén el hondo lugar que exhala siniestros rumores, ajusta

su dardo, monta su arco, echa el pié derecho adelante, y atrás el pié izquierdo, dirige su cetero golpe al corazon enemigo sin moverse ni titubear un instante, despide la flecha que serpentea en los aires como la centella arrojada de la negra nube, como una culebra de fuego que se desliza entre las sombras, y que al clavarse en el cuerpo de Yama bebe con ánsia su sangre, como no acostumbrada á beber sangre de inmortales; y por más que el dios de las tinieblas arroja de su boca entreabierta fuego, de sus torvos ojos saetas, el guerrero le cubre el cuerpo de dardos, le enciende el cabello, le rasga las venas, hasta que su arco se rompe produciendo el mismo estallido que la ola al quebrarse en los escollos; y entonces salta, se arroja sobre el cuerpo inanimado de Urvasia como el águila sobre la paloma, lo arranca á las garras de su siniestro carcelero, y viene con tan grato peso triunfante á su carro, sin curarse de la sangre que manan sus heridas, ni del sudor que cubre su hermosa frente coronada con los resplandores de la victoria.

LAS APSARAS (*en el bosque*).

Allí viene montado en su carro de oro, como el sol en su carro de luz. Trae en sus brazos á

Urvasia sin sentido, descolorida como la luna cuando náda en los resplandores del dia. Alabémosle, alabémosle. Tejamos con la adelfa, con el laurel, con la palma, una corona para que la cuelgue de su carro y la trasmita seca á sus hijos como un recuerdo de esta gran hazaña. El viento no es tan ligero como sus caballos, ni el cielo tan hermoso como su arco, ni el rayo del sol tan penetrante como su dardo. La luz no pudo entrar en la caverna, y la flecha del rey ha penetrado y ha herido á Yama, obligándole á soltar su presa. Nosotras temblábamos como tiembla el ave cuando vé desde su nido las fauces de la serpiente que amenazan á sus hijuelos. Nosotras huíamos como huye el gilguero cuando ve en la callada noche los torvos ojos del buho. Pero ahora cantamos en loor del rey, volando regocijadas por los cielos, como la alondra al nacer la mañana eleva al sol en su ráudo vuelo y en su triunfante cántico toda la alegría de la naturaleza.

EL REY.

Venid, Apsaras, ninfas de los bosques, venid á contemplar á vuestra hermana. Sus sienes agitas levantan la guirnalda de flores celestes que las ciñe; su seno palpitante agita la blanca túni-

ca; su corazón quiere saltar del pecho, como salta el ave herida de su tranquilo nido; sus largos y negros párpados ocultan una lágrima de dolor, como oculta el lotho, cuando cierra su cáliz algunas gotas del rocío de la noche; su cuerpo está yerto, y la luz del espíritu vacila en su sér, como el fuego del sacrificio cuando el viento sopla sobre sus últimas llamas. Miradla; el desórden de su cabellera, el pálido color de sus mejillas, el tinte de rosa seca de sus labios, el anhelo de su pecho, el suspiro que se escapa de su garganta, la furtiva lágrima que cae de sus ojos, el frío que se extiende por todo su cuerpo como sobre el cuerpo de un dios abandonado de sus sacerdotes, aumentan su hermosura y el brillo de sus facciones, que parecen fieles copias de las facciones de los inmortales.

LAS APSARAS (*rodeando á Urvasia*).

Vuelve, vuelve en tí. Abre tus ojos, como el lotho abre su cáliz al morir la noche. Respira, como respira la brisa del mar despues de la tempestad. Colora tus mejillas, cual el cielo se colora con la rosada aurora despues que han pasado en tropel las sombras. Aquí estamos aguardando tu despertar, de la misma suerte que las aveci-

llas guarecidas bajo la débil hoja aguardan el despertar del sol para saludarlo con sus arpegios y con sus gorgeos. Urvasia, vuelve, vuelve en tí, que te llaman tus hermanas.

URVASIA.

¡Ay!

LAS APSARAS.

Ya respira, ya respira.

EL REY.

Vuelve en tí. Tus hermanas te miran con amor, como el navegante mira la bendita luna despues de salir de un eclipse.

URVASIA.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

LAS APSARAS.

Entre nosotras, entre tus hermanas, las ninfas de los bosques.

URVÁSIA.

¿Me ha salvado Indra, Indra, el rey del cielo?

LAS APSARAS.

No. Te ha salvado el rey de la India, que es igual á Indra.

URVASIA (*mirando al rey*).

Brahama te bendiga, hijo querido de la luna.

EL REY.

¡Qué hermosa eres! Tus cabellos destrenzados han caido sobre tu seno aumentando su blancura, como la sombra que la luna extiende cual un pliegue de su flotante manto en el mar abrillanta más el rielar de sus rayos en las aguas. Tus cejas ligeramente pintadas por la tilaká del amor ocultan dos ojos más negros, pero más hermosos que una noche de estio. Tu frente pálida, tus megillas ligeramente sonrosadas, tus labios entreabiertos como la flor del granado, tu seno que palpita, tu aliento que perfuma todo el aire, tus miradas, en fin, me embriagan, pues me pareces una diosa inmortal que ha venido del cielo á hermohear y santificar la tierra.

LAS APSARAS.

Sosiega un poco, hermosa Urvasia, ese corazon

agitado. Despues de la tempestad el sol esparce con más alegría sus rayos de oro por los espacios; despues de la tormenta el mar se duerme tranquilo y retrata todas las estrellas del cielo. Cálmate aquí, á la sombra del árbol del amor que sacude sus flores sobre tu cabeza, junto á esa fuente que murmura una cancion en tus oidos, á la orilla del lago de cuyo seno levanta su cáliz celeste el lotho para contemplarte y respirar tu aliento. Descansa y cuéntanos tus desventuras, que deben haber sido rápidas como un relámpago.

URVASIA.

¡¡Rápidas!! El tiempo no se cuenta en los profundos abismos como en la tierra, pues cada minuto guarda una eternidad allí, en aquel negro antro del dolor y del remordimiento. Mares de nieve cubren su entrada, que apenas iluminan algunas pavesas de mundos malditos caidos sobre su soledad más horrorosa que el sepulcro, y en cuyos caliginosos aires se ven volar sombras fatídicas que despiden lamentos de sus negras bocas y sangre corrompida y venenosa de sus heridos costados, y dejan huellas de azufre al tocar el suelo con sus plantas, inmensas, afiladas garras que

se clavaban en el seno de los infelices condenados. Mi raptor me arrastró por una senda sin luz en que se veían cabezas amontonadas y enrojecidas en pálido fuego, calderas de agua hirviendo que cocían miembros de innumerables infelices, serpientes que se arrastraban cebándose en las entrañas de sus víctimas, víboras que se enroscaban á las plantas, aves de rapiña que hundían su pico en la cabeza de los desgraciados; y todo era un mar de lágrimas y de sangre, y un continuo estallido de lamentos que me partían el corazón, moviéndome á envidiar la fría inercia de las piedras que no participaban de mi triste sentimiento. Un infeliz estaba allí sufriendo que una vaca de hierro le clavase en el vientre los cuernos enrojecidos en el fuego del infierno, por haber cometido el crimen nefasto de matar á la vaca de un brahama. A su lado habia otro cubierto de lepra, que al moverse, arrojaba de todo su cuerpo víboras, serpientes, y que pagaba el feo delito de haber comido, siendo guerrero, en la mesa de un esclavo, de un sudra. No lejos de allí, en un monton de inmundicias, se sentaba un infeliz cuyo vientre encerraba un volcan, cuyos lábios despedían rios de hiel, cuyos ojos lanzaban saetas agudísimas que volvian á clavarse en su mismo

corazon, cuya lengua era una inmensa serpiente que se enroscaba á su cuerpo dolorido, oprimiendo sus carnes y descoyuntando sus huesos. Este habia cometido el negro crimen de mirar con ojos compasivos á un pária, miserable ceniza del gran fuego de la vida. Y así, en aquella larga y espantosa galería de remordimientos vivos, se descubrian por todas partes las sombras del mal y el veneno del vicio que emponzoñaba á todos aquellos que habian violado los códigos escritos por la mano misma de Brabama y confiados á su intérprete Manú. Pero mi espanto llegó á su último extremo, mi terror á su postrer parasismo, cuando vi en una honda cueva, iluminada por los resplandores fatidicos de una hoguera que se apagaba, la diosa Cali devorando carne humana, bebiendo sangre, gozosa como una hiena que alcanza su presa y le clava la aguda garra, y hociquea en sus entrañas, y sumerge su lengua en la sangre caliente, y respira el hedor de la muerte, y se acuesta en los restos palpitanes, y satisfecha ya su hambre, rasga, destroza los filamentos de aquellas carnes, y los esparea, sólo por gozarse en atroz carnicería. Mi espanto creció cuando la ví levantarse, dirigirse á mí, contemplarme con su torva mirada de lechuza, y decir

con risa epiléptica y sardónica: ¡qué buena presa! ¡qué grande y oloroso sacrificio! Entonces una nube me cubrió los ojos; sentía que Yama me arrebatava en sus brazos, me desplomé en ellos sin sentido, hasta que me he despertado aquí, viéndome feliz rodeada de todas mis hermanas, que con sus alas de mariposas y sus voces de ruiseñores me recuerdan que aún estoy en la primavera de la vida, llena siempre de encantos.

EL REY.

Óyeme, Urvasia, óyeme. El dios que tiene por atributo un pez de mil colores pendiente de un bambú, me ha herido el corazón con sus flechas. Yo te amo. Toda la miel que destilan todas las flores caída sobre mis labios no los endulzaría, si no los perfumase un casto beso de tus labios. Has tocado mi corazón con las alas de gasa de tu alma, y lo has herido, y en vez de brotar un torrente de sangre ha brotado un torrente de amor más impetuoso que las cataratas. Nada puede consolarme. Ni la sombra del bosque, ni el agua pura y fría que surge de las fuentes, extinguirían el ardor que está dentro de mí, en mi corazón, en mi conciencia, y que sólo puede apagar una lágrima de tus negros ojos. Mira, yo, el guer-

rero, lloro, y esta lágrima de amor me regocija, y la bebo como bebe la pobre yerbecilla en el estío la lluvia de la tempestad. Sin ti no puedo atravesar la vida, como el nadador que lucha con un impetuoso torrente. ¡Ay! El viento arranca las hojas de los bosques, y no arrancará nunca de mi memoria tu recuerdo. Para mí ya no hay alegría. Ni la flor de la kururaca matizada de violeta y carmin, ni la celeste campanilla en cuyo fondo hay una perla, ni las enredaderas vestidas con todos los colores del iris, me parecerán nunca, nunca hermosas; porque sólo hay hermosura donde está tu amor. Ninfa de las arqueadas cejas, si no me amas, mi suerte será más negra que tus ojos.

LAS APSARAS.

Los dioses nos llaman. Urvasia no puede contestar hasta que no haya besado los pies de Indra. Volemos, volemos. Adios, adios. (*Desaparecen volando.*)

URVASIA (*al volar*).

Me he enredado en la yedra. Adios, adios. (*Desaparece con las demás Apsaras.*)

EL REY.

Bendita sea esa yerba, que me ha valido una mirada suya. Vámonos á mi palacio.

EL COCHERO (*entrando por las puertas de la ciudad*).

A las orillas del río sagrado se levanta la ciudad, cuya grandeza es tal, que doce jornadas no bastarian, en este carro rápido como el relámpago, para recorrerla, cuyas casas son tan altas, que en sus techos se acuestan las nubes y las estrellas; cuyos templos brillan cuando los rayos del sol hieren las piedras preciosas de que están cuajados sus muros, como el Oriente en el alba; ciudad sacratísima, conjunto de todos los seres privilegiados y felices de la tierra, por cuyas plazas y calles se ven los elefantes cargados de mercancías de oro y de perfumes embriagadores; los caballos que relinchan ostentando orgullosos la preciada carga de sus invencibles guerreros; los carros plateados como la luna en que van las grandes señoras medio cubiertas con sus blancos velos, brillando más así como el cielo entre las leves nieblas; las bailarinas que saltan al eco de melancólico cantar en danzas fantásticas como las que forman las nubes al chocar con los remolinos

del viento; las procesiones religiosas en que los dioses cubiertos de perlas, de diamantes, de flores obligan á inclinar la frente y doblar la rodilla á todos los indios; los mil banquetes, reunión de hombres afortunados que al aire libre se entregan á sus fiestas devorando leche y miel y ricas frutas entre los perfumes de mil pebeteros y los aromas de las flores que ciñen sus cabezas; maravilloso espectáculo, animado, engrandecido por el ruido de las careajadas, de las bendiciones, de los gritos de los mercaderes; por el susurro de sus jardines, el rumor de los mil surtidores que escalan en sus columnas de cristalinas aguas los cielos, el estrépito de las armas, la cadencia de los bailes, los ecos de los cánticos religiosos de que está henchido el aire de la gran ciudad, á cuyos muros, puertas, templos y palacios se ven guerreros que la defienden, príncipes que la ordenan, sacerdotes que la unen con sus plegarias al cielo; príncipes, guerreros y sacerdotes que la guardan, como la serpiente de tres cabezas guarda la fuente misteriosa del Ganges.

EL REY (*en los jardines de su palacio*).

¡Me ha abandonado! ¿Y para siempre? ¿Por qué, por qué quise salvarla? ¡Ay! La redimí del

infierno, y he encerrado en mi corazon el infierno. Hermosísima rosa, yo te arrancaré á tu tallo, aunque me desgarras y ensangrientas con tus espinas los dedos, yo te arrancaré á tu tallo, para beber gotas de rocío y aspirar embriagadores aromas que calmen un poco el dolor de mi corazon. ¿Por qué, luna, penetras como todas las noches tan alegre entre las hojas de los plátanos y rielas en la fuente, cuando mi alma está desgarrada y mis ojos cubiertos de espesísimas tinieblas? ¡Qué noche tan serena! El cielo brilla como en los momentos más felices de la naturaleza; el áura ya corre juguetona entre los árboles, ya se suspende casi dormida sobre la corola de las flores; todo es tranquilidad, y mi alma estalla en tremendas tempestades como un cielo tormentoso y oscuro. Yo, cuando me paro un poco á contemplar mi suerte, sueño que te llevo, ceñida tu cintura con mi brazo, al templo, á los altares para jurarte un amor eterno, ninfa divina de los bosques. Y me despierto, y solo abrazo sombras; pero sombras que no son bastante espesas para ocultarme tu imagen. Te veo cuando la noche extiende sus tinieblas; te oigo cuando la naturaleza entera calla. Tu figura se dibuja en los rayos del sol y de la luna, en los pliegues de las nubes de polvo que levanta

el viajero en el camino, y en las orlas de las nubes de agua que levanta Indra en los cielos. Amor sin reposo, amor sin esperanza, ¿por qué no puedo arrancarte de mi pecho? Pero no, no te vayas; más quiero padecer contigo, que ser sin tí feliz. Estoy solo, solo, solo. No me avergüenzo, pues, de llorar. Quisiera ser, ninfa bella, el aire que respiras, la suave luz que se refleja en tu retina, la túnica que vistes, el cinturón que ciñe tu flexible cuerpo, las alas que están prendidas á tu espalda, el cabello que ondea por tu seno, la corona de algas y de perlas que llevas en tu frente, la miel que libas para tu alimento, el águila en que recorres el cielo, la sangre calorosa que se extiende por tus azules venas, la...

EL BUFON (*que sale de una gruta*).

Pues yo quisiera ser de medio cuerpo abajo confitura, para comerme á mi mismo. No hay amor comparable á un buen plato de legumbres. No es el corazon, en verdad, tan exigente como el estómago. Tenga yo el vientre lleno, y vengan sobre mí amores. Cuando me desespere, me sepultaré en la cocina, y allí en un jarro de leche y miel ahogaré todos mis dolores. Calla, pues, ¡oh rey! con ese lamento.....

EL REY.

Déjame. Tu barbarie me cansa. Tus estupideces me hastian. Que se apague la lumbre en mi palacio, porque no quiero comer. Que se cierren las fuentes de mis jardines, porque no quiero beber. Que se dé libertad á mis fieras, porque no quiero juegos. Que se rompan las flautas y las arpas de mis conciertos, porque no quiero más música que el eterno quejido de mis dolores. ¿Por qué soy omnipotente? ¿Por qué me llaman rey?

URVASIA (*invisible en los aires*).

Ni la miel que destilan los árboles del Narana, ni el rocío que llueve el cielo, ni la grata sombra de la eterna bóveda, ni la música que las estrellas forman en sus grandes y suaves conciertos, ni el lecho de flores en que duermo, ni las águilas que me llevan ráudas por los vientos, ni la presencia de los inmortales, ni las alhajas que me ha regalado Indra formadas de rayos de la luna y de hermosas estrellas, ni las enredaderas que en los bosques bienaventurados crecen con su color celeste y puro, han podido calmar un poco el ansia, el anhelo infinito de mi amor.

EL REY.

Me parece que oigo una voz dulcísima. Será el eco de mis propios recuerdos. Será el ruiseñor, que suspendido de una pequeña rama mira anhelante á su compañera, regalándole un cántico de amor. Será la alondra que bate ya sus alas y afina su garganta, esperando ansiosa el primer albor del nuevo día. ¿Y cuándo, cuándo amanecerá mi amor?

URVASIA.

Le participaré en esta hoja de boj mi pensamiento, ya que tan grande como el mio es su amor.

EL REY.

¿Qué veo? ¿Qué ha caído del cielo? ¿Es la piel de una serpiente? No. Es una hoja de boj. Hay en ella signos. ¿Qué dice? A la luz del alba que empieza á despuntar, y de la clara luna que luce más que nunca, puedo leer..... Pero ¿qué leo? ¿qué leo? ¡Oh! ¡oh! ¿Será verdad? será verdad? «Consagrada al culto del Sol, sus rayos no tienen bastante fuerza para vivificar mi corazón. En mi lecho de olorosas yerbas sembradas de flores de

Pariyata no encuentro reposo. Las brisas de Nandana me parecen llamas. Necesito de tu amor. »
 ¡Oh! Mis brazos serán tu lecho, mi corazón tu paraíso, mi aliento la brisa que refresque tus sienas. Ven, hermosa ninfa, mírame aquí de rodillas implorando tu auxilio.

URVASIA (*aparece á los ojos del Rey rodeada de las Apsaras*).

Aquí estoy. Nuestro amor será eterno, eterno. He abandonado por tí la morada de los inmortales. He roto contra el suelo de cristal la copa hecha de un astro en que los dioses me regalaban el néctar destilado de los árboles de Nandana. Y vengo á buscarte, á gozarme en tu bendito amor. Las ramas de las selvas formarán un lecho de amores. La soledad nos tenderá su manto. La callada noche velará nuestros amores; y juntos un día nos sorprenderá la muerte.

EL REY.

¡Ah de mis guardas! ¡Ah de mis sacerdotes!
 ¡Ah de mis ministros! Dad libertad á todas las aves prisioneras. Mandad que la ciudad santa sea un continuado banquete. Enseñad á todos los papagayos de mi reino y de sus bosques á decir el

nombre de Urvasia. Esparcid el oro de mis áreas por el suelo para que lo recojan mis vasallos. Que se alegre el mundo entero como se alegra mi corazón. Disponed á Brahma ochenta mil sacrificios.

LAS APSARAS.

Ha llegado la hora feliz en que deben unirse para siempre el rey de los hombres y Urvasia la diosa de los bosques. Los pages del rey sacan el toro y la vaca para el sacrificio, coronando sus astas con guirnalda celestes y rosas blancas. Las arpas de las vírgenes rompen á una en sus cuerdas de oro himnos voluptuosos que imitan el placer infinito derramado por toda la naturaleza; y al compás de sus armonías las bayaderas danzan, formando con cintas de encendida púrpura mágicos círculos, en que se pierden de vista, merced á la rapidez del baile. Los músicos reales armados de sus trompas y de sus flautas llenan los aires de alegre música, acompañados por los gorgoros de las mil parleras aves encerradas en jaulas de oro y suspendidas con sus nidos en los bosquecillos de los jardines. Los guerreros montados en caballos y elefantes cantan sonando sus armas y sus escudos con grande y marcial estrépito.

Los neófitos, futuros hrahamanes, ornados con sus túnicas blancas y sus mantos de piel de gacela negra, ceñido el cuello con el cordon sagrado, resplandecientes de santidad y de juventud, entonan himnos á los dioses protectores del primer amor. Los sacerdotes vienen detrás de ellos, y en su reposado continente, y en su mirada que se pierde en los cielos, y en el dulce y compasado movimiento de sus labios muestran que ruegan por los que van á ser esposos. Los vasias cubren las calles con telas de mil colores; para que los rayos del sol no ofendan á la multitud y la ciudad resplandezca con todos los matices del arco iris. Los labradores arrojan por el suelo rosas, jazmines, azucenas, flores de bambú y de granado, azafran, pimienta, mil plantas aromáticas que perfuman los aires con voluptuosos aromas. Las jóvenes más hermosas de la ciudad, pintadas sus cejas y sus mejillas, coronadas de flores de enredaderas, agitando en sus manos pequeños instrumentos músicos que despiden gritos de alegría, se asoman á las áureas ventanas y enardecen con sus negros ojos los placeres de tan grandiosa fiesta. Urvasia se presenta vestida de blanco, cubierta con un manto de lana celeste, ceñidas las sienes de guirnalda de flores, la hermosa garganta

con un collar de perlas que parecen lágrimas de la aurora cuajadas en su seno, los torneados brazos con brazaletes de oro semejantes á dos rayos de sol ó dos cometas; y pisa con descuido las coronas que arrojamos á sus plantas, y estremecida por el sentimiento del placer que sacude todo su cuerpo, realza su hermosura con el rubor que cubre sus mejillas y su frente, entre cuyo fuego resaltan sus negros ojos como dos abejas encerradas en las corolas de dos encendidas rosas. Por otro lado se presenta el rey. Una túnica con todos los colores de las plumas del pavo real le cubre, un manto carmesí pende rozagante de sus hombros, una corona de oro, que semeja la luna llena, orla su cabeza, y sandalias prendidas con cintas de plata de Golconda cubren sus piés, que se hunden al andar en alfombras de mil gayas flores. El rey se adelanta y saluda á Urvasia, y se sientan ambos en su carro de oro, pareciéndose al mar y al astro de la noche cuando surge encendido entre las ondas. Por fin llegan al pié del ara. Un respetable brahama atiza el fuego del sacrificio que brilla como el sol naciente, y arroja en la llama granos de trigo y manteca derretida, que levantan á los aires una nube indecisa y azulada como las ilusiones del primer amor. Los

dos amantes toman el fuego sagrado que centellea en el ara por testigo del fuego que arde en sus dos corazones. En seguida se dan las manos, y al tocarse una con otra, se estremecen, tiemblan como dos arbustos sacudidos por el rayo; y ardientes lágrimas se asoman á sus ojos como esas gotas de lluvia que la tempestad deja pendientes de las ramas de los árboles. Despues de haberse dado las manos, ruedan juntos en torno de la piedra del sacrificio, como el círculo que forma la noche con sus estrellas y el dia con su sol rueda en torno del monte Merú, centro de la tierra. Y acercándose Urvasia al fuego, arroja nuevos granos y manteca derretida, que alimentando las llamas hacen que tomen la figura de un purpurino lotho. Y con esto concluye el sacrificio. Todos los que los ven tan hermosos, los saludan y los comparan al amor y la felicidad unidos, que los dioses crearon con toda la hermosura imaginable para que dieran seres felices á la tierra. Id, reyes, á vuestro lecho; gozad en paz de vuestros santos amores. Que el sol os ilumine; que la luna recoja vuestros suspiros; que os unais como la flor al tallo, como el tallo al tronco, como el tronco á las raíces, como las raíces á la tierra. Sed, sed felices.

EL REY (*dirigiéndose á su aposento*).

Pronto, pronto huirá todo este cortejo. Entonces, amor mio, la soledad nos cubrirá con su manto. Esta pasión que nos ha consumido, que ha calcinado nuestros huesos con su fuego, se tornará dulce y tranquila felicidad...

URVASIA.

Calla, calla... nos oyen... y... no... no me hables de tu amor. Nos oyen.

EL REY.

No temas. El ruido de las músicas y de los cánticos y de los gritos atruena los aires, y nada se oye.

URVASIA.

¿Qué pasa por allí? Los sacerdotes se cubren el rostro con las manos. Las jóvenes cantoras se desmayan. Las bayaderas huyen. Las Apsaras vuelan dando grandes lamentos. ¿Qué pasa? Veo correr un joven, medio desnudo, envuelto en una piel de tigre...

ORIEL (*cayendo á las plantas de los Reyes*).

¡Perdon, perdon! Pero decidme dónde está, dónde está vuestro Dios.

URVASIA.

¡Maldicion! ¡Un pária, un pária en este instante supremo! ¡Oh! Es la reprobacion de Brahama que cae sobre nuestra frente. Huye de mí, rey de la India, huye. Pisoteo mi guirnalda de desposada. Me arranco mis perlas, que deben ser hechas de lágrimas de cocodrilos; tiro mis brazaletes, que me abrasan como serpientes de fuego; rasgo mi manto celeste, que acaso sea un paño mortuario. Si despues de haber visto en este instante un pária fuéramos á nuestro lecho, engendraríamos un mónstruo del infierno. Adios, adios. Me acuerdo ahora de la mansion de Yama, de los tormentos que padecian los que se atrevieron á mirar un pária. Extendéos, mis alas de gasa; volad, volad al Paraiso. (*Vuela y se pierde en los aires*).

INDRA (*en los aires*).

Ven aquí á mi carro, hija de los dióses, pues no has nacido para la tierra. Yo he tocado secretamente en el corazon á un pária para que inter-

rumpiera tus bodas y te apartara de los hijos de los hombres. Volemos, volemos al cielo, donde la luz es eterna.

EL REY.

¡Y ha huido! ¡Y me ha dejado despues de tantos dolores! ¡Oh aparicion del infierno! El infame Yama se ha vengado enviando un pária á que se arrojava como una serpiente en mi camino. Ya no quiero corona, ya no quiero trono, ya no quiero la vida. Allá, retirado en un bosque, al pié de un árbol sagrado, sin comer más que raíces, sin beber más que las aguas de las fuentes, sin vestir más que las hojas de las palmeras, sin dormir en ningun lecho más que en el duro suelo, arrastraré la vida del solitario, macerando estas carnes que el fuego de un placer burlado abrasa con terribles dolores. Huid, sacerdotes. Dejadme, guerreros. Retírese todo el pueblo. Voy á mi aposento á devorar mis lágrimas. Si el dolor mata, dentro de algunos instantes mis lágrimas, que son veneno, habrán devorado mis entrañas, cayendo una á una dentro de mí, que soy el más desgraciado de los mortales. Preparad, preparad la hoguera funeraria para vuestro rey. Apercebido todo para los grandes banquetes fúnebres. ¡Maldicion! ¡Mal-

dicion! ¡Y tú aún estás ahí, pária infame, hijo de la noche y del crimen! Aguarda, y verás cómo mi espada te traspasa el corazon. Huye.... huye.... Abried la tierra para recibir las cenizas de vuestro rey. (*Se desmaya.*)

ORIEL (*huyendo*).

Por todas partes llevo la desgracia. Mi sombra es maldita. Los hombres al verme huyen. El mundo entero me maldice. ¿Qué mal he hecho yo? ¡Si al ménos me hubieran enseñado lo que se esconde tras esos cielos! ¡Si al ménos tuviera un dios amigo, una esperanza! Yo creí que aquellos seres felices tendrían por mi compasión. ¡Me he engañado! Como les oí llamar superiores á los mortales, imaginé que serían superiores por sus sentimientos. ¡Siempre en esta soledad! ¡siempre en esta desgracia! Al fin he logrado libertarme de los hombres. Mil espadas se han asestado contra mi cuerpo. Pero como mis perseguidores cerraban los ojos por no verme, no me han alcanzado más que algunos golpes. La sangre cae de mi frente y nubla mis ojos. Yo soy el más infeliz de la tierra, y merezco sin duda serlo, porque nací en esta raza maldecida. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

III.

CORO DE GUERREROS.

Alli viene el guerrero de incontrastable fuerza. El arco es en sus manos como el rayo en manos de los dioses. Vá en un carro incrustado de oro, pisa las banderas de los enemigos, vuela arrastrado por caballos que desafían al viento, y sus armas suenan como la nube tonante. La cólera guerrera ilumina su rostro y enciende en rojizo fuego sus negros ojos. Su cabellera flota como la guedeja del leon cuando corre por los bosques desafiando á todos los animales. Su majestad es como la majestad del rey de los elefantes. Apenas pisa el suelo con su planta, pues parece que le ha robado al águila sus alas. Cuando entra en los bosques, arranca con su fuerza los árboles, ahuyenta con su mirar los tigres y fascina las serpientes. Cuando manda las batallas, su voz domi-

DAMAYANTIA.

Padre, padre, callad. No así me hagais imaginar que la ambicion, y no el amor, mueve vuestros labios. El Universo entero no podria llenar un corazon vacio. El mar con todas sus aguas no es tan grande como una lágrima de amor que cae de los ojos abrasados. El cielo es fugaz como una hoja de rosa junto al pensamiento que recuerda el objeto amado. Todas las estrellas engarzadas en un collar no valen lo que unos brazos amantes. Todos los mundos diseminados á los piés como esclavos no los quiero, si me falta el corazon que deseo oir siempre latiendo á mi lado. Las armonias de toda la naturaleza no son tan dulces como el cantar melancólico de la serenata que interrumpe el sueño en que veo y siento á mi amor. Todos los dioses con su eterna serenidad, con su paz eterna, no podrian darme la ventura que me daria en la tierra una hora de dudas, de celos, de desesperacion, de esas tempestades que concluyen por una lluvia de lágrimas. Déjame, padre mio, déjame con mi amor.

EL REY.

Damayantia, no debes despreciar así la felicidad.

DAMAYANTIA.

Yo no he nacido para diosa. Así como Brahma te castigaria si intentases desposar á tu hija con un pária, te castigará si intentas desposarla con un dios. No debemos romper la esfera en que nos ha colocado el Creador.

NALA (*cayendo de rodillas*).

Bendita seas, mujer. El espiritu celeste que salió de los labios de Brahma cuando acostado en el lotho flotaba sobre las aguas, ha ido á refugiarse en tu seno.

EL REY.

No te envanezcas tan pronto, mancebo. Todavía falta la eleccion pública y solemne de mi hija. Aún han de pasar ante sus ojos principes de mil regiones, que llevarán preciosas joyas, y carros, y camellos, y oro, y elefantes, y papagayos, y pavos reales, y cetros más hermosos que tu cetro. ¡Ah de mis ministros! Anunciad á los principes que vá á elegir mi hija un esposo.

DAMAYANTIA (*mirando á Nala*).

Ya lo ha elegido mi corazon.

LOS DIOSES (*invisibles*).

¿Elige á Nala? Pues no lo consintamos. ¿De qué ha de servirnos tanto poder? Arrastrémosla de grado ó por fuerza á nuestros palacios de estrellas. Allí vivirá feliz. Y para mejor persuadirla, engañémosla, tomando todos la figura de Nala. Así creará ver en todos nosotros á su amado, y nos elegirá figurándose que somos Nala. ¿Cómo nos va á conocer? Y prendida la infeliz en las redes que le tenderemos, vendrá al pico del Himalaya á respirar la vida de los dioses.

CORO DE NINFAS (*en los picos del Himalaya*).

El cielo brilla deslumbrador. Lanza el sol sus más ardientes rayos. Las nubes vuelan como una manada de águilas por los límites del horizonte. Los altos picos del Himalaya centellean cuajados de nieve con su color violeta. Las grandes aves de las montañas abandonan sus nidos lanzando agudos gritos y cerniéndose gozosas en los aires. Los lagos acostados entre las colinas como una hoja caída de la flor de los cielos brillan reverberando la luz. Los altos pinos apenas pueden sostener en sus ramas los copos de la nieve. Los cedros suspendidos sobre los abismos mur-

muran con el ruido de sus hojas una oracion melancólica. Los volcanes despliegan en las cimas de las montañas sus abanicos de fuego. Los abismos abren sus negras bocas entre el follaje de los bosques. De un lado se ve levantarse la serpiente á los aires como una rama animada, y de otro hundirse el torrente en lo profundo como el águila cuando se lanza sobre su nido á defender sus polluelos. Los cañaverales susurran doblegados por el viento, y las cavernas lanzan extraños rumores como si un continuo terremoto rodara por sus oscuros senos. Y todo es aquí hermoso, los árboles cargados de flores; las rugientes cascadas; las grutas cubiertas de yedra; las cavernas que lucen con el fuego del volcan; los picos de los montes que se pierden coronados de nieve en los cielos; los lagos cubiertos de lothos y festoneados de toda clase de plantas acuáticas; los amarillos canarios suspendidos del cáliz del clavel; las grullas que forman círculos misteriosos en los aires; las cigüeñas que se alimentan de los insectillos perdidos entre las yerbas; los cisnes que cruzan como espuma por las aguas; los gamos que saltan de roca en roca; los elefantes que andan por do quier con majestuoso paso; los papagayos que son como alados ramilletes; la vida en todas sus

formas, con todos sus encantos y con sus misteriosos resplandores. Aquí se reúnen los héroes, los hijos de los reyes, aguardando á que Damayantía elija esposo. Son los guerreros que han peleado en cien combates, que han avivado con su soplo cien sacrificios, que han coronado con sus manos cien aras, que han sometido cien pueblos, y que vivirán más de cien años. Entre todos se distingue Nala, como el cedro en el bosque, y la palmera en el valle. Pero Nala tiene á su alrededor seis que son como él, que tienen su misma figura, su misma forma, su mismo rostro, su mismo traje, de tal suerte que no se puede saber cuál es el verdadero Nala. ¡Infeliz Damayantía! Vendrá con el corazón rebotando amor, los ojos despidiendo fuego; y al querer elegir á su esposo, al que es la imagen de sus ensueños, la esencia de su vida, la sangre de sus venas, el aire de su pecho, la luz de sus ojos, se encontrará con que no puede conocerlo. ¿Quién sabe si en vez de elegir á Nala elegirá al dios enemigo que ha tomado su forma? La heroica y divina asamblea está conmovida esperando la aparición de la doncella que reina en todos los corazones. Miradla; allí viene tan hermosa como la gloria que baja sobre la frente del guerrero, como la diosa que sube al

cielo, como un rayo de la luna, como un altar preparado para el sacrificio, como un lago cubierto de lotos, como un río henchido por las lluvias, como una noche cargada de estrellas. Su frente parece el cielo; sus negras trenzas caen sobre sus espaldas, aumentando la sonrosada blancura de sus carnes; sus ojos brillan entre los párpados cargados de lágrimas de alegría, como el antilope entre flores cubiertas de rocío; su seno palpita como la nube en que hierve el rayo; y las guirnaldas que se entrelazan á sus sienes, y la vestidura de blanco lino que la cubre, y el collar de perlas que ciñe á su garganta, y los brazaletes de oro que cubren sus brazos, y las sandalias que encierran sus breves piés, y los adornos que esmaltan su hermosura, aumentan sus gracias, como las hojas verdes que rodean á la rosa aumentan el brillo de su corola. Viene apoyada en su padre, que lleva una tiara de oro cubierta de diamantes, y mira con ávidos ojos á todos los príncipes que componen esta gran asamblea de pretendientes á su amor. Un sordo rumor de admiración se extiende de boca en boca; rumor que cesa desde el instante en que suena la música y se levanta un inmenso coro de mil voces. Damayantía se desprende del brazo de su pa-

dre, y se pasea sola alrededor de la asamblea, con el rostro cubierto de encendido rubor y los ojos puestos en la tierra que pisa. Va meditabunda, y su rostro indica que mil pasiones se desencadenan en su alma. Todos, todos los principes tiemblan. Allí á un lado están los seis que tienen la forma de Nala. Damayantia llega, se suspende, duda, da algunos pasos, retrocede, y por fin se cubre desesperada el rostro con las manos, y una sonrisa cruza por los labios de sus falsos engañadores. Pero, ¿cuál será el verdadero Nala?

DAMAYANTIA.

¡Oh! Mis ojos buscan afanosos el lugar donde se levanta mi amado, y donde se fijará mi elección como está fijo mi pensamiento. Yo no quiero el oro, los diamantes, las perlas que me ofrecen todos estos principes de las varias regiones de la India, no los quiero. Lo que yo deseo es amar, lo que mi corazón busca es una pasión inmensa, infinita, que llene toda mi vida y que encienda más el fuego de mi ser. ¿Dónde, dónde estará mi amado? Acaba de sonar la hora de mi felicidad, y sin embargo tiemblo, y vacilo, y dudo, y tengo frío. Dejemos á estos principes, que me llevarían á un trono, pero nunca al logro de

mi ventura. No miremos á esos mancebos dados al juego y á las fiestas. Nala el guerrero, Nala el victorioso debe ser mi amado. Pero, ¿qué veo, qué veo? ¡Oh fatalidad! Los dioses que me aman, y que quieren darme un amor celeste, cuando yo siento y deseo un amor humano, los dioses se han ceñido las formas de mi amado. ¿Cómo conocerle? ¿Cómo elegirle? Si elijo á uno de ellos, habré elegido á un dios y habré despreciado al ser que me ama y que llena toda mi alma. Dejadme en paz, dioses de Merú; os lo pido por vuestra misma divinidad. A vosotros que teneis flores purísimas, espumosas cascadas, árboles llenos de flores, diamantes purísimos, astros que engarzar en vuestra corona, la hoja de todos los bosques para vuestro lecho, ¿de qué os sirve el amor de una débil mujer, flor perdida en vuestros bosques, gota de rocío caída en vuestros torrentes? Dejadme el amor humano con su incertidumbre, con sus dudas, y hasta con su dolor. Más quiero un amor desdichado en la tierra, que un amor sereno en el cielo; porque el primero sería un amor nacido de mi naturaleza, y el segundo un amor incomprensible para mi corazón, superior á mis sentimientos. ¡Oh! Por piedad, muévaos el llanto de una mujer, que ablanda hasta las duras pie-

dras. ¿No me oís? Inmóviles ahí, ¿no os apiadaís de mí, no sentís mi voz que hiere las estrellas, no recogéis mi llanto que podría con su fuego derretir hasta el hierro? Yo pediré consejo á mi instinto de mujer, y me salvará mi instinto. ¿Quién de vosotros será el verdadero Nala? Todos decís «yo, yo, yo,» y no puedo creer á todos. En esos rostros brilla una serenidad celeste. Esos ojos nunca han sido nublados por el dolor. Esos lábios vibran como agitados de una risa eterna é incesante. Vosotros no habeis nunca sentido el dolor, porque no sois hombres. Ya sé dónde está Nala. Sí, Nala es aquel guerrero empolvado, macilento, que tiembla y que contrae sus ojos para no verter una lágrima que á sus párpados asoma. Bendito sea el llanto que me ha revelado á mi amante, al que será mi esposo. (*Cae en brazos del verdadero Nala.*)

NALA.

¡Oh! Soy feliz.

LAS NINFAS.

Los dioses asustados vuelven á tomar su verdadera forma. La sabiduría del corazón de una mujer ha vencido toda su astucia divina. Ganesa

toma sus dos rostros, y vuelve á mirar á las dos corrientes del tiempo. Indra monta en su carro de nubes, y surca los cielos. Mahadeva empuña su tridente, y agujonea á sus caballos verdes para que lo lleven á sus grutas oceánicas. Cricna corre por los campos con su pellico formado de nieblas y bordado por los rayos del sol. Mahader vuelve á tomar sus alas para perderse en los astros como mensajero de los dioses. Surga ha subido en su carro de fuego, y azotado á sus siete caballos verdes que lo vuelven al sol. Y Nala y Damayantia, uno en brazos de otro, se sonrien con una alegría que de seguro resuena en los cielos.

LOS DIOSSES.

Consolémonos de nuestra desgracia comiendo la celeste ambrosia, este manjar que salió del Océano cuando acababa de producir las Apsaras, y que sostiene siempre hermosos nuestros cuerpos, y rientes y puras siempre nuestras almas. Os acordais seguramente de la guerra tan cruel habida contra los inmortales por la ambrosia, que es como la esencia del sér; y sentís aún cuán agradecidos debemos estar á Indra, que precipitó en lo profundo á nuestros enemigos, trayendo en

sus manos el plato, más ancho ciertamente que la tierra, donde estaba guardado el divino manjar. Aún debemos recordarnos unos á otros que en aquel día encerramos para siempre en los abismos el pez de fuego ardiente como el sol, que intentaba destruir, aniquilar la máquina de los mundos, á tanta costa por el Creador levantada en la inmensidad de los espacios. Entónces no temblábamos, ¿y habíamos de temblar ahora? Nosotros tenemos á los piés la serpiente Vasúgni; y por más que se hinche hasta formar un monte, y se enrosque en espirales hasta querer con la cabeza sostener el cielo y colgar de su cola toda la tierra, y abra sus cinco bocas mostrando sus rojos áspides más largos que los cometas, y se extienda por los espacios como una cinta de fuego, será siempre el escamoso trono donde se asiente nuestro poder, y lloverá sobre nuestros enemigos toda suerte de males. Es necesario que el gran Vichnú nos preste la serpiente, para arrojar veneno en el lecho donde Nala y Damayantia van á ser felices. Mirad; ya han convenido los dos en que sus genealogías son iguales; ya traen los criados de Nala, con gran arrogancia, gordas vacas coronadas de yedra, y los demás regalos de boda. Las vacas son hermosas. Sus rojas pieles

lucen con deslumbrantes resplandores, sus tetas apenas pueden detener la leche que en ellas rebosa, sus ojos son serenos, su andar majestuosísimo, y cada una lleva tras sí un becerrillo que puebla los campos con sus primeros balbucientes mugidos. Ya Nala y Damayantia, ricamente vestidos, se dan la mano, ruedan en torno del fuego, mirándose estáticos cual se mira una pareja de ruiseñores cuando hacen su nido y escuchan los cánticos de los brahmanes mezclados con los conciertos de timbales y liras, y ven caer sobre sus cabezas la lluvia de granos benditos y de flores que les arrojan las ninfas de los bosques; y despues de haber recibido las bendiciones de sus padres, se van, apoyados uno en otro, á gozar en la soledad de sus felices amores. ¿Y hemos de consentir nosotros tanta felicidad? Las horas no pasan para ellos, que solo necesitan de la hermosa luz de sus mútuas miradas; no pronuncian más que la palabra «te amo», y sus corazones laten con igual impulso y con idéntico latido, y el aire que respiran está impregnado de sus dulces suspiros, y no saben andar sino apoyados uno en otro, y les parece que el mundo está lleno de su espíritu, y á cada instante sus lábios se juntan en un beso casi nunca interrumpido, y

esta pasion les abrasa á ellos en amor, á nosotros en rabiosos celos. Arrojemos á Nala una de las flechas que lleva en sus escamas la serpiente Vasúgui, arrojémosla; y otra pasion más ardiente y más intensa que la pasion de Damayantia llenará todo su corazon, que rebosa ahora en amor, obligándole á despeñarse en abismos insondables, en cuyo fondo hervirá su mal y nuestra venganza.

DAMAYANTIA (*paseando por el bosque con Nala*).

¡Qué felices somos! Las ramas de los árboles se inclinan para recoger nuestro aliento y con él perfumar las flores, porque el aliento del amor está impregnado de aromas. Las aves cantan melancólicamente en la enramada, y sus continuos gorgoros quieren repetir nuestra voz, porque la voz de los enamorados es un cántico. Ven, reposemos aquí sobre la yerba mullida para mejor mirarnos. ¡Ah! La vida se pierde cuando el corazon no ama. Solo ahora, solo en este instante siento correr por mis venas la sangre, y latir mis sienas, y palpitar mi corazon, que es todo tuyo. Sí, Nala, sí, todos mis deseos se han cumplido, todos mis sueños se han realizado. Ya, ya somos

felices. La naturaleza entera escucha nuestro juramento de amor.

NALA.

Te amo como ama la flor el rocío. Te amo como ama el ave el rayo de luz que la despierta y le vuelve el placer de cantar al nuevo dia. Te amo como ama el águila su nido. Te amo como ama la onda la playa que besa eternamente. Te amo como ama el viajero perdido la luz que vé á lo léjos y le promete un asilo. Te amo como ama el árbol la tierra de que bebe su jugo. Te amo como ama la yedra el tronco á que se enlaza. Te amo como ama toda la naturaleza, toda la vida, con un amor tan grande y tan divino como el conjunto de todos los amores de todos los séres que el Creador esparció en los espacios.

DAMAYANTIA.

¡Cuán feliz soy! La naturaleza toda me sonríe con sonrisa de amor.

NALA.

¿Qué siento en mi corazon? Quisiera que fuéramos á nuestro palacio.

DAMAYANTIA.

¿Te cansa ya esta soledad? ¡Ingrato! ¡ingrato!

NALA.

No, no. Estaremos aquí, porque aquí está toda mi vida.

DAMAYANTIA.

Mira cómo todos los seres se alegran con nuestra alegría.

NALA.

Vámonos, vámonos.

DAMAYANTIA.

¡Otra vez! Vamos. ¡Estás demudado! ¿Qué sientes?

NALA.

Déjame ir donde están los mancebos de mi edad, á distraer un instante mi pensamiento.

DAMAYANTIA.

¡Ve, ve en buen hora, ya que así lo deseas!
¡Oh amor fugaz!

LOS MANCEBOS (*jugando*).

Vengan los dados. La vida es un juego, el mundo una ilusion, todos nosotros desvarios del acaso, fantasmas con que Brahma divierte sus ocios allá en el cielo. La vida pasa como las ondas del rio, y se pierde en el mar. Si un instante hay de placer, ese es el único instante verdadero de la vida. Juguemos, juguemos, para ir luego á sumergirnos en un mar de voluptuosidad y de placeres. El Creador juega con los mundos como nosotros jugamos con el oro; el elefante juega con las piedras como nosotros con los dados; el mar vive jugando con las arenas como nosotros jugamos con todo. Juguemos, pues. La suerte nos lleva de aquí para allá, como el arroyo arrastra la hoja que cae sobre sus ondas. Juguemos. No hay nada tan placentero como el juego, que á todos alegra.

NALA.

¡Oh! Una fuerza irresistible me arrastra al juego. Yo necesito sentir algo más que el amor, algo que abraza toda la vida y todo el sér. ¡Siempre consumido en un mismo pensamiento! ¡Siempre amando! Así no se puede vivir mucho tiem-

po. La vida consiste en la variedad infinita de emociones. Por eso los dioses han dicho que nuestra vida es un juguete de las fuerzas todas de la naturaleza, una de las infinitas gotas de rocío que el sér ha llovido sobre nuestro mundo, y no una corriente siempre igual y perenne. El arroyo más límpido que por el campo corre, se enturbia. Entúrbiese, pues, en buen hora esta vida, que no es superior al arroyo. Mancebos, juego, juego. Como queraís; juego, juego. Necesito enloquecerme.

LOS MANCEBOS.

¿Un príncipe feliz, amado, dueño de la hermosura más celebrada de estas regiones, viene á jugar? ¡Oh maravilla!

NALA.

¿Qué quereis? Me divierte mucho el juego. El ruido de los dados, la mirada curiosa de los jugadores, los sentimientos que se cruzan por todas partes, el temor, la alegría, la duda, la ansiedad, el desaliento me embriagan, como el estrépito de las armas, y el clamoreo de los soldados, y el relincho de los caballos, y el ruido de los elefantes, y el gemir de los moribundos me em-

briagan en un campo de batalla. Juego todo el oro que llevo en esta bolsa.

LOS MANCEBOS.

Tirad los dados. ¡Oh! Perdió.

NALA.

¡Mala suerte! Perdi. Tomad mi oro, y no olvidéis que es mucho.

LOS MANCEBOS.

¿Os habeis acobardado por una primer desgracia?

NALA.

No me conoceis bien, no, compañeros. Juego todo cuanto me dió mi padre contra todos vuestros patrimonios juntos.

LOS MANCEBOS.

Pues lo perdiste, lo perdiste. Así lo quiere el destino. Pero eres rico, y no importa.

NALA.

¡Oh! Adelante, adelante. Juego mi palacio con su jardín y su bosque.

LOS MANCEBOS.

Una, dos, tres. Perdiste.

NALA.

Juego mis alhajas, mis vestidos, y las alhajas y vestidos de mi esposa.

LOS MANCEBOS.

Los perdiste, los perdiste.

NALA.

¡Ay! ¡Y no me queda nada!

LOS MANCEBOS.

Juégate la mujer, la mujer, que es tu mejor alhaja.

NALA.

¡Callad! ¡callad, infames! ¡Oh! He perdido cuanto hay que perder, mi patrimonio, mi palacio, mi jardín, mis vestiduras, mis joyas; todo, todo os será entregado. Quedaos en paz.

DAMAYANTIA (*en su habitacion adornándose*).

Me adornaré con mis mejores joyas para reci-

bir á mi amado y presentarme al pueblo. Este manto celeste sembrado de estrellas de plata; estos brazaletes de oro que parecen serpientes luminosas como las que hay en el cielo; estas ricas perlas cogidas entre las celestes ondas de los mares; el topacio, lágrima caída del sol; la verde esmeralda engarzada en mis sandalias; el cinturón de rubies prendido á mi túnica de blanco lino, aumentarán sin duda mi hermosura, como el tímido centellear de la luz aumenta la hermosura de las estrellas en serena noche. ¡Me he llamado hermosa! ¡Oh rubor! Pero no deseo ser por mí hermosa, sino por su amor, por su bendito amor. ¡Ah! Le veo venir. Bendito sea el dios que lo guía á mis brazos.

NALA.

¿Por qué te adornas así? ¡Qué hermosa estás! Las perlas son sobre tu frente como la blanca espuma que corona la celeste onda; las piedras preciosas diseminadas por tus vestiduras, como los rayos del sol en las claras aguas. Déjame mirarte. ¡Ah! ¡ah! Mis ojos se cubren de lágrimas. Arráncate esas perlas, deja ahí esos collares, despójate pronto de ese manto, tira esa diadema de tus sienes, porque nada, nada es tuyo. Todo lo he-

mos perdido, todo lo he perdido al juego; la casa de mis padres, los bosques donde corrió mi infancia, el nido en que nací, los carros y los caballos que me llevaron á la victoria, el cetro de oro, la corona de diamantes, las ricas vestiduras que eran para mí como la luz para el cielo, las mil joyas con que ornas tu hermosura, nuestros elefantes, hasta el traje que vestimos; y si hubiera podido, me hubiera jugado la sangre de mis venas y el aire que respiro. ¡Oh desesperacion!

DAMAYANTIA.

Pero no te has jugado el corazon. Lo demás ¿qué importa? Pronto me arranco estas joyas. No hay diamante que luzca como una lágrima de amor. No hay palacio como una gruta para los amantes. Las palomas solo necesitan un nido en una rama. Mènos aún hemos de necesitar nosotros dos. El que viste las plantas, nos vestirá. El que alimenta en el bosque á la serpiente, ¿no ha de alimentar á los miseros humanos? Ninguna riqueza hemos menester, teniendo la riqueza de nuestro amor. Vamos donde quieras. Yo te seguiré por montes y por valles, desafiare la tempestad, los huracanes, los torrentes, las lluvias, y me creeré feliz si cuando viene la negra muerte me

sorprende á tu lado. Huyamos donde quieras. Ocultemos pronto en el fondo de los bosques nuestra desgracia.

NALA.

¡Seguirme á los bosques, donde me arrastra mi triste suerte! ¡Oh! no puede ser. Nuestra lengua ha llamado á los bosques con una palabra que expresa toda suerte de peligros ó de males. En sus madrigueras nos acecharán los tigres, y en su soledad nos amenazarán los elefantes; el frio y el calor nos azotarán con todas sus calamidades, el hambre y la sed con todos sus dolores; los escorpiones levantarán contra nuestras plantas sus áspides venenosos, ocultos entre las oscuras yerbas, y las serpientes chasquearán contra nuestros rostros las cortantes colas, enroscadas en las ramas de los árboles; los rugidos de los leones, y el maullar de los chacales, y el mugir de los toros, llenará el aire de siniestros ruidos y el corazon de más siniestros horrores; el oso y el jabalí nos amenazarán con sus colmillos desde las oscuras enramadas, y los reptiles venenosos se clavarán en nuestro cuerpo desde el candente polvo; zarzas, espinas, abrojos será lo único que nos ofrezca el camino, y árboles y cadáveres de árboles nos cer-

rarán el paso; sábanas de arenas abrasadas, sin un árbol; lagos corrompidos, sin una onda; lodazales inmundos, sin una piedra donde fijar el herido pié, se presentarán para más atormentarnos; nuestra bebida será agua venenosa, nuestro alimento acres raíces, nuestro lecho el duro suelo; y no puedo consentir que tú, tan hermosa, pierdas tu blancura, el sonrosado color de tus mejillas, la morbidez de tus carnes, la alegría de tus ojos, y te quedes como el esqueleto de un anacoreta, por seguir la suerte de este infeliz á quien han maldecido los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué me importa, qué me importa todo eso? Soy tu esposa, y debo seguir tu misma suerte, sea cualquiera nuestro destino. A tí me han unido los dioses, y solamente los dioses pueden de tí separarme. Hay una fuerza superior á todo, y esta fuerza es mi amor y el juramento que te he prestado. Así como feliz te hubiera seguido al trono, desgraciado te debo seguir al desierto. Y no habrá ni tempestad en la naturaleza ni dolor en el corazón que sean bastante fuertes para separarme de tí. A donde vayas irá contigo la mujer que elegiste entre todas las mujeres para tu

esposa. No busqué tu poder ni tus tesoros al llamarte esposo; busqué tu corazón, y tu corazón no me ha de faltar en el desierto.

LOS JUGADORES (*entrando en el palacio de Nala*).

Todo esto es nuestro, y todo lo hemos ganado al juego, es decir, de una manera santa, que nos dá un título sagrado. Dános, Damayantia, tus vestidos de seda amarilla, tus mantos celestes, tus abanicos de cisne, tus diademas de perlas, tus sandalias de oro, tus collares de esmeraldas y tus magníficos brazaletes, hasta el que llevabas el día de tus bodas; porque todo es nuestro. Este palacio con muros de color de púrpura, con torres del color del sol, defendido por fosos llenos de agua y esmaltados de nelumbos, variado por arcos de oro y pilares de plata maciza, defendido por soldados tendidos en carros de marfil y cubiertos con pieles de tigres, perfumado de áloes, lleno de férreas lanzas, de nobles elefantes, de caballos con ricos caparazones, de estandartes cogidos en cien batallas, de jardines, de pavos reales, de vasos de ámbar que rebosan espirituosos licores, de lechos cubiertos de tapices variadísimos; este palacio tan hermoso es nuestro, lo hemos ganado, y venimos á que nos lo entregue su antiguo dueño.

DAMAYANTIA (*saliéndoles al encuentro*).

Tomad mi diadema, mi manto, mis sandalias, mis collares, mis esmeraldas. Me basta por diadema el amor, por manto mi cabellera, por collar los brazos de mi esposo.

LOS JUGADORES.

Vas á dejar tu aposento de corales, las ventanas de lápiz-lázuli en que muestras tus gracias al pueblo; tus macetas de cristal en que cultivas las flores para tejerte guirnaldas; los reclinatorios de marfil en que pides protección para tu reino á Indra; los tapices de mil colores donde están bordadas las tierras de tus perdidos dominios; los mil pajarillos cuyas parleras lenguas desde las jaulas de oro te saludan con un arpegio infinito de amor; los surtidores de estas fuentes que suben á los cielos y se arrebolan con los resplandores de la luz; las mil pomadas con que untas el cuerpo de tu esposo; el lecho de bambú en que recibiste el primer beso del amor; las lámparas que despiden por la noche una luz azulada y tibia como la luz de la luna; toda tu ventura, todo poder.

DAMAYANTIA.

Pero no á mi amado.

LOS JUGADORES.

Desceños el traje, que es nuestro.

DAMAYANTIA Y NALA.

Ya os hemos dado nuestros mantos, nuestras diademas, nuestros collares.

LOS JUGADORES.

Ciertamente. Pero no podeis llevar ni aun ese vestido que cubre vuestras carnes, porque nos pertenece. Desnudaos.

DAMAYANTIA.

¡Cielos! Nunca, nunca. Vámonos. Ya es de noche. La oscuridad protegerá nuestra fuga. Allí os dejaremos colgados de un sáuce nuestros vestidos. ¡Oh! Adios, adios, mansion de mis amores.

NALA.

Adios, dichoso palacio, adios para siempre. Aquí se queda ¡oh dioses! mi corazón. Me parece que veo levantarse á mis hijos maldiciéndome y

preguntándome qué hice del patrimonio que debía conservarles. Huyamos, ya que quieres seguirme, á ocultar en los bosques nuestro dolor y nuestra vergüenza.

LOS DIOSES.

Ved, ved á Damayantia y Nala perdidos en el desierto. Sin ruta, sin camino, sin direccion ninguna; desnudos, expuestos á las continuas picaduras de los insectos; desgarrados sus pies por las zarzas, azotadas sus espaldas por las plantas parásitas que penden de los altos árboles; heridos ora por los rayos de un sol abrasador, ora por las frias ráfagas de viento de una noche tormentosa; hollando ya volcanes no apagados cuya ardiente lava los abrasa, ya inmensos lodazales en que no pueden dar un paso; asaltados á cada instante por la tempestad que truena y súrea con el relámpago los negros cielos y enciende con el rayo los bosques; amenazados por los ahullidos de todas las fieras, que arrojan sobre ellos las maldiciones de la naturaleza; sin más alimento que raíces, sin más abrigo que fugaces hojas, sin más asilo que la cabaña de troncos secos levantada hoy para caer mañana, parecen dos imágenes del dolor y de la desesperacion errantes por la tierra.

NALA.

¡Oh Brahama, no me escuchas! Todas las nubes que el sol ha arrancado á los mares, se amontonan en nuestro camino y se precipitan en lágrimas sobre nuestra frente. El suelo es un inmenso lago que ha borrado todas las sendas, y el cielo es un inmenso abismo que se ha sorbido todos los astros. De vez en cuando las ráfagas de tempestuoso viento disipan ligeramente las nubes, y el sol nos muestra su rostro pálido como si tomara parte en nuestras penas. No podemos acercarnos á los cañaverales, porque guardan cocodrilos, ni á las cuevas, porque encierran tigres, ni á los troncos de los árboles, porque tienen serpientes; y por do quier la vida nos rechaza de su seno. ¿Por qué, por qué no mandas una de tus negras flechas para que se clave en nuestros corazones, y beba nuestra sangre, y acabe para siempre con esta vida, que es un continuo dolor? Entonces nuestros espíritus, perdidos en el gran todo, derramados por las venas de la naturaleza, alimentarian con su sávia los lóthos, con sus dulces suspiros los aires, teñirian con sus reflejos los cielos, bordarian con las chispas de su luz las estrellas, y no serian eterna noche iluminada

sólo por una desesperacion infinita y eterna. ¡Oh!
La vida nos rechaza de su seno.

DAMAYANTIA.

No te desesperes. Cuando cese la lluvia, el sol vendrá á besarnos el rostro macilento, deslizándose sus brillantes rayos entre las verdes hojas; y por la noche nadará la luna en el cielo sereno, coronada con una guirnalda de estrellas. La humedad hará que broten flores para la purificación de los aires, y las flores darán frutos que vengan ya maduros á caer por su propio peso á nuestras plantas. El lago sereno y libre de la tempestad continúa que ha descargado sobre él sus torrentes, lucirá blancos lotos, purpúreos nelumbos y ninféas celestes. Por las aguas cruzarán cisnes, y por los aires palomas. El desierto con toda su majestad será nuestro templo. Los troncos de los árboles cubiertos de resinas atraerán mariposas, abejas, y toda suerte de pintados insectos, como estrellas perdidas en la claridad del día entre las sombras de los bosques. Y con flexibles palmas nos ceñiremos un traje, y con las celestes campanillas hermosas coronas, y con los rojos granos de la zarza-rosa ensartaremos collares que den al coral envidia; y en una cabaña alzada en los des-

filaderos, junto á los torrentes, al pié de una palmera, podremos entregarnos en paz á nuestros amores, comunicándonos más de cerca con el eterno espíritu que está derramado en toda la naturaleza.

NALA.

Por allá veo el tigre, que nos mira con traidores ojos y muestra sus amenazadoras quijadas. ¿Dónde están mis hábiles cazadores? El elefante celoso arranca en aquella selva árboles de raíz, y pronto vendrá á cebar en nosotros su rabia. ¿Qué se hicieron mis soldados, grandes domadores de elefantes? No nos acerquemos á aquel árbol, no sea que se despierte una serpiente allí dormida. ¿Por qué, por qué perdí al juego mis arcos y mis flechas? El río nos cierra el paso, y entre sus espadañas se esconde el cocodrilo. ¡Ay de mis tranquilos estanques! No andes, Damayantia, porque por todas partes puedes pisar víboras. ¿Quién llevará nuestras sandalias de oro? El viento desencadenado levanta olas de arena que azotan nuestro rostro. Este viento, al llegar á nuestros dominios, será como una brisa dulce que mueva blandamente las hojas de los plátanos llenos de ruiseñores y canarios. Aquel volcan despiende lava

que llega derretida como una negra culebra hasta nuestros piés. Huyamos, huyamos. ¡Oh! Cuando salíamos á pasear, nuestros vasallos arrojaban una alfombra de rosas en el camino. El sol lanza sus rayos, que tuestan la piel. ¿Dónde estará el quitasol de púrpura que arranqué al más poderoso de los reyes en una batalla campal? Cielo despiadado que nos envias insectos cuyos agujones envenenan nuestras carnes, acuérdate, para compadecerme, de aquel tiempo en que las más hermosas doncellas que han alumbrado tus astros hilaban lino para mis túnicas. ¡Ay! Ahora de todo estamos desnudos, hasta de la misericordia de los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué veo? El aire ha levantado una porcion de hojas secas que ocultaban un viejo manto. Con él podemos cubrirnos los dos un poco á las inclemencias de la naturaleza.

NALA.

Los príncipes de la India, los que pisaban seda y tenían el palacio más hermoso del Oriente, ahora se alegran de encontrar un pobre y roto manto perdido por algun desgraciado, víctima de

las fieras, como acaso lo seremos nosotros mañana.

DAMAYANTIA.

Pero, amado mio, no te han de faltar nunca, mientras yo viva, mis brazos que se suspenderán á tu cuello, mi seno donde puedas reclinar tu herida frente. No hay medicina para el cuerpo, ni consuelo para el alma, como los cuidados de una esposa.

NALA.

Tus cuidados son mi único alivio; tus ojos la única estrella que brilla en esta oscuridad.

DAMAYANTIA.

¿Quieres que vayamos á los dominios de mi padre, y nos arrojemos á sus piés pidiéndole perdón?

NALA.

No. ¿Cómo quieres que me presente yo, antes feliz, á tu padre, para mostrarle la indigencia y la desgracia en que te he precipitado? Nunca, Damayantia, nunca. Antes quiero la muerte.

DAMATANTIA.

Reposemos un instante. El sueño endulzará un poco nuestras penas... (*Se duermen los dos bajo un árbol.*)

ORIEL.

Allí veo dos infelices. Duermen sobre las hojas diseminadas por el viento, y en sus rostros se ve un dolor infinito, á pesar de la tranquilidad de su descuidado sueño. Nunca el sueño abandona á los humanos, ni aun en medio de sus más grandes y más acerbos dolores. ¡Ah! Todos hemos nacido para padecer; todos llevamos marcada la frente con el sello de una reprobacion que no se borrará nunca. Pero yo he visto al rey en su palacio, al sacerdote en su templo, al guerrero en su carro ó en su elefante, al comerciante en su tienda, al sudra, al trabajador en su cabaña; y no he visto sér ninguno tan desgraciado como yo. Mi vida es la soledad, mi habitacion lós bosques, mis compañeros los brutos, mi trabajo errar sin guia por esta tierra á merced de sus inclemencias. Si al ménos, al levantarse el sol, ó al tender la luna sus plateadas gasas, ó al abrir las flores sus corolas y gorgear las aves en la enrama-

da, ó al sonar la tonante tempestad en los montes, supiera quién mueve el sol, quién platea la luna, quién abre las hojas del cerrado cáliz, quién llena de armonías la arpada garganta del ave y de horrisonos truenos la tempestuosa nube, tendria un sér á quien comunicar mis dolores, y cuyo seno me serviria de refugio y de consuelo. Muchas veces, en la puerta del templo, escondido á la vista de los fieles, trémulo, anhelante, he visto el ara coronada de flores, el fuego brillando alimentado por la manteca que se perdía en humo entre los aires, el dios cubierto de pedrería; y cuando he querido llamarme tambien hijo de aquel dios, recibir su luz, participar de sus ceremonias, me he encontrado con que á latigazos me arrojaban del templo, suspendiendo por nefasto aquel sacrificio que yo habia manchado con mi sombra. Escondámonos, sí, escondámonos. No quiero interrumpir el sueño de estos infelices; porque si los despertara, se horrorizarian de verme. Son desgraciados, andan errantes y desnudos por los bosques, duermen á la intempérie, muestran en los círculos morados que rodean sus ojos la desesperacion de sus ánimos; pero, al ménos, son dos, y no como yo, que ando solo, siempre solo, por montes y por valles. ¡Infeliz de mí!

¿Dónde hay dolor semejante á mi dolor? Pero me esconderé, no sea que se despierten y se horroricen al verme.

NALA (*despertándose*).

¡Oh! ¡Qué sueños tan funestos! Avisos son sin duda de los dioses, que me dicen cuán desgraciado soy. Me incorporaré. No puedo, no, dormir. Al dolor se une el remordimiento. Tú duermes tranquila ¡infeliz! amparada por las blancas alas de tu inocencia. ¡Qué hermosa está! No se despierta. Su seno palpita con el movimiento de la vida; su respiracion es como la de un niño en la cuna; sus párpados apenas pueden ocultar ni entre las sombras del sueño la luz de sus ojos, y sus carnes, amoratadas antes con el azote de los elementos, han tomado en brazos del reposo toda su tersa transparencia, mostrando el movimiento de su sangre como la clara lámpara trasparente la luz que guarda. ¿Por qué te hice infeliz? ¿Por qué unió la suerte una diosa de Merú á un vil que merecia ser pária? Te has sacrificado por mí. Yo no puedo consentir este sacrificio. Mi corazon me dice que serás desgraciada mientras te alcance mi sombra. Si me aparto de ti, las Apsaras te bajarán del cielo ricas vestiduras, los dioses te toma-

rán por esposa; ese duro suelo en que duermes, se tornará en lecho de placer; y ese manto rasgado y viejo, una tela celeste sembrada de estrellas de plata, como la que caía rozagante de tus hombros en el dia de nuestras bodas. Te amo como el viajero perdido en abrasado desierto ama la fuente y el oásis; pero, porque te amo, debo abandonarte. Sí, me despido de ti para siempre, para siempre, en justo testimonio de mi amor. ¡Oh! Y abandonada á su triste suerte, caerá entre las garras de las fieras. Sola, errante, cuando venga la noche, se morirá de terror. El hombre es un extranjero en la tierra. Puede el ave dormir en una rama, sin más techo que la hoja suspendida sobre su cabeza, y el hombre necesita apartarse de la naturaleza, encerrándose en una cabaña honda y oscura. ¿Quién recogerá sus amargos suspiros? Si yo la abandono, ¿quién la guarecerá contra todos los elementos desencadenados en su daño? Sér débil, en una gota de agua se ahogará, si le falta el calor de mi alma, que es el fuego de su vida. ¡Oh! No, no me separaré de ti. Antes mil veces aguardaré aquí el frio paso de la muerte, que oigo resonar ya en la tierra. Si, muramos juntos, muramos, y al ménos bajaremos, ya que los dioses nos maldicen, unidos al profundo abis-

mo, donde nos aguarda un dolor sin límites y una noche sin término. Pero ¿preferiré nuestra unión á tu ventura? Si me quedo aquí, veré cómo se apagan sus ojos, cómo el rosado carmin de sus mejillas se desvanece, cómo su voz espira en su garganta, cómo aquella hermosa criatura que yo estreché tantas veces contra mi amante corazón, se vuelve un asqueroso esqueleto; y su sangre que ahora late, se pierde; y su aliento que me embriaga, se disipa; y su corazón se para; y se quedan yertas sus carnes, y se corrompe á mi vista sin que pueda yo hacer más que morir con ella, renegando de todo, maldiciendo mi destino. No puede ser. Yo te abandono. Siento un dolor tan grande como si viera tu cuerpo en la hoguera funeraria, pasto de las llamas que te convirtieran en cenizas para difundirte por otro cuerpo y por otros seres. *(Se levanta, dispuesto á partirse)*. ¡Oh! Una fuerza superior clava aquí mis plantas. No puedo moverme. Tú me atraes con la atracción de tu amor. Mis labios buscan tus labios, como la abeja busca la corola de la flor para libar su miel. ¿He de verte morir? No; muere en paz, muere lejos del que ha sido causa de tu desgracia. Para siempre, para siempre nos separamos. *(Se vá, y vuelve)*. ¿Y la voy á dejar aquí? Estará

abandonada al calor, al frío, á los insectos, á las tempestades, á la muerte, á la dura muerte. ¡Cuando se despierte, me maldecirá! Pero ¿y si en mi presencia anochece su vida? Yo no puedo tolerar este dolor. Muera yo solo. Tal vez los dioses la protejan. Tal vez las alimañas feroces la compadezcan al verla tan hermosa. Si, separémonos. Mi corazón queda aquí, mi amor se cierne sobre su frente; pero no puedo ver, no, mi propia víctima morir en mis brazos. Dudo, vacilo, tiemblo. ¡Oh! No. Para siempre, para siempre, para siempre. Me arrancaré la vida. *(Se pierde en el bosque)*.

ORIEL *(saliendo de la caverna)*.

¡Y la ha dejado sola! ¡Bárbaro! Dormida, dormida... Parece un inocente niño en una cuna de flores, que acaba de dormirse tranquilo sobre el maternal regazo. Su rostro inundado con la luz de purísima hermosura; sus ojos entornados; sus labios ligeramente abiertos como para recoger un beso del aire; su pecho que apenas se levanta á impulsos de su dulce respiración; su corazón que palpita con celeridad, contando los sentimientos que lo mueven; el velo de sus formas, cándido como el tejido que cubre una azucena, revelan

un sér superior á mi, que no me atrevo á mirar, temiendo quedarme ciego con la viveza de sus resplandores. ¿Se habrá acaso encerrado en ese hermoso cuerpo el secreto divino que busco por las selvas? (Se arrodilla). Dime, hermosísimo sér, ¿eres tú la luna que ha bajado á la tierra? ¿Eres una de esas estrellas que veo yo desde la puerta de mi choza, y que me llaman muchas veces con su dudosa luz? ¿Eres una de esas fantásticas fugaces figuras que mis secos ardientes ojos ven perderse en las ráfagas del viento que sobre los abismos azota la copa de los cedros? ¿Eres una de esas ilusiones que las mariposas forman suspendidas sobre los floridos almendros? Si te despertaras y quisieras venir conmigo por las selvas, sería feliz. Yo te alojaria bajo las sombras de los aromáticos magnolios, cuyas hojas perfuman hasta los cielos; te mostraria desde lo alto de los peñascos las nubes rozando tus plantas como una bandada de palomas; te llevaria á la orilla de los lagos para que mirases en su azul superficie tu hermosura; recogeria la miel que las abejas depositan en la corteza del sándalo, para perfumar tus lábios; fabricaria con hojas de cedro, y palma, y mirtos, y flores de azahar, un lecho para que reposaras tranquila; te pasaria á

nado por los rios, y en hombros cuando te cansases, por las selvas; te enseñaria cómo nace y muere el sol, cómo se llena el cielo de estrellas, cómo la luna se mira en las aguas; y tú en cambio levantarías un altar coronado de flores, y entre el fuego y el humo del sacrificio me enseñarias los dioses de tus gentes y de tu patria. Pero... se despierta... huyamos, huyamos.

DAMAYANTIA.

¡Qué feliz soy! He soñado que estaba en los jardines de mi padre, bajo un granado cubierto de flores, á orillas de un arroyo, mirando la melancólica faz de la luna, y oyendo el cántico del ruiseñor, apoyada en ti ¡oh Nala mio! como la yedra en el tronco del cedro, y mezclando á los tuyos mis suspiros, como se mezclan los aromas de dos flores nacidas en un mismo tallo y que beben á un tiempo el rocío del cielo. Pero ¡qué veo! ¡Nala! ¡Nala! No está, no está, no está. Le habrá devorado alguna fiera. ¡Qué horror! ¡Nala! ¿No oyes mi voz que te llama con lacrimoso clamor? ¡Nala! ¡Nala! ¡Ah! si, me contesta; su voz, más dulce que el cántico de la alondra en la mañana, responde amorosa desde el seno de aquella gruta cubierta de enredaderas, á mi amante voz. ¡Nala!

¡Oh! Me he engañado. No es él, no es él. Es el eco que repite mi clamor, el eco cruel que se burla de mi lamento. Como yo, fiel esposa, he entregado el corazón á mi esposo, le he seguido á todas partes, le he imitado en todas sus acciones, he bebido en mis ojos su mirar, he modelado mi naturaleza por su naturaleza, he sumergido mi existencia en su existencia, he mezclado mi sér con su sér, cual se mezclan dos gotas de lluvia caídas en una misma hoja; mi voz me parecía su voz, pues no se distinguen nuestros acentos, como no se distinguen nuestras dos almas reunidas en una sola, á la manera que dos nieblas arrastradas por los vientos y venidas de distintos puntos del cielo se reúnen amorosas en una sola nube. Levántemonos. Se habrá escondido para burlarme, queriendo ver en mi pena un testimonio vivo de mi amor. Pues no te daré ¡ingrato! ese placer. Sé que estás aquí. Tal vez te hayas ocultado tras este cedre. ¡Ay! no, no. Solo veo el verde lagarto que se desliza entre las zarzas. ¿Estará en aquella caverna? ¡Oyeme, óyeme! ¡Oh! Sólo oigo el mugido de la pantera. ¿Se habrá subido á algun árbol? Sólo veo el papagayo que salta, el colibrí que se pierde como una estrella en el éther, y el mono que se apoya en una rama seca y se burla de esta mu-

jer abandonada. ¿Qué he dicho? ¡Abandonada! Sí, sí; me ha dejado en los bosques, á merced ¡oh, crimen! de las fieras. Montes que hundís en el cielo vuestra frente; árboles que agítáis vuestras ramas; cataratas que descendéis con sublime rumor desde las altas sierras al profundo abismo; aves que voláis gozosas entre las ráfagas del viento; sol, almo sol que alumbras toda la tierra y todas las acciones de los hombres; séres de la naturaleza, si algo amais, si algo sentís, si algo sois, compadeced á una mujer que llora, y decidle dónde, dónde se oculta su alma, que ha perdido en el bosque. ¡Oh! Nada dicen. ¿Hay, hay dioses en el monte Merú, hay allí dioses, y callan? No tendrán corazón, no tendrán espíritu. Dioses, si no habeis hecho el Universo para vuestro divertimento; si no habeis arrojado los mundos en los espacios como el jugador arroja al acaso los dados sobre el tablero; si no habeis querido que los hombres pasaran la vida en la tierra danzando siempre como los monos en los palacios de los reyes; si teneis allá en vuestras almas alguna noción de justicia, y en vuestro pecho alguna ceniza apagada de amor al bien, bajad, bajad, dejad un instante vuestras delirantes orgías, y abridme un camino para que encuentre á mi esposo. In-

dra, que llevas en tu mano la copa de la vida, y en tus alas el viento, y en tus ojos la luz de los astros, descendiende á mi compadecido en tu carro de nubes, y llévame á través de los espacios al lugar donde se encuentre mi amado; y en agradecimiento coronas de verbena penderán puestas por mi mano en tus altares, y fuego sagrado encendido por mi soplo arderá en tus aras, y mil holocáustos llenarán sus templos, y seguras plegarias perfumarán mis labios consagrados á celebrar tu memoria... El cielo me desoye. ¡Abandonarme, abandonarme! No puedo llorar. Mi dolor se ha convertido en una de esas tempestades que troenan y relampaguean sin verter una gota de lluvia. Mi desesperacion se ha tornado ardiente nube de fuego. Si ahora le viera, si ahora se apareciese el fementido á mi vista, me lanzaria sobre él como una hiena, y abriéndole el pecho con mis propias manos, le arrancaria el duro corazon, expriniendo su negra sangre en la tierra, para que no volviese á latir una vida que es ponzoña del infierno. ¡Ah! No, no; si le viera, enlazaria mis brazos á su cuello, suspenderia mis labios de sus labios, mulliria un lecho de flores para sus cansados miembros, y con mi propia cabellera secaria sus piés, si estaban ensangrentados de

los abrojos esparcidos en el camino por donde huýo de mí. La nube corona el monte, y monte y nube se confunden allá en los espacios; el aire besa el árbol, y árbol y aire se aman; el arroyo riega las raices de las flores, y flores y arroyo se consuelan; la paloma arrulla á su amado, que le trae yerbas para el nido en el pico, y los dos son felices; la yedra se enlaza al tronco, y tronco y yedra viven de una misma vida; y en toda la naturaleza yo aparezco el único sér solo, el único sér abandonado. Mis débiles manos, acostumbradas antes á tronchar flores en mis jardines, y ahora rasgadas entre los riscos; mis piés, que no han pisado más que alfombras, cubiertos ahora de espinas; mi cuerpo, envuelto antes en ligera seda, y hoy desnudo; mi vida, conservada á tanta costa por los solícitos cuidados de mi madre, y hoy abandonada como una corriente sin cauce; mis ojos, que siempre han visto miradas de amor, hoy descubriendo por todas partes amenazadores ódios, tigres hambrientos, serpientes que maeven contra mi sus colas, víboras que levantan sus áspides, insectos que me persiguen con sus agujijones; ¡ah! todo esto, si, todo debe ser el presagio de mi muerte. ¡Padre, padre mio, si vieras á tu hija, no la conocerias! Un tigre abre sus fauces des-

de aquella caverna... ¡Qué horror! ¡Como no tengo quien me defienda, clavará sus garras en mis carnes. Y yo te seguí, Nala, y tú me abandonaste. La tempestad, también la tempestad avanza contra mí. Las aves huyen á sus nidos, las fieras á sus cavernas; la naturaleza calla, como si recogiera su aliento para escuchar mejor la voz del espíritu universal; el trueno retumba y saca de las selvas sonidos aterradores y sublimes, que son los ayes y lamentos de todas las cosas; los lagos se hinchan, se levantan, se coronan de hirvientes y rabiosas espumas, cual si intentaran escalar los cielos; las nubes se espesan y bajan sombrías á la tierra, como una bandada de cuervos sobre infecto cadáver; los vientos con sus ráfagas alzan los riscos, abren los senos profundos de los bosques, mostrando nuevos desiertos; el rayo enciende los árboles, y el relámpago los cielos; y por dó quier en aires y aguas se refleja el fuego que convierte al mundo en una inmensa pira funeraria; y el estrépito del trueno, y el graznido de las aves carniceras, y el rumor de los bosques, y el rebramar de las aguas, y el resoplido del incendio, y el choque de las olas en los lagos, forman el eco de un feroz combate entre la tierra y los dioses, lucha horrible en que yo, sólo yo seré

inocente víctima. ¿Dónde ir? ¿Dónde guarecerme? ¡Ay! Me entrego á mi destino. Correré por los bosques huyendo de mi propia sombra, hasta que exánime caiga en brazos de la muerte. Ven, muerte, ven, por la víctima que te señala el cielo. (*Corre sin direccion por los bosques*).

ORIEL (*desde una altura*).

Anda la hermosa mujer abandonada y errante como una paloma extraviada entre las negras nubes de la tempestad. A la luz del relámpago su cuerpo brilla más, como la nieve de las altas montañas brilla entre los reflejos del volcan. Su voz llena los bosques, y compite con el estampido del trueno, como el cántico melancólico y plañidero de la corneja, ó el grito audaz de la gaviota sobre el estruendo de las ondas. Entre los tómpanos de hielo, y las lavas de los volcanes, y los pinos salvajes, y los cedros cubiertos de yedra, y los torrentes espumosos, y las selvas encendidas por el rayo, anda como si fuera el blanco espíritu de la naturaleza. Se detiene un instante, y llora, sin duda porque ha visto en un árbol dos tórtolas que se arrullan y se protegen mutuamente contra la tempestad con sus trémulas alas. De allí no puede pasar, porque hay un abismo. Desnuda, sin

más adorno que su negra cabellera caída en desorden sobre la espalda, hundidos los piés en la yerba y alzadas las manos al cielo, inclinándose sobre los abismos, iluminada por el relámpago, coronada por las flores que los árboles al pasar han dejado caer sobre su frente, su hermosura, sin velos que la oculten, brilla con todo el candor y toda la inocencia de la naturaleza. Pero de pronto, entre los juncos y las espadañas que crecen á la orilla de los torrentes, sale amenazadora, luciendo sus escamas de mil colores, levantando su venenoso áspid más ligero que la flecha, una serpiente que se dirige contra la hermosa joven, abriendo sus terribles fauces. ¡Ah! No tiene salvacion. De un lado el abismo, de otro el cruel reptil, que llega serpenteando hasta sus piés, y que la ha fascinado con sus ojos de esmeralda. Ya extiende su cuello, ya toca con su cola venenosa las puras carnes de la hermosa mujer, que ni siquiera respira, petrificada de espanto. Vuelo á su auxilio. Monto mi arco. Si mi flecha no alcanza, seré su victima. No importa. ¡Ah! He herido al terrible animal, que cae por los abismos como la hoja de un cedro arrancada por el huracan. La he salvado.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡Ah! (*Cae desmayada.*)

ORIEL.

Mi corazon te sigue, y mi brazo te salva. No siento, pero respira. Al tocar con mis encallecidas manos este delicado cuerpo, siento derramarse por mis venas el fuego de una nueva vida. Su aliento, más perfumado que el aliento de las madre-selvas, me produce un vértigo. Hermosa criatura, tú que pareces una ilusion formada por los rayos de los astros al cruzarse en los espacios; tú que eres tan pura como la luna que vaga por los espacios; tú que guardas el aroma de todas las flores; tú tan delicada y tan aérea como el vapor que se levanta del lago, sonrosado por la luz indecisa de la mañana; tú no abandonarás á este infeliz que te ha salvado, y que necesita un corazon donde verter las lágrimas que le arrancan sus acerbos dolores. ¡No se despierta de este sueño! Refrescaré su rostro con esta agua cogida por mi mano del torrente.

DAMAYANTIA.

¡Ah! ¡próxima á morir..... y sin él á mi lado!
Pero ¿quién me salvó?

ORIEL.

Yo, yo te salvé; yo, que espero de tí lo que no he encontrado en la tierra, compasion.

DAMAYANTIA (*mirando á Oriel*).

¿Quién eres ¡oh! mi salvador?

ORIEL.

Soy un desgraciado que ando, como tú, errante.

DAMAYANTIA.

¿Quién eres? ¡Ah! ¿Eres hijo de algun dios, que te ha mandado desde una estrella en mi auxilio? ¿Eres acaso uno de los habitantes del monte Merú, que se ha deslizado en espíritu entre las espumas de esta catarata? Con ese arco en las manos, ese carcax á las espaldas, esa piel de tigre por la cintura, esa corona de flores en la frente, me pareces el dios Crichna que se ha compadecido de mi tormento. Si eres algun inmortal, dime, si, dime dónde está mi esposo, y guíame á la gruta que le habrá guarecido contra esta horrible tempestad.

ORIEL.

No soy sino un hijo de estas selvas. Mi vivienda son las cavernas; mis compañeros los tigres y leones; mis delicias el rumor de las cataratas mezclado al cántico de las aves; mi ocupacion la lucha con las serpientes; mis grandes espectáculos la tempestad; mi único afan subir al monte más alto de la tierra, entre las nieves eternas, para ver si descubro allá en los pliegues del cielo un dios que me ampare bajo su manto y me defienda de los hombres. Pero ahora, en este instante, no tengo más vivienda que este árbol bajo el cual te he estrechado contra mi corazon; ni más compañero que tú; ni más delicia que el eco de tu voz; ni más ocupacion que servirte; ni más espectáculo que ver cómo brillan tus ojos, cómo palpita tu pecho, cómo se desliza tu blanca figura entre las selvas; ni más deseo que oír de tus labios dónde, dónde está el dios que acaba de encender esta nueva vida en mi corazon, suspendido amoroso de ti como la fruta del árbol, como la estrella del cielo. Sígueme, y tendremos por lecho las flores; por palacio los bosques, por concierto el gorgéo de todas las aves y el rugido de todas las fieras y el rumor de todos los torrentes, por tú-

nicas nupciales las palmas que el huracan arranca con sus alas, por altares las altas montañas donde hierve el volcan y se forjan los rayos; y tú á la luz del relámpago, entre el estruendo de la tempestad y los estremecimientos de la tierra agitada, me mostrarás tus dioses, para que yo los adore, colgando de sus aras, que serán los riscos, las serpientes de que haya purgado con mi brazo á la tierra.

DAMAYANTIA.

Pues ¿tú no tienes dioses?

ORIEL.

He perdido la memoria de todo. Allá en los abismos de mi alma cruzan algunas reminiscencias que no puedo nunca reunir, y que me hablan de otra vida, que no alcanzo, de otro sér que no conozco. Le he preguntado á la estrella que centelleaba en el cielo quién la ha dorado; y ha seguido, sin responderme, su camino, derramando luz. Me he acercado al torrente, y al verlo descender de las alturas cubierto de espuma, le he dicho: ¿qué mano te lanzó á los abismos? y ha seguido moviéndose por su cáuce, y reflejando al cielo. He oído en la hermosa tarde, al caer

el sol, gorgear á las aves, y de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas les he preguntado qué nombre divino formaban con sus deliciosísimas armonías; y han continuado, sin escucharme, su cántico. He visto el astro del día surgir entre las ondas, resplandeciente, coronado de fuego, lanzando rayos de vida, envolviendo en una alegría infinita á todos los séres; y al verlo subir majestuoso por los espacios, arrastrando en pos de sí las esencias de todas las cosas, beber en la copa de los mares los vapores de todas las aguas, cubrir con su manto de luz todos los astros, le he rogado que me dijera quién le impulsaba en su carrera, quién le sostenía en el zenit, qué mano le bajaba hasta los abismos, qué voz le despertaba todos los días; y no me ha oído, embebecido sin duda en escuchar la música con que el Universo entero le saluda en su triunfal carrera. Y héme aquí sumergido en la vida, como la esponja en el mar, como la piedra en el arroyo, como la negra lava en el volcan, como el insecto en el polvo, sin saber ni de dónde vengo, ni á dónde voy, ni qué será de mí mañana, ni qué fué de mí ayer, odiado de los hombres, maldecido del cielo.

DAMAYANTIA.

¡Tú tan bueno, tú que pareces un dios! ¡Oh! ¿Qué hubiera sido de mí si no te hubiera encontrado? Ahora ya no tendria esperanza de tornar á ver á mi esposo, sepultada en el vientre del in-mundo reptil. Los hombres que te han maldecido no conocen la justicia. Tú eres aquí en este bosque más hermoso que un rey en su palacio. La naturaleza entera se doblega bajo tus plantas, como la erguida rosa cuando se para un gilguero sobre su corola.

ORIEL.

Pero ya bendigo mi desgracia. Lo que no me han dicho las estrellas me lo dirán tus ojos; lo que ha ocultado la catarata podré sentirlo en la palpitation de tu pecho; lo que no me han revelado los gorgoros de las aves, me lo revelará tu dulce voz; lo que no he visto en el disco del sol, lo veré en el cielo de tu frente. Porque ¿no es verdad que tú no puedes separarte nunca, nunca de mí?

DAMAYANTIA.

Valeroso jóven, yo nunca podré olvidarte. Que

me devore este abismo á cuyo borde me has salvado, si soy contigo ingrata. Pero yo pertenezco á otro hombre. Allá, en apartadas tierras, tengo un padre en un trono. Yo iré de rodillas, si es preciso, á pedirle que premie tus virtudes y el beneficio que has hecho á su desgraciada hija. Pero no puedo ofrecerte que no me separaré de tí, porque ando por los bosques, por los valles y por los montes, en pós de mi esposo, del hombre que ha elegido mi corazon, y á quien no debo abandonar, aunque él me haya abandonado, porque entonces, ¿qué derecho tendria yo á quejarme? ¿No me contestas? Pensativo y silencioso, ¿nada me dices?

NALA (*á lo léjos, sin ser visto de Damayantia*).

Venid, venid, mis guerreros. Volemos á encontrar á mi esposa. Ya que mi padre me rescató de la miseria, quiero volverla á su palacio. En un instante de horrible desesperacion la abandoné á su triste suerte, porque no tenia corazon bastante para verla morir. Pero he derramado tantas lágrimas como gotas de agua derrama el arbusto despues de la tempestad, cuando el ala del céfiro roza en sus húmedas hojas. Ya iba á espirar de dolor y de miseria, cuando os encontré ¡oh mis

huestes! que me buscabais, trayéndome la corona que se cayó de mis sienes sobre el tablero del juego. Volemos á encontrarla y á decirle que el génio de la felicidad abrirá sus sonrosadas alas cerniéndose sobre el lecho de nuestros amores. Sí, Damayantia, Damayantia debe hallarse por estos bosques. ¡Oh! No me castigéis, dioses, con una nueva desgracia.

DAMAYANTIA (á Oriel).

¿Qué piensas? Por tu frente pasa una nube que oscurece tus ojos, como la niebla que se levanta del lago oscurece la luz del sol.

ORIEL.

Cuando la blanca luna huella los azules cielos; cuando el sol se levanta sobre los coros de los mundos, que se ocultan en su luz como la piedra caída en el mar; cuando las aves cantan, y las cataratas braman, y los insectos zumban, y los bosques murmuran, y los volcanes hierven, y aullan las fieras, yo no puedo unir mi voz al concierto de la naturaleza, porque no sé dónde está el sér que todas las criaturas adoran. ¿No calmarás con tu palabra esta sed anhelante de mi alma?

DAMAYANTIA.

Veo tu dolor, y conozco cuánto padecerás. Mas no es bien que una débil mujer te revele secretos guardados en la profundidad de la conciencia de los hombres más santos que habitan en la India. Si quieres saber misterios de los cielos, nombre de dioses, ceremonias sagradas, corre á las montañas, que embriagan con sus perfumes suaves, á la confluencia de los rios, donde las olas se entrecorren levantando blancas nubes, produciendo sublimes rumores; y allí encontrarás, al pié de los copudos y umbrosos árboles, entre las zarzas, la yedra y las enredaderas, los piadosos ermitaños, de rodillas, con el azadon á un lado y la cesta de mimbres á otro, vestidos de hábitos de corteza, ceñidos con ásperas sogas, absortos en profunda meditacion, macerados, pensando siempre en Dios, profiriendo religiosos conjuros; y tu corazon se quedará allí confundido, y tu pensamiento absorto, contemplando el Dios revelado por las palabras de aquellos séres, cuya virtud es tal que hasta las aves se suspenden sobre su cabeza, y las ligeras gacelas se tienden á sus plantas, atraídas por sus piadosas plegarias, que envuelven en la luz esplendorosa del espíritu á toda la natura-

leza. Ve, preguntales por los dioses, y ellos esclarecerán tu entendimiento.

ORIEL.

¡Vano empeño! He ido á la puerta de sus chozas, al pié de sus altares, y me han rechazado con profunda indignacion, y no han querido revelarme sus secretos, ni iluminar mi alma. En vano he querido regar con lágrimas sus piés; en vano he estado inmóvil y de rodillas pidiéndoles misericordia; en vano he intentado ver sus ídolos: implacables y crueles me han dejado en mi tormento, y se han reido de mis dolores, mostrándose más fieros que las alimañas de estas selvas.

DAMAYANTIA (*anhelante*).

Algun crimen has cometido ¡infeliz! cuando así te tratan los varones más virtuosos de la India.

ORIEL.

¡Ah! Sí. Tienes razon. Yo debo ser muy desgraciado. He cometido el crimen de haber nacido pária.

DAMAYANTIA (*retrocediendo horrorizada*).

¡Un pária! Dioses, ¿qué he oido? Veo el infer-

no abrirse á mis plantas, y al dios Yama extender sus alas de murciélago sobre mi cabeza. ¿Dónde me purificaré? Huiré, huiré. Antes el abismo que tu presencia; antes el vientre de la serpiente que tus brazos.

ORIEL.

Escúchame, mujer. (*Acercándose á Damayantia*).

DAMAYANTIA.

Recibid ¡oh dioses! el sacrificio de mi vida, para que, cuando vuelva á renacer de mis cenizas, no encerreis mi espíritu en el cuerpo de un cerdo. (*Se precipita por el abismo, y muere*).

ORIEL (*corriendo fuera de sí por las selvas*).

Yo llevo por todas partes el mal. Yo soy la muerte. Mi sombra es venenosa como la de esos árboles malditos de los cuales huye el viajero. Como los más horribles reptiles, mato con la vista. ¡Ah! No basta mi dolor, no basta mi tormento; es necesario que todos los que me vean participen de mi horrible pena. ¿Por qué todo cambia, y yo solo vivo? ¿Por qué no me disiparé como la nube? ¿Por qué no me he de esconder

en las entrañas de la tierra, como el rayo? ¿Por qué no me he de secar como la flor? ¿Por qué no he de caer á los abismos como la catarata? ¿Por qué el tiempo que pasa apagando astros y volcanes, no ha de tener un soplo para este incendio devorador de mi vida? ¡Ah! ¡Maldicion, maldicion sobre mí! Yo debo haber cometido un crimen muy grande, cuando así me castiga la naturaleza entera, cuando así me aborrecen los hombres.

NALA (*al borde del abismo con sus guerreros*).

Ya lo habeis visto. Los dioses hasta el fin han sido conmigo implacables. En el momento de llegar, hemos visto caer á mi esposa en los abismos, como una blanca paloma herida por la flecha de un cazador. Yo la abandoné, y yo soy su asesino. La sangre de esta hermosa mujer, esa roja sangre que veis correr por los riscos y teñir los arroyos, ha caido por mi frente. Yo no puedo ofrecer más holocausto que mi vida. El fondo de ese abismo será nuestro palacio, la muerte nuestro tálamo nupcial. (*Los soldados quieren detenerlo, pero Nala se precipita y va á morir al lado del cadáver de Damayantia*).

ORIEL (*desde los altos picos del Himalaya*).

Desde aqui oigo los dulces gorgoros de las aves confundidos con el grito audaz del águila altanera, y veo los cedros ceñidos de una guirnalda de yedra y zarza-rosa florida, los bosques por mil insectos de varias y matizadas alas esmaltados, los árboles del pan que se doblegan bajo el peso de sus dorados frutos, las abejas zumbando en numerosos enjambres y cubriendo los riscos de pura miel cuyo brillo semeja á oro derretido, el pavo real ostentando en su abierta cola todos los colores, los papagayos que pintan sus plumas en el zumo desprendido de las resinosas cortezas, el cisne que atraviesa como una espuma el arroyo, el tardo elefante hendiendo con su dura planta las piedras, las negras gacelas que corren presurosas entre la yerba; y al pié de cada árbol veo un lecho de flores, y á la entrada de cada gruta un lago, y entre las sombras de cada abismo los plateados vapores de un torrente, y sobre las sienas de cada montaña una diadema de nieve; y entre tanta vida y tantos y tan diversos seres, solo mi alma está solitaria y abandonada y triste, mi alma, que es una negra sombra, una maldicion, una mancha caida sobre la tierra.

IV.

ORIEL.

Después de tanto caminar por montes y por valles, al borde de los abismos, á orillas de los ríos, bajo las nieves eternas, en pós de una verdad, de un rayo de luz, de un dios, la soledad que me rodea es mi consuelo, y el diálogo con la naturaleza la única ocupacion de mi alma. Desde aquí, desde esta altura veo á lo léjos las grandes ciudades, donde el hombre se encierra como la hormiga en un monton de polvo, guardando sus misterios y sus secretos celestes. Yo nada puedo saber, nada alcanzo. No entiendo ni el rumor de los bosques, ni el susurro de las aguas, ni el hervir de los volcanes, ni el grito que lanza el águila cuando se cierne audaz allá en las últimas regiones de los vientos. Todo mi trabajo consiste en romperme la frente contra las paredes de esta

cárcel, para preguntar en vano qué hay más allá de sus tinieblas y de sus espesos muros. ¡Ah! En la cúspide de la montaña, bajo un sombrío pino, junto á la catarata que se desploma rabiosa en los abismos, acariciado por el continuo beso de las áuras, viendo el sol oscilar en su ocaso y reclinarse en el dormido lago que limita el horizonte, mientras la luna llena se levanta por Oriente como el blanquecino vapor de un sacrificio, y la primer estrella de la tarde rasga con su luz indecisa la gasa de los cielos: en esta hora solemne y sublime, cuando la naturaleza entera se sumerge en profundo silencio, pregunto á la sombra que se levanta de los valles, á la luz que baja de los cielos, al ruiseñor que entona su primer gorgojo, al águila que lanza su postrer grito, si todo está vacío, si en las ondulaciones del aire, en los pliegues de las sombras, en los sonidos que despiden las gargantas de las aves y las hojas de las selvas movidas por el viento, se esconde un sér, el cual compadezca al ménos mi tormento. Por allí veo pasar un hombre absorbido en su pensamiento. A cada paso que da, se arrodilla, levanta sus brazos al cielo, y llora. ¡Qué feliz! Aún tiene lágrimas. ¡Dichoso estado del espíritu, aquel en que el manantial del llanto brota de los ojos

con la misma facilidad con que brota el agua de la fuente! La naturaleza halla un desahogo en las lágrimas. Yo no puedo llorar, yo no volveré á llorar. Mis ojos están abrasados por el dolor. Voy á hablarle. — Dime, dime, caminante, ¿qué soy yo?

VIASA.

Calla, calla. No hables, porque Dios está dormido, y el mundo y el Universo velan su tranquilo sueño. Aquí, en el espacio por donde fluye la vida, no hay más que un sér que todo lo llena, y que desciende como el sol desde lo infinito á las profundidades más oscuras de la tierra. En este sér se envuelve todo, como la arena removida en las ondas de la playa. Yo no sé más, no puedo saber más, sino que ese grandioso sér pasa sobre la tierra, y la agita; sopla sobre los mares, y los subleva; sube á los cielos, y los ilumina; baja á los abismos, y los llena; entra en el corazón, y lo enamora; se derrama en el cerebro, y lo enciende. Yo le he visto sublime, encerrado en un foco de luz, dictando leyes á todas las cosas, y tejiendo con el jugo de su propia sustancia los hilos invisibles de las formas para todos los séres. ¿Y me preguntas, tú, tú, ¿mise-

nable! qué eres? Un poco de polvo, un soplo de aire, el pólen caído de la flor, la tosca lana que el cordero deja prendida de las zarzas, la espuma que arrastra el arroyo, el reflejo de un astro en el cielo, el brillo del relámpago en la noche, la leve pluma que el ave sacude de sus alas, el velo ligero de la niebla que el rayo del sol disipa y arroja á los abismos; nada, nada, la gran escrecencia de la creacion.

ORIEL.

Pues si soy nada, si soy menos que todos esos séres, ¿cómo el polvo se disipa, el soplo del aire pasa, la espuma se desvanece, el vellon de la tosca lana se pierde, la luz del astro se apaga, la leve pluma huye entre los giros del viento, el velo de la niebla cae sobre la tierra en lluvia, ó sube hasta el sol arrebatado en sus rayos, y yo quedo siempre esencialmente el mismo, pegado á mi dolor?

UN BRAHAMAN.

El mundo es como una nube arrojada en los espacios. Por todas partes no hay en él más que torbellinos, tempestades, dolores, desesperacion y muerte. La vida es una inmensa corrupcion, y los

séres montones de estiércol. Yo he querido buscar el secreto del origen de la vida, y solo he hallado la podredumbre produciendo negras sabandijas á las que el orgullo humano ha llamado espíritus. Sobre la hirviente materia he visto jugar á la ciega casualidad, que modelaba en sus flacas manos á su antojo todas las cosas, arrojándolas por el espacio, como los niños en sus juegos arrojan las bolas de nieve por los despeñaderos de los altos montes. No hay más que materia, y siempre materia. Todas esas ideas que el hombre ha querido levantar á lo infinito, son como las figuras fantásticas que los ojos secos por una gran calentura ven flotar en los aires. El mundo material, con todas sus limitaciones, con todos sus dolores, será siempre como un frío cadáver, en cuyas entrañas en vano buscareis el calor de la vida, el hervir de la sangre; pero será el único sér, la única existencia. Todo el jugo que en la vida hay, está encerrado en esos licores hirvientes destilados de las frutas, que reflejan á la luz en su líquido seno, que brillan como piedras preciosas derretidas, y que al derramarse por las venas hacen temblar de placer al cuerpo y lo embriagan, despertando un espíritu que con la embriaguez se desvanece. No creais que más allá de

esta cárcel hay algo. Yo he bajado á los profundos abismos, y he visto en ellos la nada suspendida como una inmensa telaraña; he subido á las nubes, y he visto que el sol y todos los astros estaban colgados de la nada.

ORIEL.

No, no puede ser eso. Esta gigante lucha que en mí estalla, me dice que hay algo á través de los cielos. Yo he visto un amigo en el sol, una mirada de amor en la luna; he sentido un beso infinito en el suspiro del áura, una pasión inmensa en las palpitaciones de las ondas y en el hervidero de los volcanes. Yo creo en algunos instantes que este mundo es muy estrecho, y busco ávidamente con los ojos del alma un sér allá, si, allá en los cielos. ¿Por qué, si no, este continuo combate?

CAPILA.

Si habeis visto alguna vez las cataratas descender con gran golpe de aguas, y dividirse en los aires como por encanto en gotas menudas que rociaban las plantas, en argentados vapores que cubren de ligeras gasas los aires, tendreis una idea de la virtud con que el sér se extiende y se dilata por los espacios, fecundando amoroso cuanto besa con

su vida, y levantando nuevas formas con que tejer la trama de la naturaleza. Pero si alzais un poco no más la punta del velo que envuelve la creacion, encontrareis en su seno una guerra sin descanso ni tregua del aire con las aguas, del frio con el calor, de la luz con las sombras, del mar con los huracanes, del ave con el insecto, del insecto con la planta, de la planta con la tierra; lucha inmensa, gigantesca, en que cada sér pugna por salirse de su centro, por entrar en las esferas de sus contrarios, por romper su limite; pero lucha que es el trasunto de las dos fuerzas existentes en la naturaleza, de las cuales la una enciende el sol, y la otra teje las tinieblas; la una pinta la flor, y la otra desprende de sus dedos la negra oruga; la una perfuma de aromas el bosque, y la otra llena de miasmas el lago; la una es el ave que canta, descomponiendo en sus alas de mil colores la luz y hechizando el aire con su arpada garganta, y la otra es el reptil venenoso que se arrastra en el polvo y que muestra en la punta de su aguijon la muerte.

Oriel.

Pero el reposo debe existir, porque yo lo anhelo y no puedo desear lo que no existe. ¡Oh! Si

yo conociera, como vosotros, al sér que todo lo explica; si yo hubiera recibido una educacion religiosa, no temeria esta inmensa soledad de mi alma; porque allá en los bosques, léjos de los hombres, levantaria un altar, cubriéndolo de flores, poblándole de aves, y uniria mi voz al concierto de todas las cosas, en loor de mi eterno consuelo, de mi eterno amigo.

UN IHOGUI.

¡Infeliz! Cree encontrar reposo, cuando los lábios secos en vano buscan por toda la redondez de la tierra una fuente de consuelo. ¿Sabes, por ventura, dónde reside el origen de la vida? Tú no puedes conocer si ese mundo es realidad, ó fugaz ilusion de tu mente. Detrás de las nubes veo fantasmas, detrás de los astros leves mariposas, sobre los cielos un Océano ideal que se mueve como si quisiera reventar en su limite y anegar toda la creacion. Pero yo no he podido averiguar nunca, nunca, si el mundo estaba sumergido en mi conciencia, si el mundo era una ilusion fugaz de mi espíritu. ¿La luz está en el sol, ó está en mis ojos? ¿La creacion es una idea, ó un hecho? ¿El Universo es un sistema que mi mente, abrasada por el calor de su propia vida, ha escrito con

la sustancia de mi cerebro en los espacios? Nada, nada sé. Todo se apaga á mi alrededor, todo huye á mi vista, mundos, ideales de mundos; y en mi conciencia no hay más que una espesa sombra y una larga noche.

ORIEL.

¿Y este es el consuelo de vuestra ciencia? Por todas partes la duda, por todos los caminos el mal. Tened piedad, piedad de mí. Voy buscando la verdad como la sed devoradora, infinita del alma. Yo pliego mis manos y doblo mis rodillas, y pido verdad, verdad á vuestra sabiduría.

ARIUNNA.

Allá en la cumbre del Universo, lejos de las sombrías nubes de la tierra, coronado por lo infinito, está el Sér absoluto, que habla por el órgano de sus tempestades, que brilla por el resplandor de sus soles, que siembra en los cielos miríadas de mundos, que irrada de su mente almas y de su corazón amores, que en perpétuo movimiento cubre de ráfagas de seres todas las esferas, y se ciñe á sus brazos, más largos que los rayos del sol, la serpiente del tiempo, y se sienta como en su trono sobre los espacios; pues su vida, que to-

do lo llena, es como el abismo luminoso á que van á parar todas las cosas, como el semillero de que nace el Universo; y su divina sustancia, que se derrama por los montes, y produce los bosques; por los prados, y mueve los arroyos y alimenta las flores; por el Océano, y tiñe de color de esmeralda las ondas y las corona de espumas; por los cielos, y los hace florecer en mundos y mundos; es la sangre que palpita en las venas de nuestra madre naturaleza.

ORIEL.

No os entiendo. ¿Y cómo ese gran Sér no ha venido hasta mí? ¿Cómo no se ha derramado por mis venas esa ardiente sustancia que late fuertemente en toda la creación? Yo soy el único sér que está lejos del calor de la vida, y apartado de los límites del Universo, yo. Sér á quien todos estos hombres adoran, ¿por qué no bajas á mi corazón desolado? ¿Por qué yo, sólo yo en la tierra ni te siento en mí ni te conozco?

GOTAMA.

El mundo es una ilusión, la luz pura fantasía, los coros de los astros música engañosa, los seres fantasmas que cruzan por lo infinito como figuras

fingidas por el insomnio, Brahama una inmensa sombra que duerme allá en el abismo de la eternidad, y que en sueños calenturientos idea orbes, creaciones, mundos, que son su eterno delirio, del cual se rie la nada, abriendo sus negras fauces al pié del Universo. Sobre este mundo que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras mismas manos, veo flotar en confusion informe lo único que hay de real y verdadero en la naturaleza, los fantasmas de las ideas. Este mundo exterior que se dilata por los espacios, no es más que la ilusion engañosa de la vida, tan fugaz como el brillo que el remo produce en la onda, y tan engañosa como el fantástico mar que fingen los rayos ardentísimos del sol de estío en la abrazada arena. No hay más realidad que el espíritu, no hay más vida que la idea, no hay más Universo que la inmensa, la infinita conciencia. El mundo es una flor caída del espíritu, que el espíritu huella indiferente en su triunfal camino. No hay, no, más realidad que la idea.

ORIEL.

Todos estos seres han pasado á mis ojos diciendo sus ideas, y no he podido entenderlos. Todos me han visto llorar, y ninguno ha secado mis

lágrimas. Todos han oído que mis clamores les pedían un dios, y todos me han dejado en esta horfandad del alma... ¡Ah! Allá léjos descubro un hermoso palacio. Me acercaré á ver si encuentro algun sér compasivo que enjague mis lágrimas, sí, mis lágrimas, que vuelven á correr por mis mejillas como un río de fuego.

EL REY AZOKA (*en su palacio*).

Cesen los cánticos, callen los instrumentos, apáguese la voz de los festines. Mi corona de oro pesa demasiado sobre mis sienes, y las aplasta; mi manto sembrado de diamantes hace encorvar mis espaldas; mi cetro es asaz grave para mis flacas manos. Yo, rey, que soy más que todos los hombres, más que todos los dioses; yo que veo hormiguesear á mis ojos los esclavos; yo que no engarzo las estrellas entre mi diadema porque no quiero; yo que llevo un manto azul más grande que el mar; yo no puedo cubrir con miriadas de esclavos, con cetros, con coronas, con trofeos este vacío infinito de mi despedazado corazón. Miradme aquí con poder para destruir y sin poder para crear. Yo quise arruinar en un día mi palacio, y lo arruiné. Quise despues levantarlo en un

dia, y no pude. Yo mandé matar á mis hermanos, y en una hora perecieron todos ménos uno. Fui despues á sus tumbas á buscarlos, y en vano conjuré sus cenizas para que se despertaran á la vida que les concedia mi voluntad de nuevo. En un día de hastío degollé las seiscientas mujeres que habian sido las delicias de mi vida, y á los pocos instantes, cuando el deseo del placer volvia con sus golpes á llamar en mi corazon, quise poner aquellas cabezas sobre sus gargantas, aquellos brazos en sus hombros, animar con un soplo de vida los pechos destrozados, dar movimiento á los corazones exánimes, difundir por aquellos hermosos troncos yertos el calor de la sangre; y en vano derramé esencias, aceites olorosos, aromas sobre sus heridas; en vano desangré robustos mancebos para infundir su sangre por las hechas venas de mis víctimas; en vano las llamé á gritos con toda la desesperacion de mi rabia; pues yo, que tan poderoso habia sido para precipitarlas en la muerte, no lo fui para traerlas nuevamente á la vida y libar en sus labios la miel de nuevos amores. ¡Oh rabia! ¡oh rabia! Abrid, abrid, bufones, esas ventanas, para que pueda mirar un poco mis jardines. Pero ¿qué veo? Ni un árbol, ni una flor, ni un ave que cante, ni una

fuelle que murmure hay en mis jardines. ¿Por qué, por qué?

EL BUFON.

¡Señor, señor!

AZOKA.

Decidme pronto por qué no hay árboles, ni flores, ni fuentes, ni aves en mis jardines. Todo cuanto me rodea es un sepulero. Todo cuanto veo y toco es la muerte, sí, la pálida muerte. ¿Y esto sucede al rey, al rey que puede ahora mismo matarlos? Sí, sí, matarlos, matarlos: hé ahí lo único que puedo. ¿Por qué no hay verdura en mis campos?

EL BUFON.

El rey olvida que un día, disgustado de tanto verdor, de tantas flores, de tantos arroyos, de tanta hermosura, quiso extender un desierto al rededor de su palacio. Y para eso mandó cegar las fuentes, quemar los bosques, y dejar tan solo por los campos el hisopo y el espio.

AZOKA.

Es verdad; y yo no tengo en mi pecho un so-

plo para volver su frescura al aire, ni en mi sangre una sustancia para pintar de nuevo las flores, ni en mis arcas tesoros que me den ahora mismo un bosque donde estaba el desierto, ni en mi mente fuerza creadora para volver á la vida las aves que mi capricho vió caer abrasadas entre el humo y las llamas; y yo, yo que soy tan miserable, tan impotente, yo me llamo rey.

EL BUFON.

Señor, allí viene vuestro único hermano.

AZOKA.

Es verdad, es verdad. Ese es el único sér que yo amo en el mundo. Vestido de sayal, ceñidos los riñones con una soga de esparto, apoyado en un báculo, descalzo, encanecida la cabeza, luega la barba, pálido el semblante, hundidos los ojos, iluminado por el resplandor de un espíritu que se vé brillar al través de sus huesos y de su tostada piel, mi hermano es la imágen de la virtud.

EL EREMITA (*delante del rey*).

He abandonado mi retiro para decirte por última vez la verdad, ¡oh hermano mío! Hasta mi soledad ha llegado el eco de tus festines, el refle-

jo de tus incendios y los ayes de tus víctimas. Yo tenia hermanos, por cuya salud rogaba todos los dias á Brahama, ignorando que todos ellos eran mártires, y el mayor de todos su verdugo. Cuando lo supe, lloré más por tu crimen que por su muerte, y compadeci más al asesino que á sus víctimas. Jefe de los creyentes, elegido por Brahama, anegado en resplandores, envuelto en nubes de incienso que levantan mil pebeteros; siempre tendido sobre el plato, y con un hambre insaciable; siempre rodeado de mujeres desnudas, y con una lascivia inextinguible; siempre con la copa del licor en los lábios, y devorado por una sed infinita; siempre mandando, y con una ambicion nunca satisfecha; perdida la frente en rayos de oro, hundidos los piés en las entrañas calientes de mil víctimas, teñido el manto en la sangre de una generacion; tú que has domeñado los leones, que has satisfecho de carne cruda á los tigres, que has volado en tu carro sobre los campos de batalla como el cuervo, que has extendido tu dominio desde los picos del Himalaya, donde el sol tiene su cuna, hasta los extremos de los mares, donde el sol tiene su sepulcro; tú, tú que has formado un ejército de aves de rapiña para limpiar la tierra de los cadáveres amontonados por

tu rabia; tú, ahí, tendido en tus cojines de oro, respirando el aire por mil abanicos renovado; tendido como un Dios por millones de vasallos, que al oír tu nombre bajan sus frentes hasta el polvo, creyendo que tienes el mundo por peana, el cielo por corona, la muerte por esclava y el hombre por juguete; eres más desgraciado y más miserable que el insecto nacido y criado en el inmundo fango, que al fin algún bien hace á la naturaleza.

AZOKA (*temblando*).

¡Oh, hermano mio! ¿Así insultas á tu rey, á tu hermano, que te ama sobre todo en el mundo? Tú, tú eres el único sér á quien he querido en esta mi triste y desolada vida; tú que has representado á mis ojos la virtud, amable á todos, pero más aún al que la conoce y no la practica.

EL EREMITA.

Tú verás correr en sueños un río de sangre, y te ahogará en él sin morirte nunca, para mayor tormento. Tú, en las negras nubes que la tempestad aglomera en el cielo, verás colgadas tus víctimas, y en el siniestro resplandor de los relámpagos la mirada de Dios que te busca para

confundirte y anonadarte. Tú, cuando el cielo esté tranquilo, crearás descubrir en cada astro una retina que te mira y que penetra hasta en el fondo oscuro de tu conciencia. Tú, que has andado sobre vientres despedazados, sobre miembros esparcidos, como sobre una alfombra, en la callada noche oirás el gemido de los que has martirizado; y cuando el áura se suspenda amorosa para todos los séres en la superficie de los lagos, y rice la corola de las flores, y saque sonidos melancólicos de las ramas de los árboles, mentirá un lamento en tu conciencia. Tú, que has abierto el vientre de tus mujeres, que has bebido la sangre de tus hermanos, que has paseado tu mirada triunfante sobre provincias destruidas y desoladas por un puro capricho, que has asesinado á los pequeñuelos en el seno de sus madres, que no has querido perdonar ni á tus hijos, que has llenado de cadáveres los campos, que has pisoteado generaciones, como el labrador pisotea los racimos en el lagar, que eres triste como la muerte y asqueroso como la lepra, que has ulcerado tu corazón con todos los males y has sumergido tu conciencia en las espesas tinieblas del infierno, debes sentir en tus entrañas todos los puñales que te han valido para tus sacrificios, y sobre tu cerebro

las victimas que pueblan tus oídos de ayes, tu corazón de dolores, y el aire que respiras con su último aliento, pernicioso y letal, porque conservándote el cuerpo, te asesina el alma.

AZOKA.

Hermano, hermano, sálvame, sálvame de mis remordimientos.

EL EREMITA.

Quédate ahí en tu dolor y tu desesperación. Yo te he advertido el mal que va á caer sobre tu frente. No te arrepientas, y tu alma en el día de las grandes injusticias irá á una sabandija ó á una víbora. (*Sale del palacio*).

AZOKA.

¡Ay! ¡ay! Me ha herido en el alma.

EL EREMITA (*á la puerta del palacio*).

¡Qué veo! La imágen de una mujer desnuda, tendida en un lecho de mirtos, con la sonrisa del placer en los labios y el reflejo de ardiente voluptuosidad en los ojos; agitada por el fuego de todas las pasiones; convidando con sus sonrosadas carnes, mal envueltas entre sus negras trenzas, al

vicio, y vertiendo por todas partes el veneno y la ponzoña de un amor ardiente que escita los sentidos y los obliga á nadar en soñadas delicias... Eso es, eso todo lo que se adora en este palacio, impura mancebía donde se han aunado el capricho de un déspota y la paciencia de sus vasallos, para sembrar la tierra de males y ofender con mil insultos á los dioses. Caiga, caiga este impuro ídolo, en cuya contemplación se extasia un tirano; caiga, y no ofenda así á los cielos, en cuyos senos hierve ya el rayo que ha de herir tanta iniquidad. (*Rompe la estatua.*)

LOS GUARDIAS.

¿Qué has hecho? Herir el ídolo es herir al rey.

EL EREMITA (*huyendo*).

Los dioses le castigarán por mi mano; porque así como mandan el invierno á la tierra cuando el fruto cae del árbol, mandan el castigo á la conciencia cuando la virtud cae del corazón. Yo espero que no ha de tardar mucho el golpe sangriento y seguro de la justicia.

AZOKA.

Mi cabeza hierve como el volcán. El mundo se

desploma bajo mis plantas. El cielo está á mis ojos negro, y me parece un cuervo que quiere clavar su pico en el cadáver de mi conciencia. Mi corazón se agita y tiembla como una nube henchida con las lágrimas de la tempestad. El campo me parece un sepulcro. ¡Aire! ¡aire! Abrid mis ventanas de lapis-lázuli... Pero ¿qué veo? ¡Destrozada mi gran estatua, destrozada!... ¡Qué atentado!

LOS CORTESANOS.

¿Quién habrá quebrado la estatua del placer, de la hermosura, diosa que guardaba la puerta de este templo del rey?

AZOKA.

Estatua mía, ¡cuántas veces te he creído inmortal! Habías sido, es verdad, un pedazo de piedra que las aguas del Ganges regaban, y que perfumaban los sagrados bosques del Himalaya; pero merced á un mandato mio, la mano del artista te despertó á la vida, y te dió la misma idea y la misma forma que yo guardaba en el secreto de mi pensamiento. Yo te ví desde entonces hermosa, rodeada de la aureola de mi recuerdo, como la montaña ceñida por los reflejos de la aurora bo-

real, y la blanca luna circundada de estrellas. Tú únicamente no eras ingrata para este desgraciado; tú sonreías siempre con sonrisa de amor, tú velabas mi sueño, tú eras la forma de mi pensamiento, tú permanecías fiel y obediente á mi conciencia, diciéndome con tus labios lo que deseaba mi corazón que le dijese. Por eso en un instante, movido con súbito ardor por tus gracias y por tus amores, quemé en tus aras á mis seiscientas concubinas, y las ví entre las llamas quejarse y maldecirme, sin temblar ni estremecerme, porque eran un holocausto á tu culto y á tu amor, único amor, único pensamiento puro de esta conciencia tan sombría como la tempestad y tan negra como la caverna donde forja Yama los dardos de la muerte.

LOS CORTESANOS (*entre sí, y á hurtadillas*).

¡Está loco! Dejémosle. ¡Infeliz! está loco.

AZOKA.

¿Qué decís, qué murmuráis?

LOS CORTESANOS.

Decimos que en el mundo no hay rey como tú; que el cielo no es tan grande como tu frente, ni

el sol tan luminoso como tus ojos, ni el Océano tan profundo como tu pensamiento, ni la tierra tan hermosa como tu palacio, ni Brahama tan poderoso como tu brazo, que puede sostener todos los mundos y todo el Universo.

AZOKA.

No me decia eso mi hermano, ¡ay! mi hermano, el único sér que yo amo en la tierra. Mi hermano y mi estatua eran los dos sentimientos de mi corazón, los dos recuerdos de mi memoria, las dos alas de mi alma. Mi hermano ha huído. Mi estatua está quebrada.

LOS CORTESANOS.

¡Gran desgracia ha sido, gran desgracia! ¿Quién habrá osado poner su mano sobre esa estatua, á cuyos piés hemos visto orando nosotros al mismo Indra?

LOS GUARDIAS DEL PALACIO.

Un eremita que ha pasado por aquí.

AZOKA.

¡Oh! Merece que le saquen los ojos, que le corten la lengua, que le taladren las manos y los piés,

que le arranquen la piel de la carne y la carne de los huesos, que le espriman el corazón, y antes le den á beber la sangre de sus hijos, atormentados y muertos en su presencia entre dolores acerbos y angustias horribles, para que se una el dolor interno al dolor de su propio castigo, y padezca y se aniquile todo su sér, toda su existencia. Ahora mismo, decid á mis ministros que, doquier entre un eremita, sea degollado y presentada á mí su maldecida cabeza. (*Se deja caer desvanecido por la rabia.*)

EL EREMITA (*perdido en un campo*).

Me sentaré en esta piedra á meditar en mi doctrina y en mis creencias. Un rastro de sangre me precede. Mi hermano ha mandado matar á todos los eremitas de la India. ¡Matarlos! No temo á la muerte. Todo hecho es pasajero, todo sér una sombra, todo deseo una rebelion, toda ciencia nos lleva como de la mano al aniquilamiento de nosotros mismos, para que viviendo separados de esta vida fugaz, no necesitemos de las formas exteriores, pesadas cadenas que nos atan á la estéril tierra, y que no consienten á nuestro espíritu sumergirse en la esencia ethérea é impalpable de la verdadera sustancia, á la cual no podemos unir-

nos sino atravesando la negra hendidura que el tiempo ha abierto en la eternidad, hendidura que el miedo de los hombres ha llamado muerte, y al través de la cual veo yo un mar de inefables delicias con la pérdida de mi conciencia y de mi sér. La muerte es el sueño, es el olvido, es la eterna tranquilidad, el eterno reposo, el silencio, la paz, el ósculo del sér con la nada, el lecho de adormideras donde toda lucha concluye y toda existencia se evapora. ¿Qué gran rumor se oye á lo lejos? El sol se ha hundido en su ocaso á dormir el sueño de todos los días en su lecho de argentadas espumas. La noche ha tendido sus negras alas sobre la tierra. La tempestad hierva y brama en los últimos límites del horizonte. El relámpago, no tan ardoroso como mi pensamiento, quema mi frente. Pediré asilo á esta cabaña, donde viven unos labradores, únicos habitantes de este desierto. Las órdenes de mi hermano de seguro no han llegado hasta aquí, y me dejarán dormir en paz, porque el sueño pesa con inmensa pesadumbre sobre mis fatigados párpados. ¡Buenas gentes, recibid en paz á un eremita, y Crichna, protector de los pastores, os ampare, y haga que nazcan gordos vuestros corderos, y se llenen de leche las tetas de vuestras ovejas, y se aumente la verde

yerba de los prados, y se purifiquen los arroyos, y se cubran de dorada miel las piedras de vuestros campos.

EL LABRADOR.

Así sea, así sea. Entrad, entrad.

EL EREMITA.

La paz reina en esta casa. El techo de paja, el suelo de madera, las paredes de caña, la resinosa tea ardiendo, el vaso lleno de leche sobre una piedra, el cayado del pastor en el rincón, las flores del campo suspendidas de un pequeño y limpio altar, el perro tendido y meneando la cola, dos palomas en una cesta de mimbres entregadas á tranquilo sueño, dos sonrosados niños tendidos en un montón de paja, una mujer que hila, un pastorzuelo que atiza la lumbre, la esquila del ganado que suena, algún balido que se pierde á lo lejos, me dicen que esta mansión es de paz y que en su amigo asilo puedo entregarme á mi tranquilo sueño. Crichna, el rubio pastor, os dé buen sueño, hermanos. (*Se duerme á la entrada de la choza profundamente.*)

EL LABRADOR.

Oídme. El rey ha mandado matar á todos los eremitas que se guarezcan en las chozas ó que se vean por los campos. Y hemos de cumplir su mandato. Ese infeliz ha de perecer á nuestras manos, porque nosotros obedecemos ciegamente las órdenes que nos dan, todas encaminadas á la mayor gloria de los dioses y al cumplimiento de su incontrastable voluntad en la tierra.

LA LABRADORA.

¡Y vamos á matarle! Ha venido aquí confiado en nuestra hospitalidad y en el amor que todos nos debemos. Su hermosa frente, su larga y blanca barba, las arrugas de su rostro, su tosco sayal, su báculo de caña, sus piés ensangrentados, nos dicen que estamos delante de uno de los varones más santos de la India. ¡Y vamos á matar á los que pasan el día en el ayuno, la noche en la oración, la vida entera contemplando á Brahma! No, no puede ser. Mira y oye. La lluvia amenaza anegarnos. El huracán arranca de raíz los árboles, y tal vez arranque de cuajo nuestra cabaña. El trueno es la voz amenazadora de los dioses. El incendio ilumina los bosques y se refleja en los

lagos. Las aves se han despertado, y gritan, poblado los aires de prolongados gemidos. No, no tentemos á los dioses.

EL LABRADOR.

La tempestad ruge enfurecida, porque no hemos cumplido la voluntad sacratísima del rey, que es la voluntad de los dioses. (*Coge un hacha, y á la luz del relámpago hiere al eremita.*)

AZOKA (*tendido en su lecho á las altas horas de la noche*).

¡Dioses! ¡Qué terrible sueño! Venid, venid, guardas; venid á ver á vuestro señor. He visto cruzar por los aires en una nube mi hermano asesinado, enviándome de una herida abierta en su frente un chorro de sangre que caía sobre mi boca, y la amargaba de tal manera, que parecía tener en mí todos los tormentos del infierno y todas las penas que hierven juntas en los hondos abismos donde el mal habita. Y en verdad, en la ley general que di para aniquilar á todos los eremitas de la India, no he exceptuado, como debía, á mi hermano, al sér que amo en la tierra. Ahora mismo, decid que el único eremita que se liberta de la comun sentencia es él, si, él, mi her-

mano, pedazo de mi propio corazón. ¡Oh! Si le mataran, no me consolara nunca. Yo habría asesinado al eremita á quien respeto y venero! Dadme, dadme un sorbo de cualquier licor, para reparar mis fuerzas abatidas y rehacer mi apocado ánimo. Atrás, atrás. ¿Qué me traeis en esa copa de oro? ¡Sangre, sangre! Apartad de mis labios la sangre. Traedme en un vaso formado de un diamante agua pura, agua sagrada del Ganges. Ven, bendita agua, ven y derrámate por mi cuerpo, como se derrama el rocío por los filamentos de las plantas. Mas ¿qué veo? También, también el agua se ha tornado sangre, sí, amarga sangre. Abrid, abrid las ventanas, para que á la luz de la blanca luna vea resplandecer á lo lejos el lago azulado y tranquilo. Cerrad, cerrad pronto. El lago es un mar de sangre. ¡Oh! ¿Qué ruido es ese? ¿Qué ruido es ese?

UN ARTESANO.

Los soldados juegan con la cabeza de un eremita, que dicen fué el destructor de la estatua; cabeza traída por unos campesinos.

AZOKA.

Mostrádmela.

UN SOLDADO (*desde la plaza*).

Para que el rey la vea más pronto, ahí vá la cabeza del primer eremita sacrificado. (*La arroja, y va rodando hasta los piés de Azoka.*)

AZOKA.

¡Dioses infernales! ¡La cabeza de mi hermano! (*Cae sobre el lecho sin sentido.*)

OBIEL (*escondido en uno de los ángulos exteriores del palacio*).

He visto desde este rincón solitario y abandonado cosas horribles: un rey demente, un pueblo envilecido, unos sacerdotes entregados á sus placeres, un eremita virtuoso cuya cabeza ha rodado á los piés del rey, que ha reconocido en esa cabeza á su propio hermano. ¿Y no habrá en el Universo para tantos crímenes un castigo? Ya se preparan los funerales, porque el tirano cree aplacar á los dioses con ofrendas y sacrificios. Ya robustos guerreros sacan el cuerpo del eremita, envuelto en un sudario de púrpura que parece en la propia sangre del mártir enrojecido; ya se oye el cántico solemne de los sacerdotes, que se pierde en las selvas y en las concavidades de los mon-

tés. Diez mil guerreros custodian el cuerpo, dos mil doncellas lloran desgredadas tras de su ataud, mil sacerdotes entonan el último cántico de despedida, y el pueblo se hunde en el polvo como para anonadarse en la desesperacion. En un sólio, conducido por sus ministros, vá el rey, con sus vestidos rasgados, sus piés desnudos, su pecho descubierto y herido por sus propias manos, cual si quisiera sacarse el corazon para mostrar á todo el pueblo la intensidad de su dolor. Los campesinos traen sobre sus hombros haces de sándalo y de áloes para perfumar la última morada del que fué en la tierra cáliz donde se guardaba el aroma de la virtud. Todos los que acompañan el cadáver, han empapado en aceite de sésamo sus vestiduras, para lavarse de sus terrenales manchas y esparcir un olor suave en los aires que han de recoger las oraciones y las lágrimas consagradas al que ha muerto. Los artesanos van en tropel arrojando perlas y diamantes al pueblo, porque el rey ha querido que se tiren riquezas que ya no le son gratas, alhajas que no han de volver á ornar su cuerpo dolorido. Al pié de algunos umbrosos árboles, y sobre las colinas, se detiene el gran cortejo, á fin de que todos oigan los méritos que el alma del eremita tiene para

merecer un cuerpo más puro y una vida más santa en la continua trasformacion de la sustancia. Cada vez que se detiene el cortejo, los gritos y lamentos que lanza la multitud son tales, que no parece sino que sollozan los vientos. En una isla rodeada de blancas espumas, en medio del rio sagrado, se levanta sobre una alfombra de flores la pira de sándalo, de cedro, en cuya cima está el lecho que espera el cadáver. Los guerreros tienen sus armas, los sacerdotes se arrodillan, las doncellas aumentan sus clamores, el yerto cuerpo cae en su eterno asilo, y el rey sollozando aplica la tea á la gran hoguera, que brilla como si el sol hubiera bajado un instante á la tierra. Todos en tan solemne ocasion se levantan, corren presurosos, se arrojan al rio, y allí sobrenadan en confusion, purificándose para el dia en que llame á la puerta de sus viviendas la inexorable muerte. Los lamentos universales, los cánticos sagrados, el ruido de las olas, el hervir del incendio, las nubes de humo que se pierden allá en los cielos, las lágrimas que corren por todos los semblantes, el cuerpo que se consume, la eternidad que se abre, el pensamiento de lo infinito que se eleva y se cierne sobre este gran cuadro, sumerge al ánimo en una soñolencia infinita; porque

parece que el alma de todos se escapa de los cuerpos y acompaña el espíritu sombrío del sér que vá á presentarse en su último juicio.

AZOKA (*acercándose á la pira*).

Hermano, hermano, si te levantarás de tu hoguera, yo daría para tu cuerpo la sangre de mis venas, para tu pecho el aire que respiro.

CGRO DE BRAHAMANES.

El alma se ha separado del cuerpo del justo. La necesidad que rige con ley inexorable todas las cosas, ha aplastado la frente sagrada del eremita. Cantemos, cantemos los triunfos de la muerte. Su mano cae sobre el corazón, y lo seca; sobre el cerebro, y lo aplasta; sobre los ojos, y los apaga: pero cuando el espíritu, escapado del cuerpo, toma el camino de la eternidad, va á bañarse en el océano de vida, en que flotan todas las cosas y en que ondean todas las formas de los seres. Allí Brahma ceñirá al mártir una vestidura más hermosa, una forma que sea más digna de su arrogante espíritu. Al escaparse del cuerpo de barro, habrá tomado otro cuerpo más trasparente. Acaso el sér que lloramos con nuestros mortales y oscuros ojos sea el soplo de aire que nos besa

el rostro, el ave que canta henchida de amor entre los arboles del cielo, la estrella que empieza á bordar el horizonte, la flor del lotho que levanta su perfumada corola del fondo del río, y se espacia en el amor, y abre su cáliz, y dilata sus hojas cargadas de rocío. La muerte sólo es muerte para el que no tiene fé. Veamos al santo eremita perderse en el centro de la creación y renacer en los gérmenes de una nueva vida.

AZOKA.

Oigo un rumor como si fuera la voz de mi hermano que me llamara. Cada una de las chispas que lanza esa inmensa hoguera, en que arde un bosque entero, se clava en mi cuerpo y lo atormenta con un ardor intensísimo. En las revueltas nubes de humo veo la imagen de mi hermano, que me agarra por fuerza de los cabellos y quiere llevarme al lugar donde él será bendecido y yo condenado y maldito. Ese rumor ¿no es su voz que me llama? Ese río ¿no es la sangre que sale á borbotones de su herida? Esa flor del lotho ¿no guarda en el cáliz su corazón, que salta de horror cada vez que me acerco á tocarlo? Ese sol ¿no es su retina que me mira sañuda, implacable, y que perforando mi cabeza entra en mi y

devora y consume hasta mi conciencia? Esa áura que sube del río, ¿no es su aliento que me envenena con su amorosísimo soplo? Le veo, le veo. Es mi hermano. Sus piés se hunden allá en los abismos, y aplastan mi corazón; su cabeza ciñe una guirnalda de estrellas, y despide un rayo de luz que me abrasa las entrañas; sus hombros, en vez del sayal, llevan las tinieblas de la noche, en cuyos pliegues se hielan mis manos, que inútilmente se juntan para pedir misericordia y perdón. Hermano, por piedad, no me mates. Yo huí de ti, porque quiero la muerte, porque deseo reposar en la eternidad. Pero no, tampoco quiero morir; porque si muriera, al dejar mi vestidura mortal y desceñirme de esta forma, la justicia divina me encerraría en el cuerpo de algún tigre, siempre rabioso, siempre sediento de sangre. ¡Aht! ¡Qué mancha de sangre tengo en las manos! ¡Qué hilos de sangre me caen de los ojos! ¡Qué huellas de sangre dejo en la tierra! ¡Qué manto teñido de sangre llevo sobre los hombros! ¡La tierra que piso es cieno mezclado con sangre coagulada; el cieno de mis vicios, la sangre de mis víctimas. ¡Oh! Perdonadme, perdonadme. No me mateis, no me mateis. ¡Morir ahora es morir dos veces! Perdon. Me ha herido, me ha herido mi...

mi... remordimiento. Me parece que llevo una túnica de plomo derretido pegada á mis carnes. ¿No veis una nube?

LOS CORTESANOS.

El dolor le ha robado el juicio.

AZOKA.

¿No veis una nube? ¡Ah! Es un cuervo más grande que el Himalaya. Su cuerpo está envuelto en las tinieblas; pero sus garras son de fuego, y su pico duro como el diamante y afilado como una espada. ¿No lo veis?

LOS CORTESANOS.

No, no vemos nada. Debe ser una imagen fingida por la fuerza del dolor y por la intensidad de la calentura.

AZOKA.

Abandona las vacías alturas, como el águila abandona la cumbre de los montes, y baja apagando soles y oscureciendo cielos. Por donde quiera que pasa, deja una huella negra y abrasada como la hirviente lava que el volcán escupe. Cuando se acerca, me mira con sus ojos profun-

dos como abismos, y me habla con su pico, que al abrirse muestra una lengua de serpiente, destilando la baba de un negro veneno. Lanza gritos más agudos que la tempestad, más prolongados que el huracan, más luctuosos que las olas, más profundos que el terremoto, más dolientes que el quejido del viento al estrellarse en los inmensos desiertos. Pero ¡ah! elava sus garras en mis entrañas, su pico en mi cabeza, sus ojos en mis ojos; me envuelve con sus alas, me aplasta con su cuerpo, me repite en los oídos el nombre de mi hermano, y me ahoga, y me sofoca, y me mata, y quiere arrastrarme a los infiernos con Yama. Defendedme. Clavad en ella vuestros puñales. No, no. Yo me defenderé. Muere, muere... ¡Ah! (*Saca el puñal, y clavándoselo en su propio corazón, espira*).

ORIEL (*solo, en la isla donde se han celebrado los funerales del eremita y ha muerto Azoka*).

Aquí estoy abandonado. El sol se oculta, la palmera se cimbréa, el limonero abre sus flores, la goma corre por los troncos, el incienso crece en las yerbas, el ave se pára en la rama cantando, y el cielo se mira en las tranquilas ondas del río. La naturaleza está serena, cuando tantos cri-

menes acaban de perpetrarse en su presencia, y tanta sangre de sus hijos acaba de beber con anhelo infinito, con sed rabiosa. Pero hay una justicia invisible que yo no alcanzo, y que me revelan en su mudo lenguaje todos los hechos, porque cada hecho es un grito con que avisa y enseña naturaleza a sus hijos. ¡Ah! un crimen se ha cometido, y ese crimen no ha quedado impune. Azoka, herido por sus remordimientos en el alma, y herido por su puñal en el pecho, me enseña que hay justicia, que hay un ser de cuya mano pende la espada del castigo. Mostrádmelo, mostrádmelo, seres de la tierra. No me abandonéis a la soledad de mi corazón... Oigo el eco de cánticos religiosos que salen de aquel templo. Allá, allá me encamino. ¡Oh! ¿No calmarán mi ansiedad?

CORO DE BRAHAMANES (*dentro del templo*).

Espíritus que habitáis en el fuego, en el aire, en las aguas, en la tierra, venid a visitarnos, y derramad vuestra miel en los labios, vuestros suspiros en el pecho de los míseros mortales. Vosotros, espíritus puros, tenéis el Oriente con su color sonrosado, y el cáliz de las flores con sus matices, y el cielo de azul claro, átomos de que se

amasa la creacion. Ya que vais envueltos en las ráfagas del viento, venid á besarnos con un beso regalado de amor. Ya que flotais en el rayo del sol, penetrad hasta el fondo de la conciencia, y allí inundad con vuestra luz nuestro sér. Espiritus puros, vosotros sois el fuego que centellea en la estrella de oro perdida en los espacios; vosotros sois el aroma que exhala de su cáliz la flor abandonada en el campo; vosotros sois la espuma que corona la onda cuando besa la playa; vosotros el mar de soles y de mundos que besa las plantas de Brahama, pues vosotros tejeis en constante trabajo los velos de las formas para tenderlos por los espacios y hacer visible y palpable la eterna sustancia encerrada en lo infinito. Espiritus invisibles, descendad presurosos del cielo, y llevaos en vuestras alas de rosa la oración que consagramos al Creador al pié de sus altares.

ORIEL (*á la entrada del templo*).

Este es el templo, infinito como mi aspiracion, misterioso como mi alma. Sus bóvedas están abiertas en una montaña. Las generaciones infelices que me han precedido en el tiempo, han tallado ese templo en la roca con sus propias manos, y no han conocido su dios, y no han visto

su culto. Entraré y me deslizaré en las sombras, por si acaso una pilastra, un elefante, una hoja de acantho cincelada, uno de esos becerros de bronce que duermen al pié del ara, se despiertan y me dicen algo de mi Dios. El templo es una montaña; la bóveda suspendida sobre mi cabeza es como un cielo oculto entre nubes; tortugas talladas en piedra, elefantes de granito sostienen como pesarosos en sus inmensas espaldas tan grave pesadumbre; lothos, palmeras, acanthos, pavos reales, cisnes, monos, todos cincelados, adornan los muros, cuyo espesor es tal, que me creo encerrado en las entrañas de la tierra; figuras de mármol negro, de marfil, de oro macizo, cubiertas de diamantes, levantadas unas sobre otras en inmensa pirámide, ceñidas con esplendentes diademas, habitan estos lugares sombríos; cariátides cuya boca es un abismo, cuyos ojos son dos cavernas, sostienen los altares; cipreses, magnolias, palmeras crecen do quier puede llegar un rayo del sol y un beso del aura; arroyos de agua lustral corren murmurando al pié de cada arco, y colinas cubiertas de musgo cubren la raiz de cada pilastra; bueyes, becerros, corderillos andan errantes entre las naves, mientras allá en la cúspide anidan las palomas y las tórtolas; espumo-

sas cataratas desprendidas de fuentes ignoradas, cubiertas de higueras, de yedra, de cedros, de palmas, forman arcos de cristal de roca, perdiéndose bajo el pavimento con asombroso mugido; el cimbalo y el salterio suenan por do quier, dando una voz á cada piedra, una palabra á cada dios; vírgenes vestidas de blanco y coronadas de rosas y jazmines cantan y danzan, semejándose á mariposas que vienen á libar la miel espiritual encerrada en este lugar de los misterios; sacerdotes con las manos llenas de ofrendas, los labios agitados por una plegaria religiosa, y la mirada perdida en misterioso éxtasis, murmuran la incomprendible salmodia de sus oraciones; las aras centellean con el fuego sagrado; los nichos de corales brillan al resplandor de las lámparas; el polvo que se extiende al pié de cada idolo reluce cubierto de arenas de oro; escudos de bronce pendientes de las paredes vibran; culebras de oro cuelgan de los techos y serpentean como un rayo en los aires; huevos de avestruz convertidos en lámparas reflejan una luz misteriosa; dioses de marfil con cien cabezas se levantan sobre un pedestal de negro mármol; y tantos símbolos, tantos misterios, tantas imágenes, tantos ídolos que no comprendo, nada dicen á mi corazón, nada

me revelan, envueltos como en espesa nube en sus embriagadores aromas. Pero oigamos, perdidos en las sombras, el cántico de estos sacerdotes, que están embebidos en su sacrificio.

LOS BRAHAMANES.

Preparemos, preparemos el sacrificio. La luna, al pasar por el cielo en la plenitud de su luz, enviándonos un beso de amor, nos ha dicho que esta es la hora solemne y sagrada del sacrificio próspero y santo. Venid, artesanos, albañiles, carpinteros, cómicos, bailarines, todos los trabajadores que se necesitan para hacer más esplendente el solemne rito y más gratas á los inmortales sus ceremonias. Venid á orar, brahmanes que conversais con el cielo; satrias que purgais con vuestras flechas la tierra de monstruos; vasias que repartis entre los hombres los frutos del trabajo; sudras que pasais la vida encerrados, empapando con vuestro sudor el campo para que brote á torrentes de su seno la vida; reyes de la tierra, venid en vuestros carros de oro, ya del Oriente, ya del Mediodía, ya del Norte frio, ya de las tierras donde el sol se duerme. El dia de hoy es feliz, y la constelacion que en el cielo brilla es favorable. Encended la madera de áloe para que arda el fue-

go sagrado en que el astro del dia deposita un rayo de su luz, como la virgen deja despues de orar en el altar un rizo de su hermosa cabellera. Levantad el fuego, como el Océano levanta sobre sus verdosas espaldas la sonrosada aurora en el Oriente. Cumplid todos los ritos de los Vedas. Pero antes intentemos expiar nuestras faltas en la pura agua lustral, aplicando los lábios á la copa de oro que guarda el licor purísimo de una nueva vida. Traed la manteca clarificada, arrojadla en el fuego, y mientras su humo se pierde indeciso en las bóvedas del templo, y los inmortales lo aspiran, nosotros referiremos cómo se abrió el capullo de la materia para dejar paso á la creacion, y los poetas cantarán cómo se derramó por la inmaculada naturaleza el espíritu de los dioses. Ya se oye el rumor del rezo de los Vedas que todas las bocas murmuran, como el zumbido de un enjambre de abejas parado en la siesta de un dia estival sobre arbusto lleno de dulces frutas. Venid, los que sabéis las seis angas, venid entre las columnas de mirto, de palmas, de higuera, de pino, y apoyando la frente en ellas, y sobre todo, besando la columna de oro que hay en el centro, preparaos á enviar á Brahma vuestras plegarias. El santuario brilla como si estuviera sembrado de kalpas, de

ese árbol misterioso de los cielos. Ya traen los sabios en procesion el caballo blanco, ornado de flores y de cintas, ceñido de preciosísimas guirnaldas. Rociemos con el agua bendecida las aves que cortan los aires, y los insectos que viven allá en el polvo; los cuadrúpedos que saltan por montes y por valles; y los reptiles que se arrastran por la tierra; los animalillos casi invisibles que habitan en los arroyos, y los cetáceos y todos los peces que tienen por vivienda el Océano. Arrojemós doscientas cabezas de ganado al pié del ara, para que las consuma el fuego santo. Degollemos al caballo, que ha trazado su círculo misterioso alrededor del altar, y vayan sus huesos á aumentar la sacra lumbre.

ORIEL.

Deteneos, brahmanes, deteneos. Escucho vuestras voces resonar bajo las bóvedas del templo como una tempestad; pero no sé lo que dicen. Veo arder sobre el ara ese fuego; pero no veo á quién alumbra. Oigo el cántico sonoro de vuestras oraciones; pero no entiendo el nombre del sér á quien está consagrado ese cántico. Contemplo cómo mueren las víctimas, y cómo corre la roja sangre sobre el ara; pero no veo, no, el génio que

pone en vuestras manos la cuchilla del sacrificio. No queráis envolver en el misterio para una clase de mortales lo que debemos saber todos, si, todos. Maldecidme si os place, arrojadme de vuestra presencia, poned mi cabeza al pié del ara, como poneis la cabeza de ese cordero en cuya garganta habeis hundido la cortante cuchilla; pero antes que se cierren mis ojos, que se extinga mi aliento, dadme, para apagar esta sed que me devora, un dios, sí, un dios, y rasgad el velo que oculta vuestros misterios.

LOS BRAHAMANES.

Atrás, atrás, profano. Para tí no hay Dios, para tí no hay religion, para tí no hay cielo, para tí no hay ni recuerdo ni esperanza; porque tú eres la escrescencia de la creacion, la sombra de la vida, la mancha, la eterna mancha extendida por Yama sobre la India. Huye, extranjero, huye, y no profanes el santo lugar del sacrificio. Ya el templo está impuro, y el holocausto no puede continuar, por haberlo manchado tu venenosa sombra. Apagad el fuego del sacrificio, volved las ovejas á su redil, las vacas á su establo, los caballos á sus cuadras, porque no puede haber sacrificio: deshojad las flores, y esparcid la manteca

derretida, y extended un velo negro sobre la fuente que mana la pura agua lustral. Nosotros nos daremos á vuestras penitencias, para que los inmortales se apiaden de su pueblo y no vuelvan á enviarle un pária que manche el ara, que interrumpa las ceremonias. Arrojadle de aquí, arrojadle con varas que arranquen sangre á sus espaldas, gritos de dolor á su pecho. Perseguidle hasta que se refugie en los bosques con sus compañeros los tigres, las serpientes, los leones. Huye, huye de aquí, desgraciado, huye. Más te valiera haber nacido con cuerpo de cerdo, que con cuerpo de pária.

ORIEL.

¿He elegido, por ventura, yo mi nacimiento?

LOS BRAHAMANES.

No le oigais; arrojadlo, arrojadlo del templo.

ORIEL.

Otra vez perdido en el bosque, otra vez abandonado á la soledad de mi sér y á la tristeza de mi dolor. ¿Dónde, dónde voy? Ni en el cielo ni en la tierra hay para mí un amparo. Sólo yo no tengo padre, ni madre, ni esposa, ni hijos, ni vi-

da. Allá veo á lo lèjos dos guerreros que se miran con rabia y se empeñan desde sus carros en singular batalla. Sus rostros son cetrinos y sus cabellos dorados; sus pechos hierven como dos volcanes, y se crispan sus manos; llevan por escudos dos como rocas de hierro, y por armas dos troncos de palmera recién arrancados de la tierra; escupen de sus bocas rabiosas espumas como la ola al estrellarse en el escollo, y levantan bajo sus piés una nube de polvo; mueven sus cuerpos para huir sus sendos golpes, como la gacela que corre por el desierto, ó como el tigre que lucha con el leon de los bosques; rechinan sus dientes como la tierra cuando en sus grandes convulsiones hace chocar unas contra otras las piedras; brillan sus negros ojos como la nube que despide el relámpago; y de cada una de sus heridas brota la sangre, y sobre sus cabezas revolotean los cuervos y á sus piés aullan los chacales, aguardando hambrientos al primero que caiga en la pelea para sepultarlo en sus vientres. Voy á ponerme en medio, y á parar sus golpes, y á salvarlos de una muerte cierta. Guerreros, deteneos, deteneos y haced paces, porque la paz es la luz y el cielo de la vida.

LOS GUERREROS.

Huyamos, huyamos; porque pelear delante de un pária, de un miserable, sería como entregar nuestros despojos al infierno.

ORIEL.

Por otro lado veo un comerciante, un vasia, que lleva un camello cargado de incienso, de roja púrpura, de oro. En su rostro se pinta la alegría y en sus ojos la paz. Lleva sin duda en esa carga la riqueza de sus hijos, el porvenir de toda su vida. Sin embargo, un tigre le acecha y le mira con aviesos y sanguinolentos ojos. El infeliz no le ha visto, y sigue su camino descuidado y en paz, confiado sin duda en alguna de esas deidades tutelares que son el sol de la vida, sol sin ocaso para el que las siente y las conoce. Pronto, pronto se turbará la tranquilidad que ahora goza. El tigre salta, se suspende á las ancas del camello, le hunde las garras, lo derriba dolorido en tierra, hociquea por sus entrañas buscando un punto en que clavarle los dientes, rasga la piel, aspira con ansia la humeante sangre, y dirigiéndose despues al vasia, amenaza herirle tambien y devorarle, sin que tenga defensa, pues se le ha roto el arco

en el momento de asestar la flecha. Pero no, no temas, caminante; ahí voy yo á salvarte. Corro...

EL VASIA.

Un pária viene, un pária: prefiero encontrar la muerte en las garras del tigre, á deber la vida á un pária.

ORIEL (*despues de haber vencido al tigre*).

He luchado con el traidor de los bosques. Toma tus mercancías.

EL VASIA.

Antes mil veces las arrojaré al cercano rio. Yo no toco nada que haya tocado tu maldita sombra. Huye, huye de mí. El tigre que tienes muerto á tus piés me parece más humano que tú. Huye, huye de mí.

ORIEL.

Ni hacer bien es posible al desgraciado. Hasta el remedio, hasta la salud rechazan de mis manos. Por allá oigo el eco de un melancólico cantar.

UNA PASTORA.

Soy la piedra del hogar. Mis manos sólo sirven

para atizar el fuego en la cabaña y para ordeñar las vacas. Mi padre ha puesto el ramo á la puerta de casa, y ningun caminante lo ha mirado, ninguno ha querido llevarme á su lecho. Y yo, cuando me miro en la linfa tranquila del corriente arroyuelo, me creo hermosa. Y sé todo lo que debe hacer la mujer para agradar á su marido. Sé limpiar el dintel de la puerta, sé hacer unas sandalias, sé llevar sobre mi cabeza una carga de lino para lavarla en el rio, sé hilar y tejer, sé buscar las dulces yerbas para sacar de ellas el zumo de una grata bebida, sé poner las raíces de las plantas alimenticias en la hoja del bananero, sé limpiar el sudor de la frente y besar los piés del que vuelve al hogar á caer en brazos de la mujer que ha elegido, y hasta sé las flores que he de oler en el hondo valle para ser fecunda y dar á mi familia robustos y hermosos hijos.

ORIEL.

¡Oh hermosa aparicion, apiádate de mí! Hundidos los piés en la fresca yerba, clavados los ojos en el cielo, llenas de flores las manos, sonriendo paz y amor, ¿eres una fantástica figura que el rayo del sol ha fingido para mi consuelo en los giros del aire? Yo no me atrevo nunca á creer que

sea verdad ninguna ventura; porque si lo creyese, pronto se desvanecería. No te vayas, no; espera un poco para oír el lamento de este sér desgraciado y errante, á quien más han compadecido aún las fieras que los hombres. Yo te daré en cambio para tus negros cabellos una guirnalda de rosas en que mis lágrimas se mezclen á las gotas de rocío, y el aliento de mis besos á los embriagadores aromas. Déjame al ménos la felicidad de seguirte y contemplarte, que tiene el último de esos corderillos que con tus manos acaricias; deja que mi cántico se mezcle á sus balidos y al rumor misterioso de las selvas. Yo te seguiré con los ojos arrasados de lágrimas; y si lo mandas, subiré á las montañas como el águila, ó me arrastraré por la tierra como la serpiente. Las enredaderas se entrelazan á tus piés, el sáuce te sirve de apoyo, y el ruiseñor se cierne gorgendo sobre tu cabeza. ¿Por qué, por qué? Porque todo tú eres amor. Ya el sol se pone, ya el ave lanza su último gorgo, y la dorada abeja su postrer zumbido, y el humo sube de las cabañas, y las sombras bajan á la tierra, y la primera estrella rasga el velo que la envuelve, y las nubes del ocaso se enrojecen, y el áura de la tarde, precursora de la fresca noche, sacude los árboles y saca melancólicos

gemidos del arpa de la naturaleza: sentémonos descuidados en esta hora del amor bajo la copa del sáuce, como esos dos ruiseñores, que, dueños del aire y del cielo por sus alas, se contentan con reposar en sus pequeños nidos.

LA PASTORA.

En la puerta de mi cabaña hay un ramo. Ese ramo quiere decir que mi padre me vende. Si tú tienes oro para comprarme, entra, págame, y mi padre me llevará de la mano á tu vivienda. Y seremos felices, muy felices. Yo te prepararé todos los días el necesario alimento, mientras tú trabajas en el campo. Yo ordeñaré las ovejas, cuando vuelvas sudoroso y jadeante de tu trabajo. Yo te seré fiel hasta la muerte, y despues de la muerte me arrojaré á una hoguera sobre tus mismas cenizas.... Pero allí viene mi padre.

EL SUDRA.

Hija, hija mia, no hables, no, con ese infeliz, que es pária; no hables, que su mirada quema, y su mano profana y corrompe todo cuanto alcanza. Pobres, sin propiedad ninguna, entregados á trabajar para los sacerdotes ó los guerreros, el cielo nos ha favorecido por extremo, no haciéndonos

párias. Aunque hayamos nacido de los piés de Brahama, somos una parte de su cuerpo, un fragmento de su organizacion divina. Es verdad que vivimos trabajando para nuestros señores, comiendo sus sobras, encorvados bajo la pesadumbre de nuestra carga como el camello, heridos por su látigo, constantemente apartados de toda ventura; pero tambien es verdad que todo lo debemos sufrir, por ser la voluntad divina, y que si resignados á nuestro destino y obedientes á nuestros señores, vivimos, podemos esperar despues de la muerte renacer en una casta superior, en la cual sea la vida más llevadera, y el trabajo más leve, y la recompensa más cierta. Pero si habláramos con el pária, pronto tambien nos convertiríamos en párias. Huyamos.

ORIEL.

Todos, hasta los desgraciados, me maldicen. Cielo que tienes lluvias para las plantas, aire para los animales, calor para todas las cosas, sólo para mí eres duro, sombrío, implacable. Yo necesito un dios, único refugio de este corazón atribulado. Estrella de la tarde, que brillas en las indecisas gasas del cielo, que te retratas en el dormido lago, que vas dejando una huella de luz en tu

misterioso circulo, que entonas allí en las esferas un cántico divino; tú, estrella, fuego de eterno sacrificio, lámpara de eterno templo, topacio engarzado en la diadema de la tierra, centella que nadas amorosa en el éther despedida acaso de la eterna lumbre, pensamiento de amor siempre luciente, ¿por qué no me dices si tú eres un dios?

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Yo no soy dios. El soplo que me encendió sobre la nada, puede envolverme en la nada. Algun dia esta luz se apagará, y una túnica de tinieblas envolverá en sus pliegues mis tibios resplandores. Algun dia estos átomos de oro que encantan la soledad de la noche, caerán como lluvia de cenizas sobre lo infinito, y serán esparcidos por los cuatro vientos. Yo no fui ayer, yo no seré mañana. Sube más, sube más en la escala de los séres, y acaso encuentres á Dios. Pero las estrellas que hormigean como dorados insectos en la celeste flor de los cielos, no pueden ser dioses. ¡Ah! Acaso cada una de nosotras sea tan sólo una lágrima que se resbala por la megilla de Dios, y que al resbalarse alumbrá al mundo. ¿Quién sabe si nos apagaremos mañana, como se apaga la luciérnaga bajo su verde hoja?

ORIEL.

No, no, estrella, tú no puedes ser dios; mi conciencia me lo dice, porque te apagas. Pero ¿y el almo sol? Tú, sol, que derramas la luz y la vida; que despiertas las aves y les enseñas sus dulces cánticos; que pintas, al deslizarte entre los bosques, las hojas de los árboles y de las flores; que bebes en la copa del Océano la esencia de las aguas; que envuelves en tu manto de fuego los astros, y al despedirte para dormir en el ocaso, los sacudes como un poco de polvo recogido en tu inmortal carrera; tú eres mi dios. Voy á ceñirte una corona con las flores que has pintado, á lavar tus aras con el agua que has vertido desde tus nubes sobre las peñas, á ofrecerte las piedras preciosas en que se encierran rayos de tu corona, y á sacrificarle todas las aves que te deben sus cánticos y sus amores y el calor de su vida, para que naturaleza entera sea tu espléndido holocausto.

EL SOL.

La eterna tempestad del tiempo que se agita sobre mi cabeza, me arrancará la corona de fuego que en los primeros dias de la creacion ciñó el Eterno á mis sienes, cuando estremecido de amor

arrojaba de sus manos los mundos, que caian en los espacios como las gotas de la lluvia en el sereno lago. Yo, en mi eterno sólio, he visto deshojarse tantos árboles, morir tantas generaciones, caer unos sobre otros tantos imperios, pasar y desvanecerse tantos cometas, hundirse en la eternidad tantos mundos, que á cada instante tiemblo, temiendo que cualquier soplo que pasa por mi disco sea el hálito de la muerte. Las estrellas vienen á rozarme con sus alas de oro los lábios, y se consumen prontamente en mi fuego como inocentes mariposas. Las flores levantan sus corolas para teñir con un rayo mio la pompa de sus hojas, y caen desmayadas y secas al contacto de mis ardientes besos. Las aguas se extienden bajo mis rayos, reflejan mis resplandores, y les arranco su vapor y lo disipo para formar el blanco lecho de mis nubes. Ilumino la cuna de todas las cosas, pero tambien su sepulcro. Enciendo en el Oriente la sonrosada luz de la aurora, y en el ocaso la antorcha funeraria de la muerte. Algun dia el soplo del Eterno que me encendió, me apagará, y mis cenizas cubrirán lo infinito, y el Universo volverá á cubrirse y envolverse en su negro sudario. ¿Y cómo ha de ser Dios quien teme á la muerte?

ORIEL (*dirigiéndose á la cabaña de un solitario*).

¿No habrá en tí, virtuoso eremita, un resto de corazón? Mirame buscando mi Dios, como el perro perdido en el desierto y separado de la caravana busca jadeante á su amo. He creído que mi dios sería la estrella, y cuando la he visto perderse, he alcanzado que no podía ser un dios aquella luz que se ocultaba. Al nacer la mañana he adorado el sol que las aves y las flores saludaban, y al morir el día he visto que no podía ser un dios aquel astro que se desplomaba en su ocaso. Por la noche, cuando el beso del áura me despertaba, y veía la luna en el cielo, quebrando sus rayos entre las ramas de los árboles, bañándose en el río, envolviendo en su tibia luz todas las cosas, la tomé por mi dios, y luego sentí que, si podía ser dios la luna llena, no podía ser dios la luna menguante. Después de la tempestad, cuando los árboles humedecidos llovían menadas gotas, y las pardas nubes se disipaban por los cuatro puntos del horizonte, creí ver un dios en el iris que tenía de varios colores las nubes, y al ponerse el sol sentí que el astro del día se había llevado consigo aquel arco, colgado un instante como una alhaja de mil flechas sobre las espaldas

de la tierra. Al llegar cansado al pié del arroyo y beber sus claras aguas, al oír el cántico del ruiseñor en la callada noche, al respirar la esencia de la flor, al contemplar la ola que besaba el escollo, encontraba allí dioses; pero pronto, al ver que todo pasaba sin tener un instante de duración, he creído que debía buscar á Dios en el templo, en el libro de los sacerdotes. Mas los sacerdotes me han rechazado por el enorme crimen de haber nacido pária. Y héme aquí sin luz, sin idea, sin esperanza, aguardando á que el hombre sea más compasivo conmigo que la naturaleza. ¡Oh! Tú, tú me escuchas. Es la primera vez que me ha sucedido. Piedad, piedad de mí. (*Cae á los piés del solitario*).

EL SOLITARIO.

La conciencia me ha iluminado un instante, descubriéndome un rayo de verdad. Eres pária, pero eres hombre. Entra, entra en mi pobre templo. Yo te diré quién ha roto el huevo que contenía el espíritu del hombre; yo te enseñaré á leer el nombre sagrado que forman con su luz las estrellas en la celeste bóveda. Ven, pária; el único sér que no te maldice en la tierra soy yo. Tú eres pária, pero eres hombre.

ORIEL.

Pídemme sangre, vida, cuanto soy. Si me quieres sacrificar en aras de tu dios, aquí tienes mi garganta; clava el cuchillo, y ofréceme como víctima propiciatoria en tus altares. Vamos, vamos pronto á conocer á tu dios.

EL SOLITARIO.

Vamos. Trae tu mano, y entraremos juntos. Voy á rasgar el velo de la verdad á tus ojos.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES (*aparece á las puertas del templo*).

¡Deteneos, no profaneis el templo! ¿Dónde vas, solitario hasta hoy santo, con un pária?

EL SOLITARIO.

Voy al templo á enseñarle la verdad, toda la verdad que se oculta entre los arreboles del cielo.

EL JEFE DE LOS BRAHAMANES.

¡Infeliz! Más te valiera no haber nacido. Ya que has intentado romper las leyes de la casta, serás castigado, yendo á caer en la última degradacion, en la postrer miseria. Huye, huye de nos-

otros. El templo se desplomará sobre tu frente, la tierra se abrirá á tus plantas. La nube tempestuosa vendrá á quemar tu frente, y los venenosos insectos á emponzoñar tus carnes. El agua será para ti hiel, los rayos del sol dardos, la lluvia amargas lágrimas, los dioses enemigos implacables, Brahama tu atormentador, el altar tu caldoso, y la dignidad que has perdido tocando á un pária, tu remordimiento y tu castigo. Los hombres todos de la India, ántes huirán de tí que del perro rabioso. Nada tendrás, nada poseerás, ni la limosna de la palabra divina. Tu habitacion será la madriguera del tigre, tu compañía los brutos, tu alimento las raíces que encuentres en tu camino, tu vestidura los hábitos de los muertos, tu vida una eterna maldicion y una eterna congoja. Tus hijos serán peores que los cerdos, y lo mismo los hijos de tus hijos. Y despues de muerto, cuando llega para todos los humanos la hora del descanso, Yama te sacará los ojos, calcinará tu cabeza en sus hornos, te arrancará las carnes con garfios, alimentará sus hogueras con tus huesos, hará un estandarte para reunir á sus vasos con tu piel, se adornará el cuello con tus dientes, beberá tu sangre, y morderá y mascarà tu corazon palpitante, entregando á los brutos

tus entrañas, que serán su pasto en toda una eternidad de dolores.

ORIEL.

Callad, callad. Yo he causado su desgracia, yo. Huiré de esta tierra de la India. Allá, hacia Occidente, he oído rumor de armas, y estrépito de escudos, y sonido de cascos de caballo en el suelo. Iré allí á buscar el aliento de vida que me negáis aquí. ¿No ois la trompa guerrera? ¡Oh! Me precipito hacia el lugar en que resuena ese marcial estrépito. No me maldigais, no me maldigais. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! *(Se pierde en los últimos límites de Occidente, lanzando agudos quejidos).*

EL ETERNO.

Aquí, fuera del espacio, lejos del tiempo, en la eternidad, donde brillan todas las ideas que son los tipos de las creaciones posibles, resuena como un eterno sollozo de la naturaleza el quejido del esclavo, desnudo, errante y hambriento, víctima que el hombre ha sacrificado á su propio orgullo. El sonido de la tempestad no será tan pavoroso como el eterno lamento del esclavo. La lluvia continua de luminosos mundos que lanzo á los espacios, no es tan caudalosa como sus lá-

grimas. El hondo abismo donde la nada habita, con las fauces abiertas para tragarse el Universo, no es tan oscuro como su alma. La copa de hiel donde el mal amasa el brevaie con que envenena todas las cosas limitadas y finitas, no es tan amarga como su boca. ¡Infeliz, infeliz!

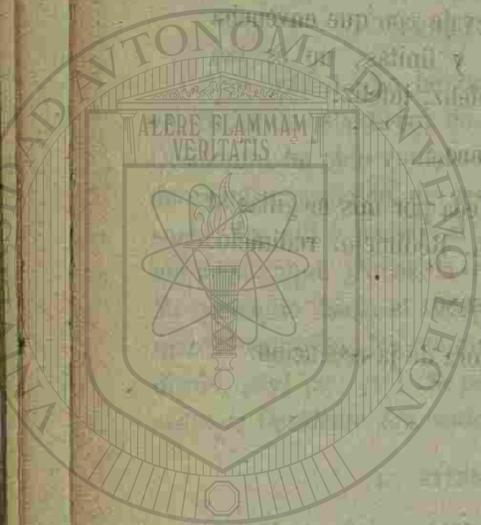
EL VERBO.

Señor, una lágrima rueda por mis megillas al ver el esclavo en la tierra. Redímelo, redímelo.

EL ETERNO.

Aún no ha sonado la hora de la redencion.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Invocacion.	1
Prólogo en el cielo.	7
El Angel y el Hombre.	47
El Páris.	217

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



